

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO



Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO



1893

Almanaque

SUD-AMERICANO

REDACTADO POR

Casimiro Brieto y Baldés

BUENOS AIRES

EL SIGLO ILUSTRADO
CERRITO, 170 Y 174

MONTEVIDEO

ANDRÉS RIUS
SORIANO, 155 Y 157



COLABORADORES
del Almanaque en 1893

SEÑORAS

Adela Castell, Dorila Castell de Orozco, Carolina Freyre de Jaimes, Juana Manuela Gorriti, Lastenia Larriva de Llona y Amalia Puga.

SEÑORES

Álvarez, Balaguer, Bares, Berisso, Bermúdez, Blixen, Bremón, Campoamor, Castellanos, Cordero, Corpancho, Costa, Chaves, Dario, Delgado, Diaz, Echegaray, Echeverría, Estremera, Feliu y Codina, García, García Mérou, García Velloso, González (Ladislao), González (J. V.), Goyena, Granada, Gras y Elías, Guido y Spano, Gutiérrez Nájera, Jordán, Latzina, López Benedito, Llanas, Llona, Malagarriga, Martel, Matta, Mendes (Cátulo), Méndez (Gervasio), Mestres (Apeles), Moncloa y Covarrubias, Montes, Núñez de Arce, Obligado, Ortega, Oyuela, Palacio (Manuel del), Palma, Peza, Puelma, Puga y Acal, Querol, Rivas Groot, Roca y Roca, Rodríguez Correa, Rueda, Sánchez, Santero, Sienna Carranza, Trajano Mera, Urbina, Velarde, Villafañe, Zapata, etc., etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Diéguez, Llovera, Mestres, Pascó, Pellicer, Planas, Ross y Vehil

ÍNDICE LITERARIO

Álvarez (Enrique). — Dos lirás hermanas, poesía..	263
Balaguer (Víctor). — . . . , poesía..	41
Bares (Manuel A.). — La prensa.	42
Berisso (Luis). — Prosadores y poetas americanos: Jorge Isaacs.	162
Bermúdez (Washington P.). — Epigramas.	63, 158, 218 y 247
Blixen (Samuel). — Estival.	184
Bremón (J. Fernández). — En el cementerio, poesía.	260
Campoamor (Ramón de). — El poder de la ilusión, poema.	147
» » Humoradas: El amor de muchas. — Suerte común.	179
» » Humoradas.	198
» » Humoradas: En un álbum. — Hembras de ley.	225
Castell (Adela). — Extraño problema, poesía.	146
Castell de Orozco (Dorila). — El pájaro, poesía.	186
Castellanos (Moisés Numa). — Dr. Luis Cordero.	52
» » » Los salones, epigrama.	107
» » » Epigramas.	144 y 192
» » » Vida y muerte, poesía.	234
Cordero (Luis). — Á Bolívar, rey, poesía.	54
» » Disculpa de un facultativo, poesía.	54
Corpancho (Teobaldo Elías). — Arrobamiento, poesía.	200
Costa (Pablo Della). — Canto al trigo, poesía.	220
Chaves (F. Gerardo). — A Amalia Puga, poesía.	200
Dario (Rubén). — Febea.	189
» » Lieder, poesía.	212
Delgado (Sinesio). — Confiteor, poesía.	250
Díaz (Leopoldo). — Güemes, soneto.	64
» » Mefistófeles, soneto.	117
» » Coquetería suprema, poesía.	134
Echegaray (José de). — Noviembre, poesía.	159
Echeverría (A. P.). — Eterna selección, poesía.	238
Estremera (José). — . . . , poesía.	40
Feliu y Codina (José). — Su cabellera.	139
Freyre de Jaimes (Carolina). — La nube y el átomo, poesía.	197
García (Luis). — Astronomía, poesía.	264
García Mérou (Martín). — ¡Evohé!... poesía..	187
García Velloso (J. J.). — El poema de Colón, poesía.	28
González (Ladislao). — En el cementerio, poesía.	78
González (J. V.). — El cuervo.	174
Gorriti (Juana M. Gorriti). — El tesoro de los incas.	203
Goyena (Pedro). — . . . , poesía.	146
Granada (Daniel). — La idealidad y los sentidos.	194
Gras y Elías (Francisco). — Las carabelas de Colón.	32
Guido y Spano (Carlos). — Disculpa, poesía.	233
Gutiérrez Nájera (M.). — Mariposas, poesía.	232
Jordán (Vicente R.). — Soneto.	88

Larriva de Llona (Lastenia). — Á España, soneto.	90
Latzina (F.). — Calaveradas de una mente vagabunda.	252
López Benedito (F.). — La vida del campo, poesía.	170
Llanas (Alberto). — Tomás Bretón, apuntes.	130
Llona (Numa Pompilio). — Grandeza moral, poesía.	92
Malagarriga (C.). — La protectora de animales.	226
Martel (Julián). — Lola.	114
Matta (Guillermo). — Antiguo apólogo, poesía.	122
Mendes (Cátulo). — La gratitud.	110
Méndez (Gervasio). — Á María T. Méndez Casariego, poesía.	99
Mestres (Apeles). — J. Luis Pellicer.	244
Moncloa y Covarrubias (Manuel). — Una persona importante.	235
Montes (Victoriano E.). — Ventura de la Vega, soneto.	68
Núñez de Arce (Gaspar). — En un álbum, poesía.	188
Obligado (Rafael). — El himno del payador, poesía.	35
» » El gitano, traducción, poesía.	47
» » Autobiografía, poesía.	239
Ortega (Enrique). — Motrico.	102
Oyuela (Calixto). — A., poesía.	100
Palacio (Manuel del). — Chispas, poesía.	125
Palma (Ricardo). — Pico con pico y ala con ala.	123
» » Respuesta á una invitación, poesía.	138
» » La pantorrilla del comandante.	215
Peza (Juan de Dios). — Pecar rezando, poesía.	66
Prieto (Casimiro). — Problema resuelto, poesía.	46
» » Las mujeres que aman.	55
» » La dicha, poesía.	80
» » Un marido vulgar.	81
» » El África, poesía.	112
» » Horas de amor, poesía.	118
» » Cantares.	121
» » Brindis, poesía.	126
» » Rayos del cielo, poesía.	133
» » La máscara del dominó negro.	151
» » La sal de las andaluzas, poesía.	160
» » Juramentos de mujer, poesía.	191
» » Mariquita, poesía.	257
Puelma Tupper (Guillermo). — Crepúsculo, poesía.	251
Puga (Amalia). — Sonetos: Descubrimiento de América. — Mariposas. — ¡Oh poesía! — Al mar.	201
Puga y Acal (M.). — Balada de la mosca, poesía.	185
Querol (Vicente W.). — Carta al Sr. D. Alfredo Weil, poesía.	180
Rivas Groot (José). — Melodía, poesía.	90
Roca y Roca (José). — Apeles Mestres.	10
Rodríguez Correa (R.). — Á Velarde, soneto.	49
Rueda (Salvador). — La boda de espectros.	70
» » La cigarra, soneto.	79
Sánchez (Ricardo). — Á mi querido amigo Casimiro Prieto.	120
» » Primavera.	261
Santero (Javier). — Á Blanca, soneto.	182
Sienra Carranza (José). — En el álbum de la Srta. María Angélica Sanchez.	248
Trajano Mera (J.). — Del libro <i>Cants intims</i> , del poeta catalán Apeles Mestres, poesías.	108
Urbina (Luis G.). — Desde mi ventana, poesía.	137
Velarde (Samuel). — Mi nuevo mundo, poesía.	190
Villafañe (Segundo I.). — La mañana, poesía.	212
Zapata (Marcos). — Semblanza, poesía.	220

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (F.)

Bodas de oro (variedad)	169
-----------------------------------	-----

DIÉGUEZ (J.)

Tomás Bretón (retrato)	129
----------------------------------	-----

LLOVERA (José)

Matrimonio civil (variedad)	46
Un marido vulgar (ilustración)	81
Los salones (variedad)	107
La goma (variedad)	211

MESTRES (Apeles)

Los meses del año	14
Himno del payador (ilustración)	35
Conferencias filosóficas (variedad)	41
El gitano (ilustración)	47
Receta contra el frío (variedad)	50
Las mujeres que aman (ilustración)	55
Leyendo un decreto (variedad)	64
Una frase de Dumas (variedad)	69
Aventura extraordinaria, cuento vivo	74
Gedeón esperando el tranvía (variedad)	80
Cuenta clara (variedad)	88
Grandeza moral (ilustración)	92
El ama de cría (variedad)	100
Motrico (ilustración)	102
La gratitud (ilustración)	110
Mefistófeles (ilustración)	117
Cuestión de modas (variedad)	118
Un hombre agradecido (variedad)	122
Brindis (ilustración)	126
Las dos copas (cuento)	135
El poder de la ilusión (inicial)	147
La máscara del dominó negro (ilustración)	151
Noviembre (ilustración)	159
Jorge Isaacs (inicial)	162

El cuervo (ilustración).	174
Una travesura (variedad).	179
Una desgracia (variedad).	186
¡Evohé!... (ilustración).	187
Febea (ilustración)..	189
Después de las elecciones (variedad).	198
El tesoro de los incas (ilustración).	203
La pantorrilla del comandante (ilustración)..	215
Canto al trigo (ilustración)..	220
Alí-Butilufa, cuento vivo.	228
Vida y muerte (ilustración).	234
Autobiografía (ilustración)..	239
En el álbum de la señorita María Angélica Sánchez (ilustración).	248
Un matrimonio en el siglo que viene (variedad).	251
Calaveradas de una mente vagabunda (ilustración).	252
Mariquita (ilustración).	257
Primaveras (ilustración).	261

PASCÓ (J.)

Colón (retrato-alegoría)..	26
------------------------------------	----

PELLICER (José Luis)

La prensa (ilustración).	42
Una persona importante (ilustración)..	235

PLANAS (Eusebio)

Su cabellera (ilustración).	139
-------------------------------------	-----

ROSS (Paciano)

Apeles Mestres (retrato)..	9
Rafael Obligado (alegoría)..	35
Dr. Luis Cordero (retrato).	51
D. Juan de Dios Peza (retrato).	65
Sra. D. ^a Lastenia Larriva de Llona (retrato).	89
D. Enrique Ortega (retrato).	101
Dr. D. Aristóbulo del Valle (retrato).	113
Belleza oriental.	119
Dr. D. Pedro Goyena (retrato).	145
Jorge Isaacs (retrato)..	161
Dr. D. Samuel Blixen (retrato).	183
D. Francisco Bauzá (retrato).	193
Srta. Amalia Puga (retrato).	199
Sr. D. Pablo Della Costa (retrato).	219
José Luis Pellicer (retrato).	243

VEHIL (J.)

Las carabelas de Colón.	31
---------------------------------	----



Alpeles Mestres

ILUSTRE DIBUJANTE ESPAÑOL Y DISTINGUIDO LITERATO

APELES MESTRES

Quien no lo conozca como poeta, lo ha de conocer seguramente como dibujante. Sus trabajos han recorrido todo el mundo civilizado, y hoy es difícil que en Europa, y aun en América, haya alguna persona, de las que hojean revistas periódicas y libros ilustrados, que no haya admirado más de una vez los dibujos de Apeles Mestres. Aquella gracia, aquel gusto artístico, aquellas líneas que parecen trazadas sin esfuerzo, como al acaso, pero que envuelven una idea, una sátira ó una enseñanza, revelan desde el primer momento el lápiz de Mestres.

Como escritor y como artista es una de las figuras que más relieve ofrecen en el moderno renacimiento literario catalán; y si de vista son muchos los que le conocen, los que lo tratan son menos, y los que lo tratan íntimamente contadísimos. Vive retraído, casi solitario, en su nido de la Gran Vía de Barcelona. Allí se ha formado el notable artista y allí se ha modelado su carácter. No lo saquéis de su casa, que en ella tiene todo lo que apetece y todo lo que necesita: una familia que le adora, una esposa que le idolatra y le alienta y comparte con él sus goces y sus triunfos.

El saloncito donde recibe las visitas encierra un conjunto de preciosidades y de hermosos recuerdos: cuadros, espejos, bronce, libros de lujo y códices; en otro salón inmediato continúa la instalación de objetos artísticos, distinguiéndose un gran número de primores japoneses, de cuyo elegante arte es el artista admirador entusiasta. Para su vida íntima está destinada la parte interior de la casa, en el salón de labor de su esposa y aquel comedor adornado, como las demás habitaciones, con magníficos objetos de arte, entre los que descuellan preciosos y antiguos platos, y donde la luz penetra filtrándose entre los árboles del jardín.

En las piezas altas de la casa tiene el artista su taller, uno

de los más curiosos de Barcelona. ¡Qué diversidad de objetos, desde los de más mérito hasta los más fútiles! Allá se ven pinturas y muebles antiguos, tapices, vestidos, armas, uniformes, esculturas, álbums, fotografías, un esqueleto presidiendo impasible aquel desorden, una magnífica colección de minerales, distintos animales disecados y un sin fin de objetos, hermosos unos con la hermosura del arte; otros, acentuadamente cómicos, con aquella nota humorística que caracteriza al poeta y al artista.

Mestres mima á todos aquellos objetos, los cuida, y en cierto modo los quiere, como si estuviesen animados de vida y sentimiento, y fuesen capaces de corresponder á su cariño. Él sabe cuánto le ha costado recogerlos en sus excursiones por Europa y sabe también la utilidad que le prestan en su carrera de dibujante.

Allá, en su taller, conserva además algo que le es aún más personal: nos referimos á sus estudios y dibujos, casi desde el primero hasta el último. Asombra considerar el cúmulo de trabajo que representan, y admira el progreso incesante que revelan aquellos millares de producciones.

Mestres, que empezó á ilustrar para el público en 1874,—contaba entonces diez y nueve años—estima en unos diez y seis mil los dibujos que hasta el presente lleva publicados.

¡Y qué ligereza de mano, qué golpe de vista tan certero, qué intención y qué elegancia!... Y todas estas cualidades innatas, perfeccionándose gradualmente, adquiriendo cada día mayor solidez y fijeza...

Como detalle íntimo del artista debe citarse su *Libro verde*, una colección inédita de dibujos, de ideas originales, de chistosas ocurrencias, de reflejos humorísticos. Trazados en los días de juventud—una juventud enfermiza—con ellos apagaba Mestres la fiebre devoradora que le consumía. Los médicos teníanle prohibido todo género de trabajo, y el enfermo dibujaba por desahogarse. Cada uno de aquellos dibujos es una carcajada contagiosa... hasta he llegado á creer que la risa es más eficaz que todos los medicamentos. ¡Qué sabían los médicos de curar al artista, enfermo más de una

plétora de ideas que de un mal susceptible de ceder á la acción de las pócimas de botica!

Lo mismo que sus dibujos, y quizás con más cuidado, guarda Mestres, ordenados y clasificados por fechas, sus numerosos escritos. Si como dibujante se tiene de él un concepto completo y exacto, como poeta, por apreciado que sea — y lo es mucho — no es aún bastante conocido, debido á que muchas de sus producciones permanecen todavía inéditas.

Y es un poeta notable, fecundo como pocos, enamorado como ninguno del arte divino de la rima. Creemos que ha tomado el arte de dibujar como un simple medio, muy honroso tal como él lo practica, con una grande é incorruptible dignidad; pero en cuanto al arte de escribir, lo considera como una vocación, como un trabajo de orden superior. Si le dijese: «El arte y la poesía son incompatibles: es preciso que dejes de dibujar ó que dejes de escribir,» Apeles Mestres arrojaría el lápiz, por no dejar de ser poeta.

Y hay razón para creerlo así. Siempre que muestra un dibujo nuevo á sus amigos, lo hace sin darle importancia. En cambio, cuando nos lee una nueva inspiración, de aquellas que él sólo sabe concebir y cincelar ¡oh! entonces es de ver la animación que se refleja en su mirada, la atención con que escucha el juicio siempre sincero del amigo á quien consulta. Y no sólo sus obras acabadas, sino también sus bosquejos y sus proyectos son el tema predilecto de sus conversaciones. ¿Queréis tenerlo satisfecho? Habladle de literatura.

Y él sabe bien que los versos, al revés de sus dibujos que se los pagan, y se los pagan á alto precio, no se cotizan en el mercado. No importa: tal vez porque el amor no es tal amor si no es absolutamente desinteresado, ama á la poesía sobre todo: aquella poesía suya, siempre real y humana, siempre elegante y exenta de impurezas; aquella poesía suya que ya en su juventud, con el *Avant*, el *Microcosmos*, y las *Canciones ilustradas*, revelaba una gran originalidad y una audacia de pensamiento no común, y que más tarde aparece depurada y primorosa hasta lo inconcebible en *L'ánima enamorada*, en los *Idilis*, y en los poemas *Margaridó* y *Gaziel*,

verdaderas joyas por la concepción y por la forma; aquella poesía suya, propia, personal, característica, que se aplaude en sus *Baladas*, en sus *Cants íntims*, en su *Garba*, en su *Vobiscum*, y que se aplaudirá más tarde en otras composiciones, cuya gestación se encuentra á la fecha muy adelantada.

El poeta se encariña con sus obras: las piensa largamente, las escribe en las horas de inspiración—que en él son muchas—y por fin, las lima, las depura con extremada delicadeza, las olvida, y un día en que descubre lo que antes no había sabido ver, las da á la luz, y cuando él las publica bien puede afirmarse que es porque está satisfecho de ellas... y el público las saborea tan satisfecho como su propio autor.

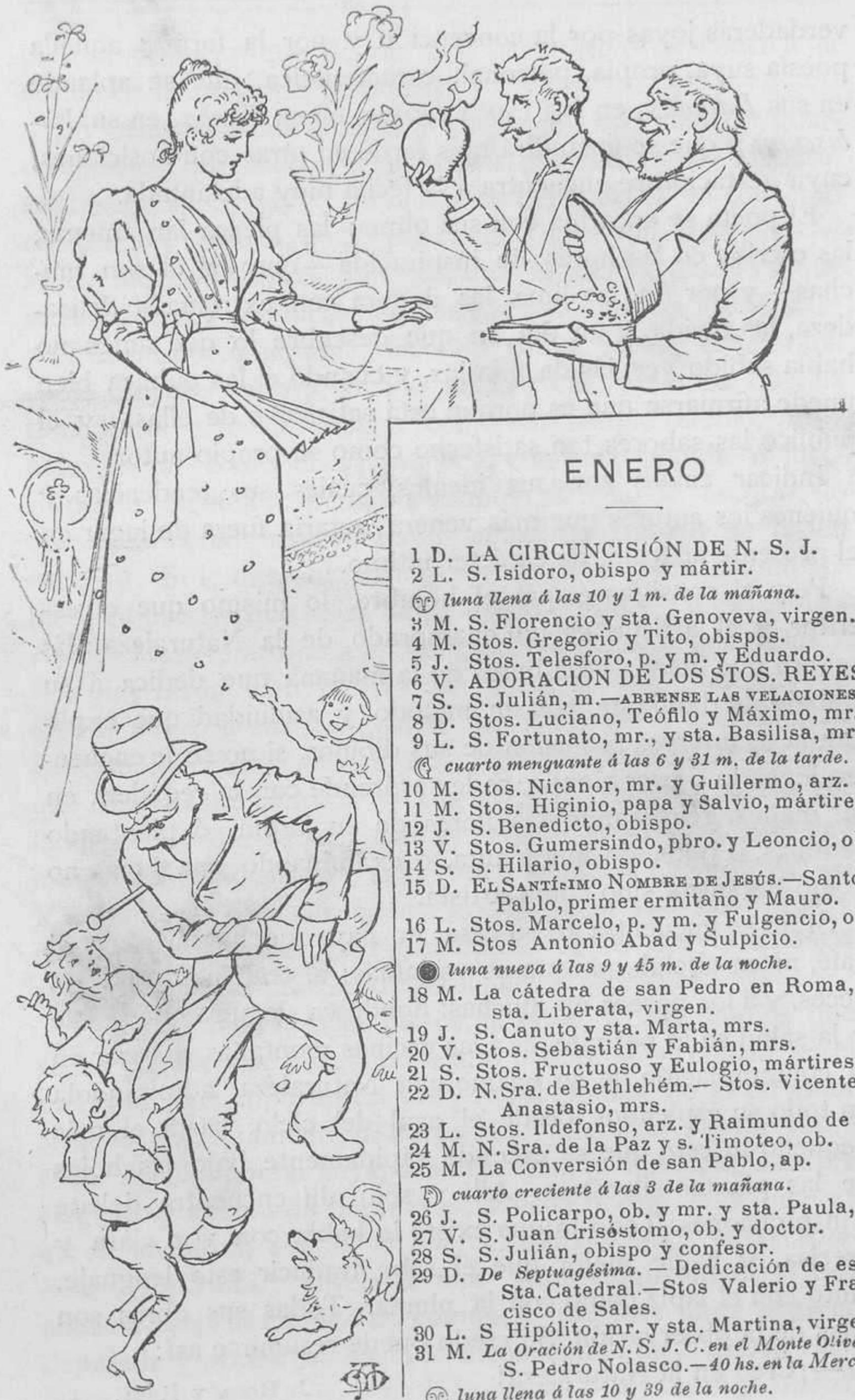
Indicar cuáles son sus ideales, cuáles sus tendencias y quiénes los autores que más venera, estaría fuera de lugar en el presente artículo, de carácter íntimo.

Pero sí consignaré que el hombre, lo mismo que el escritor y el artista, es un enamorado de la Naturaleza. Es seguro que fuera de las horas de la mañana que dedica á su trabajo de dibujante, con un método y asiduidad que explican la asombrosa profusión de sus dibujos, si no se le encuentra leyendo ó escribiendo, se le sorprende con la regadera en las manos, refrescando las flores de su jardín, ó plantando semillas, ó podando una planta, ó examinando una hoja, no como botánico, sino como artista.

Si no se encuentra en su casa, no hay que buscarlo en el café, ni en el club, porque no va jamás: al teatro muy pocas veces, y á los paseos no muchas: donde va siempre que puede y la salud se lo permite, es á las vecinas montañas, á gozar en la contemplación de su enamorada Naturaleza, admirándola en todo su esplendor, desde el azul del cielo, hasta el más pequeño insecto que se esconde rápidamente bajo las hojas de las plantas silvestres. Allí y sólo allí encuentra deleite é inspiraciones. Todo lo que existe le habla con voz clara y precisa, y nadie mejor que él sabe traducir este lenguaje, tanto con el lápiz como con la pluma. Todas sus obras son hijas de la observación. Su credo puede resumirse así:

—¡Creo en la Naturaleza!

J. ROCA Y ROCA.



ENERO

- 1 D. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
 2 L. S. Isidoro, obispo y mártir.
 ☾ *luna llena á las 10 y 1 m. de la mañana.*
 3 M. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
 4 M. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
 5 J. Stos. Telesforo, p. y m. y Eduardo.
 6 V. ADORACION DE LOS STOS. REYES.
 7 S. S. Julián, m.—ABRENSE LAS VELACIONES.
 8 D. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
 9 L. S. Fortunato, mr., y sta. Basilisa, mr.
 ☽ *cuarto menguante á las 6 y 31 m. de la tarde.*
 10 M. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arz.
 11 M. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
 12 J. S. Benedicto, obispo.
 13 V. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, ob.
 14 S. S. Hilario, obispo.
 15 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—Santos Pablo, primer ermitaño y Mauro.
 16 L. Stos. Marcelo, p. y m. y Fulgencio, ob.
 17 M. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
 ● *luna nueva á las 9 y 45 m. de la noche.*
 18 M. La cátedra de san Pedro en Roma, y sta. Liberata, virgen.
 19 J. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
 20 V. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
 21 S. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
 22 D. N. Sra. de Bethlehém.— Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
 23 L. Stos. Ildefonso, arz. y Raimundo de P.
 24 M. N. Sra. de la Paz y s. Timoteo, ob.
 25 M. La Conversión de san Pablo, ap.
 ☽ *cuarto creciente á las 3 de la mañana.*
 26 J. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, v.
 27 V. S. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.
 28 S. S. Julián, obispo y confesor.
 29 D. De Septuagésima.— Dedicación de esta Sta. Catedral.—Stos. Valerio y Francisco de Sales.
 30 L. S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
 31 M. La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olive'e. S. Pedro Nolasco.—40 hs. en la Merced.
 ☾ *luna llena á las 10 y 39 de la noche.*



FEBRERO

- 1 M. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. y mr.
- 2 J. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA.
Stos. Firmo y Cándido.
- 3 V. Stos. Blas, ob y Laurentino, mrs.
- 4 S. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato.
- 5 D. *De Sexagésima.* — S. Albino, ob. y santa
Agueda, virgen.
- 6 L. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires.
- 7 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.*
—Stos. Romualdo, ab. y Ricardo, rey.
- 8 M. Stos. Juan de Mata, Lucio y Ciriaco.
- ☾ *cuarto menguante á las 4 y 1 m. de la tarde.*
- 9 J. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
- 10 V. Stos. Ireneo, Amancio y Escolástica.
- 11 S. Stos. Félix, mr., y Saturnino, papa.
- 12 D. *De Quincuagésima.*—*Ind. de 40 h. en las Ca-*
talinas. — Stos. Damián y Modesto, y
sta. Eulalia.—CARNIVAL.
- 13 L. S. Benigno, mr., y sta. Catalina, vr.
- 14 M. S. Valentin. CIÉRRENSE LAS VELACIONES.
- 15 M. CENIZA.—*Abs. y ayuno* — S. Faustino mr.
—*Principia el ayuno cuaresmal.*
- 16 J. Stos. Gregorio, p. y Elias, profeta.
- *luna nueva á la 1 y 5 m. de la tarde.*
- 17 V. *Abstín.*—Stos. Rómulo, mártir y Julián.
— La Sagrada Corona de Espinas de
N. S. J. C.
- 18 S. Stos Simeón ob. y Claudio, mrs.
- 19 D. *1.º de Cuzresma.*—Stos. Gavino y Marce-
lo, mrs.
- 20 L. Stos. Eleuterio, ob. y Nemesio, mrs.
- 21 M. Stos. Félix, ob. y Fortunato, mr.
- 22 M. *Témporas.*—La cátedra de s. Pedro en
Antioquía y sta. Margarita.
- 23 J. Stos. Pedro Damián, ob. y Policarpo.
- ☽ *cuarto creciente á las 11 y 7 m. de la mañana.*
- 24 V. *Témp.*—*Abet.*— Stos. Matias y Modesto.
—La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
- 25 S. *Témporas.*— S. Sebastián.
- 26 D. *2.º de Cuuresma.*—N. Sra. de Guadalupe
— S. Alejandro.
- 27 L. S. Baldomero, cfr.
- 28 M. Stos. Justo y Rufino, mrs.





MARZO

- 1 M. S. Rudesindo, obispo.
- 2 J. Stos. Heraclio, mr. y Florencio.
- ☾ luna llena á las 12 y 39 m. del día.
- 3 V. Abs. — La Sta. Sábana de N. S. J. C. — Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
- 4 S. S. Casimiro, confesor.
- 5 D. 3.^o de Cuaresma. — S. Adrián, mártir.
- 6 L. S. Olegario, ob. y Victoriano, mártir.
- 7 M. Sto. Tomás de Aquino.
- 8 M. S. Juan de Dios.
- 9 J. Sta. Francisca Romana, virgen.
- 10 V. Abst. — S. Melitón y los 40 mártires. — Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
- ☾ cuarto menguante á la 1 y 10 m. de la tarde.
- 11 S. S. Zacarías, padre de S. Juan Bautista.
- 12 D. 4.^o de Cuaresma. — S. Gregorio.
- 13 L. Stos. Leandro, obispo y Macedonio.
- 14 M. Stas. Florentina, vrg. y Matilde, reina.
- 15 M. S. Raimundo, abad.
- 16 J. Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
- 17 V. Abst. — La Sma. Sangre de N. S. J. C. — S. Patricio y sta. Gertrudis.
- 18 S. S. Gabriel arcángel. — RESEÑA.
- luna nueva á la 1 y 31 m. de la mañana.
- 19 D. ✠ DE PASIÓN. — EL PATRIARCA SAN JOSE. — RESEÑA.
- 20 L. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.
- 21 M. S. Benito abad. OTOÑO.
- 22 M. Stos. Deogracias, ob. y Octaviano.
- 23 J. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
- 24 V. Abst. — Los siete Dolores de María Sma. — Stos. Agapito, ob. y Dionisio.
- ☾ cuarto creciente á las 6 y 41 m. de la tarde.
- 25 S. LA ENCARNACION DE N. S. J. C. — S. Ireneo. — RESEÑA.
- 26 D. DE RAMOS. — S. Manuel. — RESEÑA.
- 27 L. SANTO. — S. Ruperto, obispo y confesor.
- 28 M. SANTO. — Stos. Sixto, p. y Doroteo, mr.
- 29 M. SANTO. — Stos. Cirilo y Pastor. — Ay. y abst. hasta el Sábado Santo inclusive. — RESEÑA.
- 30 J. SANTO. — S. Juan Climaco.
- 31 V. SANTO. — S. Benjamín y santa Balbina.



ABRIL

1 S. SANTO. — S. Venancio. — La impresión de las llagas de sta. Catalina.

☾ luna llena á las 3 y 44 m. de la mañana.

2 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. — S. Francisco de Paula. — 40. h. en Montserrat.

3 L. S. Benito de P. — La traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima.

4 M. S. Isidoro, arzobispo.

5 M. San Vicente Ferrer y sta. Irene.

6 J. Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.

7 V. Stos. Epifanio y Rufino.

8 S. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mr.

9 D. DE CUASIMODO. — Stas. Casilda y María Cleofé.

☽ cuarto menguante á las 7 y 54 m. de la mañana.

10 L. S. Ezequiel. — ÁBRENSSE LAS VELACIONES.

11 M. Stos. León, doctor y Felipe, papa.

12 M. Stos. Julio, papa y Víctor, mr.

13 J. Stos. Hermenegildo y Justino, mrs.

14 V. S. Pedro G. Telmo.

15 S. S. Máximo y sta. Anastasia.

16 D. S. Toribio de Liébana, obispo.

● luna nueva á las 11 y 31 m. del día.

17 L. S. Aniceto, p. y Beata María Ana de J.

18 M. S. Eleuterio, obispo y mártir.

19 M. Stos. Jorge, obispo y Vicente.

20 J. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.

21 V. S. Anselmo, ob. y s. Simeón, ob. y mr.

22 S. Stos. Sotero, Cayo, p. y mrs. y Teodoro.

23 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSE. — Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, ms.

☽ cuarto creciente á las 2 y 45 m. de la mañana.

24 L. Stos. Honorio, ob. y Fidel de Samaria.

25 M. S. Marcos Evangel. — Letanías mayores.

26 M. Stos. Cleto y Marcelino, papa y mr. y Pedro, obispo.

27 J. Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol.

28 V. Stos. Prudencio, Vital y sta. Valeria.

29 S. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.

30 D. NTRA. SRA. DE LUJAN. — Sta. Catalina de Sena. — Ind. 40 horas en su iglesia.

☾ luna llena á las 7 y 33 m. de la tarde.





MAYO

- 1 L. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
- 2 M. Stos. Anastasio, ob. y Celestino, mr.
- 3 M. La Inv. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
- 4 J. S. Silvano, ob. y sta. Mónica, viuda.
- 5 V. S. Pio V y la Conversión de s. Agustín.
- 6 S. El martirio de s. Juan Evangelista.
- 7 D. Stos. Benedicto y Estanislao.
- 8 L. *Rogaciones*. — La aparición de s. Miguel arcángel.

☾ cuarto menguante á las 10 y 59 m. de la noche.

- 9 M. *Rogac.*—S. Gregorio Nacianceno, ob.
- 10 M. *Rogac.*—Stos. Antonio, arzob. y Cirilo.
- 11 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. — Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mr.
- 12 V. Sto. Domingo de la Calzada.
- 13 S. Stos. Segundo y Pedro Regalado.
- 14 D. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
- 15 L. Stos. Isidro labrador y Torcuato.

● luna nueva á las 7 y 36 m. de la tarde.

- 16 M. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.
- 17 M. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, v. m.
- 18 J. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
- 19 V. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.
- 20 S. *Abst. y ay.*—S. Bernardino de Sena.
- 21 D. PASCUA DEL ESP. SANTO. — S. Timoteo, ob y mr.—*Indul. de 40 h. en Mont.*
- 22 L. Stas. Rita de Casia y Quiteria, v. y m.

☽ cuarto creciente á las 12 y 4 m. del día.

- 23 M. Stos. Desiderio, ob. y Vicente, presb.
- 24 M. *Témp. y ay.*—Stas. Afra y Susana, mrs.
- 25 J. Stos Gregorio VII y Urbano.—FIESTA CIVICA.
- 26 V. *Témp. y ay.*—Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
- 27 S. *Témps. y ay.*—S. Juan, papa y mártir.
- 28 D. LA SANTISIMA TRINIDAD.—*Titul. de esta archidiócesis.*—Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs —*Ind. de 40 h. en la Cated.*
- 29 L. Stos. Máximo, ob. y Alejandro, mr.
- 30 M. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.

☾ luna llena á las 11 y 24 m. del día.

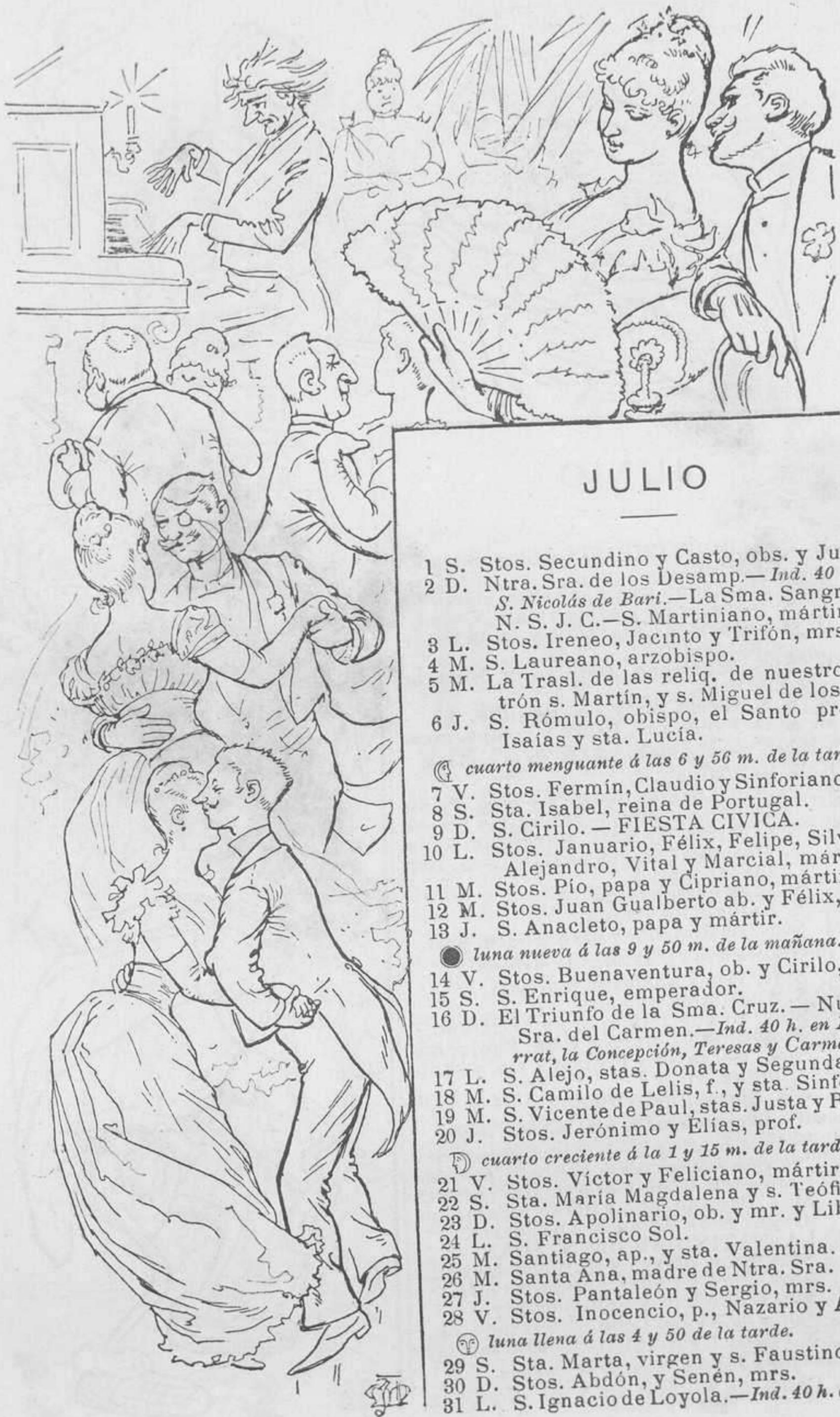
- 31 M. Sta. Angela de Merici.



JUNIO

- 1 J. ☩ CORPUS CHRISTI.—Stos. Segundo y Fortunato.
- 2 V. S. Marcelino y compañeros, mártires.
- 3 S. S. Isaac, conf. y santa Paula, virgen.
- 4 D. S. Francisco Caracciolo y santa Saturnina, martir.
- 5 L. Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mártires.
- 6 M. S. Norberto, ob. y sta. Paulina, mr.
- 7 M. Stos. Pablo, ob., Pedro y comps. mrs.
- ☾ cuarto meng. á las 10 y 31 m. de la mañana.
- 8 J. S. Salustiano.
- 9 V. EL SAG. CORAZÓN DE JESÚS.—Stos. Primo y Feliciano, mrs. — 40 h. en San Ignacio.
- 10 S. S. Zacarías, mr. y sta. Margarita, reina.
- 11 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.—S. Bernabé, apóstol.
- 12 L. S. Juan de Sahagún.
- 13 M. S. Antonio de Padua.
- 14 M. Stos. Basilio, ob. y dr. y Eliseo, prof.
- ☾ luna nueva á la 2 y 42 m. de la mañana.
- 15 J. Stos. Vito y Modesto, mártires.
- 16 V. S. Aureliano, obispo.
- 17 S. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano.
- 18 D. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, ms
- 19 L. Stos. Gervasio y Protasio, ms. y santa Juliana, virgen.
- 20 M. Sta. Florentina, virgen.
- ☽ cuarto creciente á las 11 y 24 m. de la noche.
- 21 M. S. Luis Gonzaga.—Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral. INVIERNO.
- 22 J. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, m.
- 23 V. Ayuno.—Stos. Zenón y Apolinario.
- 24 S. LA NATIVIDAD DE S. JUAN B.
- 25 D. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
- 26 L. Stos. Juan y Pablo, hermanos mrs.
- 27 M. Stos. Zoilo, mr. y Ladislao. rey.
- 28 M. Abst. y ay.—Stos. León, p. é Ireneo, ob.
- 29 J. S. PEDRO Y S. PABLO.—40 h. en la Cat.
- ☽ luna llena á la 2 y 38 m. de la mañana.
- 30 V. Conm. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana.





JULIO

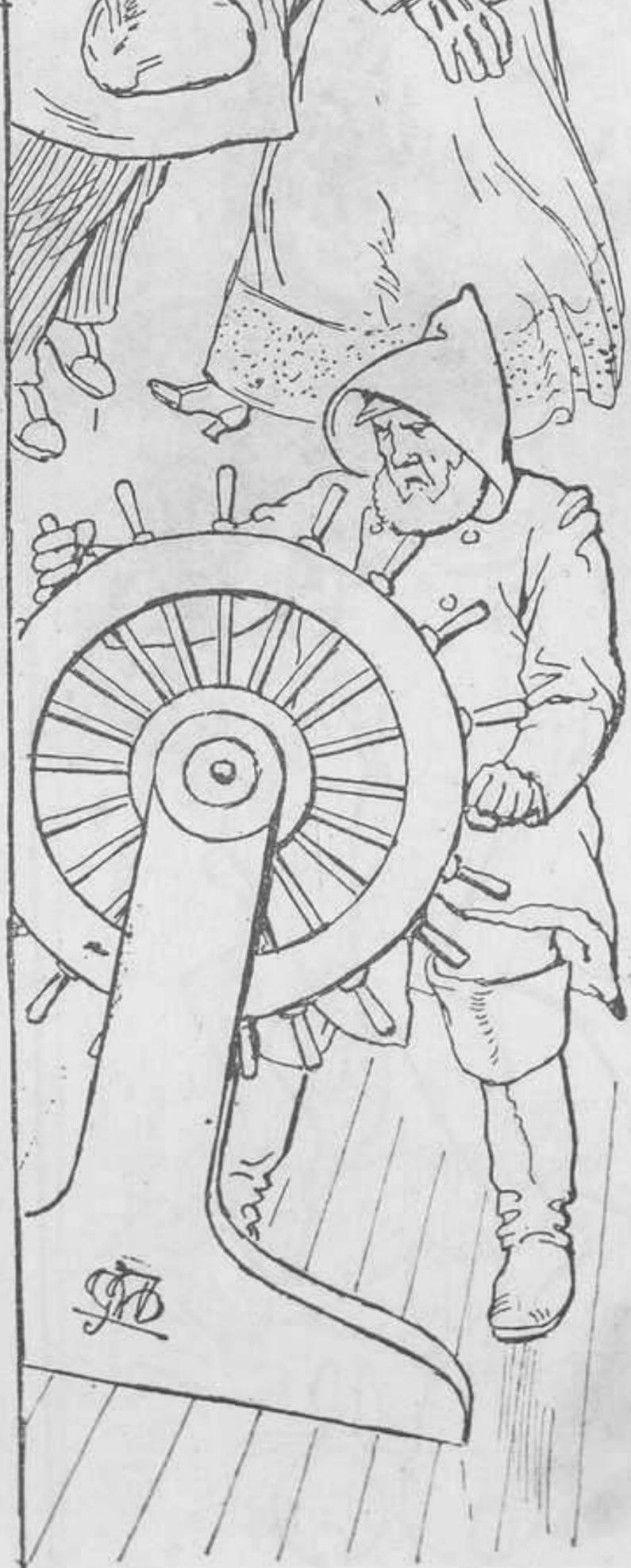
- 1 S. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio.
 - 2 D. Ntra. Sra. de los Desamp.—Ind. 40 h. en S. Nicolás de Bari.—La Sma. Sangre de N. S. J. C.—S. Martiniano, mártir.
 - 3 L. Stos. Ireneo, Jacinto y Trifón, mrs.
 - 4 M. S. Laureano, arzobispo.
 - 5 M. La Trasl. de las reliq. de nuestro patrón s. Martín, y s. Miguel de los S.
 - 6 J. S. Rómulo, obispo, el Santo profeta Isaías y sta. Lucía.
- ☾ cuarto menguante á las 6 y 56 m. de la tarde.
- 7 V. Stos. Fermín, Claudio y Sinfiorano, ms.
 - 8 S. Sta. Isabel, reina de Portugal.
 - 9 D. S. Cirilo. — FIESTA CIVICA.
 - 10 L. Stos. Enero, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mártires.
 - 11 M. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
 - 12 M. Stos. Juan Gualberto ab. y Félix, mr.
 - 13 J. S. Anacleto, papa y mártir.
- luna nueva á las 9 y 50 m. de la mañana.
- 14 V. Stos. Buenaventura, ob. y Cirilo, mr.
 - 15 S. S. Enrique, emperador.
 - 16 D. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Nuestra Sra. del Carmen.—Ind. 40 h. en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.
 - 17 L. S. Alejo, stas. Donata y Segunda, ms.
 - 18 M. S. Camilo de Lelis, f., y sta. Sinfiorosa
 - 19 M. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina
 - 20 J. Stos. Jerónimo y Elías, prof.
- ☽ cuarto creciente á la 1 y 15 m. de la tarde.
- 21 V. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
 - 22 S. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
 - 23 D. Stos. Apolinario, ob. y mr. y Liborio.
 - 24 L. S. Francisco Sol.
 - 25 M. Santiago, ap., y sta. Valentina.
 - 26 M. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
 - 27 J. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs.
 - 28 V. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio.
- ☾ luna llena á las 4 y 50 de la tarde.
- 29 S. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
 - 30 D. Stos. Abdón, y Senén, mrs.
 - 31 L. S. Ignacio de Loyola.—Ind. 40 h. en su igl.





AGOSTO

- 1 M. Stos. Pedro Advincula, y Domiciano.
- 2 M. N. Sra. de los Angeles, stos. Estéban, Pedro de O. y Alfonso M. de Ligorio.
—*Jubileo de Porciúncula.*
- 3 J. Inven. de s. Esteb., pr.-mr., y s. Eufronio.
- 4 V. S. Domingo de Guzmán, fr.—*Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
- 5 S. Ntra. Sra. de las Nieves.—S. Osvaldo.
☾ *cuarto menguante á la 1 y 24 m. de la mañana.*
- 6 D. La Transfig. de N. S. J. C., s. Sixto, p.
- 7 L. Stos. Cayetano, fdr., Pedro y Julián.
- 8 M. Stos. Ciriaco, Eleuterio y comps. mrs.
- 9 M. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
- 10 J. S. Lorenzo, mr. y sta. Paula, v. y mr.
- 11 V. Stos. Rufino, Tiburcio, y sta. Susana.
● *luna nueva á las 6 y 2 m. de la tarde.*
- 12 S. Sta. Clara, v. — *Pat. menor de esta ciudad por su reconquista.— Ind. 40 h. en S. Juan.*
- 13 D. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena.
- 14 L. *Abst. y ay* —S. Eusebio, mr.
- 15 M. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SMA.
- 16 M. S. Roque.— *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
- 17 J. Stos. Anastasio y Bonifacio.
- 18 V. Stos. Floro y Agapito.
- 19 S. Stos. Luis, ob., Julio y Andrés, mrs.
☽ *cuarto creciente á las 5 y 37 m. de la mañana.*
- 20 D. S. JOAQUÍN, PADRE DE NTRA. SRA., S. Bernardo ab. y el santo profeta Samuel.
- 21 L. Sta. Juana Francisca de Chantal.
- 22 M. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
- 23 M. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
- 24 J. Stos. Bartolomé, ap. y Romano, ob.
- 25 V. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
- 26 S. Stos. Ceferino, Ireneo y Adriano, ms.
- 27 D. S. José de Calasanz.
☽ *luna llena á las 5 y 40 m. de la mañana.*
- 28 L. Stos. Agustín, ob. y dr., y Bibiano, ob.
- 29 M. Sta. Cándida, virgen.
- 30 M. SANTA ROSA DE LIMA, vn., patrona principal de esta América Meridional.— *Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*
- 31 J. S. Ramón N.—*Ind. de 40 h. en la Merced.*





SEPTIEMBRE

- 1 V. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
- 2 S. Stos. Antonino, mártir, Esteban, rey y sta. Máxima, mártir.
- 3 D. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia.
☾ cuarto menguante á las 7 y 2 m. de la mañana.
- 4 L. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, vgn. y s. Silvano, mártir.
- 5 M. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano.
- 6 M. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
- 7 J. S. Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
- 8 V. ✠ LA NAT. DE MARIA SMA.—Ind. de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y Mont.
- 9 S. S. Jerónimo y sta. María de la Cabeza.
- 10 D. EL DULCE N. DE MARÍA.—Stos. Nicolás de Tolentino, y Lucio.
● luna nueva á las 4 y 12 m. de la mañana.
- 11 L. S. Emiliano, obispo y mártir.
- 12 M. S. Serapio y Leoncio, mrs.
- 13 M. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
- 14 J. La Exaltación de la Sma. Cruz.—Indulgencia de 40 h. en el Socorro.
- 15 V. Sta. Melitona.
- 16 S. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
- 17 D. La Conmem. de los Dolores de la Santísima Virgen.—S. Pedro de Arbués.
☽ cuarto creciente á las 12 y 3 m. de la noche.
- 18 L. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía.
- 19 M. S. Genaro y compañeros, mártires.
- 20 M. Tém. y ayuno.—S. Eustaquio.
- 21 J. S. Mateo, apóstol. **PRIMAVERA.**
- 22 V. Tém. y ay.—S. Mauricio y comps. mrs.
- 23 S. Tém. y ay.—Stos. Lino, p. y Constancio.
- 24 D. Ntra. Sra. de las Mercedes.—Ind. de 40 horas en su iglesia.—S. Gerardo, ob.
- 25 L. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).
☾ luna llena á las 5 y 30 m. de la tarde.
- 26 M. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
- 27 M. Stos. Cosme y Damián, hermanos ms.
- 28 J. S. Wenceslao, y el b. Simón de Rojas.
- 29 V. Dedicación de s. Miguel Arcángel.—Indulg. de 40 horas en su iglesia.
- 30 S. S. Jerónimo, dr. y sta. Sofía, viuda.



OCTUBRE

- 1 D. *Jubileo.* — *Ntra. Sra. del Rosario.* — S. Remigio, obispo.
- 2 L. Stos. Angeles Custodio y s. Eleuterio.
☾ *cuarto menguante á la 1 y 4 m. de la tarde.*
- 3 M. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
- 4 M. S. Francisco de Asis. — *Ind. 40 h. en su igl.*
- 5 J. S. Froilán, obispo.
- 6 V. S. Bruno, fundador. — *Indulg. de 40 horas en Santo Domingo del Smo. Rosario.*
- 7 S. S. Marcos, p. y sta. Justina, vr. y mr.
- 8 D. *La Maternidad de María Sma.* — S. Demetrio, mr. y sta. Brígida, viuda.
- 9 L. S. Dionisio, el sto. Patriarca Abrahán.
● *luna nueva á las 5 y 6 m. de la tarde.*
- 10 M. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.
- 11 M. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
- 12 J. *Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Alfredo.* — *Ind. de 40 h. en la Recoleta.*
- 13 V. S. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
- 14 S. Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata.
- 15 D. *La Pureza de María Sma.* — Sta. Teresa de Jesús, v. y stos. Bruno y Fortunato.
- 16 L. Stos. Martiniano y Nereo, mártires.
- 17 M. S. Florentino, mr. y sta. Eduvigis, vda.
☽ *cuarto creciente á las 7 y 17 m. de la tarde.*
- 18 M. S. Lucas, evangelista, y Justo, mr.
- 19 J. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
- 20 V. Stos. Feliciano, y stas. Irene y Saula.
- 21 S. S. Hilarión, ob. y sta. Ursula vn. y mr.
- 22 D. Stos. Felipe. ob. y Severo.
- 23 L. Stos. Pedro Pascual, ob. y Donato, ob.
- 24 M. S. Rafael Arcángel.
- 25 M. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria.
☾ *luna llena á las 4 y 29 m. de la mañana.*
- 26 J. Stos. Evaristo, Servando y Germán.
- 27 V. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
- 28 S. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol.
- 29 D. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia.
- 30 L. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
- 31 M. *Ayuno.* — S. Nemesio y sta. Lucila, ms.
☾ *Cuarto menguante á las 8 y 43 de la noche.*





NOVIEMBRE

- 1 M. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
 - 2 J. La Conmem. de los fieles difuntos.—
S. Ciriaco, mártir.
 - 3 V. Sta. Eustoquia.
 - 4 S. Stos. Carlos Borromeo, y Nicandro.
 - 5 D. S. Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
 - 6 L. Stos. Severo, mr., y Leonardo, cfr.
 - 7 M. Stos. Florencio, ob. y Amaranto, mr.
 - 8 M. Stos. Severo y Victorino, mártires.
- ☉ luna nueva á las 9 y 2 m. de la mañana.
- 9 J. Stos. Teodoro y Alejandro.
 - 10 V. Stos. Andrés Avelino y Trifón, mrs.
 - 11 S. ✠ S. MARTÍN, ob. Patrón principal de
esta Archid.—Ind. 40 h. en la Catedral.
 - 12 D. Patroc. de Ntra. Sra.—Stos. Martín, p.
y Diego de Alcalá.—40 h. en Balvanera.
 - 13 L. Stos. Antonino, Germán, mrs. y Esta-
nislao de Koska.
 - 14 M. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
 - 15 M. Stos. Eugenio, obispo y mr., Leopoldo
y sta. Gertrudis, virgen.
 - 16 J. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
- ☽ cuarto creciente á la 1 y 45 m. de la tarde.
- 17 V. Stos. Gregorio Taumaturgo y Víctor.
 - 18 S. S. Máximo, obispo.
 - 19 D. S. Ponciano, p y m. y sta. Isabel.
 - 20 L. S. Félix de Valois y Octavio, mrs.
 - 21 M. La Presentac. de Ntra. Sra.—Stos. Al-
berto y Honorio.—Ind. 40 h. en S. Miguel.
 - 22 M. Sta. Cecilia, virgen y mr.
 - 23 J. S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
- ☾ luna llena á las 12 y 56 m. del día.
- 24 V. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, vn.
 - 25 S. Sta. Catalina, virgen y mr.
 - 26 D. Ntra. Sra. de la Piedad.—Los Despo-
sorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.—Ind.
de 40 h. en su iglesia.
 - 27 L. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.
 - 28 M. S. Gregorio III, papa y Mansueto.
 - 29 M. Stos. Saturnino y Filomeno.
 - 30 J. S. Andrés, ap., y sta. Justina, v. y m.
- ☽ cuarto menguante á las 6 y 58 m. de la mañana,



DICIEMBRE

- 1 V. S. Eloy y stas. Cándida, mr. y Natalia.
 2 S. S. Silvano, ob. y sta. Bibiana, vgn.—
 CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
 3 D. *I de Adviento.*—Stos. Francisco Javier,
 Crispín y Claudio, mrs.
 4 L. Sta. Bárbara, vgn.
 5 M. S. Sabas, ab. y sta. Crispina.
 6 M. S. Nicolás de Bari.
 7 J. *Ayuno.*—Stos. Ambrosio y Policarpo.
 8 V. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION
 DE MARIA SMA. — *Ind. de 40 horas.*

☉ *luna nueva á las 3 y 30 m. de la mañana.*

- 9 S. *Ayuno.*—Stas. Leocadia y Valeria, vgs.
 10 D. *II de Adviento.*—Ntra. Sra. de Loreto, y
 santas Gorgonia y Eulalia.
 11 L. Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.
 12 M. S. Donato y sta. Emerenciana, v. y m.
 13 M. Sta. Lucía, virgen y mártir.
 14 J. Stos. Nicasio, ob. y Arsenio, mr.
 15 V. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, ms.
 16 S. Stos. Eusebio, ob. y Valentin, mrs.

☽ *cuarto creciente á las 6 y 12 m. de la mañana.*

- 17 D. *III de Adviento.*—S. Lázaro, obispo.
 18 L. S. Teótimo.
 19 M. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.
 20 M. *Témp. y ay.*—Sto. Domingo de Silos y
 sta. Liberata.
 21 J. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
 22 V. *Témp. y ay.*—Stos. Demetrio y Floro, ms.
 23 S. *Témp.*—*Vigilia con ay. y abs.*—El beato
 Nicolás Factor y sta. Victoria.

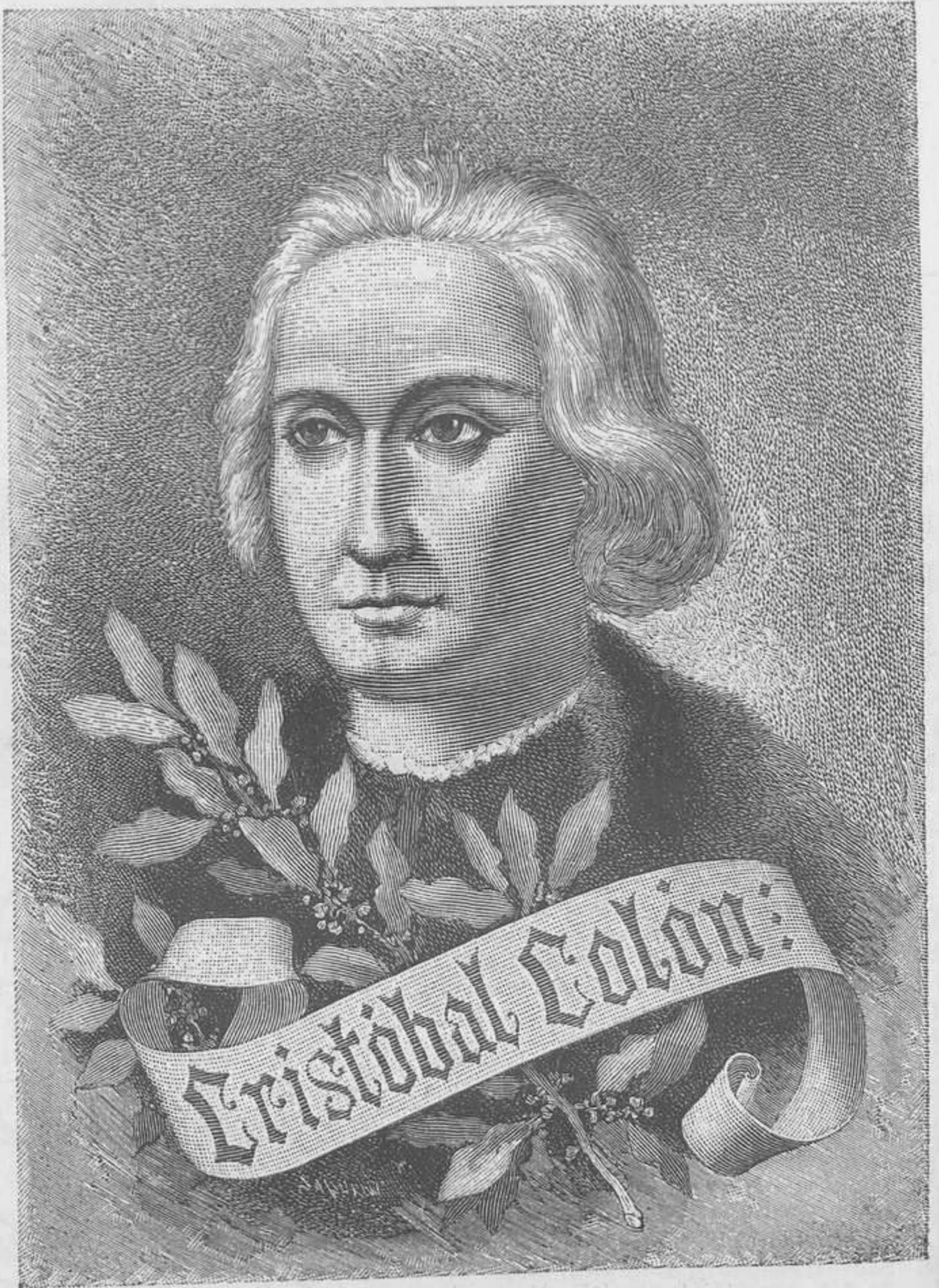
☾ *luna llena á la 1 y 22 m. de la mañana.*

- 24 D. Stos. Gregorio y Luciano, mrs.
 25 L. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
 26 M. S. Esteban, proto-mártir.
 27 M. S. Juan, apóstol y evangelista.
 28 J. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro.
 29 V. Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y
 el sto. rey profeta David.

☾ *cuarto menguante á las 8 y 25 m. de la noche.*

- 30 S. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
 31 D. S. Silvestre, p., y sta. Paulina.





EL POEMA DE COLÓN

(FRAGMENTO DEL CANTO I)

(INÉDITO)

HABLA EL NUEVO MUNDO

En mí, Naturaleza,
contraste haciendo á la expresión que imprime
el pálido terror en su belleza,
sumergida en el mar de lo sublime,
para que llena de feliz encanto
más dulces horas á mi vida labre,
como dos alas cariñosas, abre
en regia pompa su florido manto.

En él, rico en fragancia,
el *plátano* pomposo,
á perfumar mi cabellera, escancia
con pródiga abundancia
el fresco jugo de su tronco airoso:
del aura á las querellas
abre sus hojas como verdes cintas,
para tejer con ellas
su parasol de delicadas tintas;
y á su apacible sombra resguardados,
los canastillos de sus frutos mece,
y del verano en la estación me ofrece
el ámbar en racimos sazonados.

De mi suelo feliz, rica preseña
del hombre á la indolencia, y altanero,
sus codiciados globos balancea

en su rama floral el *cocotero*.
Licor y fruta, en su recinto breve
la urna fibrosa, con el agua helada
que á mitigar su sed, el labio bebe,
me brinda, á sus cortezas apretada,
la dulce almendra que amasó con nieve.

Del llano en el confín, donde se oculta
el más rico florón de mi corona,
y ruda virgen de melena inculta
en fuegos arde la caliente zona,
el *soconusco*, ufano,
con los tesoros que le dió el verano
al rico acervo de mis trojes llega,
y blando al ruego de mi amor, entrega
en cárcel de rubí, su pardo grano.

Gallarda y opulenta,
la dulce planta del *maizal* sonoro,
toda es oro en sazón cuando presenta
sus esplendores para mí, y ostenta
de sus ópimos frutos el tesoro:
oro el grano que aprietan sus panojas,
oro las hebras de su frente, y oro
el cerrado abanico de sus hojas.

Del *ananá* la piña delicada,
que brota de mi Edén en los verjeles,
por mí solicitada
abre, ya sazónada,
de su esquiva corteza los dinteles;
y de mi ruego amante á los accesos,
con el dulzor de sus primeras mieles
me da el dulzor de sus primeros besos.

De la escondida selva en el regazo,
la *vainilla* olorosa,
se arrastra en busca del amante abrazo
que la reciba en su ascensión gloriosa:
hasta que, ya vecina
la estación que germina
al soplo bienhechor de los amores,
en la más alta copa se levanta,
para ceñir á mi real garganta
los purpúreos collares de sus flores.

Tostado por el sol esplendoroso,
y á aletargar el ánimo cobarde,
el *tabaco* aromoso
cual suave antorcha de mis sueños arde;
fingiendo á veces, cuando al cielo envía
de sus vapores la columna blanca,
un rayo de alegría
que á mi afligido corazón arranca
su salvaje y feroz melancolía.

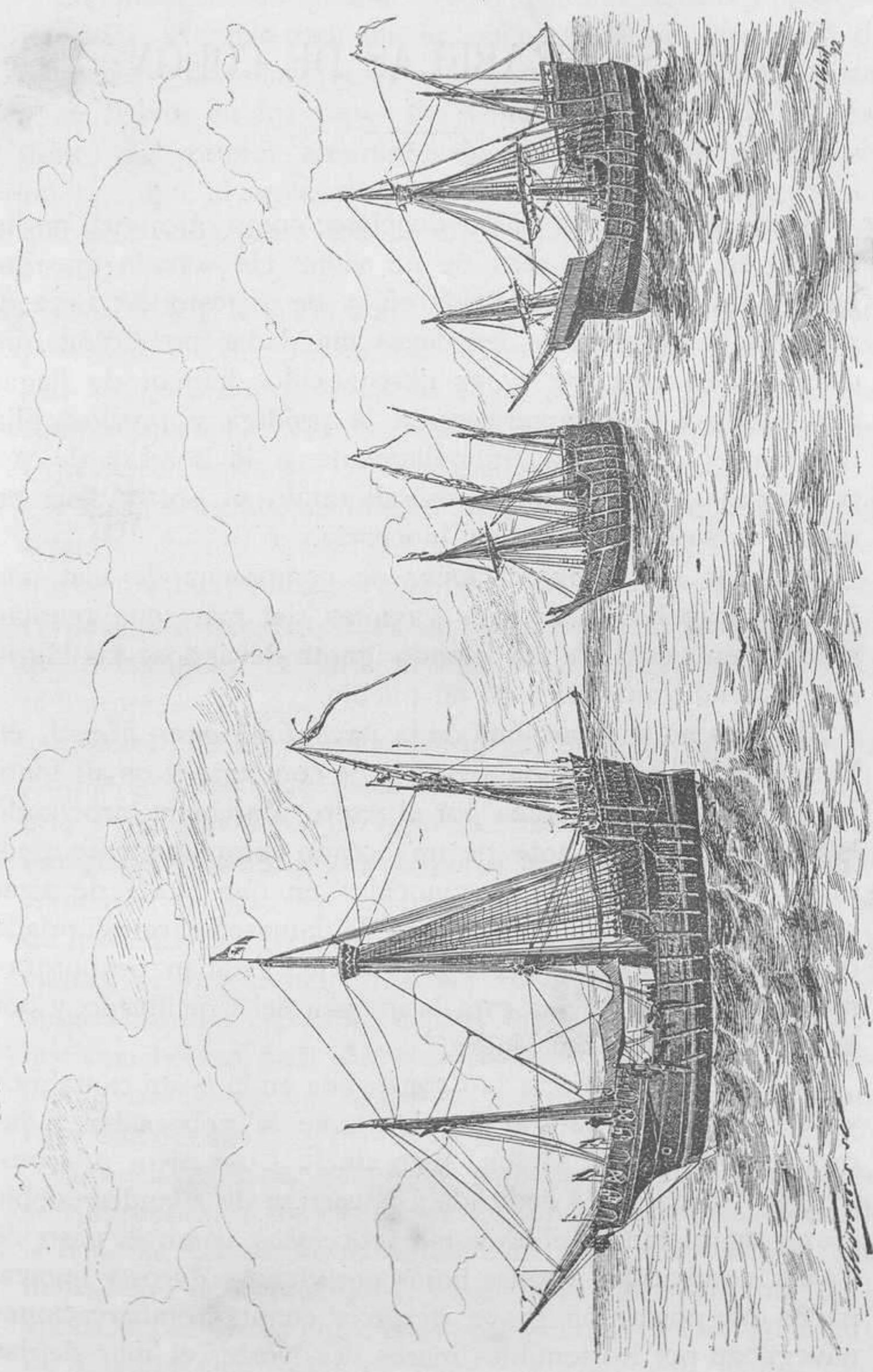
Movido por secreto sentimiento
y entonando canciones plañideras,
su penacho de espadas tiende al viento
el solitario bosque de palmeras.
Las frescas flores, de mi luz despojos,
lucen gallardas sus matices rojos,
y á endulzar de mi pena los agravios
me llaman con la risa de sus labios
ó con la dulce lengua de sus ojos:
de amor sin mancha, soberano emblema,
y palpitantes de pasión suprema,
del árbol en que cantan se descriñen
las verdes ramas, y á mi frente ciñen
de sus hojas perladas la diadema;
y hasta el tronco desnudo
que, en lánguido desmayo,

es esqueleto de la selva mudo,
herido por el rayo,
en sus frías cortezas pimpollece,
cristaliza sus débiles aromas,
y, al sentirme pasar, me los ofrece
en los rubios panales de sus gomas.

J. J. GARCÍA VELLOSO.



LAS CARABELAS DE COLON



SANTA MARÍA

NIÑA

PINTA

LAS CARABELAS DE COLÓN

Acabo de tener un sueño delicioso, como otro igual no he tenido en todos los días de mi vida. He soñado que me hallaba en el puerto de Palos en 3 de Agosto de 1492, y presenciaba la salida de las naves mandadas por Colón; que después de surcar por mares desconocidos habían de llegar á la hermosa tierra americana, á la pródiga y preciosa hija del mar, que dormía tranquilamente á la sombra de sus pomposas ceibas y cocoteros, adorando el sol y feliz en medio de su ignorancia y su inocencia.

Aquellas tres embarcaciones se componían de una nao y dos carabelas. Eran tres gaviotas del mar, que tendían sus alas en busca de un mundo ignoto llevándose las lágrimas y bendiciones de todo un pueblo.

Mis ojos no se apartaban de la nave *La Santa María*, en la que se embarcó Colón, después de comulgar y oír de hinojos la misa del alba dicha por el padre Marchena, arbolando la insignia de almirante de un océano completamente ignorado y de unas tierras desconocidas en que había de alzar el *Pendón Real*, pequeña bandera de damasco carmesí, orlada de preciosas franjas y flecos y en la que estaban primorosamente pintadas por una cara la imagen del Crucificado, y por la otra la de su divina Madre.

La nave *Santa María* fué construída en la costa cantábrica y de Santoña era natural el piloto que la gobernaba, á las órdenes del insigne Colón, Juan de la Cosa. Era de construcción sólida, pues dedicada á la carrera de Flandes, debía cruzar mares tan temibles como procelosos, como el paso de Calais, combatidos á todas horas por vientos duros y huracanos que ponían en grave riesgo á cuantas embarcaciones navegaban por los temibles mares del Norte, el mar de las tempestades, como le llama un poeta de aquellas frías regiones.

La *Santa María* era una nave redonda de formas y aparejos variados. Aquella mañana se engalanaba con profusión de banderas y flámulas que presentaban un bello golpe de vista, y se izaban en los topes del trinquete las enseñas y pendones del primer almirante de los mares, de aquel loco sublime, que al regresar de su viaje había de desplegar un nuevo mundo ante los atónitos ojos de Fernando y de Isabel.

La *Pinta* y la *Niña* eran dos carabelas construídas en el puerto de Palos y pertenecían al generoso Pinzón, uno de los más insignes compañeros de aquel atrevido almirante, que como el mismo escribe, se condenaba á no dormir durante su expedición, hasta que viera realizados sus proyectos.

Eran las carabelas mucho mayores de lo que han consignado algunos historiadores. Su marcha rápida, su construcción sólida, con altos castillos á popa y á proa, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor y trinquete latino en el palo mesana y cebadera sin foques en el bauprés.

Como todas las naves redondas, ostentaban en lo alto del palo mayor una gran *gavia* circular, y en forma de taza, en la que se posesionaba el vigía durante la navegación y los intrépidos honderos tan temidos de los enemigos en los combates navales. En sus blancas velas, las alas de esas aves de madera y hierro, que surcan las olas y que juegan con el viento, se ostentaban grandes cruces ú otras señales que aprendieron los españoles de los egipcios y de los fenicios, que concibieron para dar más realce á sus naves y para que fueran conocidas en todos los puertos y saludadas desde lejos con entusiasmo.

Aquella mañana de gloria, pues lo fué verdaderamente, se emprendió la más gloriosa expedición que ha registrado la historia; las carabelas ostentaban todas sus vistosas banderas, que eran muchas y variadas según costumbre de la época, y campeaba entre ellas en el palo mayor el estandarte de Castilla cuartelado de blanco y rojo, con leones rojos coronados en el blanco y castillos de oro en el rojo, y en el

trinquete la bandera ó enseña de Cristóbal Colón, regalo de los Reyes Católicos, consistiendo en una cruz verde, símbolo de la esperanza, sobre fondo blanco con una F y una I á ambos brazos de la cruz y con una corona colocada sobre sus iniciales.

Yo ví á Colón abrazar al padre Marchena y devorar á besos el rostro de su hijo y subir alegre, animoso, puesta en Dios su confianza y la vista fija en el mar que había de conducirle á aquel soñado mundo que fué el ideal, la esperanza, el amor platónico de toda su vida, á la nave la *Santa María*, llevándose las bendiciones de la Iglesia y los anatemas de las mujeres, de los padres, de los hermanos y de los hijos de los marinos que le acompañaban en su expedición y que no creían volver á ver las playas españolas.

Las carabelas se hicieron á la vela. Yo surqué en espíritu con ellas el Océano. Yo oí, tras de horrorosas incertidumbres, el grito de ¡tierra! lanzado por Pinzón, desde el castillo de la *Pinta*, acompañado de un cañonazo. Mágico grito que fué repetido en todas las naves y que llenó de entusiasmo el corazón de aquellos incrédulos marinos. Los bosques vírgenes de América brotaban del fondo del mar. El sol de la mañana iluminaba un nuevo mundo. De las tres carabelas salió un grito de ¡hurra! acompañado de lágrimas y rezos. Aquellas naves eran las mensajeras de Dios. América, bella, pura, feliz, espléndida y generosa se postraba á los pies de Colón, recibéndole generosamente en su seno, y de las carabelas se levantaba un himno de agradecimiento, que en alas de las brisas de los mares se elevaba hasta Dios, que les mostró el ignorado camino en medio de las olas y no les abandonó un momento en medio de la imponente soledad del mar.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.



EL HIMNO
DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
ya por los campos rutila
del sol la grande, tranquila
y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
que asalta el cardo bravío,
y allá en el bajo sombrío
donde el arroyo serpea,
de cada hierba gotea
la viva luz del rocío.

MP

De los opuestos confines
de la Pampa, uno tras otro,
sobre el indómito potro
que vuelca y bate las crines,
abandonando fortines,
estancias, rancho, mujer,
vienen mil gauchos á ver
si en otro pago distante,
hay quién se ponga delante
cuando se grita: ¡á vencer!

Sobre el inmenso escenario
vanse formando en dos alas,
y el sol reluce en las galas
de cada bando contrario;
pueblase el aire del vario
rumor que en torno desata
la brillante cabalgata
que hace sonar, de luz llenas,
las espuelas nazarenas
y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
divide el campo después,
señalando de través
larga huella por el llano;
y alzando luego en su mano
una pelota de cuero
con dos manijas, certero
la arroja al aire, gritando:
—«¡Vuela el *pato!*... ¡Va buscando
un valiente verdadero!»

Y cada bando á correr
suelta el potro vigoroso,
y aquél sale victorioso
que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
en medio, la turba calla,
y á ambos lados de la valla
de nuevo parten el llano,
esperando del anciano
la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
ronco trueno en el circuito,
y el caballo salta al grito
de su impávido señor;
y vencido y vencedor,

del noble triunfo sedientos,
se atropellan turbulentos
en largas filas cerradas,
cual dos olas encrespadas
que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
su feliz conquistador,
y su bando en derredor
le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
el ágil bruto, y chocando
entre sí, corren dejando
por los inciertos caminos,
polvorosos remolinos
sobre las pampas rodando.

Uno al fin, tras la pechada
del caballo, recia y fija,
logra asir de la manija
la presea codiciada;
cae su dueño, atropellada
su horda sufre mil azares,
y, la espuela en los ijares,
la triunfante abate, huella,
revolviendo por sobre ella
cual la tromba de los mares.

Vuela el símbolo del fuego,
por el campo arrebatado,
de los unos conquistado,
de los otros presa luego;
vense, entre hálitos de fuego,
varios jinetes rodar,
otros súbito avanzar
pisoteando los caídos,
y, en el aire sacudidos,
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
de las lagunas vecinas,
como vivientes neblinas,
estrepitosas bandadas;
las grandes plumas cansadas
tiende el chajá corpulento;
y con veloz movimiento,
y como silban las balas,
bate el carancho las alas
hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
robusto joven la prenda,
y tendido, á toda rienda:
—«¡Yo solo me basto!» grita.
En pos de él se precipita,
y tierra y cielos asorda,
lanzada á escape la horda
tras el audaz desafío,
con la pujanza de un río
que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
y él los azuza y provoca,
golpéándose la boca,
con salvajes alaridos.
Danle caza, y confundidos,
todos el cuerpo inclinado
sobre el arzón del recado,
temen que el triunfo les roben
cuando, volviéndose, el joven
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
abatía, y, silencioso,
su abanico luminoso
desplegaba en Occidente,
cuando un grito de repente
llenó el campo, y al clamor
cesó la lucha, en honor
de un solo nombre bendito,
que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban,
y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:

—«Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengan
á escuchar esta canción;
nuestro dueño es la nación

que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
nos da su patria española.

»Hoy mi guitarra, en los llanos
cuerda por cuerda, así vibre:
hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
llenó con solo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo!... el amor y la vida,
es de un monarca extranjero!

»Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes, el rayo,
el Veinticinco de Mayo
clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?...
¡De Buenos Aires nos llaman,
á Buenos Aires volemos!

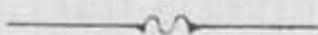
»¡Ah, si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros
nuestra lanza y nuestros potros
por el vasto continente,
si jamás independiente
veo el suelo en que he cantado,
no me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde:
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía,
que los conmueve y asombra,
era ya Vega una sombra
que allá en la noche se hundía...
¡Patria! á sus almas decía
el cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando á Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal,
hasta aquel día inmortal
en que el Héroe americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.



*
* * *

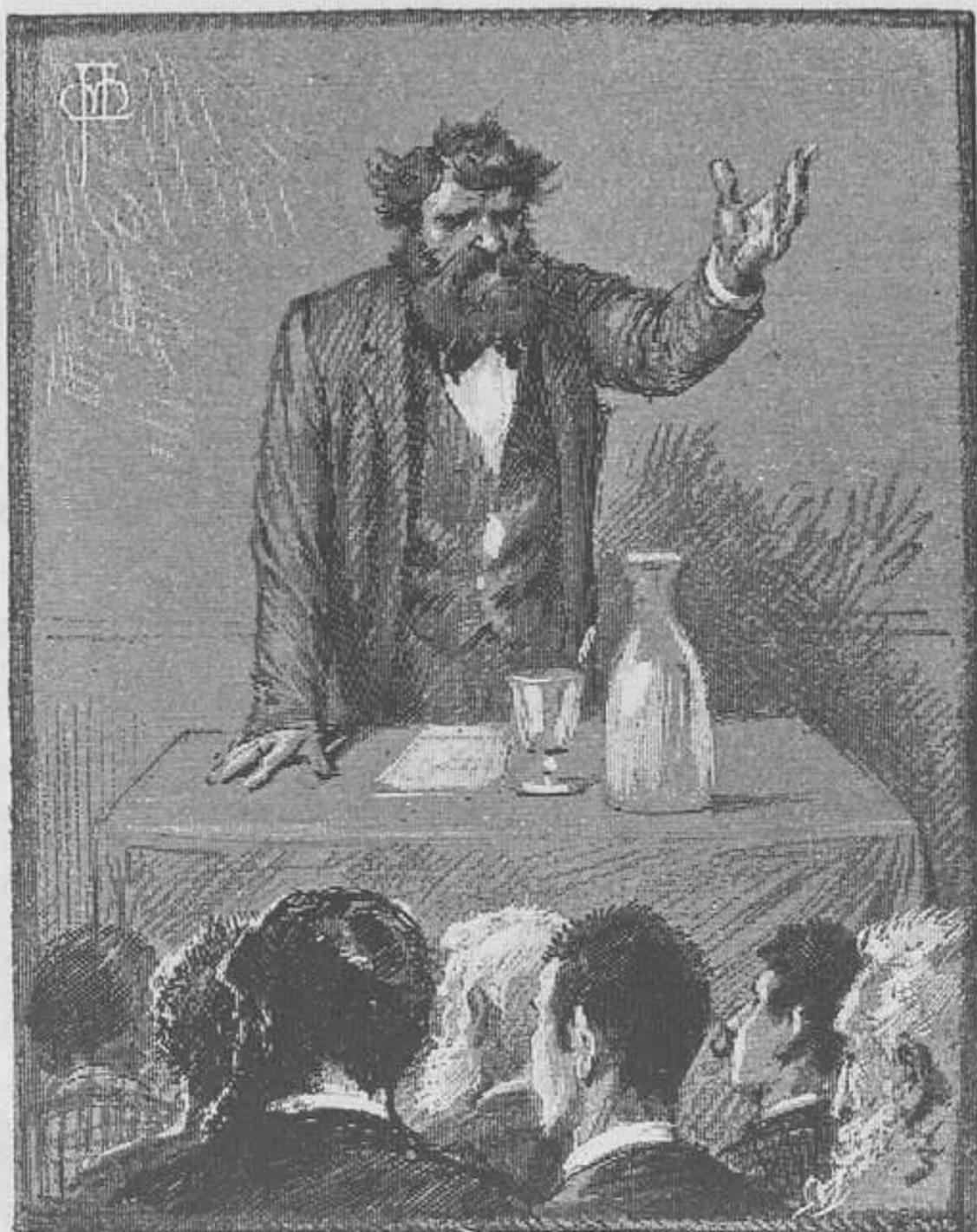
Es verdad que me encanta, que la busco,
que verla es mi ilusión;
que quisiera adorarla de rodillas
como el creyente á Dios;
que la acecho lo mismo que en las sombras
acecha el criminal,
y que angustia, temblor y escalofrío
siento al verla pasar;
que dudo, viendo un cielo en sus pupilas
de purísimo azul,
si es que el sol la ilumina, ó es en ella
donde brota la luz.
¿Que por qué si me encanta lo que siento
jamás le he de decir?
¿Por qué creo que amándola alejado
soy mucho más feliz?
Porque amo en ella á un ser incomparable,
á un ángel del Edén,
y al acercarme más temo hallar sólo
en ella una mujer.
Rindiéndole hasta hoy ferviente culto
su sacerdote fuí;
creyente soy, no quiero que descienda
el ídolo hasta mí.

JOSÉ ESTREMEIRA.

Madrid, 1891.



CONFERENCIAS FILOSÓFICAS

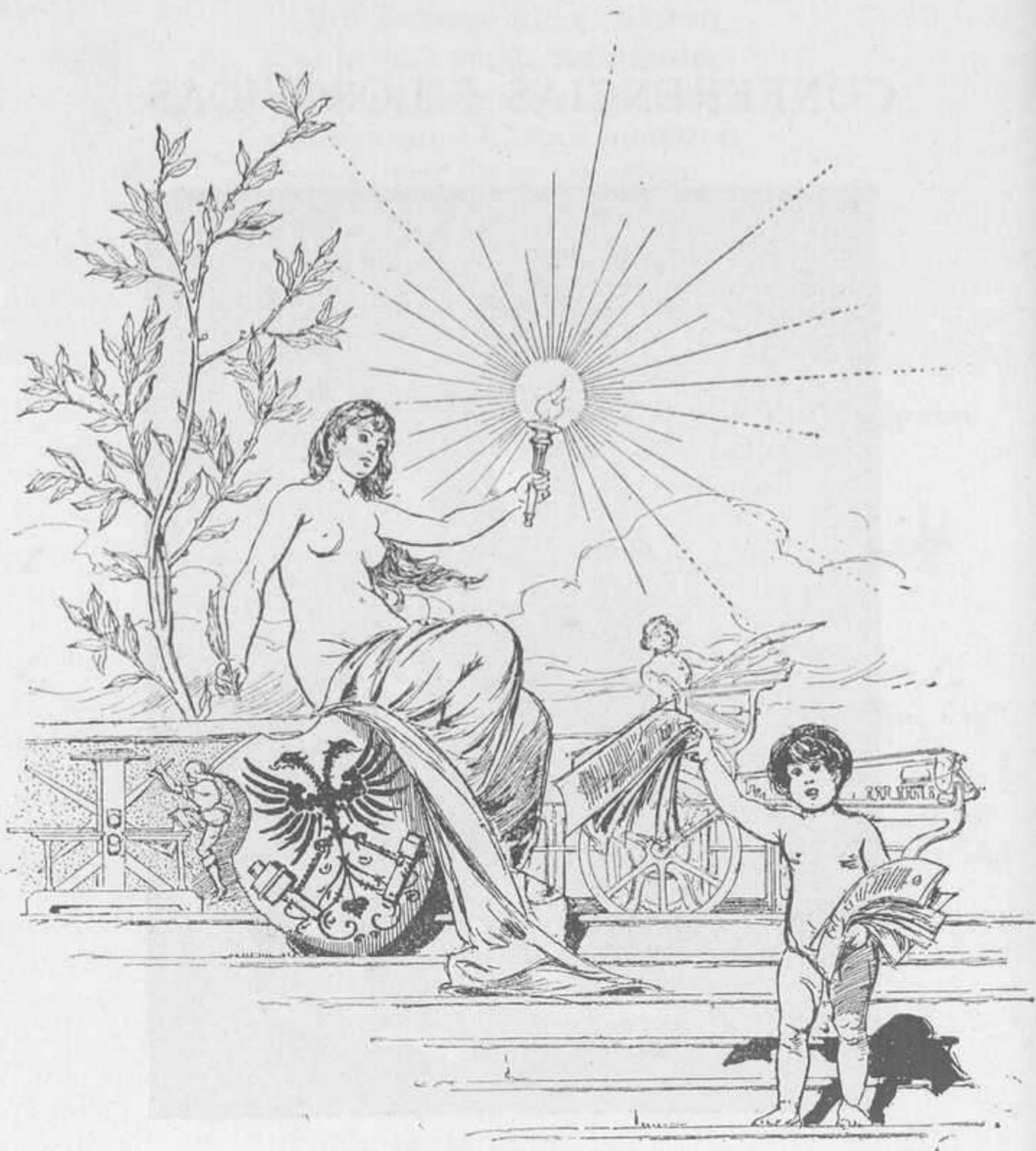


—De lo demostrado en pos,
que no hay más allá se infiere;
el sábado, si Dios quiere,
demostraré que no hay Dios.

* * *

—¿Qué es la mujer? un día preguntaban,
y á coro respondían y á una voz:
—«Es la madre.»—«Es la esposa.»—«Es en la tierra
el ángel que al hogar envía Dios.»
Pero una voz alzóse sobre todas:
—«¿La mujer?... La mujer es el amor.»

VÍCTOR BALAGUER.



LA PRENSA

Del mismo modo que las palmeras se envían, al través del espacio, el polen que las fecunda, así los hombres se envían, desde lejanas épocas y lugares lejanos, el polen de las almas: las ideas.

En un principio, el radio de acción de esta misteriosa correspondencia fué bien limitado: no pasaba más allá del límite en que muere la *onda sonora*, ni duraba más tiempo que el que dura la vibración aérea producida por la palabra humana, *verbo* de la idea.

Entonces la humanidad era una familia dispersa; los hombres algo así como eslabones sueltos.

Cuando la palabra salvó los dinteles del hogar doméstico, cuando se sustrajo á la precaria suerte y á la efímera vida del sonido, cuando se hizo visible adquiriendo caracteres permanentes que le permitieran dominar el tiempo, y la distancia y la muerte misma, entonces fué cuando se produjo el advenimiento de la humanidad como ser colectivo, como entidad histórica, como unidad orgánica, con existencia solidaria y eterna. Entonces nació la humanidad, esta humanidad de la que, cada uno de nosotros, es parte y compendio; pues todos llevamos en nuestra alma las ideas, ó por decirlo así, el alma misma de cuantos nos precedieron en el escenario de la vida. Entonces los eslabones sueltos se enlazaron, y pudo verse la cadena humana extendida al través de los tiempos.

La *palabra escrita* fué, pues, el vínculo de unión de la humanidad.

Pero esta misma palabra escrita fué, por largo tiempo, harto incompleta.

El pensamiento de las almas superiores circulaba y vivía con más exactitud, con más extensión, con más permanencia, que cuando la *tradición* la llevaba de tiempo á tiempo, de generación á generación; pero su marcha era lenta, y los que la percibían no eran muchos.

Este primer vehículo del pensamiento fué tardo, y no respondía al ansia de comunicación que caracteriza la vida moral del hombre.

El espíritu universal ostentaba espléndidos focos luminosos, pero presentaba también grandes extensiones de sombra. El fluido vital no circulaba todo, ni por todo el organismo.

Pero apareció la *imprensa*.

La imprenta es como una válvula prodigiosa abierta de improviso al espíritu humano. Ella acrecienta la vida multiplicando la expresión. Las ideas se desbordan, como un torrente que ha pugnado tanto tiempo por romper el dique que lo contenía; se entrecruzan, se chocan, desarrollando luz y calor, actividad y fuerza.

Ella recoge el fruto semiaislado, semioculto, de cuantos se han esforzado, en los tiempos pasados, por dotar á la conciencia humana del caudal de ideas y conocimientos que forman hoy su más preciado patrimonio; lo recoge y lo muestra, lo populariza, lo esparce á los cuatro puntos cardinales, lo ofrece, en fin, en comunión, á todos los presentes y á todos los venideros.

En vano ha sido que poderes tradicionales y despóticos, que vivían á merced de la inercia del espíritu público, que escuelas y sectas que profesaban el credo de que *la luz daña*, se hayan empeñado en una lucha triste, sacrílega é imposible: la de impedir el movimiento expansivo del pensamiento humano.

El nuevo foco luminoso sigue en actividad creciente, sus rayos invaden todo el horizonte.

Al fin surge el rayo más espléndido de ese foco: el *periódico*.

Despierta resueltamente la avidez del espíritu humano, no le basta ya el pensamiento maduro, el juicio frío, la disquisición filosófica, la noticia científica, la concepción artística, expuestos y divulgados en el libro, largo y pacientemente elaborado. Necesita la noticia de cada día, la impresión de cada momento, el pensamiento á medida que él se elabora, el conocimiento novísimo, la enseñanza incesante, el juicio sugerido por cada hecho, el eco de cada dolor, de cada alegría, de cada esperanza; y, recíprocamente, necesita, con necesidad imperiosa, comunicar todos estos accidentes con la misma rapidez con que se producen.

El periódico fué el órgano encargado de esta función compleja, el que había de responder á esta nueva avidez y á esta nueva actividad del espíritu. Él viene á ser así como la palpitación de la vida social moderna.

No es solamente un revelador, no es solamente un eco; es también un poder, es también una fuerza, el poder más grande y la fuerza mayor que hoy mueve á las sociedades humanas. Ese papel, esa cosa alada y viva, y como henchida de fluido eléctrico, pues que tanta conmoción produce; esa

débil hoja que cualquier soplo del aire dobla y arrastra, ese ser extraño, al parecer inofensivo y mudo, que penetra hasta lo interior de nuestro hogar con la primera luz de cada día, constituye uno de los primeros factores en la realización de los destinos humanos á la hora presente. Es la voz incesante que enseña, juzga, aplaude, censura, delata, se queja, apasiona y mueve, determinando todas las grandes revoluciones y todos los grandes movimientos que se operan en el seno de las sociedades; que, al fin, esas revoluciones no vienen á ser otra cosa que la resultante de la condensación de sentimientos y de ideas verificada en el espíritu público.

Es verdad que el periodismo, la más alta y más eficaz de las instituciones sociales existentes, no siempre y en todas partes cumple su misión augusta; y esto se debe á que en toda religión hay falsos sacerdotes. Cuanto más alto y trascendental es ese ministerio, más sabio, y más virtuoso, y más austero debe ser quien lo ejerce.

En manos ineptas y malvadas, la benéfica y civilizadora institución degenera irremisiblemente en instrumento de infamia, y constituye uno de los más graves y repugnantes males que pueden afligir á un pueblo.

Y bien: si tan grande es su ministerio y tan dañosa puede ser su acción, no cabe otro medio de precaver el mal que una legislación severa, y la constante repudiación social.

Esto no obstante, la *Prensa* será, por siempre, un signo de redención, un elemento de progreso y el timbre más glorioso de la civilización moderna.

Cumple á toda conciencia recta y bien intencionada sostenerla y depurarla en consonancia con las necesidades de los tiempos.

MANUEL A. BARES.

—DIE—

EPIGRAMA

—Dando el *do*, más de un laurel
en la escena he conquistado.

—Se conoce que lo has *dado*
pues te has quedado sin él.

EL MATRIMONIO CIVIL



—¿Otra vez te ha maltratado tu esposo?

—¡De un modo vill!

—¿Para qué sirvió al malvado casarse por lo *civil*, si no se ha *civilizado*?

PROBLEMA RESUELTO

—¿Tú aquí en la administración de *El Globo*? ¿y en qué trabajas?

—Por ahora pongo las fajas que llevan la dirección.

—Pues sin ser como otros bobos, que al cabo locos se han vuelto, puedes decir que has resuelto la *dirección de los Globos*.

CASIMIRO PRIETO.



EL GITANO ¹

Rival ninguno á los dados
halló en su corte la Reina,
fortuna y amor al juego
no hay quién tenga como ella.

Huerfanita á los trece años,
á los catorce era reina,
y á los quince con los dados
la paz decreta y la guerra.

La preciosa hija de reyes
está enojada y frenética:
ni un noble, ni un caballero,
demanda jugar con ella;
como ha empobrecido á tantos,
otro nuevo en vano espera.

Llega un gitano á pedirle
de una partida la prueba,
lleva las plantas desnudas,
desnudo el pecho y cabeza.

«¿Qué tesoro jugar puedes?
—le pregunta la princesa.—
Todo lo tengo, de nada

¹ Del libro *Baladas*, de Apeles Mestres.

carezco: es mía la tierra.
Es mi techo el firmamento;
la luna, el sol, mis linternas;
mi lecho, verdes llanuras;
mi hogar umbroso, las selvas.»

La corte ríe que ríe,
y riendo dice la Reina:
«Para cuando hayas perdido,
tomo en prenda tu cabeza.
—Y cuando te haya ganado
oro, palacio y diademas,
yo á mi vez tomaré un beso
de tus labios de cereza.»

La corte ríe que ríe,
los dados saltando ruedan,
y esta vez, cual nunca han sido,
son contrarios á la Reina.

«¡Pajes, traed puñados de oro,
vasos, tinajas repletas!»
Y saltan, saltan los dados,
y pierde, pierde la Reina.

Y los pajes van y vienen
con nuevas vasijas llenas,
y van saltando los dados
y pierde siempre la Reina.

Pide en vano ríos de oro,
¡ninguna tinaja queda!
Y el Gitano ríe, ríe,
y á la Reina la ira ciega.

Cuando en palacio no hay oro,
juega joyas y diademas,
los blasones y estandartes
que recuerdan las proezas
de noble estirpe de reyes...
¡y pierde, pierde sin tregua!

Ha jugado ya el palacio,
nada por perder le resta,
y se juega el primer beso
de sus labios de cereza.

El Gitano lo ha ganado.
Puesto en pie, los dados suelta,
y tomando las vasijas,
y las joyas y diademas,

y blasones y estandartes,
por el ventanal los echa.

—¡Pobres de aquestos contornos,
repartíos y haced fiesta!
Yo de nada necesito,
que es mía toda la tierra.

Por dosel tengo los cielos,
sol y luna por lanternas,
por lecho verdes llanuras,
por umbroso hogar las selvas,
para ser rey como un rey
tengo hasta un beso de reina.

RAFAEL OBLIGADO

Buenos Aires, Julio de 1892.



A VELARDE

SONETO

Hijos sin padre. Esposa sin abrigo.
Despojo inerte en la callada tumba.
Castillo que de pronto se derrumba...
¡He aquí la sola herencia del amigo!
Ha matado al morir todo enemigo;
á su alrededor la envidia ya no zumba,
y porque su memoria no sucumba
todos aplauden á la par conmigo.
El olvido su nombre ya respeta;
la antorcha de la fama brilla y arde
en su tumba: ¡su gloria es ya completa!
Pero una voz, al declinar la tarde,
murmura ante la fosa del poeta:
—¡No tienen pan los hijos de Velarde!

RAMÓN RODRÍGUEZ CORREA.

RECETA CONTRA EL FRIO



—¿Siente frío, don Manuel?
 —Pero un frío irresistible.
 ¿Y tú no? —Me río de él;
 tengo un remedio infalible.
 ¿Le conviene?—¿Y cómo no?
 ¡claro está que me conviene!
 —Pues... lleve encima cual yo
 toda la ropa que tiene.

A. M.

EPIGRAMA

—¿Te casas con hembra rica,
 siendo tan pobre, Rodrigo?
 pues tu suerte no se explica.
 —¡Hombre! no soy yo, es la chica
 la que se casa conmigo.

NUESTROS COLABORADORES



Excmo. Sr. D. Luis Cordero

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR Y EMINENTE LITERATO

EL DR. D. LUIS CORDERO

El doctor don Luis Cordero es hoy una de las más brillantes personalidades literarias de la patria de Olmedo y Montalvo, donde su nombre se pronuncia con el cariñoso respeto de que se ha hecho acreedor por su clarísima inteligencia y por las envidiables dotes que como poeta insigne posee.

Nada queremos decir acerca de su personalidad política ni de sus virtudes cívicas, que le elevaron repetidas veces á los más altos puestos públicos de su país, siendo en distintas ocasiones diputado, senador, jefe político del cantón de Cuenca, miembro del Pentavirato que dirigió los destinos de la República en 1883 y actualmente presidente de la misma por el período de gobierno de 1892 á 1896. Nada tampoco de los vejámenes y persecuciones que sus ideas de creyente convencido y republicano sincero y moderado le valieron de algunos gobiernos, y principalmente durante las administraciones de García Moreno y del general Veintemilla. Baste decir que la moderación y templanza de sus principios políticos son consideradas en su país como prenda inestimable de la paz y el orden de que el Ecuador vitalmente necesita.

Por lo que al poeta y al prosador respecta, bien quisiéramos decir cuanto no podremos por no consentirlo las brevísimas proporciones que hemos de dar á estas líneas. Como escritor en prosa, el doctor Cordero es considerado en su país uno de los primeros de cuantos honran á la literatura ecuatoriana. Profundidad de conceptos, juicio certero y elevado, instrucción sólida, delicado gusto, corrección y galanura en el estilo, tales son las cualidades que avaloran sus producciones de este género.

Conocedor del *quichúa*, ha escrito en este idioma algunas composiciones en verso, entre otras la queja de un indio por los abusos y exacciones del *diezmero*, composición que contribuyó á preparar el terreno para la trascendental reforma del Diezmo, realizada por el presidente don Antonio Flores.

Su mejor trabajo en verso es, á nuestro juicio, y aparte de sus composiciones del género epigramático, la que intituló *Aplausos y quejas*, y que publicó en 1883, con motivo del magistral canto de nuestro insigne y grandilocuente Olegario V. Andrade, *Atlántida*, cuya lectura, según confesión del poeta ecuatoriano, «fué acibarada por la dolorosa observación de que el Ecuador había sido tan insignificante en concepto del poeta, que ni aun se dignó mentarle en sus hermosos versos, en los cuales hizo también caso omiso del Portugal, de las Repúblicas centro-americanas y del heroico Paraguay, á pesar de que el fecundo tema de su canto era la *Raza latina*, á que pertenecen, con no poca gloria, las naciones olvidadas.»

En este canto muéstrase el poeta amante así del Ecuador como de la América y de la humanidad. Su españolismo le inspira hermosísimas estrofas y presagia días de esplendor á las letras sud-americanas,

si entre las galas del primor latino
luce el hispano varonil acento.

Sus cantos elegíacos á la muerte de su esposa, á la de su amigo el doctor don José R. Arizaga, etc., tienen la sinceridad del dolor sentido y la unción de un espíritu eminentemente cristiano.

El doctor Cordero cultiva también con feliz acierto y no poca gracia, el género humorístico, siendo de lo mejor de su producción poética, sus composiciones epigramáticas, entre las que merecen singular mención el satírico é intencionado cuento *Corregir al que no yerra* y el chispeante diálogo *Los dos estilos*.

Completan esta nueva faz literaria suya, sus deliciosos y correctos epigramas, entre los cuales los hay de corte verdaderamente clásico.

Tal es, en brevísimas palabras, la doble personalidad política y literaria del que hoy preside los destinos del Ecuador y del que hace tiempo brilla en primera línea en la República de las letras sud-americanas.

M. N. C.

Buenos Aires.

A BOLÍVAR, REY

Al centellar tu espada refulgente
y levantarse libre un hemisferio,
clamó la vil envidia que al imperio
te alzabas, cual menguado pretendiente

¡Generoso campeón del Continente,
fué sólo redimir tu ministerio,
y agonizar después!... El vituperio
no te ha manchado de la inicua gente.

Pero esa gigantesca monarquía,
en que el héroe mayor entre los grandes,
soberano de un mundo, reinaría,

sin que tú la codicies ni demandes,
cinco naciones te la dan hoy día,
¡Emperador agosto de los Andes!



DISCULPA DE UN FACULTATIVO

CUYO ENFERMO TOMÓ DE IMPROVISO EL PORTANTE

Médico y paciente son
indispensables, por cierto,
para llegar con acierto
al fin de una curación.

Yo le prometí al finado
que luego lo curaría,
sí; pero el torpe debía
vivir para ser curado.

Obrar ambos de concierto
era lo justo y corriente;
mas ¿cómo curo á un paciente
que á lo mejor queda muerto?

Listas están mis recetas;
si no se cumple el contrato,
la culpa es del mentecato
que ha liado las maletas.

Desde hoy si un enfermo quiere
mi asistencia merecer,
el compromiso ha de ser
curarlo si no se muere.

LUIS CORDERO.

Cuenca (República del Ecuador).



LAS MUJERES QUE AMAN

—¡Alto ahí! le dije asiéndole de un brazo; ¿dónde vas tan aprisa?

—Dispensa, me contestó todo sudoroso y jadeante; pero no puedo detenerme... conque ¡expresiones!

—¡Oye!

—¡Imposible! me espera mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿te has casado, infeliz? ¿con quién... y para quién?

—¿Cómo para quién?

—Quiero decir ¿y para qué?

—Para lo que se casan todos... ¡vaya una pregunta! ¿has olvidado aquello de *creced y dividíos* ¡digo! *y multiplicaos*? pues bien, yo había crecido ya bastante, y siguiendo el precepto bíblico... ¡ea! ¡abur!

—¡Espera, hombre!

—No puedo; son las doce y hace quince minutos que falto de casa... mi mujer estará nerviosísima... puede que haya dado parte ya á la policía de mi *desaparición*.

—¿Te burlas?

—No creas; Esther... porque mi mujer se llama Esther, me ama con delirio, y es tan recelosa y desconfiada, que en todas partes ve sombras chinescas; teme que le arrebaten mi cariño y que me escape con otra... ó con otras, según la temperatura, lo que la hace vivir en continuo sobresalto. Si



no fuese mal visto, me llevaría á todas partes atado con una cadenilla, como el perrillo de aquella pudorosa *miss* que conocimos en Suiza... ¿te acuerdas? ¡qué tiempos aquellos... y qué *misses* aquellas!

—¿Suspiras? vamos, parece que echas de menos el tiempo pasado... apuesto á que no eres feliz con tu mujer... ¿Acaso es fea?

—Fea del todo, no; pero dista mucho de parecerse físicamente á la *miss* de la Suiza; aquella era rubia y á mí siempre

me han gustado mucho las rubias, sobre todo desde que me casé con mi mujer, que es trigueña. Además, tú sabes con cuánto desvío me trató la inglesa, y cuando comparo sus fríos desdenes con los transportes frenéticos de Esther, en la hora psicológica del amor, como decimos ahora las personas ilustradas, no puedo menos de lamentar mi desdicha... ¡sería tan venturoso con una mujer que no sintiese por mí cariño alguno! ¡Ah! ¡tú no sabes lo que es ser amado como yo! Esther es un volcán en perpetua erupción, en cuyas *faldas* me siento derretir bajo la ardiente lava de sus besos... ¡Con cuánto placer evoco, al sentirme volatilizar, el recuerdo de la frígida *miss* de la Suiza! con el mismo placer con que, bajo la lluvia de fuego del sol de los trópicos, se piensa en los nevados paisajes de la Siberia...

—¿Conque tanto te ama Esther?

—Con locura, y nada sería su amor... de cuando en cuando, si no hubiese dado en la flor de ser terriblemente celosa. No me deja ni respirar. Hace pocas noches hubo entre los dos un escándalo de los gordos. Figúrate que soñaba yo en mi ideal y encantadora *miss*, cuya imagen, desde que me casé, no se borra de mi memoria. Yo la veía, oculto tras de una cortina de rosales en flor, bañándose en un lago azul, sobre cuyos temblorosos cristales flotaban como algas de oro sus hermosos cabellos... Su cuerpo, de una corrección de líneas que hubiera hecho la desesperación de Fidias, como diría un poeta cursi, deslizábase rápido por las tranquilas aguas, semejante á un cisne de immaculada blancura... enardecido y echando llamas por los ojos en presencia de aquella rubia náyade de redondo seno y hombros torneados, aparté bruscamente las ramas cubiertas de rosas, que me ocultaban á su vista, y la llamé con voz apenas perceptible... Lejos de ir á ocultarse en el abismo azul de las aguas, herida en su pudor por las flechas de fuego que lanzaban mis ojos, me miró sonriendo dulcemente... ¡Ah! ¡qué no hubiera dado yo porque se hubiese prolongado indefinidamente tan hermoso sueño! pero cuando iba á ver tal vez realizada mi ventura amorosa, la única posible en la tierra, puesto que era

soñada, á mi mujer se le ocurrió interrumpir aquel idilio acuático de la manera más antipoética que imaginarse pueda: me despertó de un tirón de orejas.



—¡Hombre!

—¿Con quién estabas soñando? me dijo con acento poco tranquilizador y sacudiéndome el brazo con violencia.
 —¡Pero, mujer! exclamé, al darme cuenta de la realidad, ¡vaya una manera de despertar á la gente!—¿Con quién soñabas? repitió con voz implacable, y clavando en mis ojos, soñolientos aún, su penetrante mirada, como si quisiera sorprender en el fondo de mi retina las imágenes fugitivas de aquel sueño.—Pues bien, murmuré malhumorado; no soñaba con nadie.—Y sin embargo, dijo con una sonrisa feroz, tú llamabas á alguien en sueños...—¿Yo? dije con todo el aire de inocencia de que pude echar mano en tan crítica situación; pues ¡qué demonio! no me acuerdo.—¡Mientes! gritó Esther, irguiéndose irritada; tú me haces traición y en vano tratas de engañarme... ¡te conozco bien, infame! ¿quién es esa mujer? porque tú soñabas con una mujer, no me cabe la menor duda.—Pues no sé quién pueda ser, contesté, encogiéndome

de hombros; pero si tienes interés en saberlo... déjame dormir de nuevo; voy á ver si lo averiguo.

—¿Y qué contestó Esther?

—Es inútil, dijo hecha un mar de llanto; sé cómo se llama; la buscaré, y no ha de tardar en sentir todo el furor de mis celos africanos.—¡Cómo! exclamé lleno de zozobra, ¿he pronunciado en sueños algún nombre?—Sí, contestó Esther, y sé que se llama... ¡*Miss!!!*

—¡Vaya una imprudencia la tuya! ¡mire usted que soñar en alta voz!

—Al oír en boca de mi mujer la palabra *miss*, una idea salvadora surgió de súbito en mi mente; así de las manos á Esther, y la dije con expresión de queja:—¡Ah! ¡cuán mal haces en dudar de mi cariño! ¿cómo piensas que pueda caber en mi corazón la traición y la alevosía, si es todo tuyo, si sólo late por tí?—No obstante, contestó ella; tú llamabas á otra mujer... ¿quién es esa *Miss*?—Te engañas, repliqué vivamente; no llamaba á ninguna mujer... ¡llamaba al gato!



—¿Y Esther lo creyó?

—¡Vaya! Y se quedó tan convencida; como no conocía esa palabra inglesa, pude darle... gato por liebre; pero no creas, no siempre puedo *engatusarla* con tanta facilidad... En fin, chico, ¡hasta la vista!

—No te vayas tan pronto.

—Ya te he dicho que mi mujer me espera.

—Dile que has encontrado un amigo de la infancia.

—Me los tiene prohibidos; no quiere que sienta más cariño que el que le debo á ella... ¡Ah! ¡si yo pudiera verme libre una temporada de sus caricias! Más de una vez he deseado que me odiase con toda su alma; contra el odio puede uno defenderse, pero, ¿quién no se siente indefenso contra el amor? ¡vamos, que esto no es vivir!

—No comprendo cómo te casaste con una mujer así.



—¿Y quién podía imaginarse que el frenético amor que me demostró desde un principio iba á ser tan duradero? Yo creía que pasaría pronto, y que calmada la efervescencia de los primeros momentos, sería sustituido por ese afecto intermitente que hace las delicias, á ratos, de muchos matrimonios por inclinación; pero ¡que si quieres! mi mujer está rabiosamente enamorada de mí y no me atrevo á presentarme con ella en público, temeroso de hacer un papel ridículo; el otro día se empeñó en que le diese un beso... ¿dónde dirás?

—¡Qué sé yo!

—En la calle, en pleno día; estábamos reñidos y se le antojó que habíamos de hacer las paces allí mismo.

—¿Y cediste á su pretensión?

—A la fuerza ahorcan; si me niego me arma un escándalo público. En vano yo la decía con acento persuasivo:—¡Pero, hija! ¿qué pensarán los transeuntes? de fijo que mañana se ocupan de nosotros los periódicos. No hubo tu tía; quieras que no quieras, tuve que darla un beso, que ella me devolvió con un calor impropio de tales sitios y de tales horas.—Es un capricho, me dijo sonriendo; después de todo, agregó, ¿hay cosa más natural que se besen marido y mujer?—Más sobrenatural querrás decir, rectificué, cargado ya con aquellas extemporáneas explosiones de cariño retrospectivo. Pero, en fin, al menos me dejó tranquilo aquel día con sus malditos celos, que son mil veces peores que su amor.

—¿Y tiene accesos muy á menudo?

—¡Ah! muy á menudo. A las veinticuatro horas de haber hecho las paces en la vía pública, hubo en casa otro escándalo mayúsculo; figúrate que mi mujer recibió un anónimo.

—¿Un anónimo?

—En el que se me denunciaba á los terribles celos de Esther. «Tu marido, decía poco más ó menos el incógnito delator, te engaña miserablemente con otra; tu ciega confianza puede costarte muchas lágrimas; es necesario que lo vigiles constantemente y que no le dejes salir solo, porque mientras tú vives tranquila y descuidada en tu hogar, que crees un paraíso de venturas, el bueno de tu maridito hace el amor á otras, sin que el recuerdo de su amantísima esposa le haga retroceder en la senda de perdición. No te conozco ni tú me has visto nunca, pero sé que eres buena como un ángel y quiero quitarte de los ojos las telarañas de la confianza, para que veas en toda su repugnante desnudez al monstruo que abusa de tu inocencia.»

—¿Y sospechaste quién era el autor del anónimo?

—Algún *amigo* probablemente... ¡así le parta un rayo por el eje! Lo único que sé es que hubo en casa una especie de juicio final; mi mujer se puso furiosa; un soponcio se le iba

y otro se le venía... ¡si la hubieses oído! ¡qué apóstrofes los suyos! ¡qué novedad en las imágenes! Nunca la he visto más de vena; en vano juraba y perjuraba yo que todo aquello eran puras calumnias; Esther me exigía á grandes voces el



nombre de la infame que me había perdido, y al decirla yo que no existía tal mujer, más y más aumentaba su cólera. Por fortuna al día siguiente, en que amenazaba seguir la borrasca, pues mi mujer se había levantado más tempestuosa que nunca, vino otro anónimo á aclarar el misterio y á devolverme por unas horas la perdida calma.

—¿Otro anónimo?

—Sí, otro, y á juzgar por la letra, del mismo autor; en él decía á mi mujer: «Tu marido es un pícaro de siete suelas, y no he de consentir que te engañe por más tiempo; si, como es de presumir, te niega sus infidelidades, pregúntale el nombre de la loca á quien besó el otro día en la calle...» Al leer esto, mi mujer se puso de mil colores y, confusa y avergonzada, me pidió perdón por haber dudado

de mí.—¡Es claro! exclamé furioso, ¿á quién diablos se le iba á ocurrir, no conociéndote á tí, que la mujer á quien besaba... era mi mujer? ¡me explico la calumnia!

—¿Y se enmendó Esther?

—Por el momento, sí, pero pronto volvió á las andadas. En fin, chico, estoy desesperado y loco, pues he llegado á convencerme de que tan temible es la esposa que no nos quiere, como la que nos quiere demasiado... ¡Ea! ¡abur!

Y el infeliz, después de estrechar mi mano, echó á correr en dirección de su casa.

CASIMIRO PRIETO..



CP

EPIGRAMA

Nombrado Juan comisario
dijo á su jefe Roger:
—Como recto funcionario
he de cumplir mi deber.
—Si no es hombre de provecho
tema usted mi justo enojo.
—Señor, andaré derecho...
Y el comisario era cojo!

WASHINGTON P. BERMÚDEZ,

LEYENDO UN DECRETO



— *El Presidente decreta...*
 — Esa fórmula, Bastinos,
 me parece algo indiscreta;
 ¡el Presidente *de Creta!*...
 ¡eso es llamarnos *cretinos!*

—••—

GÜEMES

A MOISÉS NUMA CASTELLANOS

Sobre negro corcel encabritado,
 en la diestra la espada refulgente,
 noble el semblante, altivo el continente,
 cruza veloz el paladín osado.

De Vilcapugio vengador airado,
 avanza con la furia del torrente,
 y en el confuso batallar ardiente
 triunfante agita su pendón sagrado.

¡Güemes no ha muerto! ¡Su heroísmo aún late
 Se alzará de la tumba que lo encierra
 si el patriótico espíritu se abate,

y estremeciendo la argentina tierra
 convocará con su clarín de guerra
 otra vez sus leones al combate!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1892.



D. Juan de Dios Peza

EMINENTE LITERATO MEJICANO

PECAR REZANDO

Inés es joven: en su faz hermosa
luchando están, como Hércules y Anteo,
el carmín pudibundo de la rosa
con la avarienta lumbre del deseo.

Torna los corazones en despojos,
pues tiene en su diabólico albedrío,
miel en sus frases, dardos en sus ojos,
el alma en ascuas y el semblante frío.

Es blanca en su exterior como azucena;
negra en su fondo cual la noche oscura;
roja adelfa es su boca que envenena
al que una gota de su miel apura.

A fuerza de sufrir lleva consigo
tal odio al mundo que su planta pisa,
que engañando al amante y al amigo,
usa, como una máscara, la risa.

Visita los altares, y allí brota
de sus labios y en público la queja;
que por ganar la fama de devota
ha dado, siendo joven, en ser vieja.

Cansada al fin de dar funesto ejemplo,
suelta un negro mantón sobre su talle,
y aunque igual en la calle y en el templo,
hoy ha cambiado el templo por la calle.

En la humildad con que su rostro juega
se juntan lo piadoso y lo pagano:
un correcto perfil de estatua griega
y el colorido del pincel romano.

Tan modesta se viste, y tan seguido
se la mira en el templo lacrimosa,
que son junto su faz y su vestido
hábito y faz de austera religiosa.

Cuando se halla en el templo arrodillada
rezando en alta voz con gran tristeza,

la gente que la ve dice asombrada:
—Inés es muy devota, porque reza.—

Los ojos bajos y la faz contrita,
trémulos y turbados sus acentos,
toma y lleva á su frente agua bendita
para ahuyentar los malos pensamientos.

Deja correr las cuentas del rosario
entre sus dedos de alabastro y grana,
como en el blanco lirio solitario
deja correr sus perlas la mañana.

Cuantos miran á Inés rezar sumisa
y oyen la voz con que piedad implora
y ven que, puesta en cruz, toda la misa
solloza, ruega, se estremece y llora;

Al ver su rostro en lágrimas deshecho
con santa unción resplandecer ufano;
las reliquias que cuelgan de su pecho,
las novenas que tiemblan en su mano;

Juzgan verdad su devoción sagrada,
cierta juzgan su mística tristeza,
é ignoran que la dama arrodillada
no viene á orar... y sin embargo, reza.

Entre orar y rezar hay un abismo
que ni medir ni escudriñar me toca:
el rezo y la oración no son lo mismo,
que no es lo mismo el alma que la boca.

Inés, del templo en la imponente calma,
por rendir culto á Dios le infiere agravios:
su rezo está en la boca, no en el alma...
¡La oración, en el alma, no en los labios!

La dulce fe de sus primeros días
mataron en Inés, los desengaños,
y hoy reza en alta voz, *Avemarías*
iguales ¡ay! á las de aquellos años.

¿Qué son las tiernas frases de su boca?
Gritos que aturdirán su propio duelo...
Flores con que su afán cubre una roca
coronada de témpanos de hielo

Víctima de su gracia y su belleza,
tiene Inés una historia de dolores,
y recuerda su historia cuando reza
queriendo despertar tiempos mejores.

Rezando sin orar en voz muy alta,
ofende al templo del Señor, sagrado,
pues pone allí para encubrir su falta
el rezo como escudo del pecado.

Es incrédula y júzganla creyente;
llena con falso culto el alma hueca,
y así á la faz de Dios rezando miente,
y el mundo ignora que rezando peca.

¡El mundo! Vedle... toma como ejemplo
de santa unción á Inés que está llorando...
¿Ejemplo? Sí, de las que van al templo
hijas del mal para pecar rezando.

¿Cómo ensalzar sus aparentes galas
de misticismo y devoción?— Del cielo
es la oración que al agitar sus alas
ni polvo ni rumor alza en el suelo.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

VENTURA DE LA VEGA

A MARTÍN GARCÍA MÉROU

Buenos Aires, edén que el Plata riega
con imponente y colosal murmullo,
calentó en su regazo con orgullo
al inmortal Ventura de la Vega.

Con donaire gentil, su musa griega
en el vergel hispano abrió el capullo,
y de teatrales triunfos al arrullo
áureas coronas á su patria lega.

Para ensanchar su monte de laureles,
le faltó la arrogancia de Quevedo
ante un trono y sus torpes oropeles;

Ni supo, como Heredia y como Olmedo,
trocar en férrea espada sus cinceles,
y lidiar por América y su credo.

VICTORIANO E. MONTES.

UNA FRASE DE DUMAS



— ¡Qué reunión tan *cursi* aquella!
te juro que me he lucido;
¡cuánto me hubiera aburrido
á no encontrarme yo en ella!

EPIGRAMA

— ¿Conque es verdad que Torcuato
ha sido echado á presidio?

— Sí, señor.

— Pero, ¿por qué?
¿tan grave fué su delito
que mereció tal condena?

— ¡Oh! muy grave: robo *ilícito*.

LA BODA DE ESPECTROS

Pasado un año, tras del cual Fernando debía acudir á la cita con su amada, cita que se celebraría á la falda de los montes, junto al mar, sintióse una noche en la superficie de las olas el roce que producían los remos de una lancha, y á poco apareció ésta como punto vago é indefinido.

El terreno, compuesto de grandes montañas y negros arrecifes, estaba sumido en completa oscuridad. Los peñones recibían los golpes del agua y se cubrían de ondas marinas, las cuales, una vez que se hundían por los resquicios y los huecos, permitían asomar de nuevo la cabeza á las rocas, que entonces dejaban ir los chorros por sus grietas, como el nadador por los revueltos rizos de su pelo.

Fernando, entre las espesas sombras de la barca, no parecía hombre ni visión. Un año hacía que al partir para largo viaje dijo á su amada con voz donde había algo de misterioso: «Dentro de un año me esperarás en la *Roca del Diablo*, donde, muerto ó vivo, habré de acudir á la cita.»

El año se cumplía á la una en punto de la noche, y la lancha, conducida por el remero, topaba con el casco en la cadena confusa de las rocas.

Pero, ¿y la mujer con la cual tenía Fernando su cita?

Derramando las miradas por las tinieblas, creíase descubrir allá en el remate de una peña un muñeco sentado como si aguardara algo cuya llegada habría de tardar mucho tiempo. Pero aquella forma no podía asegurarse que fuese la de la amada de Fernando.

Su cabeza se arropaba en un ampuloso velo, cuya inmovilidad tenía la fijeza de la roca; su cintura parecía, vista á alguna distancia, una estalagmita surgida de la piedra, á cuyos lados caían los brazos, también arrebuados, en el manto. El aire de elegancia que la rodeaba, desdecía de un modo poderoso con el ángulo saliente de sus rodillas, ángulo

rígido y extraño, como el que se sorprende en las viejas momias sentadas.

La resaca movía con fatigoso esfuerzo las piedras y conchas de la playa, y dejaba oír su respiración como el enorme pecho de un gigante.

De pronto, el canto de un gallo invisible, que allá en una punta erizada dejó oír sus sonos agoreros, bajó de roca en roca, formando largas repercusiones, y á la señal, unas luces inquietas parecidas á sutiles llamas de alcohol, comenzaron á salir de la tierra, y á trazar su marcha de ángulos y curvas en torno de los negros peñascos.

Tras de esta ronda fantástica, que tan pronto se cernía sobre las olas, como subía agitando las moradas alas, salió del seno de las piedras una verdadera invasión de enanos, con dorado espadín, y traje de murciélago; de brujas, mostrando la barba puntiaguda, como remate de chapín, en fastuosas modas antiguas; de duendes, con enorme cabeza y orejas parecidas á grandes abanicos; de endriagos, de cuerpo deforme, y hocico de trompeta; y formas, y seres de origen ignorado, que, cogiéndose de las manos ó de las alas, comenzaron la ascensión del monte entre un escandaloso repicar de broncos latones y plañidos de fúnebres cencerros.

La marea diabólica enmudecía de pronto, y de pronto volvía con mayor ruido y algazara, subiendo siempre las peñas del monte, donde ya trazaba un duende su pirueta y dejaba la voluminosa cabeza moverse en forma de saludo, como esos muñecos de resorte que vemos en los escaparates; ya sacudía una bruja en levantada peña su escoba, y la montaba de nuevo, siguiendo su marcha interrumpida; ya un monstruo formidable bailaba grotescamente y despedía negras serpientes de su cuerpo.

La extraña forma del picacho veía impasible llegar el estrepitoso aquelarre en torno suyo y hacerle mudos saludos y reverencias.

El personaje de la barca puso pie en la arena y se dispuso á subir la roca, donde inmóvil le aguardaba su pareja. Constante en su promesa, y firme é inquebrantable en su reso-

lución, como tomada por espíritu de las vigorosas razas del Norte, acudía sin vacilar á la cita, y no le arredaban la presencia de las visiones ni las sombras y terrores de la noche.

El rumor de sus pasos más bien era chasquido de esqueleto que eco de planta humana; el hábito que le envolvía no dejaba traslucir forma alguna, y solamente señalaba ciertos ángulos cuando el cuerpo se inclinaba á causa de los escollos del camino. Acaso era un espectro el que acudía á la cita, el cual apartó el sauce de su tumba y salió removiendo las acumuladas pavesas del sepulcro.

Trepando el último escollo, llegó por fin al lado del fantasma.

Un suspiro, parecido al que á veces produce el aire en la ruda garganta de las piedras, exhaló el encubierto cuando se hubo arrodillado ante la visión, y otro quejido, seco, desacorde, como el que arroja la cuerda rota de un instrumento, dejó escapar de su boca la mujer, que agitándose bajo los pliegues del manto, abrió los temblorosos brazos para ceñirle.

—«Aquí estoy amoroso y rendido como siempre,—dijo con voz trabajosa el enamorado, bien así como habla de imperfecto fonógrafo.—Pensando en tus amores, atravesé por el humo enrojecido de los combates ansiando volver á verte, alcancé honores, títulos, riquezas con que rodearte del mágico esplendor de una reina; soñando en tu divino beso crucé por caminos llenos de breñas y zarzales; paladín fuí porque me amases; poeta para decirte mis canciones; filósofo para aconsejarte constancia; sabio para enseñarte la ciencia de los perennes amores.»

—«Yo también,—clamó con voz apasionada la visión,—pasé por todas las evoluciones y escalas. En el árbol, fuí hoja movediza para repetir incesantemente tu nombre; fuí rayo de luna para seguir tus pasos en la selva y meter mis hebras de plata por el ramaje, como en un tiempo mis dedos por los revueltos rizos de tu pelo; acordándome de tus labios, fuí claro manantial y sembré de círculos mi espejo para que

asomaras tu rostro y me mirases; poniendo toldo á tu dorada siesta, extendí mis ramas de jazmines cuajadas de oloroso diluvio de estrellas.»

Uno y otro personaje se abrazaron después de pronunciados sus discursos, y el aquelarre agitóse con más inusitado brío que hasta entonces.

Mientras se soldaban los dos fantasmas en un beso, como se sueldan los tallos de piedra en las grutas, la legión de duendes tejía movable collar en torno de una roca, saltaban las brujas desde una cresta para dar en la falda del barranco, giraban los murciélagos rozando unos con otros las alas, y las sutiles llamas de alcohol llenaban de luces errantes las tinieblas.

La claridad del alba venía hacia el monte trazando listas azules en el cielo, é iluminaba con un levísimo resplandor el espectáculo.

A medida que más asomaba el delicado nimbo del sol, los seres iban perdiendo consistencia y realidad, hasta el punto de que, como la niebla se deshace al ser iluminada de lleno por el día, el aquelarre fué disolviéndose por las cimas, no dejando oír en la distancia más que un lejano zumbido de cencerros.

Luego el sol hizo su entrada triunfal en los cielos, y su primer rayo fué á dar en el abrazado grupo de los amantes, que al sentir el calor de la llama, como si fuesen de cristal, saltaron en explosión de huesos con ruido seco y desacorde.

Una tibia que salió por el aire, trazando vueltas vertiginosas, dió en la espalda de un duende que sobre una peña del río movía su desmesurada cabeza, el cual, trocándose al recio golpe en rana de esmeralda, saltó al sosegado líquido y disparó repentinas coces, hasta ocultarse en el enmarañado y profundo lecho de las ovas.

El aire introducido en el agua por el duende, alzó una pequeña burbuja, que se coronó de un punto de luz y siguió el paso de la corriente.

SALVADOR RUEDA.

AVENTURA EXTRAORDINARIA

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



«Después de vaciar algunas botellas con unos amigos, regresaba la otra noche á mi casa muy alegre, esto sí, pero ¡muy sereno!



Andando, andando, observé que la luna se contraía y ponía una cara muy pálida ¡pero muy pálida!... y muy triste ¡pero muy triste!...



Y me dije: «Aquí ocurre algo extraordinario ¡pero muy extraordinario!... á esta luna va á darle algo.»



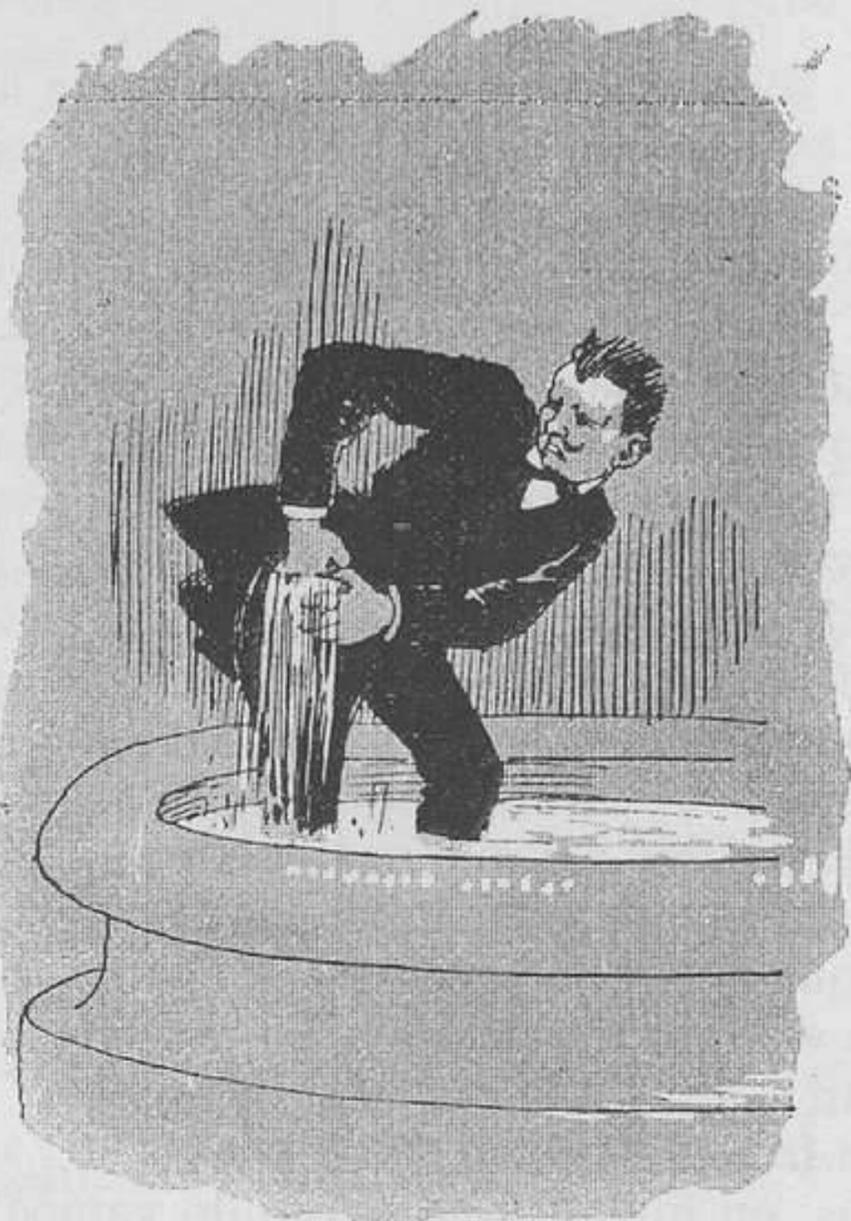
Y en efecto, de repente ¡pero muy de repente! empieza á dar volteretas y ¡¡cataplún!! da la luna un tumbo y la veo caerse en una fuente.



Precipitáme inmediatamente ¡pero inmediatamente! para sacarla de allí, mas ¡ay! con tan mala suerte que, poniéndole el pie encima, la rompí en mil pedazos.



Lo que pasó entonces por mí es de todo punto indescriptible ¡pero de todo punto!... ¡¡Héteme aquí culpable de delito de lesa astronomía!!



No obstante, recobrando luego toda mi serenidad ¡pero toda! empecé á recoger los pedacitos de luna para llevármelos á mi casa y recomponer el desaguizado lo mejor que Dios me diera á entender.



Pero no pudiendo con el peso de tanta materia cósmica, caí desplomado. Ignoro lo que después pasaría; ello es que á la noche siguiente la luna volvía á hallarse en su sitio muy bien compuesta... aunque no tanto que no se echaran de ver algunas cicatrices y suturas.

EN EL CEMENTERIO

Aquí los hados su poder declinan:
los que grandes se llaman y dejando
van tras de sí la esencia de su genio
convertida en objetos de alta gloria,
y bajo aplauso general reciben
la merecida palma ó digno lauro;
los que de la opulencia codiciada
el esplendor difunden por doquiera,
y entregados del ocio á la blandura
sienten ufanos transcurrir las horas;
los que acosados por fatal destino
bajo el rigor de un ímprobo trabajo
pasan el día, y por la noche, sólo
cena frugal sobre su mesa ponen;
todos, en fin, los que cruzando vamos
por diferentes rutas este valle,
es forzoso que al fin de la jornada
reposemos aquí, donde el ambiente
soporífero es las flores mustias,
el silencio profundo y ¡ay! las horas
nuncios no más de perdurable noche.
¡Oh! ¡cuántos seres en su bruma envuelve!
¡Cuántos que fueron de la patria gloria
y del hogar amor, ahora ocupan
este agreste recinto, donde de ellos
ni aun seña leve dejarán los siglos!
Una fuerza secreta los redujo
á condición igual; cayó el magnate
al par del infeliz menesteroso,
y en el cóncavo estrecho que llenaron
lo que uno y otro fué: ¡viles reliquias!
hoy valiosas ofrendas, mármol, bronce,
decoran la mansión de los que hubieron
fortuna ó fama; naturales flores
la de los más, y de vicioso césped
cubierta se halla la mezquina fosa
que al indigente cupo; mas por eso
no será menos grande la memoria
que dejará en herencia á su progenie.
Mármol, bronce y ofrendas de valía
¿la duración del último recuerdo
en vosotros está simbolizada?...

¿Del cariño que fué sois testimonios,
 ó fórmulas no más de humana pompa?
 ¡Ah! los que unidos por estrecho lazo
 á mí se hallaban; los que al mismo arrullo
 mecidos fueron en mi honesta cuna,
 allí gozan de paz; sus restos cubre
 sencillo, pobre y solitario nicho;
 ni una ofrenda valiosa lo decora
 que mi recuerdo ni mi amor pregone;
 mas de amor y recuerdo alzado tienen
 unpreciado y perpetuo monumento
 donde en esencia moran: es el alma
 que á mármoles y bronces sobrevive.

LADISLAO GONZÁLEZ.

Montevideo.

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,
 y baile al son de tu cantar la mosca,
 que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
 y lacia extiende su verdor la parra.

Desde la hiedra que á la vid se agarra
 y en su cortina espléndida te embosca,
 recuerda el caño de la fuente tosca
 y el fresco muro de la blanca jarra.

No consientan tus élictros fatiga,
 canta del campo el productivo costo,
 ebria del sol y del trabajo amiga.

Canta y excita el inflamante Agosto
 á dar el grano de la rubia espiga
 y el chorro turbio del ardiente mosto.

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

INVENTOS

¿Qué escándalo ha precedido
 á la invención del vestido?
 ¡Y qué delitos tan graves
 á la invención de las llaves!

BARTRINA.

¡Y qué conflicto casero
 á la invención del sombrero!

G. M.

GEDEÓN ESPERANDO EL TRANVÍA



— ¡Sube al coche!...

— ¡No, Adalgisa!

— ¿Por qué te muestras rehacio?

— ¿No ves que anda muy despacio
y yo tengo mucha prisa?

¡Nada! ¡no subo! prefiero,
pues creo que es lo oportuno,
esperar que pase alguno
que ande un poco más ligero.

LA DICHA

Consuelo, que es muy discreta,
preguntó al padre Raimundo:

— Decidme, ¿por qué en el mundo
no hay nunca dicha completa?

Y alzando al cielo los brazos,
contestó el cura á Consuelo:

— Las dichas caen del cielo,
y al caer, se hacen pedazos.

CASIMIRO PRIETO.



UN MARIDO VULGAR

- Querida esposa, tengo el gusto de participarte que estamos arruinados.
- ¿Arruinados?
- Acabo de declararme en quiebra.
- ¿De manera que ya nada existe entre los dos?
- ¡Nada!... ni un céntimo.
- Pues bien, nos separaremos.

— Nunca dudé de tus amorosos sentimientos, Sara.

— ¿Y piensas que una mujer de mis circunstancias puede amar á un ser vulgar como?...

— ¡Como yo! ¿por qué no terminas la frase? ¡Claro! una mujer hermosa, muy hermosa, nacida en encumbrada cuna, criada en la opulencia, educada para... princesa ó cosa así; que vive eternamente rodeada de galanteadores, como de brillantes insectos la rosa; que no escucha más lenguaje que el de la lisonja; que recibe pleito homenaje de todo el mundo, ¿cómo ha de querer al hombre que sin más mérito que el dinero, pierde el único título que tiene á su consideración? ¿Cómo esa mujer, acostumbrada á las declaraciones de amor, ha de prestarse á oír al hombre que la hace declaraciones... de quiebra? ¡Ah! Comprendo todo el desdén que sientes por mí y que en vano has tratado de disimular mientras me has creído rico, pues si no dió reflejos de acero á tu mirada, como ahora, en cambio siempre sentí su frialdad en tus besos.

— ¡Eso es una calumnia infame!

— ¿Calumnia dices?

— Sí, yo me casé contigo por inclinación...

— Es verdad: por *inclinación*... á mi dinero.

— ¡Miserable!

— Y lo peor es que me creí amado... es decir, no fué eso lo peor, sino que me creí feliz... ¡qué manera de florecer las ilusiones en mi alma! Aquello era una rosada primavera... ¡así fué el desencanto que tuve cuando empezaron á marchitarse, al faltarles la luz de tus ojos negros! Nunca hubiera creído que fuese tan dolorosa la herida que deja en el corazón un desengaño amoroso... ¡Cuánto y cuánto sufrí! Por un momento pensé volverme loco; pero, reflexionándolo mejor, comprendí que no había para qué temer ese peligro... pues ya lo estaba. Verdad que no lo había notado hasta entonces. ¿Acaso, si no hubiese estado loco, me habría casado con una mujer acostumbrada á los esplendores del lujo, y nacida, no para embellecer el hogar, sino para servir de adorno en los salones? ¡Cuántas veces he tenido envidia á más de un desconocido, al verte palpitante y sonriente en sus brazos, durante un vals!

—Jamás he olvidado lo que debo á mi decoro.

—Y sin embargo, más de una vez ha cruzado por mis ojos la nube roja de los celos... ¡Sí, Sara! me he atrevido á ser celoso... ¡yo, un miserable gusano, celoso de los astros!... Pero, ¡qué quieres! Se trataba de mi mujer y no podía conformarme con la idea de que perteneciese más á la sociedad que á mí...

—Eres injusto conmigo, Pablo; yo te he querido...

—Pues lo has disimulado mucho. Con razón me decía una noche, en el baile de las de Rosales, cierto poeta satírico, al ver que no nos hablábamos:—¿Se aman ustedes... en secreto?

—En suma...

—Sí, en suma: estamos arruinados.

—¡Qué horror!

—Comprendo que es un golpe muy duro para tí; porque no hay nada más terrible que descender á la miseria por escalinatas de mármol...

—¡Oh! ¡jamás! Es necesario que rehagas al punto tu fortuna, Pablo; si me amas, como dices, no querrás hacerme sufrir... ¿Ves? las lágrimas corren por mis mejillas... son las primeras que vierto... ¡y tiemblo al pensar que pudiera presentarse en este momento alguno de nuestros amigos... debo estar horrorosa con los ojos hinchados por el llanto... ¡Ah, no! tú no puedes mirar impasible mi dolor. ¿Verdad, Pablo? Es necesario que apartes de mi vista el negro fantasma de la miseria... ¡me hace daño, mucho daño!

—Sólo un camino nos queda para recuperar nuestra fortuna.

—¿Cuál?

—Camino lleno de espinas; pero no olvides que el camino que conduce á la verdadera dicha tiene más espinas que rosas.

—Pues bien, habla; estoy dispuesta á todo.

—¿A todo, Sara?

—Sí, ¡á todo! Aunque sienta desgarrada mi alma por las zarzas del camino, me verás avanzar serena con la resignación en la mirada y la sonrisa en los labios.... ¿Qué exiges de mí? ¡contesta! con tal que no tenga que desprenderme de mis

trenes, y de mis galas, y del fausto que me rodea, haré... ¡cualquier sacrificio!

— ¡Oh! ¡eso sería... *demasiado!*

— ¿Te ríes?

— ¡Desdichada! Precisamente ese fausto y esos trenes que tanto lisonjean tu vanidad, son los que nos han conducido á la ruina, ¡y bien aprisa por cierto! Verdad que hemos ido á ella arrastrados por nuestros fogosos rusos.

— Entonces, ¿qué camino es ese de que me hablabas?

— El del trabajo.

— ¡Bah!

— Y la economía.

— ¡Bah!

— No queda otro.

— ¡Linda manera de resolver la cuestión! De modo, que mientras buscas en el trabajo honrado, — porque supongo que será honrado, ¡te conozco bien! — el medio de recuperar lo que has perdido en necias especulaciones de Bolsa, he de resignarme con mi suerte y renunciar á mi palco de la Ópera, y á mis rusos, y á mis paseos favoritos, y á mis triunfos en los salones, y, lo que es peor, ¡mil veces peor! he de abdicar el cetro de la elegancia y de la hermosura en manos de mis rivales, ¿no es eso?

— Precisamente eso es lo que quiero; y que en vez de ser la mujer... de todo el mundo, seas la mujer de tu marido.

— Y que en lugar de frecuentar la sociedad, me consagre á los quehaceres domésticos... ¿por qué no sigues?

— ¡Si supieras qué hermosa es la mujer en su casa! Podrá en los salones y en la calle no perder su belleza, pero, créeme, pierde su poesía.

— Elocuencia... de quebrado, que no me convence.

— Pues lo siento por tí.

— ¡El hogar!... ¡La familia!... Estás insoportable con tus vulgaridades. ¿Crees que Dios me ha dado estos ojos para que brillen en la oscuridad?

— ¿No ha encendido Dios los astros para que brillen en ella?

—Estás loco, Pablo... ¡No! esta garganta y este seno, que tan bellas estrofas han inspirado á nuestros poetas, no han sido formados seguramente para que se oculten bajo el modesto percal, sino para que brillen desnudos entre espumas de encaje... ¡Ah! ¡eres muy cruel conmigo!... ¡condenarme á vivir en una oscura medianía! ¡pretender que renuncie á esa vida de esplendores á que me llama mi juventud y mi hermosura! ¡privarme del aplauso de los hombres y de la envidia de las mujeres! ¡y todo con el pretexto de rehacer una fortuna por medio del trabajo lento y asiduo, de que sólo podré disfrutar... ¡quién sabe!... ¡cuando sea vieja!

—¿Pues no estabas dispuesta á hacer cualquier sacrificio?

—Sí... estaba dispuesta á todo, ¡á todo! á idolatrarte... ¡á bailar contigo!

—A todo, menos á renunciar á tus vanidades locas. Pues bien, Sara; es necesario que te dispongas á abandonar esta casa.

—¿Abandonar mi casa?

—Ya no es tuya... es de mis acreedores.

—¡Pero esto es una iniquidad!

—Ya te he dicho que estamos arruinados.

—Pues bien, saldré; pero saldré sola.

—Libre eres como el viento... ¿á qué querer encadenar un corazón que no late por mí? Cometí la locura de poner mi fortuna y mi felicidad á una carta de amor y no debo quejarme de los reveses de la suerte. Podría invocar mis derechos de esposo, pero, ¿qué conseguiría con esto? exacerbar tu odio y ahondar más el abismo que nos separa. ¡No! acepto resignado el castigo de mi torpeza y te dejo en libertad de seguir el camino que más te cuadre.

—¡Esto más!

—Anda, abierta tienes la casa de tus padres; ya que no supieron educarte, que sepan al menos defenderte contra los rigores de la fortuna. Anda, brilla en los salones; muestra tus desnudeces de estatua; presta oído amable á los arrullos de la lisonja; olvídate de mi cariño, si quieres; pero cuida que mi nombre no ruede por el lodo, porque entonces...

- ¡Por Dios, Pablo! me das miedo... ¿qué ibas á decir?
- Nada... una vulgaridad.
- ¡Ah! ¡no, Pablo! No era una vulgaridad lo que pensabas; algo ha brillado en tus ojos, donde hasta ahora no había visto más que mansedumbre, que te ha transfigurado por completo, que te ha presentado á mi vista... ¡terriblemente hermoso!
- ¿De veras?
- ¡Pablo!
- ¿Bajas la cabeza?... ¿suspiras?
- Sí... de pena, de... ¡qué sé yo! ¡Y pensar que he vivido dos años á su lado sin conocerle! Verdad que hasta hoy no he visto su alma, toda su alma; esa alma que creía vulgar y que ha brillado en magnífica explosión de luz en sus ojos...
- ¿Qué estás diciendo?
- ¡Perdóname, Pablo!
- Pero, ¡Dios mío! ¿estás delirando? ¡esto sólo nós faltaba! ¡La infeliz se ha vuelto loca! ¡loca!... ¡ruina sobre ruina!
- No, Pablo, te engañas; no estoy loca, es que... no sé cómo decirte...
- ¿Que todo ha concluído entre los dos? Ya lo sabía, y ya te he dicho que eres libre como el viento; no puedo exigir de tí el sacrificio de que compartas conmigo mi miseria, después de haber compartido mi fortuna; si aspiré á tu cariño en la opulencia, ¿cómo he de pretender tu amor en la desgracia? Tú te perteneces á la sociedad, á esa sociedad que te admira, que te aplaude, que te envuelve en nubes de incienso y en lluvia de flores, y sería locura querer que descendieses de tu excelso trono para escuchar las vulgaridades de un marido, que ya no tiene á tu cariño ni *títulos* cotizables siquiera. No, Sara; no te detengo más; parte, aléjate de mi lado... ¡y sé feliz!
- ¿Y si te dijera una cosa, Pablo?
- ¿Qué?
- ¿Y si te dijera?...
- ¿Por qué bajas los ojos al suelo? ¿qué significa esa turbación?
- Pues significa... ¡que te amo!

—¿Eh?

—Pablo, ¡por Dios! ¡perdóname; he sido una loca, una necia, una infame! Te juzgué de grosero barro...

—Y has visto que soy un diamante... *en bruto*.

—No seas cruel... ¿por qué me miras con ese aire bur-lón? ¿dudas, acaso, de mi arrepentimiento? pues haces mal, Pablo.

—¿Y no te asusta ya la miseria?

—No, si desciendo á ella contigo. Teniendo tu cariño, Pablo, ¿qué me importa ya de todo ese lujo que hasta ahora ha halagado mi vanidad, nunca mi corazón?

—Pues bien, ya que me has confesado tu falta, voy á confesarte también la mía.

—¿La tuya?

—Sí, Sara, te he engañado; no hay tal quiebra ni tal ruina; quise sólo evocar ante tus ojos el fantasma de la miseria, para ver si, acobardada á su presencia, volvías al buen camino... y Dios te ha tocado en el corazón.

—¡Buen susto me has dado!

—Yo no quiero que dejes de brillar en los salones por tus galas; pero quiero que brilles más todavía por tus virtudes. Gasta con moderación y no echés por la ventana lo que tantos sudores me cuesta. Y, sobre todo, lo que más exijo de tí, es que, en cambio de mi cariño y de mi fortuna, seas la mujer de tu marido y no la mujer de todo el mundo. Si el mundo quiere mujer... ¡que se case!

CASIMIRO PRIETO.



CUENTA CLARA



- ¿Es habano, don Tomás?
 —¿Si es habano? ¡y de los buenos!
 —Y... ¿le quedan á usted más?
 —No, señor: me quedan menos.

SONETO

Ayer dictaba leyes á porfía
 haciéndolas cumplir una por una;
 desde el rey al de más humilde cuna
 honraron del privado la energía.

El monarca, de dones le cubría,
 los nobles, le aumentaban la fortuna,
 y halagado don Alvaro de Luna,
 un titán en la tierra se creía.

Tu orgullo y vanidad, hombre altanero,
 te robaron la gracia soberana.
 Hoy mueres en cadalso horrible y fiero,
 é impasible la turba cortesana
 lo mismo erige en ídolo á un madero
 que hace tizones con la carne humana.

VICENTE R. JORDÁN.

NUESTROS COLABORADORES



Sra. D.^a Lastenia Larriva de Olona

INSPIRADA POETISA Y DISTINGUIDA NOVELISTA PERUANA

A ESPAÑA

EN LA MUERTE DEL REY DON ALFONSO XII

¡Madre de gloriosísimos anales!
También mi parte en tu dolor reclamo,
y, junto con tus lágrimas, derramo
mis lágrimas amargas á raudales.

Fué mi patria, en los tiempos coloniales,
de tu gran tronco predilecto ramo;
y allá en su suelo, que venero y amo,
palacios erigiste y catedrales.

¡Lo están diciendo esas recientes ruinas
que hoy riegan mis hermanos con su lloro:
si de sus ricas fabulosas minas

ella te dió en un tiempo plata y oro,
Ciencias le diste y Artes peregrinas,
y de la CRUZ el celestial tesoro!

LASTENIA L. DE LLONA.

MELODÍA

A LA SEÑORA LASTENIA LARRIVA DE LLONA

Cuando juegan tus dedos sobre el teclado
y arrancas vivas notas al instrumento,
hacia un mundo imposible que yo he soñado
blandamente se eleva mi pensamiento.

Y en ese mundo vago, que tú revistes,
al dulce son, de vidas y de alborozos,
ni murmuran los labios adioses tristes,
ni conmueven el pecho tristes sollozos.

Allí el alma en transportes de fe se exhala,
y todos los misterios alzan su velo,

y todos los ensueños tienden el ala,
y todas las ternuras tienden el vuelo.

Allí de nuevo lucen los muertos días,
allí de nuevo brillan las muertas teas;
todos los pensamientos son armonías
y todos los acordes tienen ideas.

Ni el soñador lamenta su bien perdido,
ni el dolor le tortura con mano fuerte,
ni sus siniestras alas tiende el olvido,
ni sus trágicas sombras tiende la muerte.

Allí bardo y guerrero tocan la meta
donde, unidos, sus nombres graba la historia;
allí cada heroísmo tiene un poeta
y allí cada poeta tiene una gloria.

Allí á su propio bardo busca el guerrero,
y el guerrero y el bardo se unen amantes;
y Aquiles en sus brazos levanta á Homero,
y el *Loco* entre los suyos alza á Cervantes.

Allí el mártir implora por el verdugo,
y no cabe en las almas rencor ni saña,
el Imperio recuerda sin odios Hugo,
y sin odios recuerda Caldas á España.

Allí en todos los labios hay una risa,
y hondas satisfacciones tiene el deseo,
y al lado de Abelardo sueña Eloísa,
y al lado de Julieta canta Romeo.

• • • • •

¡No cesen tus acordes! que el pensamiento
vaga por esos mundos que se ha forjado,
mientras arrancas notas al instrumento,
al resbalar tus dedos sobre el teclado.

JOSÉ RIVAS GROOT.

Bogotá.



GRANDEZA MORAL

A ORILLAS DEL RÍO CALI, EN EL VALLE DEL CAUCA

Á MI AMADA ESPOSA, DOÑA LASTENIA L. DE LLONA

Llegamos á aquel sitio en donde el río,
 como en muelle descanso,
 tras largo viaje y ronco vocerío,
 formaba hondo remanso;

Donde, en mi alegre infancia ya remota,
 al dejar la triste aula, —
 como bandada de aves que alborota
 libre al fin de la jaula, —

Yo, con mis bulliciosos compañeros,
 desde altura vecina
 nos lanzábamos ágiles, ligeros,
 en la onda cristalina;

Y, cada cual, de su destreza alarde
 haciendo entre clamores,
 nadábamos sin tregua, de la tarde
 á los tibios fulgores...—

Ansiaba yo que la adorada mía,
 lejos de los extraños,
 y en la mañana de ese ardiente día,
 — al través de los años,

¡De más de siete lustros á distancia —
 bañara su hermosura

en el mismo lugar que de mi infancia
vió la fugaz ventura!

La escena era grandiosa:— Al lado nuestro,
atados los caballos
á las plantas en flor, por el cabestro,
pacían verdes tallos;

El Cali sesgo y cristalino al frente,
como sierpe de plata,
arrastraba entre rocas su corriente
con voz sonante y grata;

Allende el río, fértiles collados;
detrás, el arduo monte
que con severos tintes aplomados
cerraba el horizonte;

Alrededor, vastísimas llanuras,
boscajes y praderas...
y en el lejano fondo, las alturas
de azules cordilleras;

Y sobre aquel inmenso panorama,
cual de zafiro un velo,
al través de la atmósfera de llama
vasto, profundo el cielo!...

¡Delante de esa gran Naturaleza
do el ser absorto se hunde;
cerca mirando la inmortal belleza
que vida á mi alma infunde;

De infinita ventura rebosante,
al Dios que el orbe rige,
alzando mudo el corazón amante,
por su bondad bendije!...—

Ella escuchando mi vivaz deseo,
la voz de mi ternura,
libre dejó de todo vano arreo
su olímpica figura;

Y, cual la hurí que el mahometano sueña
en su oriental reposo;
como la Eva mágica y risueña
de ese Edén venturoso;

¡Como la antigua majestuosa Diana,
en leve albo ropaje
con su casta hermosura soberana
iluminó el paisaje!

Y al fin sus formas de belleza suma
 como las griegas ninfas,
 formando surcos de bullente espuma,
 sumergió entre las linfas...

¡Ah! ¡no contaba yo con las mudanzas
 que sufre el Universo;
 y olvidé las alevés asechanzas
 de nuestro hado perverso!

De ese remanso plácido y tranquilo,—
 ¡más que las rocas fuerte,—
 hizo el tiempo *una rápida*, un asilo
 oculto, de la muerte!...

¡De repente escuché de mi adorada
 un grito penetrante;
 y á mí la ví volver acongojada
 su pálido semblante!

—¡Ay! ¡el agua me arrastra, esposo mío!
 clamaba en voz doliente:
 ¡en vano lucho del pujante río
 con la veloz corriente!

Y al pétreo fondo se aferraba en vano,
 como al tronco las hiedras;
 ¡pues resbalaba su pequeña mano
 en las lamosas piedras!

¡Oh, tremendo peligro! ¡oh, duro trance!
 ¡el raudal turbulento
 que la arrastraba, lejos de mi alcance,
 como empuje violento!

Y á breve trecho, rauda catarata
 del río en la revuelta
 do su corriente ronca se desata
 en tumbos mil disuelta;

Do, arrebatando piedras resonantes,
 que allá en su fondo choca,
 va á estrellarse con ímpetus pujantes
 en muralla de roca;

Donde en montañas de agua se derrumba
 con fiero paroxismo;
 ¡vasta, siniestra, inevitable tumba!
 ¡fúnebre, horrendo abismo!...

¡É iba á morir en ese vórtice!—Ella,
 el ser privilegiado,

tan inspirada y santa como bella, —
por ciega ley del Hado!

¡Iba á morir, la víctima inocente
de atroz destino infausto,
cual paloma ofrecida ante inclemente
deidad, en holocausto!

¡Y ese monte, ese valle, y cuanto encierra
el terrenal asiento,
quedaban en quietud! ¡Muda la Tierra,
y mudo el Firmamento!

¡Y atado yo, cual réprobo, á la orilla
por mi fatal dolencia,
iba á mirar á ese ángel sin mancha
morir en mi presencia!...

¡Ah! ¡no! ¡jamás! Rasgando mi vestido
con ansiedad vehemente,
cual por fuerza titánica impelido,
lancéme en la corriente.

Cogí sus manos, entre angustias ondas,
con desusado brío;
y en pie logró ponerse entre las ondas
tumultuosas del río;

Pero en el sitio aquél más recia y brava
era ya la avenida,
y á contrastar su empuje no bastaba
nuestra fuerza, aunque unida!...

Y entonces, ¡ay! en su congoja extrema,
en tan terrible instante,
¡lanzó una voz de elevación suprema
su corazón gigante!

— *¿No lo ves? nuestro esfuerzo es impotente
á resistir la ola:
vas á morir conmigo inútilmente;*
DÉJAME MORIR SOLA!!! — ¹

¡Oh, voz sublime! ¡acento sin segundo!
¡Grandioso, excelso grito
de abnegación inmensa como el mundo!
¡Eco de lo infinito!...

¡Y ese grande clamor de sus entrañas
rasgó también el viento,

¹ Rigurosamente exacto.— En Noviembre de 1884.

sin que aquellas inmóviles montañas
temblaran en su asiento!

¡Sin que, en mi derredor, se estremeciera
cuanto sustenta el suelo!

¡Sin que, allá arriba, la azulada esfera
se turbara, del cielo!...

¡No! ¡ante el prodigio de moral grandeza
de ese clamor doliente,
proseguiste también, Naturaleza,
tu curso indiferente!...

¡De esta raza de Adán que hacia la fosa
por tu seno se arrastra,
no eres, tú, no, la madre cariñosa,
sino la atroz madrastra!

¡Pues de la Humanidad miras tú en calma
la dicha ó la miseria,
un abismo sin fondo hay entre el Alma
y la inerte Materia!

¡Ni chispa del espíritu circunda
tu vana forma externa!

¡Será sin fin tu material coyunda!
¡Será tu noche eterna!...—

¡Yo atónito la oí, de asombro lleno
y de amor y alborozo;
en lágrimas bañado, henchido el seno
de un trémulo sollozo!

—¡Abandonarte, yo, ángel mío!... ¡nunca!
El Cielo me es testigo:

¡O la muerte también mi vida trunca,
O salvarás conmigo!

¡Sí, yo te salvaré ó, entrelazados
en firme abrazo estrecho,
el río á nuestros cuerpos destrozados
dará mortuorio lecho!—

Y, doblando mi fuerza en ese instante
la emoción poderosa,
logré arrancarla, débil, vacilante,
del agua procelosa;

¡Y al asentar su planta, del ribazo
en la menuda arena,
dobló su blanca sién sobre mi brazo,
cual pálida azucena!

.....

 ¡Óyeme, luz de la existencia mía!—
 ¡Inmensos son los dones
 que en mí has vertido, desde el fausto día
 de nuestros corazones!

En tí encontré la encarnación viviente
 del Ideal, que en vano
 buscaba por la tierra eternamente,
 con desvarío insano;

Tú el díc­tamo pusiste, de mi seno
 en la incurable llaga;
 Tú has sido, amada mía, el Angel Bueno
 De mi existencia aciaga!

De mi vida de acerbos desventuras,
 de infortunio sin nombre,
 compensación, que el Dios de las alturas
 reserva siempre al hombre!

Aurora celestial, tras los horrores
 de nocturno delirio!
 ¡Glorioso galardón de mis dolores;
 palma de mi martirio!

De tu inefable voz al són primero,
 se destruyó el conjuro
 con que el Bien me vedó torvo hechicero
 como con triple muro.

De triste Duda las oscuras vías
 salvé, asido á tu veste,
 como guiaba al hijo de Tobías
 el Arcángel celeste;

Cual con su arpa David, del Rey insano
 las fúnebres visiones,
 mis recuerdos disipas, de tu piano
 con los vibrantes sonos;

Blanca paloma,—tú, en el cataclismo
 dó naufragara todo,—
 me trajiste la fe, sobre un abismo
 de llanto y sangre y lodo;

Y con la fe, me diste la esperanza
 que lloraba perdida;
 y, con flores de eterna venturanza,
 refloreció mi vida!

Y fué, á tu lado, la existencia mía,
porque así Dios lo quiso,
Ánfora inagotable de ambrosía,
terrestre paraíso!...—

Nadie comprende como yo el tesoro
que tu almo ser encierra,
valioso más que las montañas de oro
de tu peruana tierra!

De gracia, ingenio y de virtud los dones
con que Dios te ha colmado,
de todas las humanas perfecciones
como único dechado!...—

Por tantas dichas, por tan dulces bienes
con que tu amor la inunda,
también en mi alma los tesoros tienes
de gratitud profunda;

Por tan diversas perfecciones altas
que en tí observo con pasmo,
—lo sabes bien—mi admiración exaltas,
mi perpetuo entusiasmo!...—

Mas el grito por tu alma formulado
en tan supremo instante,
á tu sublime ser me ha encadenado
con nudos de diamante!

Que, á esa voz, como á un lampo repentino,
ví la moral grandeza
que unida llevas en tu ser divino
al genio y la belleza;

Y contemplé asombrado tu heroísmo,
como desde alta cumbre
se descubre de luz inmenso abismo,
golfo sin fin de lumbre!...

Y por eso, al recuerdo de aquel día
de tan mortal congoja,
que aun con el sudor de la agonía
mi yerta frente moja:

Cuando mi mente, vuelta hacia el Pasado,
las palabras evoca
que escuché, en ese instante incomparado,
de tu divina boca;

De tu afecto sin límite á la idea,
con que en el trance adverso

tu alma, en su sacrificio gigantea,
dominó al Universo;

De tu moral excelsitud sencilla
al grito heróico y tierno...
doblo ante tí, Lastenia, la rodilla
y absorto me prosterno!

Y humilde beso, en religiosa ofrenda,
el polvo que levantas
al estampar en la terrestre senda
tus celestiales plantas!

NUMA P. LLONA.



Á MARÍA TERESA MÉNDEZ CASARIEGO

Si es verdad lo que un sabio me decía,
hablando ayer de la celeste esfera,
que del ardiente beso de dos astros
nacieron una noche las estrellas;

Tú, que eres la esencia del perfume,
de la luz, del candor y la modestia,
¿por qué no suponer que hayas nacido
de algún beso del sol á una violeta?

GERVASIO MÉNDEZ.

EL AMA DE CRÍA



—¿Con este tiempo frío y destemplado
saca usted al niño tan desabrigado?
pero, ¡por Dios, mujer! ¡qué poco seso!
—¿Y á usted se le figura
que un chico de tres meses, entiende eso
de la temperatura?

A...

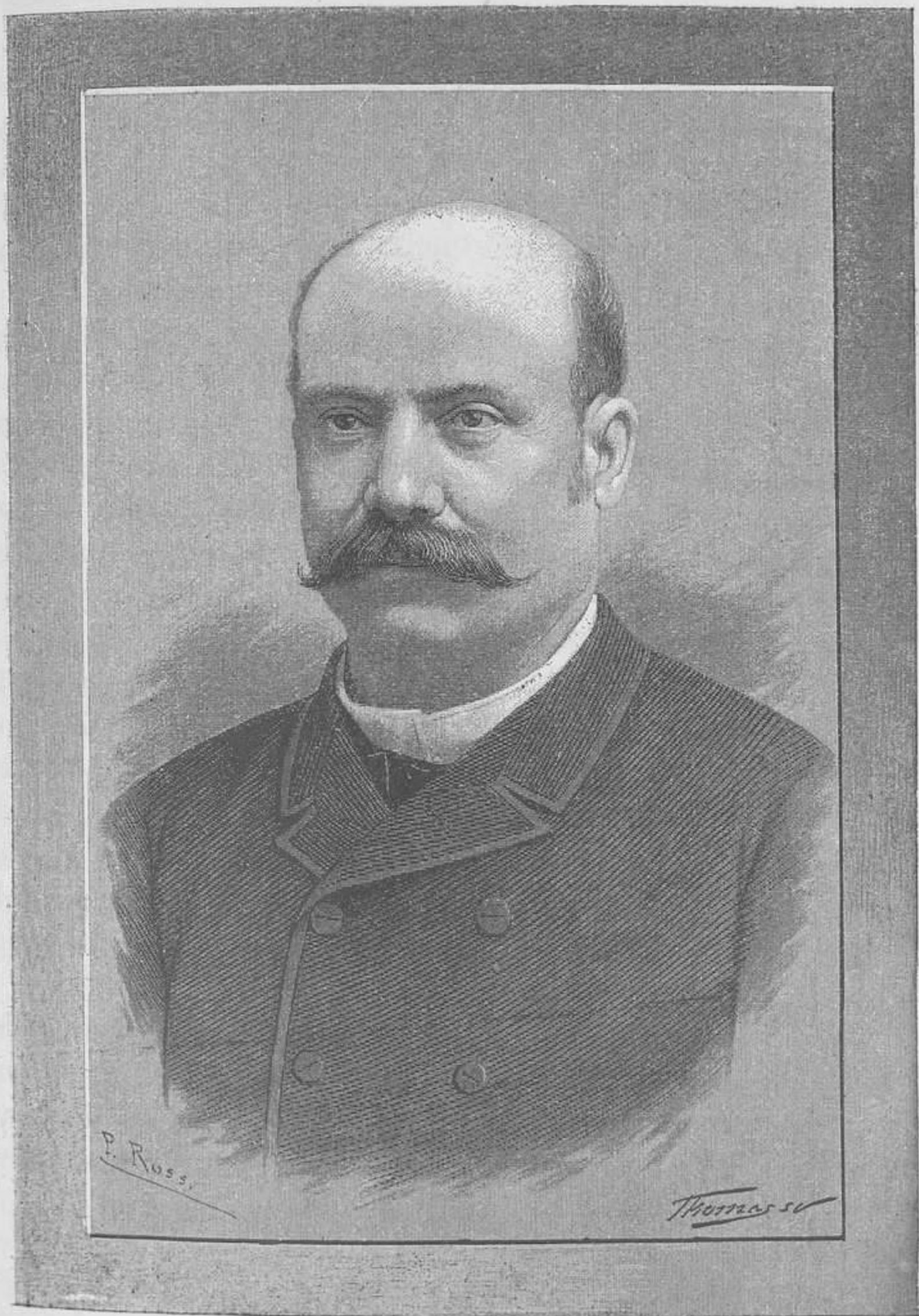
Cual ruedan entre márgenes floridas
del arroyuelo las radiantes aguas,
así mis horas
entre las rosas de tu amor resbalan.

Cual se deshace en el ardiente estío
la nube oscura en transparente gasa,
así mis duelos
se funden al calor de tu mirada.

Cual se envuelve la noche en sus crespones,
del sol llorando la lejana marcha,
así en mi espíritu
surgen las sombras si tu luz le falta.

CALIXTO OYUELA.

NUESTROS COLABORADORES



D. Enrique Ortega

DISTINGUIDO ESCRITOR ESPAÑOL

MOTRICO

(CAPÍTULO DE VIAJES)



E todo conviene ver en este mundo, porque en todo hay algo útil y nuevo por modesto que sea.

Puedo asegurar que si mucho puede decirse de las maravillas de París y Londres, de las bellezas de Suiza é Italia y de las peculiaridades de Alemania y Rusia, no hay motivo para dejar por completo en

el tintero algunas de las mil pintorescas y variadas escenas de España.

Y no me referiré á las esplendideces de la Semana Santa en Sevilla ó Toledo, ni á las fiestas de la Pilarica en Zaragoza, ni de la Madre de los Desamparados ó de san Vicente en Valencia, ni á las interesantes romerías de Galicia, ó á las de Montserrat y otras no menos renombradas en sus regiones respectivas. Voy á solazarme unos momentos recordando la fiesta principal, con corrida de toros y todo, del pueblo histórico de Motrico.

En aquel rincón de la península ibérica y esquina del Océano, nacieron insignes varones, entre ellos el marino Churruca, cuya gloria guarda ufana la hispana historia en sus páginas. Ahora es un pueblecito de pescadores, de industriales y de agricultores.

De aquel puerto mezquino salen á la pesca del *bou* los bravos marineros, para quienes las terribles *galernas* son bien conocidas y con frecuencia burladas.

Motrico está situado en la misma montaña, formando anfiteatro sobre el mar, que llega á besar humilde sus muros. No tiene playa, y en uno de sus lados se ve un buen estable-

cimiento de baños que llena el vacío para los que quieren ponerse en remojo en agua salada.

Los edificios escalonados, abundantes en piedra ennegrecida por el tiempo y las brisas salitrosas del mar, se ven por unos sitios con tres ó cuatros pisos de altura, en tanto que esos mismos, por el lado posterior, tienen sólo uno ó á lo más dos.

En la comunicación de unas calles con otras hay necesidad de hacer rampas y escalinatas que salven las sinuosidades del terreno.

No es bello Motrico, pero para sus hijos tiene el encanto que dió vida al refrán: «No hay patria fea.»

Las fiestas del pueblo se celebran á mediados de Julio.

Al anuncio de «Toros en Motrico,» Auresco, Zortzico y demás atractivos religiosos y profanos, entre los que figura con ventaja el baile en los salones del Ayuntamiento, se organizan expediciones de la alegre juventud florida de ambos sexos, vecinos ó residentes veraniegos de Deva, Saturrarán, Elgoibar, Zumaya, Mendara y Alzola.

Los *canastos*, coches de alquiler muy abundantes en esos pueblos, se ponen en movimiento por todas partes y á buen paso llevan preciosa carga por aquellos bien tenidos caminos vecinales, que cruzan montañas y serpentean á orillas del mar en largos trechos, cuando no se ocultan en revueltos giros por las profundidades de las angostas quebradas.

La campana de la iglesia del pueblo saluda con su voz argentina á los forasteros; los vecinos preparan sus galas y alistan las habitaciones para recibir á los visitantes, especialmente los que tienen casa con balcones á la plaza, que es el punto adonde convergen todos los recreos, y se convierten esos días en voluntarios y gozosos esclavos de sus relaciones.

El tamboril y el pito se dan pocos momentos de descanso. Tocata á la mañanita para empezar desde temprano las buenas obras: tocata á la hora de misa: tocata á las doce por ser medio día.

En la iglesia se ha reunido el pueblo entero. Los que no pueden asistir á la misa mayor, con su correspondiente sermón

en vasco, han ido á las misas rezadas, dichas más temprano.

Un paréntesis abre á la fiesta pública la hora de comer. El silencio reina en el pueblo, por no llegar hasta la vía pública el rumor sordo de muelas que mastican y las voces y risotadas de los que comiendo charlan.

La tarde es aguardada con ansia.

El *aurreasco* lo danzan los niños y niñas del pueblo con limpísimos trajes y abundancia de garbo y donosura.

Las primeras veces que oye uno que no es vasco esa música discordante del pito y el tamboril la encuentra desapacible y de mal gusto; pero pronto el tímpano herido se cicatriza y se halla poético encanto en recordar aquellos aires inocentones y monótonos que tan bien pintan las costumbres patriarcales de aquellos pueblos dichosos.

El zortzico se deja oír en la plaza con gran contentamiento de todos. Porque hay que notar que el *aurreasco* es más solemne y tiene sus puntas de baile clásico ó ceremonia simbólica, y el zortzico, como la jota aragonesa, que ha logrado hacerse conocer en el mundo entero, es más juguetón y enardece más la sangre de los jóvenes, rejuveneciendo la de los viejos.

En medio de la plaza está la estatua del héroe de Trafalgar, severa, tranquila, como presidiendo bondadosamente aquellas expansiones de que él en su juventud disfrutaría.

Esparcidas en torno del pedestal, y á prudentes distancias, hay varios toneles grandes que han de servir á los toreros para burlar á la fiera.

El momento se acerca. Los balcones están cuajados de cabezas que miran ávidamente. En la escalinata de la iglesia está la banda de música y detrás el buen pueblo, que no cambiaría en aquel momento su asiento de piedra por el curul romano.

Sale el toro por un callejón tapado con unas tablas y es saludado por una exclamación unánime con que la masa total de los espectadores expresa el alegre horror que le causa el que llaman, por una convencionalidad admitida, toro bravo.

¡Pobre animal! Tan cariñoso con todos, desea más bien acercarse á comer un puñado de alfalfa en la mano que ponerse á dar cornadas á nadie.

¿Qué le han hecho á él para que en una hora vaya á cambiar sus hábitos pacíficos y se meta á camorrista?

Si no tiene resentimientos que vengar, ¿por qué ha de hacer uso de sus cuernos en contra de sus buenos amigos de todo el año?

Sin embargo, en la plaza hay unos seres extraordinarios, vestidos de colorines y con unos trapos grandes de color ladrillo á quienes no conoce y de los que recela alguna traición.

¿Qué serán aquellos tipos que él no ha visto nunca con tales atavíos y que le desafían, le insultan, le llaman buey, flojo, cobarde, le agarran la cola y le zarandean olvidando todo respeto, y metiéndole el trapo colorado por los hocicos provocándole á descomunal batalla?

—¡Pues á vernos las caras! dice al fin el berrendo enojado. ¡A ver dónde están los guapos!

Y ciego de coraje equivoca los adversarios y les da topeadas á los toneles vacíos, que ruedan ruidosamente por el suelo. El toro casi se asusta de su propia obra, y pasado el primer momento de ira reflexiona, y después de un breve raciocinio vacuno, se decide á no cometer más crímenes y buscar á todo trance la salida por donde pueda escapar hacia su tranquilo prado y dejarse de locas y quijotescas aventuras.

Y no hay más remedio que dejarle salir, porque sino salta por el primer hueco que ve y ya no da juego á la *cuadrilla* de toreros, que son por su pericia y arrojo dignos del buen carácter del toro.

Visto uno se ven todos los de la tarde, que son del mismo corte, salvo que haya algún revolconcillo llevado por algún mozo que se mete á torear por lo fino y resulta con los calzones rotos y el cuero comprometido.

El buen pueblo pasa la tarde entre las más vivas exclamaciones de terror, cuando cree que el toro ensarta al torero; de admiración cuando el torero hace un quiebro y desaparece dentro del tonel dejando al toro como quien ve visiones con

la desaparición mágica; de alegría cuando sale otro toro; de desdén cuando se retira el derrotado; y entre tanto gozar se deslizan rápidas las horas, y llega la del crepúsculo vespertino con sus tintas melancólicas que colorean las crestas de las montañas vecinas.

Nuevamente se escucha el himno vasco, de corte majestuoso en su primera parte y en la segunda con un rápido *allegro* que devuelve la movilidad agitada á los oyentes.

La noche no tiene recreos populares.

El baile en la Municipalidad es de la escuela moderna: se aparta por completo de las costumbres de la montaña y sigue las aguas de los grandes centros sociales.

Bastante lujo y mucho remilgo: ellas y ellos que se miran, se aman, cuchichean y bailan como desesperados, en tanto que el vasco fornido y la vasquita sencilla, rendidos de saltar y brincar con los brazos en cruz y la cabeza erguida, duermen felices y satisfechos, soñando con lo que danzarán al día siguiente.

ENRIQUE ORTEGA.



EPIGRAMA

—¿Ya se fué el sol? yo pensaba
que eran más largos los días
en Septiembre.

—Pues me asombra,
mujer, que tal cosa digas;
¿no está en Libra el sol? pues bueno,
¿qué sol quieres que entre *en libra*?

LOS SALONES



—Da risa ver á un anciano
tan serio como tu abuelo,
teñirse de negro el pelo,
que era ayer del todo cano.
¿Quién se ha de tragar, Mariano,
la píldora? ¡ni el más bruto!
—Es que mi abuelo, Canuto,
ha perdido en Santa Fe
una prima hermana!...

—¿Y qué?

—¡Pues hombre, que está *de luto*!

MOISÉS N. CASTELLANOS.

DEL LIBRO «CANTS ÍNTIMS»

DEL POETA CATALÁN

APELES MESTRES *

I

Camina el barco, la arboladura
que el viento azota, cruje y murmura,
y el mar en calma, con sus oleadas
canta que canta, canta baladas.

Camina el barco; se hincha la vela;
los peces cruzan dejando estela,
y entre los palos y entre el cordaje
silba que silba, silba el oraje ¹.

De los olajes al movimiento
solo en la popa, mirando atento
cual se va el día, que ya desmaya,
pienso que pienso, pienso en la playa.

Pienso en la hermosa que, triste y sola,
pregunta inquieta por mí á cada ola...
y el pecho late con la esperanza,
y el sol declina y el barco avanza...

V

Viene la noche y le sucede el día
ayer á hoy igual;
el infinito mar al cielo abraza
y el cielo se une al mar.

¡Mar y cielo! Ni un monte los espacios
se mira limitar;
siempre una ola tras otra, sin que pueda
alcanzarla jamás.

.

* Las composiciones I y V pertenecen á la sección de este libro titulada *Marinas*, y las XX y XXIV á *Esparcimientos*.

¹ Viento de tierra.

Bien sé que se sondean los abismos...
 empero al ver el mar,
 olvidando sus perlas y corales,
 pienso en la eternidad!

XX

Cual lobos que famélicos se lanzan
 tras cordero indefenso,
 las nubes, apiñadas y revueltas,
 cruzan el firmamento.

Corren sin ruido, ruedan y se empujan,
 apagan mil luceros,
 alcanzan á la luna y la devoran
 y á oscuras queda el cielo.

.
 ¡Dejémoslas pasar! En su carrera
 que precipita el viento
 veloces desaparecen... Más hermosa
 la luna brilla luego.

XXIV

Muchos doctores sentenciosos, graves,
 y sabios á cual más,
 citando, convencidos, en su apoyo
 á Charcot y Hanemán,

me auscultaban una á una las entrañas
 y luego... á recetar!

«No troquéis los autores,» á decirles
 atrevíame ya:

«Si consultáis á Heine ó á Petrarca,
 la enfermedad — dirán —
 del corazón se cura con un beso,
 con morfina ¡jamás!»

J. TRAJANO MERA.

Quito, 1892.



LA GRATITUD

Inmóvil y silenciosa, con los negros y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada de encaje y raso, y el delicioso abandono de una muerta que conserva el calor, la amante Lise de Belvelise está reclinada, ó por mejor decir, reposando de muchas y prolongadas caricias.

Se encuentra sumida en una de esas agradables languideces que siguen siempre al amor.

Dormida ó no, Valentín la habla con vehemencia.

—Para merecer, dice, tus tiernas miradas y tus apasionados besos, hice traerte las más elegantes alhajas de todos los joyeros de París; las modistas más afamadas tienen orden de venir á preguntarte todas las mañanas si quieres añadir algún nuevo traje á los infinitos que posees.

»Cuando delante de tus amigas abres los estuches, en los cuales brilla rica pedrería, exclaman deslumbradas y celosas:

• »—¿Has cogido con lazo las estrellas de una noche de Agosto?

»Pero no me he limitado á estos medianos presentes: quisiste también tener un amante célebre por su valor: yo me

procuré veinte desafíos terribles, encarnizados, y entre la multitud de juguetes que adornan tu tocador, figura una panoplia, formada con los ensangrentados sables que he traído de los combates.

»Te dió el capricho de que fuese célebre por mi talento, y publiqué infinidad de versos, que son seguramente mejores, por la grandeza de su ritmo y lo original de las imágenes, que los más sublimes poemas conocidos hasta ahora. Pero esto es poco: mi pobre, mi anciana madre, abandonada está en nuestra antigua casa de la Bretaña, porque tú no me permitiste abandonar á París; mi esposa gime también bajo el peso de mi desvío á los dos años de matrimonio, y hasta ignoro el nombre de mis tiernos hijos.

»Pero todo esto son pequeñeces, tonterías, sacrificios que cualquiera haría, sólo por besar tus perfumados cabellos.

»Una cosa me ha sido muy difícil: ser, según tu deseo, el más hermoso y elegante de los hombres.

»En fin, se puede decir, alma mía, que ninguno de tus caprichos te ha sido negado por mi ternura y eres en todo obedecida por el más apasionado de tus esclavos.

»Pero ¡ah! que no fueron infructuosos estos esfuerzos míos: tú me amas, lo sé; me amas, encanto de mi alma, me adoras.

»Te veo abandonarte deliciosamente entre mis brazos, y apoyar con ternura tus labios sobre los míos.

»El nombre de Valentín es el único que hace latir tu hermoso y fiel corazón; en tu generosa gratitud, prefieres á todos, el amante que ha sabido merecerte por medio de regalos y sacrificios que alegrarían el orgullo de la diosa más exigente.

Así hablaba Valentín en su loca alegría de amar y ser amado, y Lise de Belvelise, en tanto, dormida, con los ojos ocultos entre los abundantes cabellos, volvióse un poco hacia su amante y entreabriendo los rosados labios balbuceó:

— ¡Raoul!

CÁTULO MENDES.

EL ÁFRICA

De probar buscaba modo
un francés, lleno de saña,
á un español, que era España
inferior á Francia en todo.
No siendo iguales sus cultos,
hubo choque de opiniones,
y agotadas las razones
empezaron los insultos.

—España, dijo el francés,
sin pararse ya en ultrajes,
es un pueblo de salvajes;
dos veces estuve ó tres
y no ví entre los iberos,
del trabajo poco amigos,
más que frailés y mendigos
y gitanos y toreros.

Y aunque tal vez alguien diga
que insulto á las españolas,
no hay allí más que manolas
con la navaja en la liga.

¿Del arte y la ciencia, acaso,
os encumbraste á la esfera
ni sentís ansias siquiera
de salir de vuestro atraso?

Dados sólo á devaneos,
vivís en tinieblas sumas.

El África...

—Según Dumas,
empieza en los Pirineos.

Lo sé, dijo con presteza
el español.

—¡Pues de fijo
que cuando Dumas lo dijo
con tan terrible franqueza
y sin temor ni rodeos!...

—También, lleno de arrogancia,
antes que él, un rey de Francia
dijo:—*¡Ya no hay Pirineos!*

CASIMIRO PRIETO.



Dr. D. Aristóbulo del Valle

EMINENTE ORADOR ARGENTINO

LOLA

III

(Capítulo de una novela inédita)

Echaron á repicar las campanas allá en lo alto de las blancas torres. El cielo azul parecía una inmensa bóveda sonora que devolvía en mil ecos el estruendoso martilleo de los badajos en revolución. Y abajo, en el atrio inundado de sol, agitábase la muchedumbre que abandonaba la iglesia después de haber asistido con dudosa unción á la fiesta del Señor de los Milagros. Formaban corrillos los jóvenes, cerca de los grandes pórticos, por donde iban saliendo, una á una y paso á paso, las elegantes damas que frecuentan la iglesia del Socorro durante el invierno.

Empezaron á desfilas, en mareante sucesión, vestidas de seda ó de terciopelo, y llevando en la enguantada mano sus pequeños libros de rezo, todas las hadas de la Avenida Alvear, mezcladas con algunas Cenicientas de esas para quienes el día domingo es las doce de la noche del cuento clásico.

Pronto se llenó el atrio de gente. Relumbraban las chisteras de los hombres, saltando de las cabezas en remolinos de luz y volviendo á caer sobre ellas después de haber cumplido la graciosa fórmula del saludo. Los discos de las sombrillas, al desplegarse haciendo un derroche de colores, semejaban frágiles escudos embrazados por las damas para provocar con su aparente resistencia las amantes acometidas. Al salir de la media luz del templo silencioso á aquel baño de sol y de alegría, una sonrisa iluminaba los semblantes, los ojos buscaban á los ojos, y los corazones palpitaban como si el amor aletease en todos los pechos y quisiese tender el vuelo en dirección á la azulada comba hacia la cual parecían

llamarlo los repiques de las campanas que vociferaban allá en lo alto de las blancas torres...

—¿Sabes, mamá, que el día está muy lindo y que es mejor despedir al coche?...

—Como te parezca.

Las dos damas se habían detenido en el pórtico central y hablaban despreocupadamente, sin observar la agitación que en los diversos grupos se produjo cuando ellas aparecieron en el atrio. La calle que habían formado los hombres se ensanchó, y un gran silencio sucedió á los ligeros murmullos que se oyeron en un principio. Los jóvenes más elegantes adoptaron posturas estudiadas, mirando de reojo la caída de sus anchos pantalones y el lustre de sus botines de charol; mientras que los más humildes, los tímidos empleadillos que van á la iglesia á satisfacer con la contemplación muda é inofensiva sus nacientes impulsos amatorios, estiraron sus pescuezos oprimidos por altos cuellos y abrieron tamaños ojos apoyándose en sus bastones de puño de níquel, como si estuviesen á punto de desmayarse.

Grave y reposada, con el aire majestuoso de una princesa, pero sin que se notara el menor asomo de afectación en la natural altivez de su bizarra apostura; vestida de terciopelo negro sobre el cual resaltaban un hermoso collar de oro colgado al cuello y un zig-zag de encajes blancos que le cruzaba el seno como una banda de espuma; rubio el cabello, color de ámbar ligeramente encrespado y recogido en la nuca por debajo de la gorrita que cubría su magnífica cabeza; los grandes ojos muy abiertos, como si bebieran ansiosos la luz por sus pupilas de esmeralda, la heredera de los veinte millones avanzó por entre el gentío seguida de su mamá, una señora corpulenta, de pelo gris, sencillamente vestida de merino negro, aunque de porte tan distinguido y arrogante que desde luego se reconocía que su rango era superior á su atavío. Ambas llevaban libros de misa, de tapas de nácar, pequeños y primorosos.

Entre todos los que tenían clavados sus ojos en la here-

dera, distinguíanse principalmente cinco jóvenes que se habían puesto en fila para verla pasar. Vestían casi de la misma manera, de sobretodo cruzado y sombrero alto, consistiendo la diferencia, más que en otra cosa, en el matiz de las telas, pues dos de ellos lucían abrigos claros, color gris perla el uno, amarillo el otro, en tanto que los tres de mejor aspecto los llevaban azules. Afectando la displicencia de actitudes, que es la más alta expresión del buen tono cuando es natural, cada cual adoptó postura distinta. Uno sepultó la mano izquierda en el bolsillo de su sobretodo; su vecino se echó el bastón al hombro, cual si tratara de hacer guardia de honor, y los demás se pusieron tiesos como maniquíes de sastrería, aunque con la mirada animada por esa expresión de inquietud que ni el más sereno y hábil puede disimular cuando se encuentra en uno de esos grandes momentos de la vida en que va jugando el todo por el todo.

La heredera los midió de una ojeada y sus labios se contrajeron en una sonrisa, entre melancólica y burlona. Avanzó pausadamente, pasó por delante de ellos y los saludó con la graciosa frialdad que hacía la desesperación de sus cortejantes. Entonces, al mirar distraídamente en dirección á un grupo de señoras que se había formado en la esquina del atrio, sus ojos se encontraron con los de Lola Romero, que la miraba de frente, apoyada en su sombrilla, como un matachín en la empuñadura de su espada. Estaba Lola tan mona, tan graciosa con su vestido de seda azul y su sombrero de ala de cuervo, que la heredera no pudo evitar un movimiento de despecho que era la confesión de sus temores. Y lo que especialmente le llamó la atención fué el aire de triunfo, de desafío soberbio que le arrojó *la negra*, con la insolencia de quien tiene asegurado el triunfo de antemano. Echada para atrás, con los labios sonrientes y los ojos entornados, su actitud hablaba con una elocuencia abrumadora. Separó de ella la vista la heredera, y acercándose á una gran victoria, á la que estaba atado un tronco de magníficos rusos tordillos, dijo al cochero, que se había descubierto respetuosamente:

—Puedes irte.

Había en su voz tanta emoción y tanta tristeza, que su acompañante no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué tienes, hija?

—Nada, nada...

Y con un gesto de muchacha voluntariosa, dijo:

—¡Es que esa guaranga!...

Al decir esto señalaba á Lola, que desde lejos, y por encima de los hombros de una rubia envuelta en lujoso abrigo de pieles, seguía crucificándola con la mirada.

Luego, volviéndose hacia la señora estupefacta, exclamó:

—¡Qué tontos son los hombres! ¡Merecen una como ésa!...

JULIÁN MARTEL.

Buenos Aires.

MEFISTÓFELES

Á CALIXTO OYUELA



Es un diablo gentil; no causa miedo;
conoce el corazón de las mujeres,
y el oro corruptor y los placeres
maneja con el chisme y el enredo.

Por la humana virtud no expone un bledo;
tiene, en cada cuestión, dos pareceres,
y son ante su lógica los seres
del vicio imagen, del honor remedo.

Es un Don Juan escéptico y galante;
dan relieve á su exótica figura
rasgos de espadachín y de estudiante.

El sofisma encubierto es su armadura;
Mefisto es la mentira deslumbrante;
la mala fe, la paradoja oscura.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1892.

(De la *Revista Nacional*, de Buenos Aires).

CUESTIÓN DE MODAS



—¿Otro vestido?

—Sí... ¡otro vestido!

¿y qué hay con eso, mi señor marido?

—Hay... que no me acomoda
que derroches así mi hacienda toda.

—Ya veo que te exalta;
pero, ¡qué quieres, hijo! me hace falta.

—¿Y el de color café?

—Pasó de moda.

—No me parece á mí...

—Cállate, necio,
y basta de aspavientos y visajes;
de modas y de trajes
¿qué entiendes tú?...

—Lo principal: el precio.

HORAS DE AMOR

—¿Qué suave rumor de alas, bello Armando,
es ése que se escucha?

—Son las Horas,
que junto á tí, mi bien, pasan *volando*.

CASIMIRO PRIETO.

BELLEZA ORIENTAL



Á MI QUERIDO AMIGO

CASIMIRO PRIETO

QUE ME PIDE VERSOS PARA ACOMPAÑAR EL RETRATO
DE UNA BELLEZA ORIENTAL

Pulsar la lira cuando el estro falta,
aun persiguiendo la intención más buena,
es como levantar torre muy alta
con pobre base de menuda arena.

Y tú pretendes que mi voz eleve
á la región en donde no me cierno
desde una edad que deslizó muy breve,
pues no hay ni goce ni entusiasmo eterno.

Huyeron, sin volver, las mariposas
de oro teñidas y de azul y grana,
que libaron la esencia de las rosas
en el jardín de mi primer mañana.

¡No sé volar!... ¡La altura me intimida!
Buscando paz, mi numen fatigado
hoy descansa en el valle de la vida
en un paraje triste y sosegado.

Cuando se quiere la canción más suave
en homenaje á la mujer hermosa,
se busca siempre trinadora el ave,
no la que pía en fronda silenciosa.

No puedo, amigo, complacer tu anhelo,
aunque muy fácil para mí sería
decirte que sus ojos son de cielo
y en ellos hay un mundo de poesía.

Que en su rostro hechicero se refleja
todo lo noble que en el alma anida,
y que en la huella de sus pasos deja
la semilla del bien siempre esparcida.

Pero eso fuera la vulgar rapsodia
de un gran poema, traducido en necio,

y el buen sentido se subleva y odia
lo rebajado á miserable precio.

—
Si es una ley, de la razón hermana,
que la belleza de por sí se impone,
¿por qué tú quieres que mi frase enana
el lauro teja que su sien corone?

—
Para incurrir en el elogio pobre
esquiva siempre se mostró mi musa,
y antes que enviarte medallón de cobre
mejor te mando mi fundada excusa.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, Febrero 20 de 1892.

—♦♦♦—
CANTARES

—
Habiendo un cielo, extrañóme
oir de *cielos* hablar,
pero te ví tan bonita,
que no me sorprende ya.

—
Que eres como el sol, te dicen,
y no te adulan ni engañan,
pues tienes del sol del cielo
la luz, el fuego... y las *manchas*.

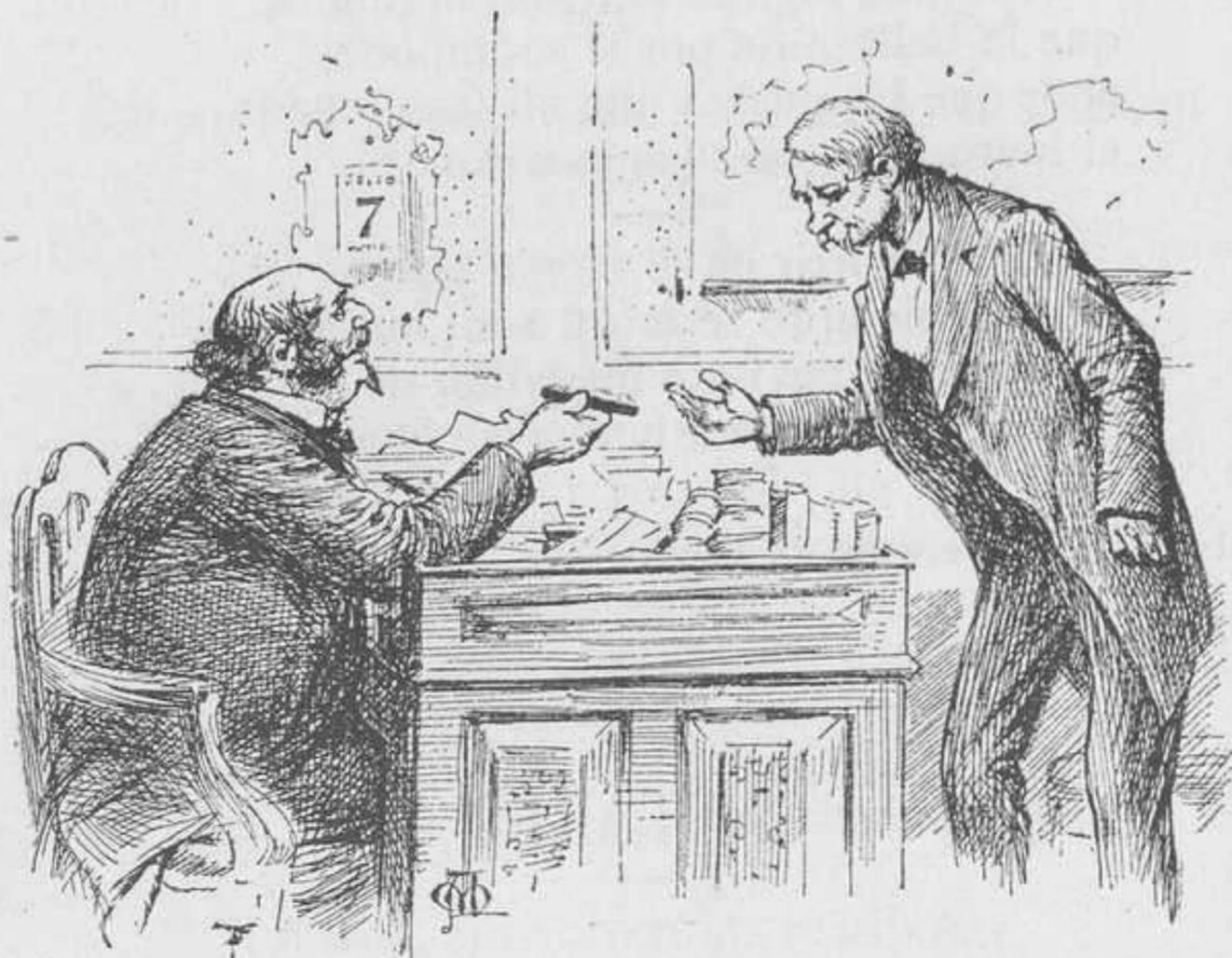
—
No te asomes al balcón,
de mi cariño al reclamo,
pues ha empezado á llover
y salí sin para-rayos.

—
¡*Tuno!* porque te besé
dijiste, y seguro estoy
de que, si otros te ofendieron,
quisiste decir: ¡*Tú no!*

—
De tu amor, los maldicientes
exageran los estragos,
pues si *cegaste* á no pocos,
no dejaste á nadie *manco*.

CASIMIRO PRIETO.

UN HOMBRE AGRADECIDO



—Acepte usted, don Juan, sin resistencia este habano.

—Doy gracias á vucencia por una honra, que creo inmerecida... lo fumaré, señor, toda la vida!

ANTIGUO APÓLOGO

El mango al hacha fáltale,
y el bosque se lo da.
¿A dónde el hacha va?

A destrozar los árboles.
Y al bosque paga así.
¿Qué te recuerda á tí?

« Quien da su fuerza á débiles,
su mango al hacha da,
y el hacha, hacha será! »

GUILLERMO MATTA.

PICO CON PICO Y ALA CON ALA

Cuando, en los matrimonios mal avenidos ó descompaginados, alguno de los cónyuges solicitaba consejo de nuestros abuelos, éstos, que pecaban de sensatos, nunca pronunciaban fallo, por aquello de para dos sábanas, dos. Nuestros padres, los hombres de la independencia, que no eran menos juiciosos que sus progenitores, dieron jubilación y cesantía á esos refranejos, sustituyéndolos con este:—pico con pico y ala con ala,—refrán inventado por el generalísimo don José de San Martín.

¡Cómo! ¿Qué cosa? Pues así como suena; siga vuesamerced leyendo y lo sabrá.

¡Fuego y más fuego!
Después de un meteisaca
no hay vuelve-luego

*
* *

Nada ha hecho más antipáticas á suegras y cuñadas que el prurito de entrometerse en las acciones todas del marido de la hija ó hermana. El que se casa, si aspira á la paz doméstica, tiene que resignarse á ser víctima de la parentela, plaga mil veces peor que las tan cacareadas de Egipto, y dejarse zarandear por ella como niño en cuna. Y ¡ay de él si se subleva y protesta! porque entonces la conjunta, haciendo causa común con las harpías, lo pondrá en condición de buscar la libertad y la dicha en el cañón de una pistola. Casos se han visto. Y lo que digo de ellas lo aplico también, cristianamente se entiende, á ellos; suegros y cuñados.

Felizmente, y para gloria del sacramento, contrato ó lo que fuere, no escasean los maridos que, metiéndose en sus calzones, saben poner á raya gente entrometida en lo que no le va ni viene conveniencia, y que me trae á la pluma

cierta historieta de los preciosos tiempos de la Inquisición que, pues viene á pelo, relataré al galope.

Fué ello, que un pobre diablo se encaprichó en negar el misterio de la Trinidad, dando motivo para que el Santo Oficio se encaprichara también en achicharrarlo. Los teólogos consultores más reputados gastaron saliva y tiempo por convencerlo; pero él siempre erre que erre en que no le entraba en la mollera eso de que tres fueran uno, y uno, tres. Al fin, un mozo carcunda, profano en sumas teológicas, si bien catedrático en parrandas, se abocó con el contumaz hereje, y después de discurrir á su manera sobre el peliagudo tema, terminó preguntándole:

—Dígame, hermano, ¿le paga usted acaso la comida á alguna de las tres personas de la Santísima Trinidad? ¿Le cuesta á usted siquiera un macuquino la ropa limpia y los zapatos que gastan?

—No por cierto, contestó el preso.

—Pues entonces, hombre de Dios, ¿qué le va á usted ni qué le viene con que sean tres ó sean treinta? ¿A usted qué le importa que engullan como tres y calcen como uno? ¿Quién lo mete á sudar fiebre ajena? Allá esos cuidados para quien las mantiene y saca provecho de mantenerlas.

—Hombre, no había caído en la cuenta: tiene usted razón, mucha razón.

Y el reo llamó á los inquisidores, se confesó creyente, y libró del tostón.

Ahora bien, el generalísimo don José de San Martín, prez y gloria del gremio de maridos, era imperturbable en el propósito de esquivar la guerra civil en el hogar, soportando con patriarcal cachaza las impertinencias de un cuñado. Era el tal un comandante Escalada, que de cuenta de hermano de doña Remedios la costilla, había dado en la flor de aspirar á ejercer dominio sobre el pariente político.

¿Tratábase de un acto diplomático, de una disposición gubernativa ó de operaciones militares? Pues era seguro que el comandantito, sin que nadie le pidiera voto, le diría al cuñado:—Hombre, José... Me parece que á ese consulillo

debes darle de patadas. — Déjate de contemplaciones, y pé-gale cuatro tiros al godo fulano. — Mañana mismo preséntales batalla á los maturrangos chapetones, y cáscales las liendres.

San Martín se mordía la punta de la lengua y dejaba charlar al entrometido; pero un día colmósele la medida, é interrumpiendo al cuñado dijo:

— ¡Alto ahí, señor Escalada! *Pico con pico, y ala con ala...*
Yo no me casé con usted, sino con su hermana.

Santo remedio. Desde ese día el cuñado no volvió á gerundiar á San Martín, y la frase fué tan afortunada que se tornó refrán.

RICARDO PALMA.

CHISPAS

¡Lo bello y lo deforme! Tales eran
los símbolos del arte en algún tiempo;
hoy hemos inventado lo bonito,
¡ridícula parodia de lo bello!

Visible alguna vez, latente muchas,
en todo ser humano hay una bestia;
cuando esconde las garras
descubre las orejas.

El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que siempre acude á la herida
sin esperar que la llamen.

Siempre que un galán muy feo
logra el amor de una bella,
recuerdo á los caracoles
que se comen las violetas.

Fanatismo, ignorancia y tiranía
engendraron salvajes, lo confieso;
pero estudiados á la luz del día
los que abortan la ciencia y el progreso
resultan más salvajes todavía.

MANUEL DEL PALACIO.



BRINDIS

Composición leída por el autor en una pequeña fiesta de familia,
con motivo del bautizo de la preciosa niña

Honorina Lavarello y Alvarez

Ya que es forzoso brindar
en casos como el presente,
y escapar por la tangente
no puedo ni aun intentar;
veré si á fuerza de maña
cumpló con deber tan grato,
pues, por mi mal, no me trato
con la musa del *Champaña*.

Pero, sea ó no ilusoria
la fe que en mi estro alguien tiene,
antes de brindar conviene
hacer un poco de historia.

Doña Luisa y don José
en matrimonio se unieron
y en cuanto unidos se vieron
soñaron con un *bebé*.

Sin él no encontraban modo
de consolarse los dos;
supo sus deseos Dios,
porque Dios lo sabe todo;
y, en su bondad, puso fin
á tan entrañable anhelo,
enviándoles desde el cielo
un hermoso serafín.

¿Hubo disgustos y riña?
¿sintieron menos cariño
al ver que, en lugar de un niño,
Dios les enviaba una niña?

Yo no sé lo que pasó
ni la historia lo menciona;
sólo sé que era tan mona
la niña que Dios les dió,
que al verla se embelesaba
don José, y de tal manera,
en su paternal chochera,
se le caía la baba,

que, aturdida, la mamá
no sabía ¡oh trance fiero!
á quién poner el babero,
si á la niña ó al papá.

Mas... ¿su ventura es completa?
á decir verdad no sé
si aún sueñan con el *bebé*,
teniendo una *marioneta*.

Si es así, que en bien concluya
Dios querrá anhelo tan loco,
pues con empeñarse un poco
se han de salir con la suya.

¿Quién en pos de ellos, sumisa,
á la fortuna no ve?

¡conque ánimo, don José!
¡y usted también, doña Luisa!

¡Ahí es un grano de anís
la gloria de tal jornada!
¿quieren un chico? ¡pues nada!
se encarga un chico á París.

Y de este modo, quizá,
vean su esperanza presto
realizada... ¡por supuesto!

si no está encargado ya.

Pero que os canso imagino,
y como concluir conviene,
mientras se espera al que viene
brindaré por la que vino:

Que nunca sienta su planta,
en la senda de la vida,
por los abrojos herida,
y la haga el cielo una santa;
que si es santa, con exceso
del hombre obtendrá los votos,
pues siempre encuentran devotos
las santas de carne y hueso.

Que su existencia dichosa
sea lago azul en calma
y sólo crucen por su alma
nubes de color de rosa.

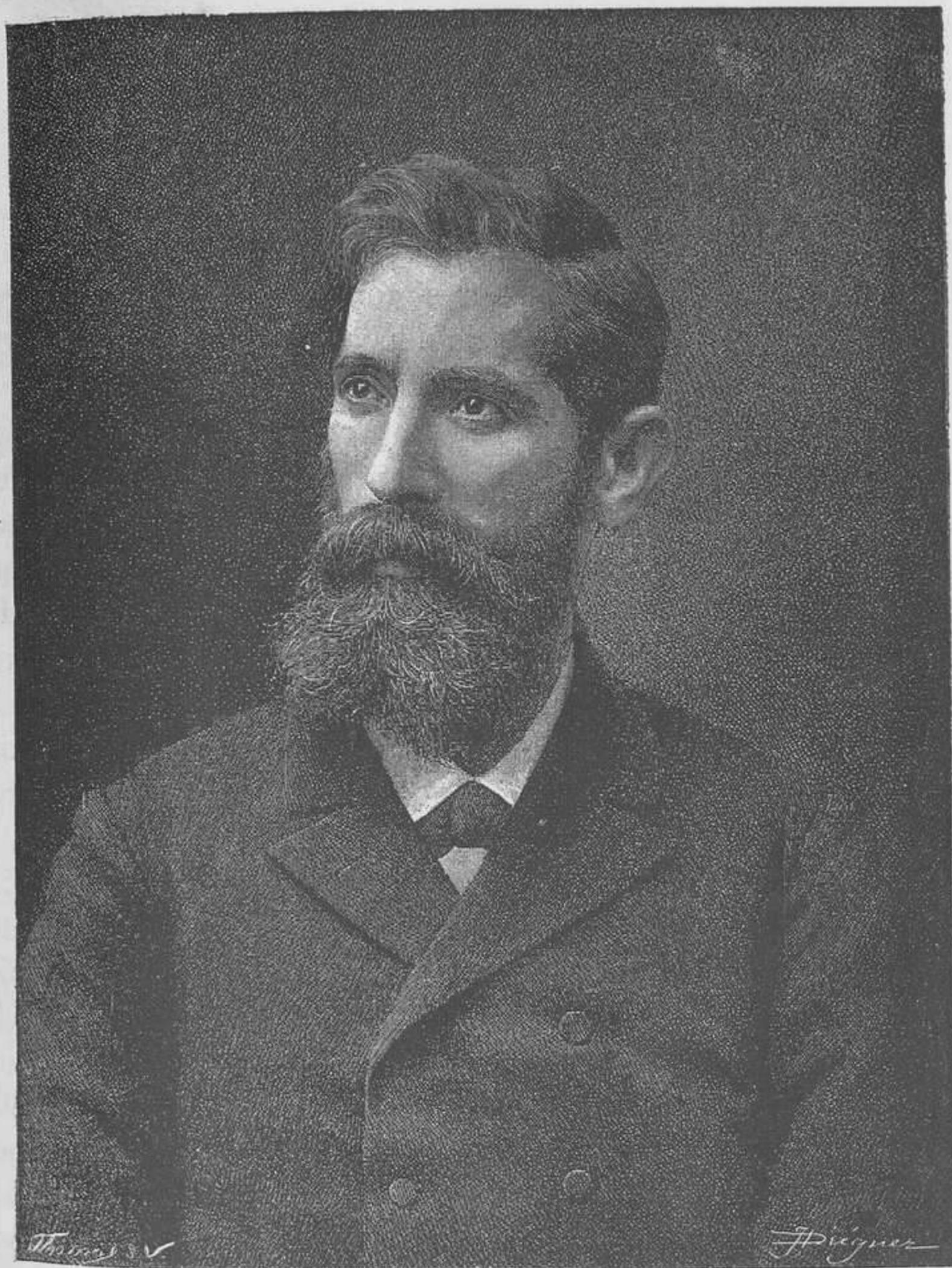
Y que si hoy, de encanto llena,
y entre el júbilo que excita,
todos dicen:—¡Qué bonita!
mañana digan:—¡Qué buena!

CASIMIRO PRIETO.

Julio de 1887.



CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Tomás Bretón

EMINENTE COMPOSITOR ESPAÑOL

TOMÁS BRETÓN

APUNTES

I

Cuando el estreno en Barcelona del drama lírico «Los Amantes de Teruel» (el 13 de Mayo de 1889), el señor Director de *La Publicidad* nos confió el honroso encargo de escribir los apuntes que debían acompañar el retrato del ilustre maestro don Tomás Bretón y Hernández.

No nos atrevimos entonces á prodigar á nuestro amigo del alma todos los elogios que merece por sus relevantes méritos y extraordinarios servicios, porque de otro modo hubiéramos exasperado á los innumerables enemigos que tiene el Maestro en Barcelona, como los tiene en Madrid y en Praga y en Viena y en todos los lugares donde hay músicos de carne y hueso y críticos malhumorados.

Nuestro comedimiento favoreció indudablemente el éxito de los inspiradísimos «Amantes de Teruel,» que obtuvieron todos los aplausos que la ópera merece.

Más avisados aún en Mayo de 1892 que en Mayo de 1889 (que más sabe el diablo por viejo que por diablo), ni antes de las representaciones de «Garín» ni después de su éxito colosal, éxito creciente en cada una de sus audiciones, no ha aparecido en diarios ni en revistas ni un solo aplauso debido á nuestra pluma. Llegó más allá nuestra previsión: conocedores del corazón humano, solicitamos y obtuvimos de nuestros amigos en la prensa que guardaran silencio respecto al efecto entusiasta que ya en los ensayos iba produciendo la nueva partitura del inspiradísimo Maestro salmantino.

Sucedió lo que era de esperar: la ópera entusiasmó y sorprendió: el público tuvo forzosamente que manifestar, además de su entusiasmo, su *sorpresa*; y tuvo también que recomendar la honradez inmaculada del autor. A medida que se

iban sucediendo las escenas, la ópera iba ganando terreno palmo á palmo, convenciendo á los incrédulos, amordazando á los envidiosos, entusiasmando á los indiferentes y enloqueciendo á los entusiastas.

Desde el primer momento se entregó el público en cuerpo y alma, porque hasta en el ambiente se veía claro, como se ve clara la luz del sol, que no era éxito de los que hoy fabrican de antemano ciertos autores y ciertos empresarios, éxito artificial, solamente *teatral*, nacido al calor de aplausos mercenarios, tolerado por la indiferencia y hasta ignorancia de algunos públicos, y sostenido y sufragado por los Vicentes, *que van solamente adonde van las gentes*.

La ópera «Garín» obtuvo éxito franco, éxito de verdad, éxito honrado.

Han transcurrido tres meses: ahora que nuestros escritos no pueden perjudicar á Bretón, exasperando á sus testarudos detractores, con placer inefable tomamos la pluma, para colocarnos en fila, y, como nuestros demás compañeros de profesión, presentar armas al autor de la inspiradísima partitura de «Garin o l'Eremita di Montserrat.»

II

El ilustre Maestro vió la luz en Salamanca el 29 de Diciembre de 1850, y á los seis años demostró ya las excelentes y excepcionales aptitudes y disposiciones que habían de inmortalizar su nombre.

Quedó sin padre á los ocho años, y desde aquel día el niño Tomás, sin más elementos que su violín, mantuvo con su trabajo á su cariñosa madre, que ha vivido al lado de su hijo en España, en Italia, en Alemania y en Francia.

Buscando mayor *espacio para sus batallas*, se trasladó Bretón á Madrid, y fué tal su aplicación y laboriosidad, que teniendo solamente quince años desempeñaba ya la plaza de concertino en la orquesta del teatro de Variedades. Con el mezquino sueldo que su para él elevado cargo le producía, mantuvo Tomás á su familia, y pagó la suscripción á la *His-*

toria Universal de César Cantú, cuya lectura robusteció y desarrolló en las proporciones colosales que hoy tiene el cerebro de Tomás Bretón.

Ingresó más tarde en el Conservatorio de Madrid en el curso en que ingresó también Ruperto Chapí, á quien Bretón profesa cariño entrañable.

Amontonando milagros, tocando el violín en invierno y dirigiendo la murga del Circo de Price en verano, Bretón se alimentaba, se abrigaba y se albergaba, alimentaba abrigaba y albergaba á su señora madre y... se dedicaba al estudio de la música y de la literatura.

Nosotros, que hace ya veinte años tratamos á Bretón íntimamente, más que al compositor de inagotable inspiración, hemos admirado siempre al esforzado batallador. Bretón en cada nueva contrariedad va adquiriendo nuevos bríos.

Hemos sostenido con el Maestro correspondencia íntima y frecuente: no en cada una de sus cartas, en el fondo de cada párrafo, se descubren lágrimas amargas, que Bretón ha secado siempre con el aliento sobrehumano del que sigue impávido su camino para realizar sus ideales.

Cinco años, día sobre día, llevaba ya de peregrinación, llamando de puerta en puerta para *que le aceptaran* «Los Amantes de Teruel,» y á pesar del apoyo que prestó á Bretón don Alfonso XII (q. e. p. d.), como iban redoblando sus esfuerzos los enemigos *particulares* del Maestro, iban surgiendo cada vez del infierno de la envidia nuevas dificultades.

En una de las cartas fechadas en este calvario nos decía Bretón:

«Para que acepten mi ópera llevo ya cinco años luchando, sin descansar un solo instante. ¡Cinco años! ¡y esto que cuento con el Rey!»

Ya que tenemos á la vista las cartas del Maestro, para que de una vez para siempre queden convencidos todos los que niegan que «Garín» se haya compuesto é instrumentado en poco más de un año, copiaremos á continuación el párrafo de la carta fechada en Madrid *en 27 de Diciembre de 1890*, que dice textualmente:

«He empezado el «Garín» con unos bríos que ya me tienes archientusiasmado. No me hagas caso, sino teniendo en cuenta mi estado psicológico, facilísimo de entusiasmo. Yo creo que en todos «Los Amantes» no hay una pieza del peso de la que ahora me ocupa por la mitad del primer acto. La introducción es muy breve y sencilla, pero de una impresión tan dulce y plácida, que no puedo desearla mejor. Creo que no podré sobrepujar en efectos escénicos al epitalamio y al final del primer cuadro del último acto de «Los Amantes,» pero como música y en otra clase de efectos irá «Garín» mucho más lejos. ¡Dios nos oiga!»

Y Dios oyó á Bretón y á sus amigos.



Tomás Bretón lleva escritas dos zarzuelas en tres actos: «Amores de un príncipe» y «El Campanero de Begoña,» y además de las óperas «Los Amantes de Teruel» y «Garín,» «Guzmán el Bueno,» que se estrenó en el Teatro de Apolo de Madrid en 1877. Es, además, autor del poema sinfónico «La Alhambra» y del oratorio «El Apocalipsis.»

Para que Tomás Bretón pueda continuar su camino, pidamos á Dios que le conceda la salud que Bretón necesita, y le deseamos todos sus amigos íntimos y sus admiradores entusiastas.

ALBERTO LLANAS.

RAYOS DEL CIELO

—«¡Que, airado, desate el cielo
un rayo sobre mi frente,
si amor mi labio te miente!»
dijo á mi oído Consuelo.
La noche á mi ardiente anhelo
prestaba sombra oportuna,
y en pos de mayor fortuna,
rogué, Consuelo cedió,
y al darme un beso, cayó
sobre ella un rayo... de luna.

CASIMIRO PRIETO.

COQUETERÍA SUPREMA

Es morena, con ojos de andaluza,
criolla gentil, con aires de sultana:
cuando en la calle por mi lado cruza
hierve toda mi sangre americana.

Coqueta, y como tal, muy vanidosa,
charlaba con los suyos y reía,
y, más que una beldad, era una diosa
la que con dulce acento así decía:

—Sobrevivir no quiero á mi hermosura,
más que la muerte la vejez me espanta;
ver marchita no quiero la frescura
de mi tez y mi mórbida garganta.

Hermanas, escuchadme: cuando muera
cubrid mi lecho de encendidas rosas,
y adornad mi profusa cabellera
con lirios y fragantes tuberosas.

Pintad luego mi rostro ¡es tan horrible
la palidez profunda de los muertos!...
¡Graciosa hasta en la tumba! ¡Bonancible
la sonrisa en mis labios entreabiertos!...

Con mi espléndido traje color lila
encerradme después dentro la caja...
¡Que no doble por mí fúnebre esquila!
¡Que no toque mi cuerpo la mortaja!...—

De súbito, los ojos asombrados,
enmudeció la criolla soberana...
¡un grupo de jilgueros inspirados
rompieron á gorjear en su ventana!

—¡Ama! ¡Sueña! dijeronle en su canto.
¿No te ofrece sus flores la pradera?
¡Qué! ¿Tu alegría trocarás en llanto
y en penumbra otoñal tu primavera?

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires.

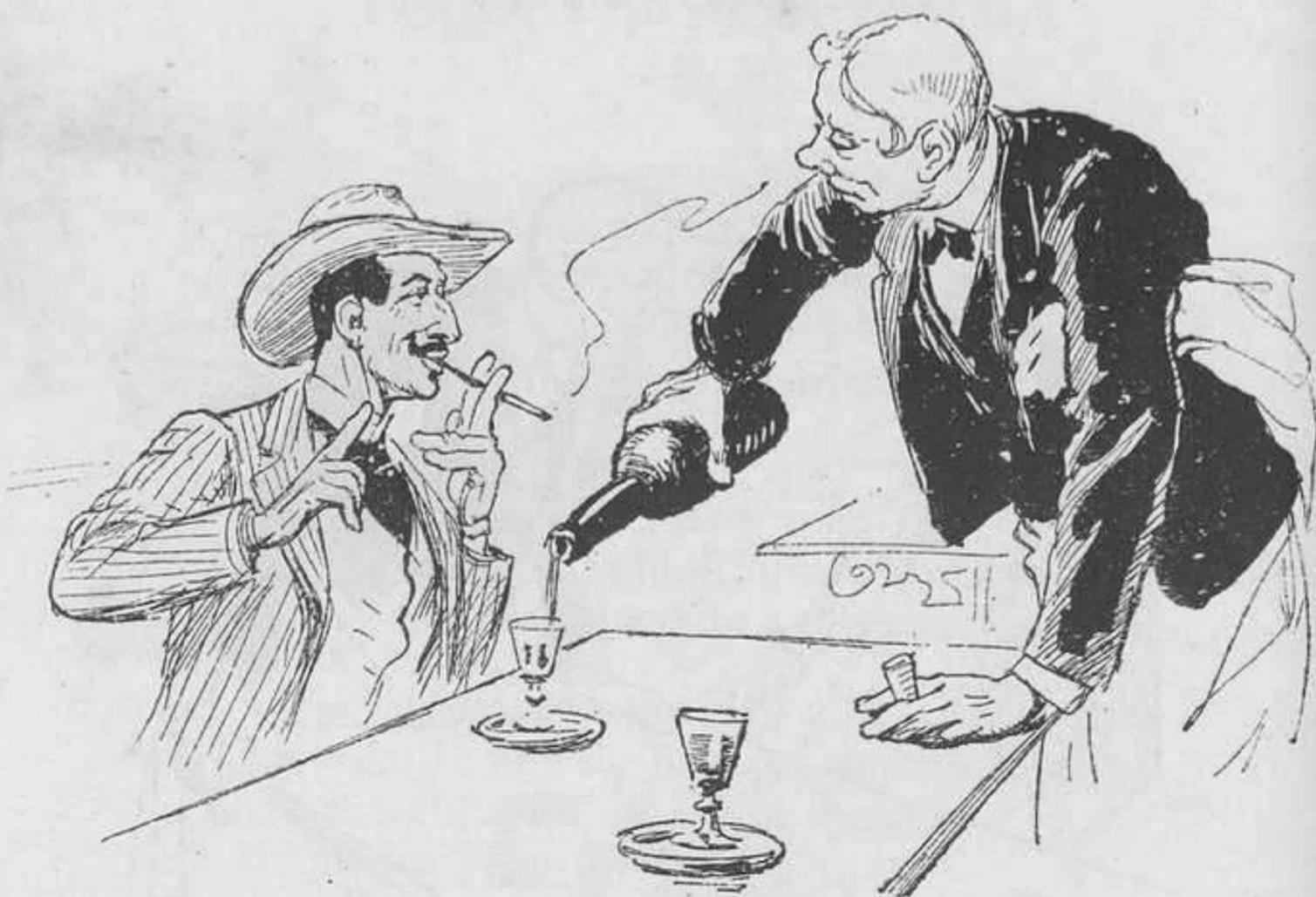
LAS DOS COPAS



- ¿Qué le sirvo á usted, caballero?
- Una copa de oporto.
- Al instante.



- Aquí está el oporto.
- Mira; ¿quieres cambiarlo por una copa de jerez? lo he pensado mejor y... ¡prefiero el jerez!
- No hay inconveniente.



- Aquí está el jerez.
 — Supongo que será legítimo, ¿eh?
 — ¡Es *natural!*



- ¡Caballero!... ¡que se va usted sin pagar el jerez!
 — ¿El jerez? ¿y por qué he de pagar el jerez? ¿no me lo cambiaste por el oporto?
 — Sí, pero... ¡es que no ha pagado usted el oporto!
 — ¿Y por qué he de pagar el oporto? ¿acaso me lo he bebido?

DESDE MI VENTANA

¡Qué triste es ese vals!... Suena lejano,
desfallecido, lento;
surge fresco y sonoro del piano,
y derrama en la clámide del viento
sus notas de cristal, vivas y aladas,
que llegan, como aves fatigadas
en busca de un asilo, á mi aposento.

La calle está desierta,
la luna, blanca, y el ambiente, puro.
Callada la ciudad, y en lo distante,
entre penumbras, la ventana abierta
como una mancha roja y fulgurante
en la medrosa oscuridad del muro.

Hay esplendores rápidos; chispea
en medio de las sombras misteriosas
una línea de plata que blanquea
los inciertos contornos de las cosas:
en el confín remoto centellea
la cúpula del templo, esbelta y alta,
y tras la curva rígida del monte
una serena claridad esmalta
la palidez azul del horizonte...
¡Qué triste es ese vals!... ¡Y con qué anhelo
escucha su cadencia fugitiva,
mientras se pone mi alma pensativa
á contemplar el cielo!

Me hundo en un mar de sueños imposibles;
olvido el libro, que en la mesa, abierto
me convida al estudio,
y oigo armonías dulces y apacibles
cual si tocaran arpas invisibles
un celestial preludio...

Besos que estallan y en el aire espiran.
Alas que tiemblan y el follaje rozan...
Oid, son mis recuerdos que suspiran...
Oid, son mis tristezas que sollozan!...

Esa es mi juventud que desfallece;
es mi ilusión que canta,
mi primer desengaño que aparece
y mi primer amor que se levanta,

Ese es el mismo vals que nos decía:
 « El alma en primavera tiene efluvios
 que no tornan; amaos todavía;
 la dicha pasa y el dolor agobia...»
 Y yo besaba los cabellos rubios
 y los ojos azules de mi novia!...

LUIS G. URBINA.

Méjico.

RESPUESTA Á UNA INVITACIÓN ¹

En Noche-buena á que cene
 me has convidado contigo,
 olvidando que soy tu ene
 migo.

En tal noche, dirás tú,
 según reza el almanaque,
 cena bien todo badu
 laque.

Pero, aunque lo soy, no olvido,
 que con desdenes un día
 ¡coqueta! pagaste mi ido
 latría.

Que te desaire mereces;
 porque soy, con tercio y quinto,
 más altivo que el rey Reces
 vinto.

Perdona si á tu reclamo
 no atiendo ya de buen grado,
 como cuando era tu enamo
 rado.

Y no ha de hundir al Perú
 porque á tu cena no asisto,
 hoy Nuestro Señor Jesu
 cristo.

RICARDO PALMA.

¹ Estos versos fueron escritos en 1870 cuando las hijas de Eva que eran, como dijo Espronceda, *mi dulce manía*, habían hecho de las calabazas uno de mis manjares favoritos. Hago esta salvedad en resguardo de mi moralidad de hogaño, que viejo, cascabelero, papel quemado y poeta enamorado, serían en mí tres títulos para merecer patente de bobo y ñoño.



SU CABELLERA

I

No ha habido en el mundo otra mujer que la ostentara más hermosa, más opulenta, ni de más arrebatadora esplendidez.

La fama hablaba de ella como de las maravillas de Nínive y de Egipto. Yo conocía esa fama antes de haber enredado mi alma y haberme dejado mi boleta para la gloria, entre las hebras de aquel soberbio ovillo de oro.

De oro, sí; porque Carmen era rubia. Un chusco, de frase expresiva y voluptuosa, la había ponderado cierto día en la peña del Casino, pasando revista de las mujeres hermosas de Madrid.

—Esa, había dicho, refiriéndose á la dueña de la cabellera en cuestión, esa tiene veintidós duros de pelo.

¡Veintidós duros! Mi peluquero me enteró luego, de que una cabellera por la cual se pudiera en conciencia dar veintidós duros, había de ser un torrente, un Niágara, un Océano.

—Esa cabellera suelta, me dijo el mancebo, ha de ser una inundación. En ella debe de ahogarse la propia dueña, y en cuanto al buzo que pretenda sumergirse bajo sus olas, que no se encomiende á Dios ni á la escafandra, porque ni el uno ni la otra han de valerle: allí se dejará la vida enterrada.

Y el rapista fué profeta. Yo, que quise bañarme en el raudal copiosísimo de aquel río de oro, perecí víctima de mi temeridad. Aquella corriente loca, turbulenta, que atraía con sus ondulaciones revueltas como las de un lago encantado, agitado por un baile de *willis*, rodaba, rodaba desatándose hacia la catarata por la cual me precipité.

¡Oh, cuánto dolor prendido en aquellas mallas delicadísimas, cuánta desesperación oculta entre aquellas sedas impalpables! Y del perfume desvanecedor, que se aspiraba cerrando los ojos y perdiendo la mente, ¡qué atmósfera de peste salía difundiéndose por todas partes adonde yo llevaba mi pensamiento enamorado, celoso, henchido de inquietudes y de rencores!

¡Pobre cabellera hermosa! Pereció á mis manos.

II

La moda que sujeta y retuerce el cabello de las mujeres, tenía la cabellera de aquella mujer prisionera de horquillas y tocados. En el Circo de Parihs, donde la ví por primera vez, después de haber recorrido todos los sitios de exhibición de

la corte, estaba aquel rico tesoro, recogido y atado bajo un sombrero de alas descomunales.

Pero el cautivo fuerza por derecho y por deber los hierros y los muros de su calabozo, y por debajo del sombrero colmado de flores y espigas, se desbordaba el rodete de la cabellera, enroscándose recio, indócil, lascivamente caído sobre los ricillos de la nuca, próximo á deshacerse y á desparramarse por la garganta y los hombros de los que Dios, que es grande, le había hecho espléndido manto.

Aquel rodete era la constante amenaza del peligro que había vaticinado la inspiración de mi barbero. Era el río siempre dispuesto á salirse de madre. Otra vez, porque antes de llegar á las márgenes de aquel divino raudal, yo lo contemplé varias veces desde lejos, otra vez, en la Opera, estaba ella en un palco, luciendo sin estorbos su corona de luz: aquella fortuna de veintidós duros, que parecía un nublado de tentaciones, un turbión de riquezas, de hechizos y de alevosías. El copete se alzaba sobre la frente, como un puñado de pepitas recogidas en los placeres de la California. Doble-gábase con la laxitud del encanto femenino, y parecía un penacho de plumas arrancadas á un ave del cielo, ó un copo de vellón dorado, puesto allí por algún vientecillo tibio de la primavera para que sirviera de nido á los amores. Luego se extendía el pelo llano y luciente, reflejando en distintos matices la luz eléctrica que nadaba en el salón; las dos bandas se juntaban en el rodete, y allí se repetía, se perpetuaba aquel delicioso riesgo de la inundación pronosticada. Volvía ella la cabeza blanca y sonrosada, y al vivo movimiento, decía el observador embelesado:—¡Ahora!... Porque en efecto, á cada instante aquella sierpe prisionera, aquel cable de cabello rubio, parecía que iba á desenvolverse y á saltar esparciéndose en chispas y en rayos sobre el cuello gentilísimo y sobre el seno, que pedía abrigo. Pero no caía; siempre flojo, mas siempre seguro, el moño, lo mismo que una flor de gracia allí prendida, se aguantaba cual si lo mantuvieran en equilibrio soplos contrarios, permitiendo que sobre la nuca mórvida, nevada, nerviosa, labrada con buril, reluciese, como

la lluvia de Danae, el polvillo sutil, vaporoso de la pelusilla rizada.

¡Desatar aquella cabellera! Hundir en ella los dedos trémulos, la mirada codiciosa, sepultar diluvios de besos!... ¡Contar sus hilos uno á uno, juntarlos en guedejas, retorcerlos en largos tirabuzones; extenderlos como un manto real ó como el alquicel de un sultán envolviendo á la favorita; peinarlos, medirlos, enredarlos, alborotarlos y en seguida volverlos á peinar dividiéndolos y siguiendo la blanca raya, senda deliciosa que conducía al placer y al pecado!...

Yo soñaba todo eso, y todo eso logré.

Aquella cabellera fué mía. ¡Su cabellera!

Ya he dicho que en aquel mar de oro quedó sepultada mi dicha.

Es una historia muy corta.

III

La mujer adorada, el ídolo, me vendía.

Las horas mejores del amor, las horas secretas, otorgábalas á otro hombre; las glorias más dulces, las robadas, las clandestinas, eran para él. Me lo denunciaron en la Comedia, en aquella colmena de amores y galanteos, una noche de primer turno; inquirí, espíe y descubrí que era verdad: la cabellera de oro no era mía.

Ardieron en mi alma celos de Shakespeare, lo cual era sencillamente estúpido, porque yo bien sabía que Carmen había tenido otros amantes, predecesores míos, y harto me estaba repitiendo en un rincón de mi pecho, esa voz chiquita que casi nunca escuchamos, que yo no debía ser el último monarca que se sentase en aquel trono. Pero los pensamientos del enamorado no los cierne en su harnero el sentido común, y los celos no se engendran en la cabeza: suben á ella para desordenarla, invaden el cerebro como una banda de revolucionarios que asalta un cuartel.

Además yo, discurriendo, ó sintiendo, ó desbarrando como

un orate, me había formado la ilusión de haber descubierto goces y dichas nuevas en el amor de aquella mujer, en el culto de aquella cabellera mitológica. ¡Y otro hombre iba á sorprender los misterios que eran míos, á penetrar en el sagrado de aquel templo cuyas llaves me pertenecían!...

Imposible.

Un día entré ciego y delirante en el tocador de mi amada, y... ¡oid, oid lo que hice!

La doncella estaba peinando la cabellera rubia de Carmen. Desatábase aquella lluvia de sol sobre el cuerpo del cual era privilegiado adorno. Ella quedaba envuelta en luz de la aurora, y por entre las rendijas de aquella celosía mostrábase como una mora tras la ventana del harem, la sonrisa cariciosa y falaz de la infame que me engañaba... Jamás la ví tan hermosa.

—Véte, dije á la doncella.

Y cuando quedé solo con la infiel, ante aquel incendio de llamas juguetonas, hablé mil locuras, proferí mil ofensas, vomité ridiculeces y blasfemias... Luego aquella cabellera que otro hombre adoraba, besaba, revolvía, aquel haz de rayos divinos á cuyo contacto se estremecía otro amante, cayó cortada á cercén... sí, á cercén, como los despojos de un traje riquísimo, á los pies de la mujer asombrada, muda, sobrecogida de terror servil y de humildad hipócrita.

Dejé aquella deliciosa cabeza, mondada como la de un quinto, recogí las ruinas de aquel tesoro y eché á correr trayéndome á casa el recuerdo de tanto encanto destruído.

¡Pobre cabellera hermosa! Así concluyó.

IV

Mas no; no es verdad que concluyera así.

Yo, que odiaba ya con toda mi alma aquel tesoro profanado, busqué profanación mayor, atentado más torpe y más infamante que el de la tijera vil.

Trencé las hebras de aquel cabello celestial y saqué la trenza al mercado: la vendí.

Y era exacto: un artista en pelo, fabricante de añadidos, me dió veintidós duros por la cabellera.

Aquí los tengo; los guardo. Es la memoria que conservo de aquella cabellera, fuente de embelesos, diadema de hermosuras, corona imperial de un amor que me ha condenado.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Madrid, Agosto de 1892.



EPIGRAMA

—¿Conque al salir del Casino dejastes á don Rafael para ir á dormir, indino, con una *turca* al hotel? Contesta, ¡infame! ¡asesino! ¿quién es esa descocada?
—¡Mujer, me dejas absorto! mas... ¡ah! ¡ya caigo! mi amada es *turca* recién llegada...
—¿De dónde?

— *Vino de Oporto.*

MOISÉS N. CASTELLANOS.



Dr. D. Pedro Goyena

EMINENTE ORADOR Y LITERATO ARGENTINO

* * *

Dicen los sabios que la blanca luna
las aguas mueve del tranquilo mar;
¡una mirada de tus ojos, una,
el mar de mi alma consiguió agitar!

PEDRO GOYENA.

EXTRAÑO PROBLEMA

¿Por qué conservo tu recuerdo grato
tan vivo en mi cerebro,
si el alma que me alienta ya no es alma,
según dices, sonriendo?

¿Cómo tu imagen se quedó grabada,
cual con buril de fuego,
en mi intranquila y soñadora mente?
¡Ah, no! ¡no lo comprendo!

¿Cómo en nerviosa célula al fin pudo
fijarse tu recuerdo?
Si tu recuerdo es sol, ¿cómo engarzado
quedó en míseros nervios?

Me confundo, y por más que me lo expliques
no llegaré á entenderlo...
¡corriente cerebral sólo cariño!
¡materia el pensamiento!

¡Ah! ¡qué extraño problema! me parece
que no he de resolverlo;
¡renunciar á creer que tengo un alma
si con otra yo sueño!

Eso es cambiar el puente que nos une
al Hacedor Supremo
por otro que, al unirnos á la bestia,
nos lleve sólo al cieno.

¿A qué bajar al lodo? Me repugna
ese triste descenso;
la escala del amor es más hermosa...
¡siempre conduce al cielo!

ADELA CASTELL.

Montevideo, 1892.

EL PODER DE LA ILUSIÓN

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

(Panteón de familia
en el centro de un cementerio)

I

RAIMUNDO. (*Saliendo del panteón*)

A vista de la muerta ha suspendido
mis terribles batallas interiores.
Al salir y al entrar sólo he sentido
que, impregnado en el aire removido,
el polvo me cegó de mis mayores.
(Tocando el mármol del panteón).
Ya me siento tranquilo
al tocar con mis manos
el panteón, que es el postrer asilo
de mis padres, mi esposa y mis hermanos.

No sólo por España,
por todas las regiones europeas,
su imagen fiel me persiguió con saña;
hoy torno á ver su tumba, y ¡cosa extraña!
ha vuelto la salud á mis ideas.
Cuanto más de ella huí, con más empeño
me persiguió; y ahora que la toco
ya dejo de estar loco
y puedo ver la realidad sin sueño.
Y es que sólo en la ausencia
me persigue su sombra inexorable...
¡Nunca pude pensar que en la existencia
lo que hay que temer más es lo impalpable!

II

(*Con aire pensativo*)

¡Cuánto abruma el pasado mi presente!
Yo maté de pesar á aquella santa
cuando al llamarla *infel* injustamente,
la ahogó un ¡ay! más allá de la garganta.
¡Pobre Enriqueta mía!
Mirándome aquel día.



J.P.

con sus ojos que ahondó la desventura,
 —¡Soy honrada y te adoro!—me decía...
 ¡Con qué gusto daría
 mi vida y mi razón por la locura!
 Mas ¿cómo era posible que su encanto
 mis celos no excitase y mis deseos,
 si en teatros, en calles y en paseos
 los hombres todos la miraban tanto?...
 ¡Qué injusticia la mía!
 Al verla por los hombres admirada,
 yo, sin poderlo remediar, sentía
 los celos de una carne sublevada.
 Condenando al desprecio
 mi celosa ternura
 por haber calumniado como un necio
 su virtud, que era un pan sin levadura,
 maldigo mi demencia
 que llegó hasta dudar de su inocencia
 porque los hombres la miraban tanto...
 ¡Oh, qué amargo es el llanto
 que cae gota á gota en la conciencia!

III

(Con resolución)

En fin, todo pasó: vuelvo á la vida.
 Las sombras bajan ya de las montañas.
 Dejaré en paz á la mujer querida
 que desde el fondo amé de mis entrañas,
 y después, despertando
 la sed de la ambición y de la gloria,
 tal vez me iré aliviando
 cuando vaya borrando
 el óxido del tiempo su memoria.

IV

(Comienza á alejarse)

Pero... ¡Jesús!... ¿Qué es esto? Ya en mi mente
 clava su rostro hermoso...
 es inútil luchar inútilmente.
 Doy un paso y, turbando mi reposo
 vuelve á pasar su imagen por mi frente,
 convirtiendo lo real en nebuloso;
 y apenas huyo de ella cuando empieza
 á pesar sobre mí mi mal destino
 y á formar el dolor en mi cabeza

del cielo y de la tierra un remolino.
 ¿Cómo ha de hallar mi corazón la calma
 si dejo el cuerpo y me persigue su alma?
 ¡Qué horrible desvarío!
 Llena de ira y de espanto mi conciencia,
 siento un calor que se parece al frío,
 y, en confusa apariencia,
 dando vueltas el mundo en torno mío,
 parece que voy viendo la existencia
 como el que anda volcado en el vacío...

V

(Volviendo á alejarse)

Intentaré de nuevo... Nada... nada...
 ¡Vengativa, tenaz, celosa é inquieta,
 de mi cuello colgada
 su sombra es más pesada que un planeta!
 Y, aunque tarde, comprendo
 que jamás podré huir de este martirio,
 pues conforme me alejo, voy subiendo
 la escala del furor hasta el delirio;
 y es mi desdicha tanta
 que en vano intento adelantar mi planta,
 pues, sonámbulo eterno de lo mismo,
 veo en torno flotar algo que espanta,
 y dos manos que se alzan del abismo
 me aprietan cual dos garfios la garganta.

VI

(Momentos de indecisión)

Todo esto es un horror; pero adelante...
(Se oye el toque de oración de la campana del cementerio).
 ¡La oración! A su anuncio, vacilante
 siento el dolor con el que todo acaba,
 y me inspira tal fe, que en este instante
 si me acordase de rezar, rezaba.
 Perdona ¡oh Dios! si al rezo indiferente
 viví en la paz lo mismo que en la guerra
 desde el día fatal en que, inclemente,
 un puñado de tierra
 me apartó de mi madre eternamente.

VII

(Con desaliento)

No quiero luchar más á ser vencido.
 ¿Qué importa la existencia al que está cierto
 de que todo hombre muerto
 es tan feliz como el que no ha nacido?
 Está echada la suerte.
 Voy á dar fin á la existencia mía.
 Pase el polvo animado al polvo inerte.
 Ya César lo decía,
 vale menos la vida que la muerte.
 ¿Para qué he sufrir tantos horrores
 si el vivir es luchar con lo imposible
 y el mundo un sustentáculo insensible
 de todas nuestras penas y dolores?
 Su sepulcro será mi último asilo.
 Viví sin paz, mas moriré tranquilo.
 Después de entrar en él, desesperado,
 cerraré el panteón, y de este modo,
 por el hambre y la asfixia asesinado,
 en el polvo caeré, que es fin de todo.
 ¡Voy, voy, ser adorado!
 ¡Desclava tu memoria de mi frente,
 que en tu mismo sarcófago, á tu lado,
 me acostaré á dormir eternamente!
 ¡Sueños míos, adiós! ¡Muero impasible
 al toque funeral de esa campana,
 pues me causa un tormento irresistible
 la fuerza atroz de la ilusión humana,
 el mágico poder de lo invisible!...

(Entra en el panteón, cierra la puerta y cae el telón).

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EPIGRAMA

—¿Conque te vas á casar
 con Casilda, amigo Arteche?
 —Pues esposa he de *tomar*,
 mejor no la he de encontrar,
 siendo mi hermana *de leche*.

LA MÁSCARA DEL DOMINÓ NEGRO



L señor López? pregunté á la sirvienta, una muchacha de ojos picarescos y no mal parecida.

—Está en cama, me contestó con aire de cómica gravedad.

—¿En cama á las dos de la tarde?

La muchacha hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¡Ah! ¡ya comprendo! ¿sin duda el *trancazo*?...

—No, señor, contestó: *su mujer*.

—Pues esa es *enfermedad* antigua, pensé yo.

Y pasé adelante.

Pocos minutos después estaba al lado de la cama de López, á quien encontré presa de una excitación nerviosa extraordinaria.

—¿Qué tienes? le pregunté, no sin cierto sobresalto, al ver su desasosiego.

—No es nada, contestó, sentándose en la cama y procurando, aunque inútilmente, sonreirse; voy á levantarme... ¿quieres alcanzarme el frac?

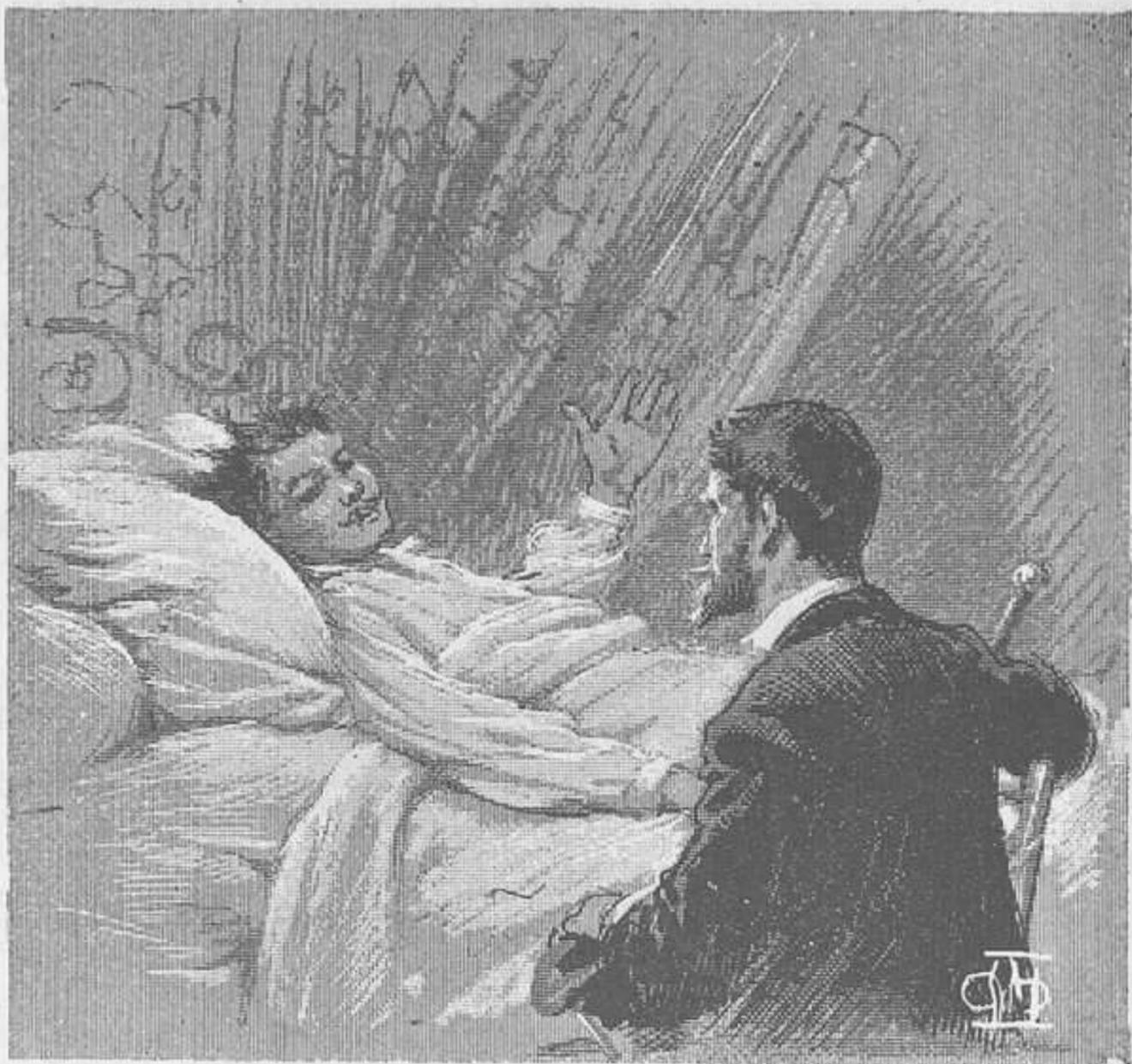
—¿El frac? repetí con extrañeza y mirando fijamente á López, pues creía que se había vuelto loco.

—¡Digo, no! ¡el sombrero! replicó con aturdimiento. ¡Ah! dispensa, querido amigo; pero desde la noche del martes de Carnaval que no sé dónde tengo la cabeza.

—Pues si no sabes dónde tienes la cabeza, desdichado, ¿para qué quieres el sombrero?

—¡Si supieras, continuó, bajando la voz, cuánto he sufrido desde aquella noche! Yo era el ser más feliz de este globo terráqueo: mi mujer me adoraba, yo adoraba á mi mujer,

todos nos adorábamos, cuando héte aquí que se le ocurre al demonio de la tentación, á quien no había vuelto á ver desde que era yo soltero, llevarme á las máscaras... En vano me resistí; en vano luché conmigo mismo antes de caer en sus artificiosas redes... la idea de hacer una calaverada empezó á germinar en mi cerebro, y poco á poco fuí cediendo á las sugerencias infames del espíritu del mal, ¡yo, que hasta



entonces había sido un borrego, aunque sea mala comparación!

—¡Pero, hombre! le dije en tono jovial; yo creo que exageras tu falta.

López meneó tristemente la cabeza, y dijo:

—Es que tus ojos no han medido toda la profundidad del abismo en que caí... ¡como que estoy avergonzado de mí mismo y no me atrevo á presentarme delante de mi mujer desde aquella funesta noche!

—¿Acaso descubrió tu infidelidad? porque supongo que cometerías alguna infidelidad...

—¡Y gorda!

—Mas, ¿cómo supo Clara?...

—Figúrate que pretexté un viaje á un pueblo cercano, con el objeto de gozar de entera libertad durante la noche del martes de Carnaval, y me despedí de mi mujer con todo el aparato que reclamaban tan solemnes circunstancias, porque era la primera vez que nos separábamos... de noche.—Adiós, esposa mía, la dije echándola los brazos al cuello y ensayando un sollozo que no me salió del todo mal; acuéstate y duerme tranquila y no te abandones á la aflicción, pues una noche pronto se pasa... sobre todo en Carnaval; mañana vendré en el primer tren, que llega muy temprano, y... ¡vamos! adiós, hija, no llores...—Y salí precipitadamente de mi casa, pues el llanto de mi mujer empezaba á enternecerme, ¡y como Dios me ha dado un carácter tan poco firme!... En fin, que fuí al club.

—¿Y no temiste que te viese alguna amiga de tu mujer y te denunciase á su enojo?

—Todo lo había previsto; me puse una peluca rubia y



una barba postiza, que me desfiguraban por completo; tan desconocido estaba, que yo mismo, al ver reproducida mi imagen en un espejo, en medio de la brillante multitud que poblaba los salones, me dije distraído:—¿Quién será ese mamarracho?

—Pues yo creía que en los clubs no se permitía el disfraz á los hombres.

—Efectivamente, pero estaban tan admirablemente hechas la peluca y la barba y con tal habilidad me las había colocado ese demonio de peluquero francés que hay al lado de casa, que nadie hubiera sospechado el engaño. Pero volvamos al club.

—¡Hombre! ¿ahora?

—Déjate de bromas. Una vez en él, empecé á pasar revista á las mujeres y no tardé en sentir mareos... ¡qué formas tan tentadoras! ¡qué palpar de carnes sonrosadas y desnudas! ¡qué relampaguear de ojos! ¡cuánta fascinación en las sonrisas! ¡qué encanto en las voces! ¡qué torbellino deslumbrador de gasas, y encajes, y sedas, y cintas, bajo los torrentes de luz de los focos eléctricos que inundaban los salones de plateadas claridades de luna! Cuando más embebido estaba en la contemplación de aquel cuadro lleno de color y de luz, lleno de movimiento y de vida, sentí que alguien se apoderaba de mi brazo, y oí que una voz murmuraba á mí oído:— ¡Ten prudencia ó estamos perdidos!—Volví el rostro y ví una máscara cubierta enteramente con un dominó negro, sobre cuyo pecho brillaba un ramo de rosas...

—¿Y parecía bella?

—La flexibilidad de su talle, la redondez de su seno, el timbre de su voz, el brillo de sus ojos... todo, en fin, me denunciaba una mujer adorable, en la florida primavera de la juventud. Sus palabras, como supondrías, me sorprendieron no poco, pero por grande que fuese mi perplejidad, no dejé de comprender que la máscara me había tomado por otro.

—¿Y la sacaste de su error?

—¿Yo? ¡un demonio! Eso habría sido lo mismo que volverse á la tierra desde los dinteles... del cielo.—Bailemos, Fritz, me dijo la misteriosa joven con acento tenue; pero no olvides que hay ojos que nos observan y que la más pequeña indiscreción puede costarnos cara...—Y luego, bajando aún más la voz, agregó:— ¡Él está aquí!

—¿El marido?

—O el amante... ¿quién iba á adivinar? por mi parte fingí la más completa inteligencia, resuelto á seguir la aventura hasta el fin, y dije con sonrisa desdeñosa:—¡Ah! ¿conque *él* está aquí? ¡pues mejor! así verá que no estoy dispuesto á cederle mis derechos á tu amor y que...—pero me detuve, temeroso de haber ido demasiado lejos, porque, después de todo, yo ignoraba quién era *él*... y bien podía ser su abuelo.



—Y la máscara, ¿qué dijo?

—Que aquel rasgo de temeridad le probaba toda la intensidad de mi pasión, puesto que no vacilaba en desafiar las furias de *él*... y que no se arrepentía de haber acudido á la cita que yo le había dado... porque parece que yo le había dado una cita, cosa que no dejó de causarme alguna sorpresa.

—Pues no comprendo cómo pudo equivocarte con otro hasta ese extremo; ¿tan grande sería la semejanza?

—Yo no lo extraño; la historia y la leyenda mencionan casos parecidos.

—Continúa.

—Continúo; bailamos un schotiss... el schotiss más delicioso que he bailado en mi vida, dicho sea con perdón de mi mujer; la máscara me miraba cada vez con ojos más enamorados... ¡si hubieses visto con qué voluptuoso abandono se mecía en mis brazos! mi sangre ardía, mi cabeza sentía súbitos desvanecimientos y me parecía que el suelo faltaba á mis pies y que me hallaba suspendido, entre el cielo y la tierra, abrazado á un ángel!... Por fin cesó la música... ¡ah! ¡qué schotiss tan rápido y fugaz! el placer le había prestado sus alas de alondra... La máscara se asió de mi brazo, y maquinalmente nos dirigimos á un gabinete desierto, lleno de plantas y flores.—Estoy cansada, me dijo de pronto, dejándose caer, con adorable abandono, en un diván azul.—¿Por qué no te quitas el antifaz? murmuré con voz insinuante; estamos solos y...—¡Imprudentel contestó, irguiendo el talle y con acento de dulce reconvención; ¿has olvidado que nos acechan? Gracias á un ardid sugerido por el afán de verte y hablarte, he podido burlar la vigilancia de *él* y acudir á tu cita, Fritz; pero con tan mala fortuna ¡ay! que antes de divi-sarte entre la brillante multitud que invade los salones, he visto aparecer ante mí, como un espectro, la figura siniestra de ese hombre... ¿quién le ha traído aquí? lo ignoro; tal vez la casualidad; quizá la traición de mi doncella; lo único que sé es que no apartaba de mí los ojos y que me seguía á todas partes silencioso como una sombra... Si tuviese la certidumbre de que le engaño, no lo dudes, Fritz, me mataría... y te mataría á tí. Más de una vez, al verte delante de la reja de mi casa, donde en vano esperabas que me asomara tras de los hierros, duros como los de una cárcel, á escuchar tus amorosas cuitas, sintió impulsos vehementes de arrojarse sobre tí y arrancarte el corazón.

—¡Diablo!

—En fin, chico, te juro que aquello empezaba á hacerme poca gracia; temía que la aventura acabara en desventura y

sentía haber renunciado, aunque fuese momentáneamente, á las dulzuras del hogar por placeres efímeros como las rosas... De pronto se aproximó á la desconocida otra máscara y la habló al oído; mi amada lanzó un grito ahogado, se levantó precipitadamente de su asiento, me tomó del brazo y me dijo:—¡Huyamos!—Pero... ¿por qué? exclamé yo vivamente sorprendido, no sabiendo á qué atribuir aquel brusco movimiento de terror.—Hemos sido descubiertos, dijo la máscara, y el miserable nos busca... ¡Dios quiera que no sea demasiado tarde!—Y poco menos que arrastrándome me condujo fuera del gabinete; atravesamos un salón y descendimos por la ancha escalinata de mármol... Una vez en la calle, la máscara hizo señas á un cochero, y pocos segundos después subía al carruaje; quise subir yo también y me rechazó suavemente diciéndome:—Es necesario que nos alejemos uno de otro; razones poderosas me obligan á ello, pero te juro por nuestro amor que en breve volveremos á reunirnos para no separarnos más...—Y sentí en mis labios la llama de un beso. Partió el coche como una exhalación y poco después tomaba yo el camino de mi casa, con la cabeza hecha un volcán. A medida que me aproximaba sentía que algo me mordía en la conciencia... sin duda era el remordimiento de haber olvidado á mi pobre mujer, que es una santa... de geniecillo algo fuerte, eso sí. Empezaba á clarear; por fin llegué á mi casa y entré sin que nadie me viese; todos dormían; me dirigí á mi habitación, me quité el traje de baile, entré sigilosamente en el dormitorio de mi mujer, á pedirle mentalmente perdón por mi falta... ¡y me quedé aterrado!

—¿Qué dices? ¿no estaba allí?

—Sí, allí estaba... durmiendo; pero junto al lecho había una silla... ¡y en la silla un dominó negro, sobre el cual se veía un ramo de rosas!...

—¿Conque era ella?

—¡Sí! ¡era ella! pero yo... ¡no era yo, sino Fritz!... ¿entiendes? Entonces comprendí á Otelo, aun puesto en música, y sentí celos atroces, celos africanos... de mí mismo.

—¡Bah! Clara sabría lo de la peluca y la barba postiza.

—Únicamente una persona conocía el secreto, el peluquero, y al principio no sospeché de él.

—¿No sabes que los peluqueros son como las mujeres, que no saben guardar un secreto? El francés se lo contaría en confianza... á todo el barrio.

—Así fué, en efecto.

—¿Y no has visto á Clara?

—No me he atrevido todavía; estoy aquí, desde el miércoles de Ceniza, enfermo... de vergüenza: una enfermedad nueva.

—Pues ya sé qué dirán las mujeres: que es lástima que no sea contagiosa.

CASIMIRO PRIETO.



EPIGRAMA

—Si pregunta mi marido adónde fuí, le dirás que á ver á *Fausto*.—Entendido, responde el gallego Blas. Llega el esposo, y por Clice preguntando desde luego: —Fuese con don Fausto, dice tranquilamente el gallego.

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

NOVIEMBRE

(AL CAER DE LAS HOJAS)



TOÑO toca á su fin;
 pierde su verdura el monte;
 cesa el rústico trajín,
 y en brumas el horizonte
 trueca tintas de carmín.

Los bosques son muchedumbre
 de esqueletos que se agitan;
 comienza á blanquear la cumbre
 y los labriegos tiritan
 y se acercan á la lumbre.

Hierba que jugosa crece
 no es de las selvas alfombra;
 la luz solar palidece,
 y no se busca la sombra,
 y muy temprano anochece.

Sopla el viento y viene helado;
 se ven muchas nubes rojas,
 y en tierra el pastor echado,
 las amarillentas hojas
 esparce con su cayado.

Es que Noviembre camina
 y tras él llega el invierno;
 es que la vida declina,
 y el frío su manto eterno
 tiende de monte á colina.

¡Cuánto y cuánto humano ser,
 cuánto cuerpo dolorido,
 y harto ya de padecer,
 caerá en la nada vencido,
 de las hojas al caer!

¡Cómo el gemido del viento,
 en el desnudo ramaje,
 imita el triste lamento,
 del que ve de eterno viaje
 aproximarse el momento!

¡Cómo la niebla al cubrir,
 del espacio el ancho tul,
 aquella niebla fingir

sabe que empaña el azul
de los ojos al morir!

¡Cómo, ciega y tenebrosa,
dice, con voces de horror,
la noche al alma medrosa:
*¡Mira! ¿ves? de mi color
es el fondo de la fosa!*

¡Cómo la nieve, que viste
con manto helado la tierra,
una y otra vez insiste,
gritando desde la sierra
con voz cariñosa y triste:

«Llegad, llegad hasta aquí,
doncellas, niños, ancianos;
soy tan blanca como fuí;
con vuestras débiles manos
cortad sudarios de mí!»

¡Hoja del árbol caída,
hoja seca del Otoño,
da al árbol tu despedida,
que no verás el retoño
del árbol que te dió vida!

• • • • •
Y va Noviembre avanzando,
y los débiles muriendo;
y el día sigue menguando;
sigue la noche creciendo,
y en las montañas nevando.
• • • • •

JOSÉ ECHEGARAY.

LA SAL DE LAS ANDALUZAS

—¿Andaluzas?

—Sevillanas.

—La chica vale un Perú.

—¿Y la mamá? ¡mira tú
que no las hay más *barbianas!*

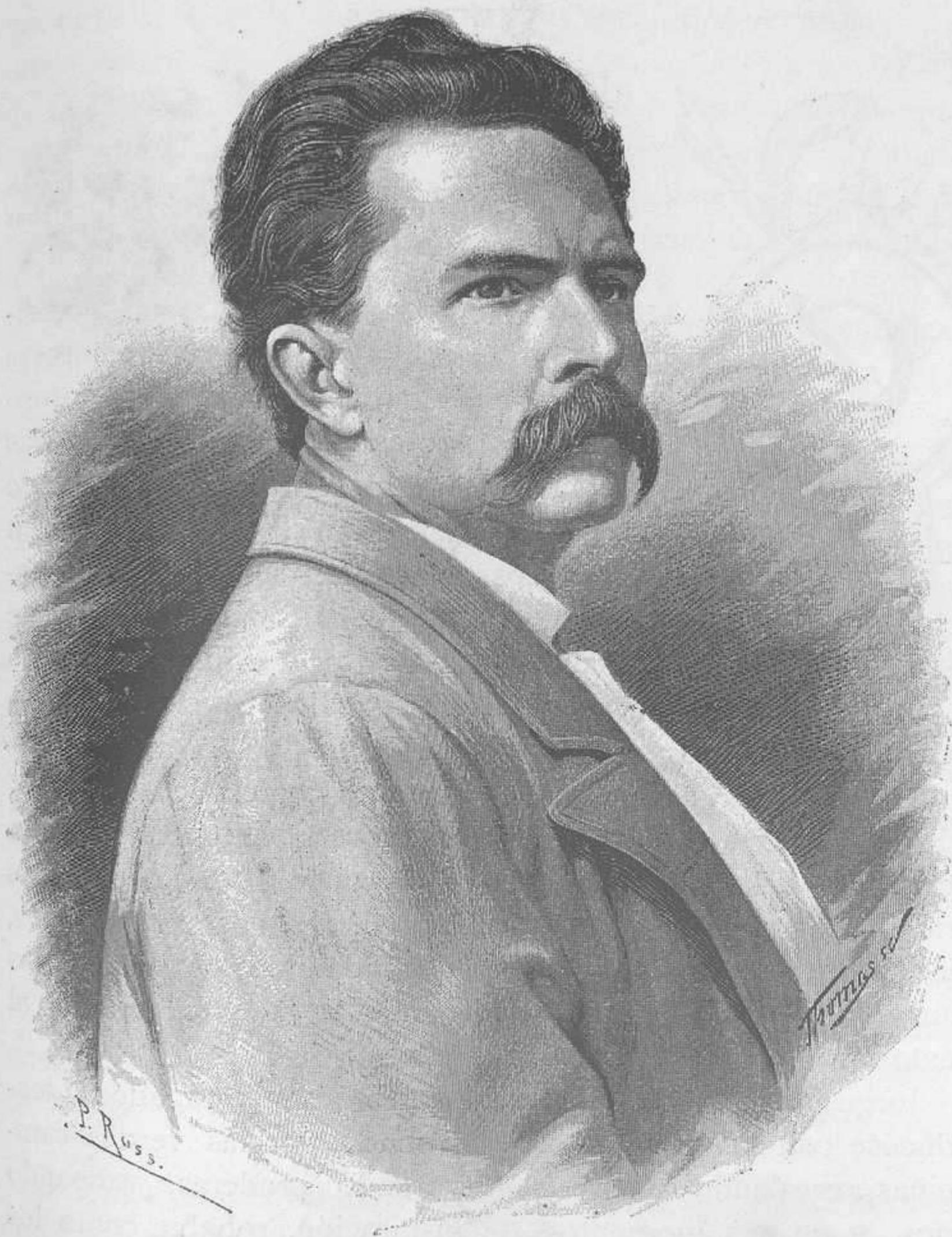
Aunque jamona, dan ganas,
su hechizo al ver sin igual,
de ir y abordar á la tal...

¿Cómo esas mujeres, dí,
pueden conservarse así?

—¡Qué quieres! ¡con tanta *sal!*...

CASIMIRO PRIETO.

PROSADORES Y POETAS AMERICANOS



Jorge Isaacs

EMINENTE LITERATO AMERICANO

PROSADORES Y POETAS AMERICANOS



JORGE ISAACS

« Hay vidas que se parecen á la hierba solitaria que nace en medio de las arenas abrasadas por el sol. »—MIGUEL CANÉ.

ALÍ es un pintoresco y poético pueblo, situado al pie del valle que besan rumorosas las ondas del Cauca, alejado del fragoroso tumulto de las ciudades, del oleaje de las pasiones encontradas y de la corrupción de las populosas capitales. Sitio agreste, en el cual deslizóse tranquila y sonriente la primavera de la vida de Jorge Isaacs, inspirándose en las galas de ese territorio tropical, opulento de savia y ataviado por los caprichos de una vegetación lujuriosa y exuberante.

Colombia y Venezuela son hermanas gemelas en la poesía, dos repúblicas fecundas en trovadores. La configuración topográfica, las montañas que las circundan, los ríos que las riegan, los valles que las embellecen, los bosques umbríos, las selvas vírgenes, la apacible serenidad de las noches, las auroras y los crepúsculos predisponen á la meditación y al éxtasis.

Jorge Isaacs se templó en ese ambiente embriagador, identificóse con la vida pastoril, corriendo por las verdes campiñas, escalando montes, atravesando praderas, vadeando ríos, y en sus momentos de inspiración, robaba, como los pintores, algún paisaje delicioso, ó rimaba composiciones de sentimiento como *La vuelta del recluta*, que hiere el alma en sus vibraciones internas y cuya intensidad corre parejas con las baladas alemanas de Uhland.

Isaacs no ha tenido una educación intelectual en el sentido

européico, aunque no carecía de un juicio maduro, de una imaginación soñadora y de un talento complejo, solidificado en la lectura de los clásicos antiguos y en el estudio de los coetáneos, que le iniciaron en los misterios y reglas del buen decir.

Cuando en 1877 apareció en Buenos Aires el elegante volumen que contenía las rimas del esclarecido novelista colombiano, fallaron los jueces más conspicuos que en materia de crítica contaba la confederación, enaltecíéndolo unos y haciéndole severísimos reproches otros.

Solicitado el juicio del entonces presidente de la República, Nicolás Avellaneda, lo dió desde el trípode augusto cual nuevo Júpiter, pretendiendo sepultar bajo el escalpelo de su acerba crítica y de su sistemática y convencional escuela la seguida por Jorge Isaacs, condenándolo abiertamente, con una saña y encono injustificados y que no esperábamos de un criterio tan agudo, como era el del literato-magistrado, que dejó tan hondo y prematuro vacío en las letras argentinas.

Las razones aducidas y en las que basó su opinión extrañada, digámoslo sin buscarle atenuantes, no fueron dictadas por un sentimiento de serena imparcialidad ni de estricta justicia, y algo que no conocemos, alguna insinuación malévolá ha de haber intervenido en la severidad y en la acritud con que juzgó al que, sin ser un gran poeta, no era por cierto un vulgar versificador.

Salió entonces á la palestra, en defensa del bardo motejado, Santiago Estrada, y en una refutación persuasiva y elocuente destruyó lo escrito por Avellaneda, con acopio de erudición de buena ley y con un lujo de argumentación irrefutable.

Ahora, dejando de lado esa polémica fogosa, sostenida con igual briosidad é intrepidez por ambos contendientes en la región de las nubes, y las pasiones que hayan podido suscitarse en pro ó en contra de las escuelas en pugna, lo decimos, el número mayor de sus poesías tienen un defecto capital, —que salta á la vista hasta de los profanos,—la incorrección, defecto de que adolecen y del que no se dan cuenta los

poetas noveles, y que proviene de la fecundidad llevada al período álgido de su mayor expansión, de ese afán inexplicable y contraproducente de producir y producir á destajo, lamentable y rápido derroche de inspiración que se desborda como un río al salir de madre, en centenas y centenas de estrofas, aminorando el mérito y la intensidad de las ideas, que se empequeñecen en la estructura pobre é incorrecta del verso.

¡Si en vez de la cantidad se mirase la calidad! ¡Si este bardo, en vez de expandir su musa, dando rienda suelta á caprichos é impresiones fugaces en tantas rimas en las que no vemos el arranque épico en el grito de batalla ó en la maldición violenta, y el acento tierno y elegíaco al llorar as desdichas de la patria ó al evocar melancólicos recuerdos amorosos, las hubiera refundido en una, como su compatriota Diego Fallon, quizá sería el príncipe de los poetas colombianos!

Excogitando lo más perfecto en el laberinto enmarañado de sus composiciones poéticas hallaríamos á lo sumo media docena que no se resentirían de la falta señalada; las demás, lo afirmamos sin jactancia,—no por el prurito de hacer alarde de conocimientos que no nos sobran, sino porque es la verdad desnuda y tal cual debe estamparse, á lo menos como entendemos nosotros la poesía, que no admite términos medios,—si bien se levantan de la mediocridad, no alcanzan á tener los contornos severos ni las proyecciones luminosas de la estrofa artística.

—

Isaacs ha padecido y sufrido mucho, muchísimo; lo que no es dable concretar, moral y físicamente; ha tenido sus noches negras y sombrías y sus horas de amargura indecible, en que acarició la idea del suicidio como un supremo bien. La fatalidad le habría llevado á las puertas de la muerte si no hubiera reaccionado á tiempo contra esa resolución extrema, forjada en un raptó de locura sublime, cuando el dolor inexpiable había llegado al paroxismo y la desesperación había pasado ya por todas las formas del delirio, amenazando hacer estallar el corazón.

Apuró hasta la hez la copa amarga del martirio, y el sufrimiento quebró en sus labios la sonrisa. Por esto no se le verá descender nunca de su olímpica gravedad, para bajar á la humorada fina ó al chiste ingenioso; siempre allá sobre el páramo sombrío ó la llanura verdosa, el alma triste del cantor atribulado.

Como Virgilio, como Horacio, como Teócrito, como todos los bardos de real estirpe, tentó el género denominado *pastoril*, practicado en Inglaterra por Burns y Coowper, en Norte-América por Longfellow y cultivado también en este suelo por Estanislao del Campo é Hilario Ascasubi, en lenguaje festivo y modismos gauchescos. Y aunque Jorge Isaacs no fracasó en la tentativa atrevida y audaz, no tuvo ésta repercusión continental, porque el arte, como la ciencia, no permanece un solo día estacionario; evoluciona á tomar nuevas tendencias que destruyen las pasadas.

El positivismo echa raíces profundas. El sentimentalismo ha muerto desde que surgió Balzac. Vivimos de prisa; las jeremiadas y los ayes no se escuchan, su reinado se ha extinguido totalmente. Hasta los lamentos bíblicos de Job y el grito soberbio de Prometeo encadenado, que vienen resonando á través de los siglos, han ido á apagarse entre la carcajada sarcástica de la orgía, el hurra atronador del circo y las aclamaciones delirantes del *frontón*. Estamos de nuevo en plena Bizancio, y en camino de una decadencia inevitable y fatal! Vendrá la transición, vendrá la reacción; pero, entretanto, es preciso amoldarse á las modalidades y á los gustos de esta época sensual, escéptica y materialista y esperar mejores días.

Al leer á Goethe, á Hugo, á Tasso, en su *Werter*, en sus *Miserables* y en su *Jerusalén libertada*, nos sentimos transportados en un relámpago á las esferas superiores del pensamiento y de la luz donde se cierne el genio creador, cual cóndor en los Andes, abriéndose ante nuestra imaginación estrecha horizontes infinitos y grandiosos, mundos de revelaciones ocultas á nuestros ojos inexpertos, concebidos por esos titanes del cerebro, al ser iluminados por el espíritu de Dios. Pero los Hugo, los Goethe, los Tasso, son *fenómenos raros*,

que como los cataclismos volcánicos ó siderales, no se suceden dos en un siglo en todo el perímetro del planeta, y el escritor ó el poeta, —volvemos á insistir,— que intente hacer obra de artista, á la vez atrayente y justa, tiene que reflejar la sociedad, la vida y el medio ambiente de su tiempo, si no quiere desaparecer en la penumbra del anónimo, ó ser arrastrado por las corrientes dominantes de la época.

—

Y ya es hora de que tratemos de *María*, la obra capital de Isaacs, la que lo dió á conocer ventajosamente en el pleno desarrollo de su potencia cerebral, y de la que dijo Cané «que era el único libro escrito en América, que había hecho llorar del Cauca al Plata.»

El armonioso trovador no ha inventado el argumento, ni la novela ha sido una trama puramente fantástica, sino su propia y desconsolada existencia, narrada con tintes diáfanos y sombríos, en que brillan relámpagos de esperanza, dolores eternos, alegrías fugaces.

Escrita en el lenguaje arrobador, sencillo, íntimo, impregnado de un «sello indefinible de tristeza,» que enerva el alma y la hace vibrar á impulso de un sentimiento indómito, en ese lenguaje á veces místico, con el que Lamartine escribió *Graciella*, Chateaubriand *Atala*, Saint-Pierre *Pablo y Virginia*, —las tres columnas del romanticismo francés,— ha sostenido paralelo, según el juicio de un argentino ilustre, con esas obras que tienen sobre sí el rubro de la inmortalidad, y una aureola de luz inextinguible.

La pintura gráfica de los paisajes naturales, las medias tintas del sol al sepultarse en el cenit entre gasas de oro y destellos diamantinos, que iluminan el crepúsculo moribundo, el follaje embriagador de la selva umbría, el sordo cuchicheo de los vientos quejumbrosos, el rumoroso arroyuelo de plateadas aguas alumbradas por la luna, la azulada noche tachonada de antorchas infinitas, la aurora matutina, con su Venus deslumbradora de hermosura, el fresco ambiente de la mañana, los vapores del rocío esfumados por la tierra, las canorasavecillas que vuelan por el jardín y se susurran sus confiden-

cias amorosas, la casa paterna con todas sus nimiedades y candorosos atractivos, y en medio de esas bellezas y secretos encantos de un hogar humilde y feliz, como marco al cuadro, María, la casta enamorada de Efraim, por cuyo amor se extingue lentamente, como las últimas palpitaciones de una lámpara sin combustible, descrita con los primores del artista, que roba con su paleta los colores al cielo.

Y la serie de sensaciones no interrumpidas que se suceden ordenadamente: el cariño puro de esos dos ángeles unidos por el amor y separados por la fatalidad de su destino tremendo, que interpone primero entre ambos, como barrera insalvable, el Océano embravecido, y luego el abismo pavoroso de la muerte; el retorno de Efraim, después de una peregrinación por el continente oriental; las epístolas sentimentales de María y las escenas de dolor intensas y sensibles que Isaacs nos hace correr bajo los ojos como vistas de un kaleidoscopo, anuncian el desenlace brutal, el angustioso fin, que echa por tierra los sueños azules, los proyectos sonrientes del porvenir y las escenas de paz y de dicha entrevistas, extinguiendo hasta la eternidad la faz celeste de aquel hogar venturoso.

«Ninguna fibra deja de vibrar en esa dolorosa historia, ningún incidente se olvida, y todo es eficaz porque todo es sincero: se siente en ella una vitalidad palpitante, y predispone al lector por no sé qué modificación simpática de la sensibilidad, á reproducir como una lámina bruñida y sonora los acentos de la pasión narrada. Hierde todas las fuentes de nuestros propios amores y nos reimpregna en su caudal, estremeciendo todas las cuerdas de la emoción. Nos hace penetrar en el misterio de aquellas almas cáncidas y fuertes, en sus ilusiones, sus congojas, sus zozobras, sus agujeros, sus presentimientos y sus esperanzas, desde el nacimiento hasta el estrago de su fe.—María sucumbe á una enfermedad hereditaria cuyas primeras explosiones amargan las horas de su amor. Su muerte es presentida, esperada. Los jóvenes luchan contra aquella sombría perspectiva, y cuando la efusión de sus alegrías la alejan por intervalos, el ave negra les suscita

dolientes supersticiones que la reproducen tenazmente en su memoria. »

No puede reprimirse el soïlozo al leer el pasaje desgarrador de la vuelta de Efraim á la mansión desierta, cuando al caer en brazos de su hermana idolatrada,—que él cree su prometida,—le comunica la muerte de María, las postreras confidencias, los recuerdos infantiles, el árbol secular, las azucenas del huerto, las mil evocaciones que acudieron á los labios de la moribunda, en el instante de la suprema transparencia, y que no pueden ser obra de la imaginación febril, ni delirio del cerebro enardecido; tienen que haberse *sentido*, como las ha sentido Isaacs, para escribirlas.

Será siempre *María*, la novela más subjetiva en su género, más real, más patética y mejor escrita, á pesar de las descripciones sobrecargadas de luces y de matices, de ciertos diálogos sin movimiento y de alguna escena pálida y por demás ingenua, manchas imperceptibles, que no alcanzan á empañar la nitidez cristalina del idilio, ni la serena majestad del conjunto homogéneo, en el cuadro soberbio.

El cincel de Fidias modeló en mármol pentélico la Venus mitológica, é Isaacs, después de afanes y de contratiempos, escribió *María*, inspirada revelación de un espíritu artístico nacido en el Cauca, cuyas maravillas describió con su pluma y cantó con su lira de poeta.

—

Y cuando llevamos el pensamiento á Colombia y meditamos en el autor de esta novela que, muerto para la esperanza, no pulsa ya el arpa celestial del bardo; cuando vemos esterilizarse una cabeza de complexión tan soberana, para encerrarse en un mutismo desesperante, nos vemos forzados á lanzarle una reconvención, un grito de protesta, para que no cuelgue la lira de la que nació *La casa paterna*, y no enmudezca jamás la pluma que creó á *María*, que simboliza en esta parte del mundo, lo que en la otra el *Fausto* de Goethe, esto es: el poema de la juventud y del amor!

LUIS BERISSO.

Buenos Aires.

BODAS DE ORO



¡Al fin solos!...

—♦—
EPIGRAMA
—

Una revista, Bautista
da á luz, dice, desde ayer,
titulada: *El Estadista*;
mal hace en llamar *re-vista*
á lo que nadie ha de ver.

LA VIDA DEL CAMPO ¹

Rosario de la Frontera,
á veinticuatro de Junio
del año de mil y o-
chocientos ochenta y uno.

Señor don Facundo Ruiz.
Mi estimado don Facundo:
—¿Conque usted también envidia?...
(Permita que sin escrúpulos
le suprima el tratamiento,
como en poesía es uso).
¿Conque tú también envidias
la vida de que disfruto
en esta apartada estancia,
sin comerciales apuros,
sin compromisos sociales,
sin inconveniente alguno?

La llamas buena, tranquila
y poética. Presumo
que das demasiado crédito
á los poetas estultos,
los que la encomian, porque
no conocen el asunto.

Será buena si tú quieres:
nada es malo en absoluto,
ni nada es bueno tampoco;
¿pero tranquila? lo dudo;
¿y poética? lo niego.
No sólo lo niego, juro
que hallar poesía en ella
es un soberano absurdo.

Te voy á contar la mía;
prescindiendo del diurno
trabajo; pues serán estas
tareas en que me ocupo
materia de otros romances
que han de interesar al público,
sirviendo el que voy haciendo
de preámbulo ó preludio.

Después de andar todo el día

¹ De una colección de romances, inéditos.

trabajando sin gran fruto,
siempre á caballo, por esos
montes y cerros abruptos,
llego á casa por la tarde
con un dolor en los muslos
que no me deja estirar
los entumecidos músculos.

Sentado en el corredor,
veo llegar uno á uno
los peones del trabajo,
y resuelvo, mientras chupo
el mate que me trae una
china más fea que un susto
á media noche, los graves
problemas de mis asuntos.

—Patrón, ¿qué caballo le ato?
¿el rabicano, el lobuno,
ó el gateado?—El overo.

—Patrón, ¿cuántos bueyes *uño*
mañana?—Los oscos. Hagan
torzales para los yugos.

—Patrón, ya no hay carne.—¡Bárbaros!
Carneen otro toruno,
y van tres esta semana.

Tienes que curar, tú, Rubio,
el ombligo á los terneros
del chiquero, que hay algunos
bastante enmoscados; toma
los palitos y el mercurio.

—Señor, vengo á visitarlo
porque me hallo en un apuro
y precisaba una plata...

—Pues se la pides al Nuncio
cuando le veas.

En estos
ó parecidos asuntos
suelo entretener las horas
poéticas del crepúsculo
vespertino. ¡Noble empleo
de mis antiguos estudios,
de mi pobre inteligencia!
¡Realidad de los ilusos
sueños de mi juventud,
tan hermosos como absurdos!

Me voy después á comer
un asado casi crudo
y alguna otra friolera,

con mal vino y con pan duro
cuando los hay, que estas cosas
son artículos de lujo
en el campo. Pero en cambio
deleitan mi instinto músico
desde el pantano vecino
con su concierto nocturno
los sapos, graves cantores,
á los que admirado escucho,
pues nunca pierde el compás
ni desentona ninguno.

Y hay compás y afinación,
no creas que es un barullo
esa eterna serenata
compuesta de coros, dúos
y arias, por el director,
un sapo bajo profundo.

Suelo pasar la velada
jugando una copa al truco
con el capataz y dos
vecinos de los más pulcros,
que traen en manos y barbas
algo de estiércol vacuno,
y hablan del tiempo, del pasto,
de los bueyes, de los burros
y del sexto mandamiento
cuando sublimizan mucho;
con unos chistes, ¡qué chistes!
sazonados con eruptos.

Se van temprano mis tres
distinguidos contertulios
dejando en la habitación
el picante y nauseabundo
olorcillo de sus cuerpos,
aumentado con el tufo
asfixiante de las velas
de sebo con que me alumbro;
pues no hay lámpara que dure
en manos de estos palurdos
enemigos declarados
de cuanto no sea rústico.

Leo un rato y á dormir,
á descansar á mi gusto...
si me dejan los murciélagos,
las arañas, los zancudos,
vinchucas y garrapatas,
pulgas y bichos sin número

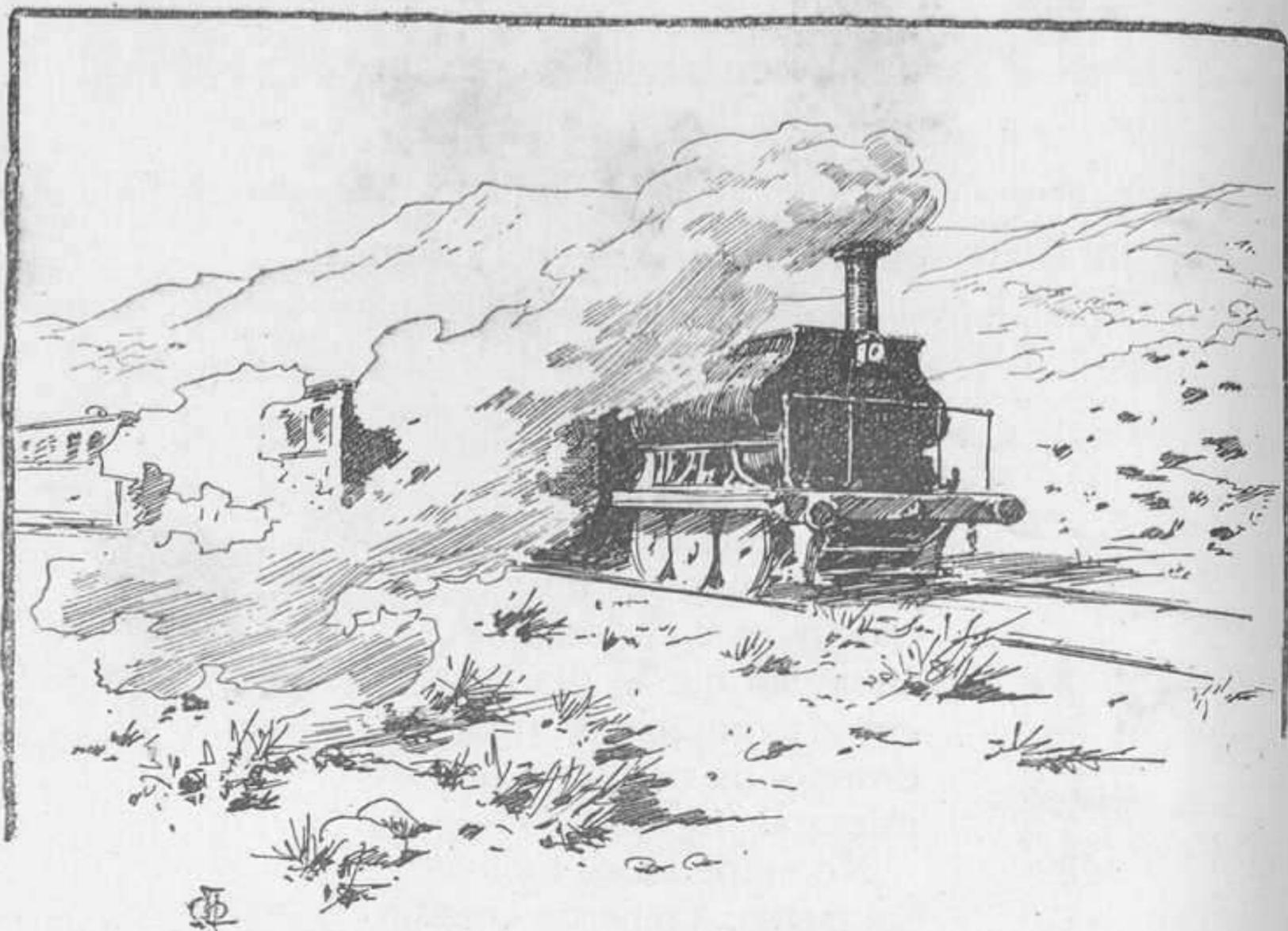
que naturaleza pródiga
en estos lugares puso
para que llenen mi cuerpo
de heridas, ronchas y bultos.
¡Bendito sea Noé
que los conservó en el mundo!

El piar de los polluelos;
el aire aromado y puro
peculiar de la mañana;
los pájaros, el murmullo
de la gente al despertar;
algún cercano rebuzno,
y sobre todo la china
trayéndome el desayuno,
anuncian que el día llega,
cuyos primeros efluvios,
después de rascarme un rato,
mientras me visto saludo.

No empezamos todavía
las tareas. Viene un cúmulo
de imposibles que vencer.
Aquí todo cuesta un triunfo
y nadie trabaja sin
darte primero un disgusto.
Mi caballo no parece;
el arador se hizo humo
detrás de los bueyes oscos
que dejó escapar al *ñudo*;
el Rubio se finge enfermo,
dice que le duele el *pupo*;
al otro le falta lazo;
en fin, la mar, un diluvio
de dificultades para
sacarle al trabajo el bulto;
pero no se han descuidado
de carnear el toruno.

Hartos ya todos de carne...
Mas no quiero ser difuso
y dejo para otro día
la relación que te anuncio
de los trabajos de campo
en esta parte del mundo.
Expresiones en tu casa
y hasta otro romance. Tuyo:

F. LÓPEZ BENEDITO.



EL CUERVO

(FRAGMENTO DE ALGO INÉDITO)

He presenciado en medio del desierto que guarda la memoria de Facundo algunas de aquellas escenas que dejan por mucho tiempo una reminiscencia melancólica, por los personajes y por el escenario.

El llano desolado, polvoroso y de rígida vegetación, despertó también, al fin, al silbato estentóreo de la locomotiva; el primero que se escuchó debía asemejarse al clarín de la resurrección resonando en medio de una inmensa necrópoli. ¡Qué estremecimiento profundo el de aquella silenciosa llanura horadada de tumbas y salpicada de cruces piadosas! Y cómo repercuten á distancias, y con vibraciones infinitas, los toques de alarma del heraldo fantástico, corriendo envuelto en nubes de humo, en chisporroteo de brasas y en remolinos de polvo, á través de selvas descolidas, y flanqueando montañas como centinelas avanzados de los Andes en medio de la planicie!

Intensa fué, sin duda, la emoción que sintieron las aves tristes de esos bosques, consagradas á cantar lamentos de una musa huérfana, abandonada en un desierto, ó á implorar las bendiciones de dioses mudos y sordos casi siempre á las súplicas melodiosas.

Las lluvias se ausentan por largo tiempo, y los pobladores de la tierra sedienta se revisten del color de ceniza de las lavas volcánicas; comienzan á caer rendidos por el hambre y la sed los ganados, y á agruparse y apiñarse en número inverosímil, revoloteando con graznidos lúgubres encima de la res los cuervos deslustrados, de ojos amarillentos por la anemia y ensanchados por el hambre en vísperas de la saciedad! Inmundos espías de la muerte, parecen dotados de un don maravilloso de anunciarla; y es de ver cómo siguen de cerca, á modo de asesinos que esperan el momento oportuno, los pasos vacilantes de la presa cuando va buscando la exigua sombra del quebracho ó del algarrobo donde va á rendir la vida, y cómo se levantan y desparraman alborotados cuando la locomotora les sorprende en su banquete de carne corrompida.

Son los espíritus sombríos del desierto; y revolando sobre las tierras movedizas, junto á los remolinos de polvo que suben hasta confundirse con nubes solitarias y estériles, ellos simbolizan los elementos persistentes aún de un pasado miserable: son los cóndores contrahechos de una magia siniestra, como los reptiles alados que engendró Satanás cuando pretendió formar los ángeles luminosos.

¡Eterna ley de los contrastes! El genio tiene en la historia degeneraciones aborrecibles; el cóndor de los Andes, el ave inmortal de nuestra epopeya, tiene también en el cuervo de impotentes alas y limitado imperio su caricatura repugnante, raquítica, despreciable. El primero anuncia las colosales cumbres donde se presienten las del pensamiento que tiende á divinizarse; el segundo los bajíos pantanosos y áridos, los charcos mefíticos y los panteones repletos por el hambre y la sed; el pájaro de los Andes vuela sereno y olímpico con su cuello casi recto é inmóvil, con mirada fija y describiendo inmensas

curvas como un cometa por el éter inmensurable; el otro apenas se atreve á perder de vista la carne oculta debajo del arbusto, y mientras se cierne encima de ella, tiene movimientos irregulares y nerviosos, guiños de payaso inhábil, miradas torcidas y desconfiadas, como si temiera ser descubierto en una rapiña ó en una usurpación: aquél ostenta y exhibe en sus garras de acero la presa viva arrancada por el derecho de la fuerza soberana, allí donde se lucha para conservar el dominio en combate igual y abierto, y éste se arrastra, agazapándose entre las matas deshojadas, ocultándose de los compañeros para lograr la pieza de su sabor y devorarla á escondidas detrás del montón de tierra ó entre las ramas del árbol: lo que en el uno es la apropiación de lo que cree suyo, en ejercicio de un poder imperial, sostenido con lealtad y proclamado en los amplios y espléndidos espacios bañados de sol meridional, en el otro es el robo sigiloso y astuto, velado é hipócrita, disfrutado con egoísmo, con embriaguez y con hartazgo de pordiosero que logra los restos de un banquete opíparo.

Tiene el cuervo costumbres y modales que recuerdan los de ciertas criaturas humanas, de esas que nacen predestinadas á ocupar las esferas inferiores, las penumbras, los escondrijos nauseabundos; vive siempre alrededor de los parajes habitados, sin acercarse ni huir demasiado, porque lo primero le hace temer por la vida, y lo segundo por la pérdida de la comida fácil.

Con todo el cinismo de los seres abyectos, llega á veces á soportar los golpes de los pilluelos andariegos y los mordiscos de los perros de la casa, presentándose como un mendigo cegado por el hambre, que soporta los agravios mayores con el fin de conseguir el bocado que ha de matárselo. Shakespeare, cuando ha descendido á los negros antros de la miseria, ha pintado algunos caracteres de éstos, que parecen la parodia grotesca y repugnante del hombre. ¿Caliban no es acaso un ejemplar semejante?

Y luego, cuando libre de riesgos, escondido entre los matorrales, vese dueño del pobre animal muerto de sed ó de

fatiga, ¡cómo extrema los procedimientos de su cruel voracidad y de su febril glotonería con cierta predilección de Lúculo por alguna porción delicada de la res corrompida! Con saña de asesino alevoso, de alma de granito, afirma la callosa pata sobre la cara de la bestia muerta, y enterrando el pico arqueado dentro de la cuenca del ojo, lo arranca de varios tirones con tal persistencia que hasta se cree escuchar el rugido doliente de la víctima. No se diga, pues, que es vulgar su gusto gastronómico, aunque la leyenda popular nos explique la razón por qué es el ojo ahora su presa favorita.

Recuerda este pájaro, aislado aún en sociedad, á aquellos amigos que suelen tener los gobernantes mientras manejan caudales y distribuyen favores, ó por lo menos, conceden esperanzas de dones más ópimos; le siguen, le bailan por cerca, le hacen compañía y le amenizan las horas; pero en aproximándose á la cesantía, ya empiezan á mudar de rostro, á trocarse de cortesanos en espías y de cosecheros de mendrugos en olfateadores de carne muerta. Son los amigos de Timón de Atenas, vueltos de espaldas cuando el generoso anfitrión cierra las puertas del palacio para retirarse á los bosques.

¡Cómo cambia el criterio de aquellos hombres sobre los actos del magnate opulento! No se diría sino que una venda cubría sus ojos y que volvieron á la realidad, en la cual sólo hallaron miseria, corrupción y criminales instintos en el que antes adoraron como un patricio ilustre, honra de la tierra y ejemplo de varones.

El cuervo tiene, sin duda, un inmenso talento y honda penetración del porvenir; conoce á maravilla el arte de adivinar la hora y el sitio en que ha de caer la presa; lo sabe mucho antes, y no se aparta desde entonces de la pista. Como aquellos que esperan impacientes herencias de padres ancianos, sería capaz de filtrar una gota de veneno para apresurar el desenlace de su situación incómoda, y se desvela y ayuna muchas noches y días, para hallarse con apetito en el momento del festín ansiado.

Nada, ni las radiantes auroras de los climas tropicales, ni las risueñas músicas que del fondo de las selvas las saludan,

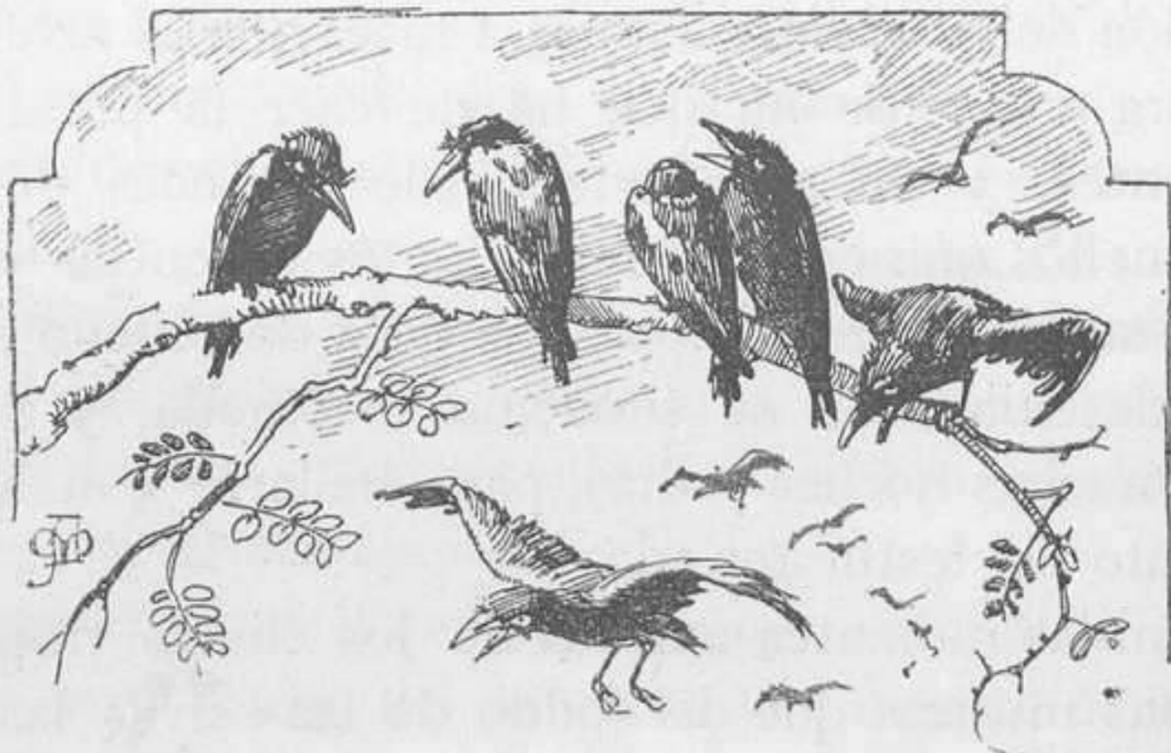
tienen un encanto ni vierten un soplo de poesía en aquella existencia fúnebre: es el ave fatídica, el símbolo sombrío de la muerte y de los flagelos que diezman los campos, y en sentido más extenso, lo sería también de las malas influencias, de los principios destructores que, infiltrados como virus en la sangre de los seres animados y en la savia de los árboles, produce el agostamiento, los raquitismos, las decrepitudes anticipadas.

En la llanura interior de mi país, donde ya corre la máquina de vapor, se mantiene como siempre, envuelto en su capa negra, mudo y observador perspicaz, espiando las víctimas del hambre para acercarse á devorarlas, saltando como clown envejecido con movimientos penosos y desairados.

Sobre la copa de un algarrobo medio desnudo, en cuyas ramas escuálidas vense sujetos algunos nidos abandonados, morada ya de insectos ó reptiles, se divisa á lo lejos una bandada de cuervos acurrucados en actitud soñolienta, con las cabezas calvas debajo de las alas fétidas: la locomotora pasa envolviéndolos en nubes de vapor y de humo, y ellos apenas alzan el cuello un instante, y en seguida, con un movimiento de cínico desprecio, vuelven á quedar inmóviles, fingiendo un sueño que sólo es la modorra de una digestión trabajosa ó la actitud de la expectativa inquieta.

J. V. GONZÁLEZ.

Buenos Aires, Mayo 20 de 1892.



UNA TRAVESURA



—¿Dónde está Pepe?

—Escondido;

no he visto chico más malo.

—¿Qué ha hecho?

—¡Que ha dado un palo
al espejo... y *me* ha partido!

HUMORADAS

EL AMOR DE MUCHAS

O lánzame al horror del fuego eterno,
ó elévame del goce al alto emporio;
pues tu amor que no es cielo ni es infierno,
jamás deja de ser un purgatorio.

SUERTE COMÚN

Son iguales, Leonor, nuestros destinos.
Morirás, como yo, de mal de amores,
porque siempre y en todos los caminos,
tu corazón asaltarán traidores
el tedio y el placer: dos asesinos.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CARTA

AL SEÑOR DON ALFREDO WEIL, POETA

De la orilla del mar de Galatea,
junto al risueño golfo que aprisionan
de Diana el temido promontorio
y de Sagunto las sagradas rocas,
estas que el ocio me dictó, os envío,
tributo de amistad, pobres estrofas.

Apenas vuelto á los paternos lares,
ví surgir ante mí, no ya la hermosa,
la enardecida poesía aquella
de mis antiguas juveniles odas,
sino la triste musa del recuerdo
que las muertas imágenes evoca.

Con ella cruzo las ocultas sendas;
oigo que gime en las murientes olas;
pasa cantando entre el ramaje umbrío;
vela al umbral de las pajizas chozas;
me mira con la luz de las estrellas,
me sonrío en las tintas de la aurora;
reza conmigo en el callado templo
ó ante las tumbas de mi amor se postra;
y, sentada á mi lado sobre el césped,
cuando la tarde, al declinar, prolonga
sobre las aguas trémulas del río
de los gigantes álamos la sombra,
con voz, que sólo en mi interior percibo,
de mi alma traza la ignorada historia.

¡Musa de los recuerdos!

¡Aun con ella
todo á mis ojos cambia, y todo cobra
vida, y color, y movimiento!

¡Alegres
campos de eterna juventud! ¡Frondosas
márgenes de los ríos; blanquecinas
y festivas aldeas; pardas lomas
coronadas de pámpanos; azules
sierras lejanas que, unas tras otras,

la frente alzáis para lanzar al llano
vuestras torvas miradas envidiosas!
Inmenso mar y serenados cielos,
todo en mí se concentra, en todo flota
mi renaciente espíritu, y con todo
busco, con ansia enamorada y loca,
forjar y unir, con imposible intento,
de la lira que amé las cuerdas rotas.

¡Ah! si lograrse yo que enternecidas
fueran voz de mis cánticos, la forma
no imitaría, nebulosa y triste,
de los vates germánicos. No llora
aquí, soñando inasequibles bienes,
la pasión del amor fiera ó medrosa.
No desgarran nuestro ánimo las dudas
del humano destino y las zozobras
del insondable porvenir. Las nieblas
no enturbian el paisaje ni las pompas
del horizonte espléndido. Los mares
no se estrellan sombríos en las costas,
ni rueda el sol por los plomizos cielos
como astro muerto de apagada escoria.

Aquí aun domina la riente Grecia.
El mar Mediterráneo aún es la copa
donde beben los Dioses. Nuestras hijas
aún guardan el troquel de aquellas mórbidas
Venus de Fidias; nuestros fuertes hijos
aún contra el ágil luchador, la gloria
disputaran del circo. En nuestros valles
aún al compás de rústica zampoña,
la Égloga canta, y el amante Idilio
aún á la sombra del frutal retoza.
Va el pescador con las latinas velas
sobre las aguas de la mar de Roma,
y aún escucha la voz de las Sirenas
que desde el negro escollo le provocan.
Bajo el cristal de las serenas fuentes
las invisibles ninfas tejen solas,
cuando la luna en las tranquilas noches
va á bañarse en sus aguas temblorosas.
Y Apolo vuelve al despuntar el día,
los caballos flamígeros azota,
y cruza el mar, las tierras y los cielos
de pie sobre su carro de victoria.

Por eso, dulce inolvidable amigo,
hijo yo de los héroes y las diosas,
quise, aunque en vano, de mi noble estirpe
dignas hacer mis olvidadas trovas.

Como el desdén al amator incita,
tal me enloquece á mí la veleidosa
musa gentil que cortejé mancebo
y que hoy me esquiva y de mi afán se mofa.

Yo intentaré ablandarla con mis ruegos,
y, cuando lleguen las temidas horas
de la infecunda ancianidad, quisiera
por estos valles y apacibles frondas,
viejo Sileno con la sien ceñida
de húmeda hiedra y de marchitas rosas,
ir guiando el tropel de espigaderas,
cuando el fuego estival la mies sazona,
y, á la vendimia, en las alegres danzas
saltar cogido á las garridas mozas.

VICENTE W. QUEROL.

Cañamelar de Valencia, 7 Septiembre de 1886.

Á BLANCA

(QUE ES MORENA)

No eres blanca, y me alegro; ¿qué porfía
por hallar en lo blanco la hermosura?
Blanco es la negación de la pintura,
la carencia de toda poesía.

Ponerse blanco, prueba cobardía;
blanco el cabello la vejez augura,
como es blanca la nieve, sepultura
de flores, de follaje y de alegría.

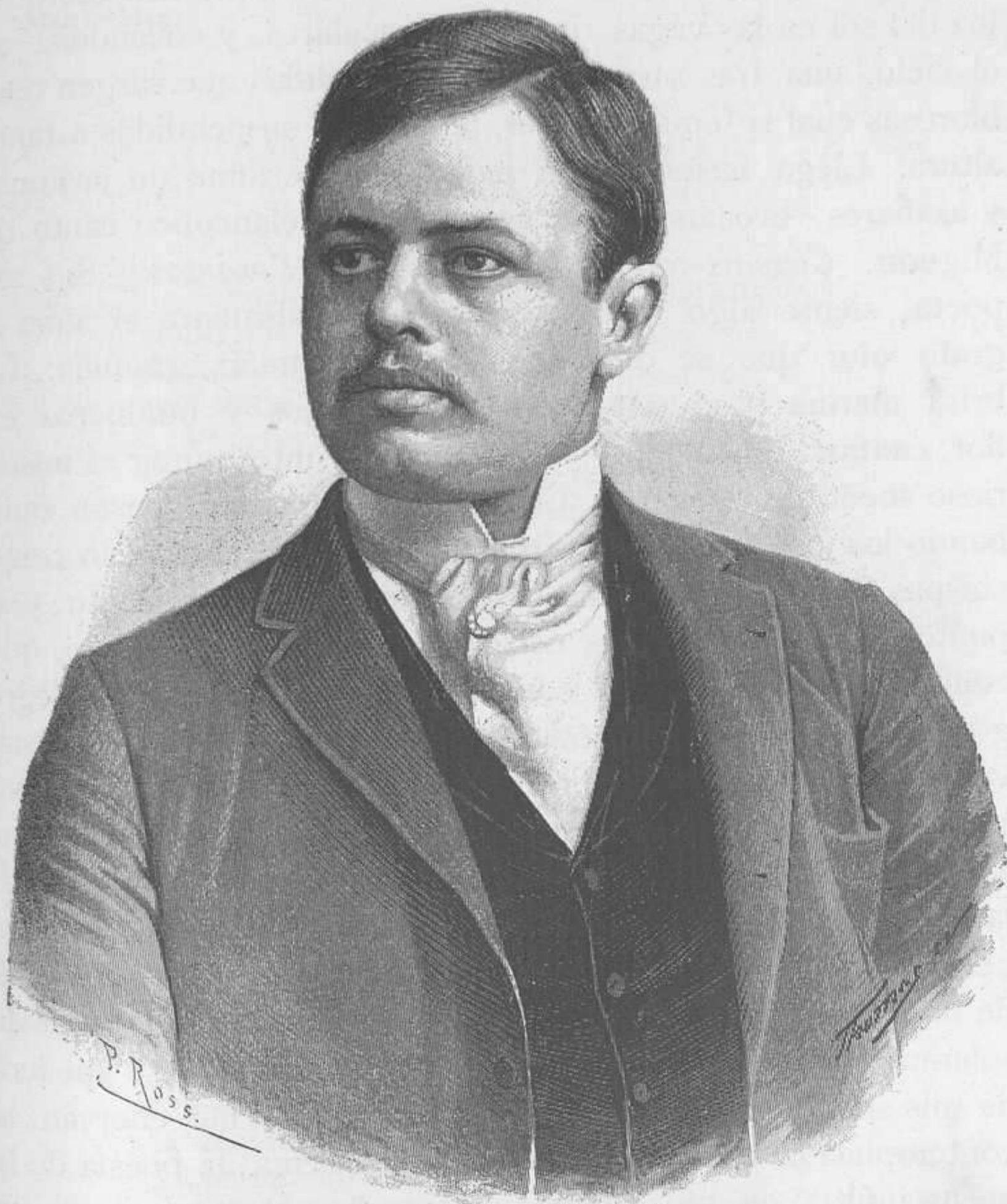
Pero en cambio la Virgen fué morena,
y es morena la hurí que esclava llora;
moreno el vino que lagares llena;

moreno el trigo que los campos dora,
y espejo de tu faz limpia y serena,
morena la mujer que el alma adora.

JAVIER SANTERO.

Buenos Aires.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Samuel Blixen

DISTINGUIDO LITERATO Y AUTOR DRAMÁTICO URUGUAYO

ESTIVAL

...Perezosamente tendido en una mecedora, veo morir la luz del sol en las vagas tintas crepusculares, y encenderse en el cielo, una tras otra, las estrellitas pálidas que surgen temblorosas cual si temieran caer, al mirarse suspendidas á tanta altura. Llega hasta mí un penetrante perfume de jazmines y azahares, evocando el recuerdo del melancólico canto de Mignon: *Connais-tu le pays où fleurit l'oranger?* Sin ser poeta, siento algo así como si me embalsamara el alma el grato olor que se desprende de la húmeda gramilla. La brisa marina pasa por entre los naranjos y limoneros en flor, cantando bajo, muy bajo, para no interrumpir el misterioso sueño de las cosas. El calor es sofocante: pasan zumbando los insectos; las luciérnagas atraviesan el espacio como chispas fosfóricas. La luna asoma lenta en el horizonte, y al punto, en el hueco más oscuro del follaje, un jilguero, que confunde su plateada luz con la de la aurora, levanta alegre gorjeo, al cual responde otro más distante. Todo es poesía, voluptuosidad, ensueño: la brisa me trae en sus alas el apagado rumor de palabras amorosas que suenan á besos; risas argentinas de niños que juegan en las oscuras sendas de los jardines; notas de piano desengarzadas de una melodía que percibo trunca, y, finalmente, el eco melancólico de una voz de mujer, que solloza una romanza de Tosti en medio de la solemne tranquilidad nocturna. Dulce embriaguez se apodera de mis sentidos: los perfumes del ambiente me enervan; la contemplación del estrellado cielo me fascina; la poesía de la noche infiltra en mi espíritu un extraño enternecimiento, un repentino amor por todo lo que me rodea. Con los ojos llenos de lágrimas absurdas, profunda y sinceramente conmovido, repito en voz baja los admirables versos de Musset:

Ce soir, tout va fleurir: l'immortelle nature
Se remplit de parfums, d'amour et de murmure,
Comme le lit joyeux de deux jeunes époux...

¡Oh, sueño de una noche de verano! ¡Gracias á tí, y una vez en mi vida, he sentido sonar confundidos, en la caja armónica de mi alma, los versos de Shakespeare con las melodías de Mendelssohn!

SAMUEL BLIXEN.

Montevideo.

BALADA DE LA MOSCA

—Yo soy la mosca azul: la primavera pintó mis alas de color de cielo; nacida en un rosal de la ribera, una tarde de Abril tendí mi vuelo.

Vengo toda impregnada de perfume de la flor que en el valle se consume, y de la suave brisa que murmura, refresca la pradera que se abrasa y después va á ocultarse en la espesura.

—¡Pasa! ¡pasa

—Yo soy la mosca verde: los ardores del estío que quema me engendraron; mi ser lo formó el polen que las flores al céfiro fugaz abandonaron.

Soy el insecto del amor fecundo que eternamente vivifica el mundo. De la pasión la savia quemadora, cuando me acerco al corazón afluye; yo de la vida soy generadora.

—¡Huye!... ¡huye!

—Yo soy la mosca negra: dióme vida la descomposición de un organismo, y con una atracción desconocida me atrae de la muerte el hondo abismo.

Soy insecto fatídico que zumba en las fauces abiertas de la tumba. Voy del anfiteatro al cementerio, do gusano roedor se multiplica. Yo te daré la muerte entre el misterio.

—¡Pical!... ¡pical!

MANUEL PUGA Y ACAL.

Méjico.

UNA DESGRACIA



—Cómo me caí aún no atino...
 —Tome agua...
 —Gracias, mujer;
 (¿de qué altura hay que caer
 para que á uno le den vino?)

EL PÁJARO

Canta á la luz cuando, al nacer el día,
 el oriente se enciende y se colora,
 y desgrana en el seno de la aurora
 las notas de inefable melodía.

Sus cantares son himnos de alegría,
 súplica tierna cuando amante implora,
 ayes dolientes si infelice llora
 muerta en el nido la adorada cría.

Él enseña al humano sus deberes;
 con paciencia y con fe construye el nido.
 La hembra, más feliz que las mujeres,
 no llora nunca su desdén y olvido;
 se aman los dos cumpliendo con ternura
 la ley que sabia les dictó Natura.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo, 1892.



¡Evohé!... Vamos, amantes
 á los llanos
 donde, ávidas y jadeantes,
 corren desnudas bacantes
 persiguiendo á los silvanos...

El sátiro nos espera
 en la sombra...
 Brilla un sol de primavera
 sobre la fresca pradera...
 ¡Vamos á la verde alfombra!...

¡Evohé!... Despierta, hermosa,
 la mañana;
 abre su cáliz la rosa;
 y en el baño, pudorosa,
 Acteón sorprende á Diana!...

Sobre el cristal de la fuente
 la arboleda
 se refleja mansamente...

Pasa una sombra sonriente:
¡la blanca sombra de Leda!...

—
Todo rebosa armonía,
luz y encanto;
todo inspira la alegría;
y el ave en la selva umbría
eleva al cielo su canto!...

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

—X—
EN UN ÁLBUM
—

Dulces y amorosos sueños
de la virgen candorosa
que tomáis en el espacio
blanca y delicada forma;
últimas emanaciones
de la flor que se deshoja,
que os convertís en el cielo
en espíritus de aroma;
yo siento sobre mi frente
vuestras alas temblorosas,
y siento en los labios míos
el beso de vuestra boca.
Lloráis para consolarme
de mis pasadas congojas,
y ese llanto es el rocío
que se columpia en las rosas.
Mas si queréis que no llore,
desde el cielo en donde mora,
si no al ángel que me inspira,
bajadme al menos su sombra.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

1892.

—X—
EPIGRAMA
—

Tu enorme nariz al ver,
sospecho ¡pobre Beatriz!
que si del tiempo al correr
paraste tú de crecer,
aún no paró tu nariz.

FEBEA



FEBEA es la pantera de Nerón.

Suavemente doméstica, como un enorme gato real, se echa cerca del César neurótico, que le acaricia con su mano delicada y viciosa de andrógino corrompido.

Bosteza, y muestra la flexible y húmeda lengua, entre la doble fila de sus dientes finos y blancos. Come carne

humana, y está acostumbrada á ver á cada instante, en la mansión del siniestro semidiós de la Roma decadente, tres cosas rojas: la sangre, la púrpura y las rosas.

Un día, lleva á su presencia Nerón, á Leticia, nivia y joven virgen de una familia cristiana. Leticia tenía el más lindo rostro de quince años, las más adorables manos, rosadas y pequeñas; ojos de una divina mirada azul; el cuerpo de un efebo que estuviese para transformarse en mujer, — digno de un triunfante coro de hexámetros, en una metamorfosis del poeta Ovidio.



Nerón tuvo un capricho por aquella mujer: deseó poseerla por medio de su arte, de su música y de su poesía. Muda, inmovible, serena en su casta blancura, la doncella oyó el canto

del formidable *imperator* que se acompañaba con la lira; y cuando él, el artista del trono, hubo concluido su canto erótico y bien rimado según las reglas de su maestro Séneca, advirtió que su cautiva, la virgen de su deseo caprichoso, permanecía muda y cándida, como un lirio, como una púdica vestal de mármol.

Entonces el César, lleno de despecho, llamó á Febea y le señaló la víctima de su venganza. La fuerte y soberbia pante-
ra llegó, esperezándose, mostrando las uñas brillantes y filosas, abriendo en un bostezo despacioso, sus anchas fauces, moviendo de un lado á otro la cola sedosa y rápida.

Y sucedió que dijo la bestia:

—¡Oh, emperador admirable y potente! Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter; tu frente está ceñida con el laurel glorioso; pero permite que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que como ésta derrama resplandores como una estrella, y que tus versos, dáctilos y pirriquios, te han resultado detestables!

RUBÉN DARÍO.

MI NUEVO MUNDO

I

Cuando cruzaba Colón
el gran oceano que aterra,
dando vida á su ilusión,
gritó, lleno de emoción:
—¡Tierra! ¡Tierra!

II

Presintiendo no sé qué,
vagaba con dulce anhelo,
y cuando, al fin, te encontré,
al contemplarte, exclamé:
—¡Cielo! ¡Cielo!

SAMUEL VELARDE.

Lima.

JURAMENTOS DE MUJER

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA ESPAÑOL

D. FERNANDO LÓPEZ BENEDITO

¿Que si he olvidado á Rosa?
su recuerdo aún me acosa
y encadena, tenaz, mi pensamiento.
¿Que por qué, vengativa ó caprichosa,
faltó á la fe jurada? Escucha el cuento.

Rosa era una muchacha muy sencilla,
acaso tan sencilla como hermosa,
y no causaba á nadie maravilla
que mirase sonriendo desdeñosa,
de este mundo falaz la pompa vana,
y prefiriese con mi amor ufana,
y aun sembrando doquier celos y agravios,
al lujo, al esplendor y á la riqueza,
una flor encendida en la cabeza
y un beso de mis labios en sus labios.

Más de una vez, con tembloroso acento,
me juró que, á olvidarla en hora impía,
á sepultar iría
su dolor en el fondo de un convento,
¡que en este oscuro valle,
cuando un ángel no encuentra más que abrojos,
al cielo torna con amor los ojos!

Y lo que es ángel lo era y de buen talle,
aunque ocultase tras sencillas galas
sus blanquísimas alas.

Ángel de labios rojos,
expulsado, quizá, del Paraíso,
no por malo, por bello en demasía,
pues con tales encantos,
era capaz por él, el mejor día,
de pecar el más santo de los santos.

La verdad es que Rosa me quería
con amor tan sumiso,
que rayaba en extraña idolatría.

Y aun cuando yo adoraba á la doncella
y á su cándido afán correspondía,
por fin al diablo plugo

que, hastiado de su amor, huyese de ella,
que el yugo, aunque de flores, siempre es yugo.

Soñando en nuevos goces y placeres,
quise probar fortuna;
y hallé, doquiera fuí, muchas mujeres,
mas como Rosa no encontré ninguna.

Tras de mil desengaños
y de sufrir no pocos sinsabores,
volví al lado de Rosa á los dos años,
dispuesto, á ser preciso, en mi ardimiento,
á disputar al cielo sus amores
y á arrancarla del fondo del convento.

Llamé inquieto á su hogar... ¡Rosa no estaba!
sólo encontré á su madre, que lloraba,
el alma traspasada de dolores...

—¿Y Rosa? pregunté.

—Mal que te cuadre,

dijo la pobre madre,
no me hables nunca de ella.

—Mas yo quiero saber...

—El labio sella

y no aumentes, por Dios, mis arrebatos...

¡Con torpe ingratitud obró conmigo

y para los ingratos

siempre el desprecio fué el mejor castigo!

—¿Rosa, acaso?...

—¿No infieres

de mis quejas aún, que á sus deberes

faltó la desdichada,

dejándome en mi hogar abandonada?

—¡Sospecho la verdad!... Sin duda, Rosa,

burlada en su pasión y fe sencilla,

se hizo por fin, tras calma venturosa,

esposa del Señor...

—Sí tal: esposa

del señor... don Santiago Soldevilla.

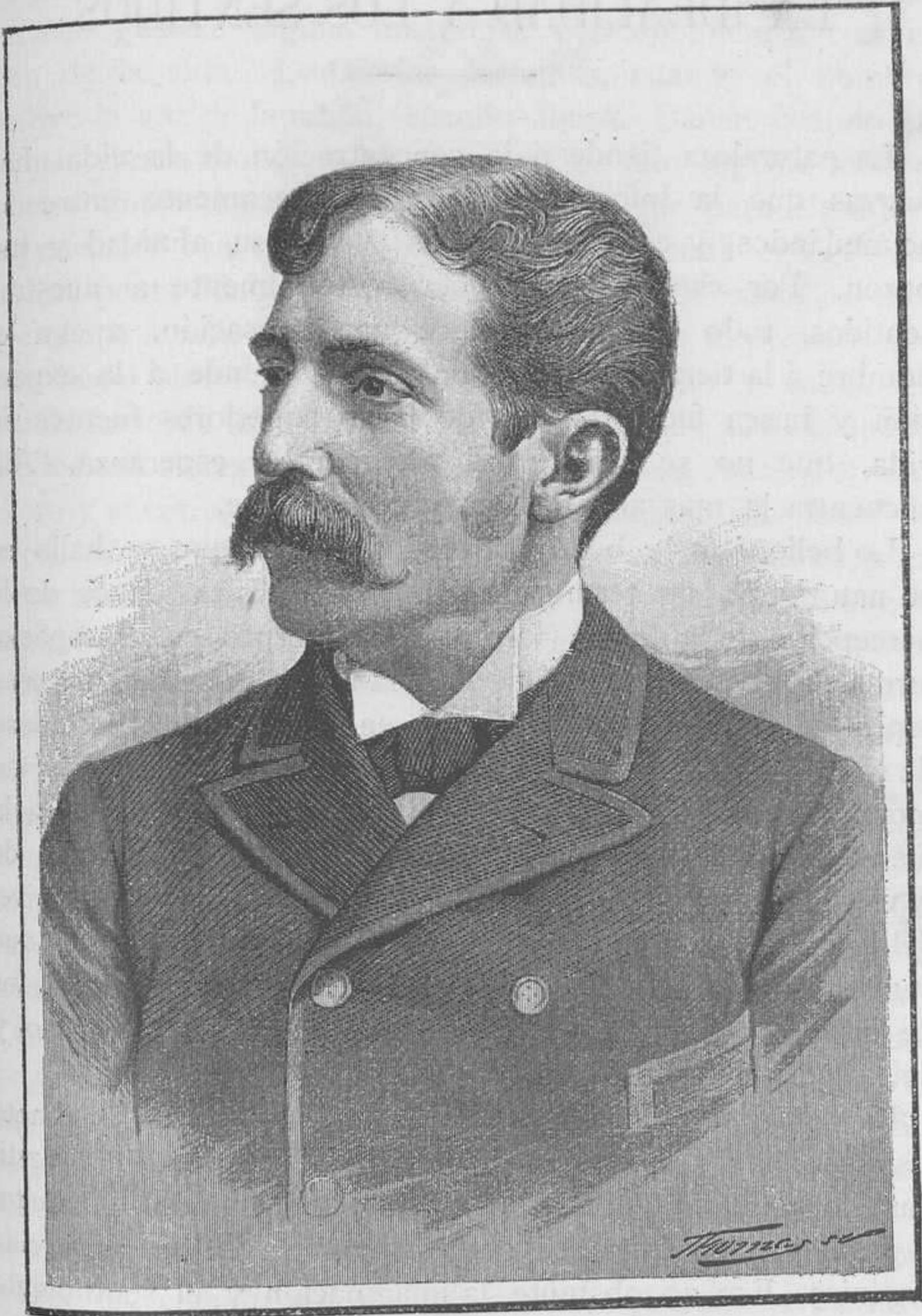
CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

—¿Por qué, si tiene Delfor
treinta años, dice Belén
que ya ha vivido mejor
y más que Matusalén?

—Porque es un gran *vividor*.

MOISÉS N. CASTELLANOS.



D. Francisco Bauzá

ERUDITO HISTORIADOR Y ELOCUENTE ORADOR PARLAMENTARIO URUGUAYO

LA IDEALIDAD Y LOS SENTIDOS

La naturaleza tiende á la concentración de la vida. Las fuerzas que la informan actúan recíprocamente entre sí, acumulándose y estrechando más y más su afinidad y trabazón. Por eso lo que afecta materialmente á nuestros sentidos, todo lo que produce una sensación, apega el hombre á la tierra. Mas el alma racional tiende á la expansión y busca fuera del mundo físico superiores fuentes de vida, que no se agoten ni ahoguen la esperanza. Allí encuentra la más alta belleza, y crea el arte.

Lo bello, aun lo bello material, lo bello que se halla en la naturaleza, no termina en impresión física. Nace de la percepción de la *forma* (forma de los cuerpos en el espacio, forma del sonido en el tiempo), y la forma responde á eterno espiritual modelo, que infunde en el alma deleite ajeno de sensación. Los animales, privados de razón y de libertad moral, no experimentan este deleite: obedecen de lleno á la fuerza atractiva de la naturaleza, al movimiento orgánico de la vida. Pero si el hombre se degrada, descendiendo al nivel del bruto en sus hábitos y aficiones, entonces no dudo que convertirá en puro deleite físico cuanto alcancen los sentidos de que le dotó el Creador para la doble vida del cuerpo y del espíritu en el universo.

La vista y el oído son propiamente los sentidos mediante los cuales descubre el alma la belleza al través de la vestidura corpórea en que anda envuelta por el mundo. El tacto, el gusto y el olfato no se despegan nunca de la pura vida orgánica. Eso no obstante, la imaginación y el sentimiento suelen elevar las impresiones de esos sentidos á la esfera de los goces morales. Observamos, por ejemplo, que los olores desagradables proceden regularmente de causas nocivas al organismo. Observamos también que, por el contrario, los olores que nos causan placer, el suave ambiente aroma-

tizado con la embriagadora fragancia que alegres despiden las plantas cuando el padre de la luz las acaricia y despierta, parecen guardar alguna misteriosa correspondencia con el bien de la vida. Dañan los perfumes, cuando el hombre desoye la voz de la razón, cuando abusa. Dañan cuando se adunan con la molicie y los vicios. ¡Qué fino ingenio mostró tener el docto crítico (don Juan Tavira), que para significar la perfección con que estaba desempeñada una égloga (del célebre poeta don Juan Meléndez Valdés), dijo sencillamente que *olía á tomillo!* No puede darse nada más expresivo que este juicio sintético admirablemente oportuno y cabal. El manso ruido de los árboles movidos por el aire embalsamado con los mil olores del huerto en la primavera, hacen olvidar el oro y el cetro, según se expresa el maestro fray Luis de León. No es mucho, por tanto, que la humanidad haya en todos tiempos transportado en idea á las regiones del mundo moral los goces físicos que la naturaleza ofrece á los sentidos, aunque se trate de los más terrenos y materiales como el tacto, gusto y olfato... ¡Ah! recuerdo que Moleschott, un sabio, nos advierte que cuando respiramos el aire embalsamado de nuestros jardines, absorbemos verdaderas sustancias excrementicias vegetales, y que no debe admirarse de que ciertos animales coman cuerpos podridos y otras cosas peores quien, como el hombre, saborea con indecible gusto las mismas cosas en las plantas. Observación es ésta capaz de quitarle á uno para siempre la gana de oler la flor de fragancia más exquisita. ¡Buena cosa ofrecemos á una dama presentándole una rosa, un clavel ó un ramo de violetas! Vergüenza debía darnos. ¿Y aquella ciega, vendedora de flores, que tiernamente se lamentaba de no poder contemplar la hermosura de las que tanto oía ponderar y cuyo delicioso perfume conmovía dulcemente su sensible corazón virginal revelándole dichas de amor?... Oigámosla:

Caballeros, aquí vendo rosas;
frescas son y fragantes á fe;
oigo mucho alabarlas de hermosas:
eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
 tiene el mundo, ni luz ni color;
 mas la rosa del cáliz exhala
 dulce un hálito, aroma de amor...
 Ciérralo, cierra el cerco amoroso,
 tierna flor, y te duele de mí;
 no en quitarme tasado reposo,
 seas cándida cómplice así.
 Me revelas el bien de quien ama;
 otra dicha negada á mi ser:
 debe el pecho apagar una llama,
 que no puede en los ojos arder.
 Tú á quien dicen la flor de las flores,
 sin igual en fragancia y matiz,
 tú la vida has vivido en amores,
 del Favonio halagada feliz.

Caballeros, compradle á la ciega
 esa flor que podéis admirar;
 tuvo una que en llanto la riega:
 ojos ¡ay! para sólo llorar.

Digan las personas despreocupadas é imparciales, ya se hallen en la florida época de las ilusiones candorosas ó bien en aquella adusta edad que considera gravemente las cosas de la vida y de la naturaleza, digan, hablando con la franca voz de la naturaleza y de la vida, dónde hay más *verdad*, si en la burla del sabio tudesco, ó en el llanto de la ramillera, recogido en molde tan delicado por don Juan María Maury.

Moleschott es un filósofo materialista, y conforme á sus ideas ha querido desengañarnos de nuestras ilusiones. Santo y bueno. Pero un Moleschott novelista ó poeta, ¿es poeta? ¿es novelista? Hay quién lo pretende.

Brillat-Savarin, varón ilustre de fino ingenio, escribió con singular amenidad un libro famoso (la *Fisiología del gusto*), en que hizo de la cocina un arte no poco elevado, tan elevado, que con serlo tanto la ciencia astronómica quedaba á veces muy inferior á él en sus triunfos. Interesa más, decía el citado autor en las primeras páginas de aquel sabroso libro, interesa más á la felicidad del género humano el descubrimiento de un plato que el de una estrella. Brillat-Sava-

rin, para quien el gusto y el olfato se reducían á un solo sentido merecedor de atenta solicitud, mejoraba la condición del hombre convirtiendo la cocina en un arte erudito y casi bello. Otros que convierten el arte en una cocina, le desmebran moral y físicamente, ofreciéndole en dramas y novelas manjares infectos y corruptores del gusto y de las costumbres.

DANIEL GRANADA.

LA NUBE Y EL ÁTOMO

Dorada nube se elevaba al cielo
 rauda, imponente, altiva;
 el vapor de los mares, el rocío
 de las flores, su esencia componían.

Al rozar en su rápida carrera,
 tras el verde follaje,
 de los montes las cimas elevadas,
 tropezó con un átomo en el aire.

Vióle rodando tan incierto y solo,
 se vió tan desvalido,
 que en su denso vapor, cuna flotante
 dióle para arrancarlo del vacío...

Subieron nube y átomo impulsados
 por la brisa ligera,
 y sobre ondas de nácar, zafir y oro
 contemplaron las brumas de la tierra.

Duró un instante el seductor ensueño
 de enlace tan sublime,
 ¡la nube de oro, el átomo de barro!...
 prolongar más su unión ¡era imposible!

Del confín elevado, hacia su centro
 volvió el átomo impuro,
 y su velo rasgó la densa nube
 llorando cual se llora sobre el mundo!

¿Y comprendió, al mirarse abandonada
 y burlada en su anhelo,
 que ni la nube que en el éter flota
 puede elevar lo que nació pequeño!...

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

Buenos Aires, Junio de 1892.

DESPUÉS DE LAS ELECCIONES



— ¡Virgen santa! ¿estás herido
 ¡ funesta tu idea ha sido
 de ir á ver las elecciones!
 — Mujer, basta de aflicciones;
 no es nada, ¡un palo... *perdido!*

HUMORADAS

I

Les falta algo de amor, á los amores
 que no son un infierno de dolores.

II

Por flaquezas del cuerpo, ó las del alma,
 la vida es un pecado que se empalma.

III

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,
 que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

NUESTROS COLABORADORES



Srta. Amalia Buga

INSPIRADA POETISA PERUANA

A AMALIA PUGA

¡Ya en la trípode estás, casta sibila!
y al destellar tu inspiración grandiosa,
arde en tu faz el fuego de la rosa
y la llama del Genio en tu pupila.

Ya de tus labios la expresión tranquila,
perlas derrama en lluvia sonora,
y la luz de tu gloria esplendorosa,
del ancho templo en la extensión rutila.

El ave de la selva americana
en sus gorjeos tu canción remeda,
sus albores te ofrece la mañana;

y al ver el lauro que á tus plantas rueda,
te da la *Pardo* su dicción galana
y su lira inmortal la *Avellaneda*!

F. GERARDO CHAVES.

Lima, 1892.

ARROBAMIENTO

A MI SOÑADORA AMIGA AMALIA PUGA

¡Qué líneas, qué contornos, qué perfiles,
tu faz modelan de alabastro y rosa;
no fué más bella la pagana diosa
que surgió de los áticos buriles!

Feliz, en el albor de tus abriles,
cruzar te miro la existencia odiosa,
como una musa de la Arcadia umbrosa,
ó cual hada de Persia en los pensiles.

¡Quién al verte no sueña embelesado,
y á tí en su alma inmortal no erige altares,
ídolo del amor immaculado!

¡En la edad de las mágicas sirenas,
te hubiera hallado Ulises en los mares
ó Fidias en los pórticos de Atenas!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

Lima, 1892.

SONETOS

I

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(AL INSIGNE VATE AMERICANO NUMA P. LLONA)

Nace Colón. En su infantil cabeza,
por el soplo del genio estremecida,
se comienza á agitar, lleno de vida,
un pensamiento de sin par grandeza.

Habla después; mas la sublime alteza
de su inspirada voz no es comprendida:
—«Delirios de una mente enardecida»—
el mundo llama á su ideal proeza.

A los pies de Isabel, noble matrona,
con monarcas y sabios en divorcio,
expone de sus ansias el misterio;

quita aquélla á su frente la corona,
dásela al genovés; y este consorcio
saca á la luz del sol otro hemisferio!

II

MARIPOSAS

(A CARLOS G. AMÉZAGA)

Del ameno verjel bajo la grama,
entre duro capullo aprisionado,
pobre gusano espera resignado
la Primavera hermosa que tanto ama.

Abandona después, según es fama,
la vil mansión donde durmió ignorado,
y en linda mariposa transformado,
vuela de flor en flor, de rama en rama.

El humano ropaje, la materia,
es semejante al calabozo inmundo
en que oculta la larva su miseria.

Mariposa el espíritu, en su vuelo,
cuando se aleja del mezquino mundo,
liba flores de luz, y sube al cielo!

III

¡OH POESÍA!

(AL SEÑOR DOCTOR ENRIQUE GUZMÁN Y VALLE)

¡Salve, virgen divina, en cuyas manos
frescas se ostentan del edén las flores;
cuyo trono lo forman más primores
que en sus senos ocultan los oceanos.

El ángel de los credos mahometanos,
las legiones de célicos cantores,
los canarios, alondras, ruiseñores,
son por la melodía tus hermanos.

Tú eres fuente de vida y de belleza;
tú de encantos sin fin eres tesoro;
de tí manan la gloria y la grandeza.

Y el alma humana entre cadenas de oro
tu esclava es, y de tu ser la alteza
proclama sin cesar en dulce coro.

IV

AL MAR

(A DOMINGO DE VIVERO)

¡Líquida inmensidad! Yo te saludo;
y postrada de hinojos en tu arena,
siento que el alma de terror se llena
porque jamás adivinarte pudo!

Templo en vano mi lira; en vano acudo
en pos de luz á la región serena:
aquí la admiración pasma, enajena;
el sentimiento aquí tórnase mudo!

¿Descubrir cuanto en tí me maravilla?...
Perdona ¡oh mar! lo pretendiera osada,
que tu grandeza á mi soberbia humilla.

Mas si un himno elevarte no consigo,
al sacudir mi mente conturbada,
obra digna de Dios, ¡yo te bendigo!

AMALIA PUGA.

Lima, Abril de 1892.

EL TESORO DE LOS INCAS

(FRAGMENTO)

II



.....
 N día, en una hermosa alborada de estío, mientras la ciudad dormía y la azulada niebla del alba se elevaba al cielo con los primeros cantos de las aves, como un himno al Creador, un hombre envuelto en una capilla parda, torvo el ceño, los cabellos en desorden y el chapeo de larga pluma puesto de lado sobre el entrecejo, salió de una casa, cuyo postigo abierto durante la noche, había dado sucesivamente entrada á numerosos visitantes.

Saludó con una maldición la luz del nuevo día, y después de vacilar un momento sobre la dirección que había de tomar, deslizóse apegado al muro y costeó la pendiente de las calles, que por aquel punto se eleva hasta los primeros matorrales de la campiña.

Su andar, ora lento, ora rápido; la sombría expresión de su semblante y el brusco ademán con que de vez en cuando se arrebuja en su embozo, todo acusaba en aquel hombre una de esas tempestades del alma que en los buenos hacen nacer el heroísmo, en los malos el crimen.

Dejó atrás sin detenerse las últimas casas de la ciudad, y siguió la senda flanqueada de malezas que conduce al Rodadero.

Al llegar á las primeras rocas de aquella empinada cuesta, torció maquinalmente hacia la derecha y entró en un sendero hondo y tortuoso que iba á perderse á la vuelta de una peña

entre un grupo de saúcos, cuyas ramas de un verde amarillento cargadas de penachos blancos, ocultaban á medias el techo de una cabaña.

Al descubrirla entre los troncos de los árboles, el de la capilla parda, se detuvo de repente, cual si saliera de una profunda abstracción.

—¿Dónde iba yo? exclamó con una áspera interjección. ¡Cargue el diablo á la cacica! ¡Estoy ahora para quejas y



requiebros! La diese á ella con toda su raza encima por sólo veinte doblones que me procuraran un desquite. ¡Adiós, sueños de ambición! ¡Maldito cuatro de espadas!

Y volviendo sobre sus pasos, escaló la montaña por el flanco del Rodadero, y se dió á vagar entre las breñas de su agreste cima.

Los cabreros que al anochecer recogían sus rebaños le vieron descender por un sendero sinuoso y á poco volvieron á divisarlo de pie á la puerta de la cabaña, el oído aplicado á la cerradura, en la actitud del que acecha.

¿Qué venía á buscar en aquella pobre cabaña un hombre de calzas de grana y espuela dorada? ¿qué veía? ¿qué escuchaba?

En torno al hogar, donde ardían las ramas muertas de los saúcos, estaban sentadas tres personas, un anciano, un mancebo y una joven. La piel cobriza del viejo contrastaba con la blancura de los cabellos canos que descendían en largas guedejas sobre sus hombros. Su semblante respiraba manse dumbre, y la dulce mirada de sus ojos se paseaba con amor del mancebo á la joven.

El anciano era Yupanqui, cacique desposeído de *Horcos*; el mancebo y la joven eran sus hijos.

Despojado de sus bienes en favor de un favorito del Intendente del Cuzco, el cacique había sufrido su desgracia con la resignación del indio, paciente y silencioso. Quedábale un tesoro que no podía quitarle la injusticia de los hombres, el amor al trabajo. Quedábale otro que lo consolaba de todas sus pérdidas, una hija bella como un lirio y buena como un ángel.

Cual la mística paloma de las *sinuosidades de la peña*, Rosalía se había criado á la sombra de un claustro. Educada por la piadosa abadesa de las Nazarenas, su existencia se deslizó dichosa entre el humo del incienso y las alabanzas del Señor, hasta que la mirada de un hombre vino á interponerse entre ella y Dios.

Un día los atrevidos ojos de Diego de Maldonado se fijaron en los suyos al través de las rejas del coro, y desde ese momento la paz huyó de Rosalía, que se volvió triste, meditabunda y distraída. No más plácidas veladas en torno á la lámpara en la celda abacial, contando historias, y adornando azucaradas pastillas; no más alegres triscas en las horas de recreo, bajo los arrayanes del verjel. Pasaba los días en el templo, el corazón sacudido de extraños estremecimientos, arrodillada sobre las frías baldosas, orando con los labios, pero vueltos los ojos y el pensamiento al sitio que todos los días, durante la misa, venía á ocupar un hombre. Y al caer la noche, mientras sus compañeras jugaban sal-

tando bajo las arcadas de los claustros, ella, de pie en lo alto de las torres del convento, contemplaba con una mirada codiciosa la vasta extensión de la ciudad, el pecho anhelante, el oído atento, cual si quisiese reconocer entre sus variados rumores el eco de una voz querida.

Poco después, la abadesa llamó un día á Yupanqui, y mostrándole á su hija, pálida y enflaquecida, le aconsejó llevarla por algún tiempo á respirar los aires de los campos.

Si el viejo cacique hubiera estudiado el semblante de su hija con otra mirada que la mirada paternal, habría visto desarrollarse en él todas las peripecias de un drama: impaciencia, alegría, duda, terror, cólera. Pero el buen Yupanqui sólo vió una enfermedad producida por la falta de aire y espacio; y paseó á su hija en las vecinas quebradas cubiertas de verjeles y de palacios; hízole respirar el tónico viento de las alturas; dióle á beber la dulce leche de las cabras; la llevó á su cabaña abrigada como el nido de una alondra bajo el tupido follaje de los saúcos, y puso su lecho en una hamaca colgada de las ramas de los árboles entre una atmósfera perfumada con el aliento de las vacas.

La frescura de la juventud volvió luego al rostro de Rosalía: pero no vino ni con las flores de las quebradas, ni con el aire vivificante de las alturas, ni con el néctar de las cabras, ni con el balsámico aliento de las vacas: vino con el amor de Maldonado.

¡Quién sabe qué acaso los unió! Lo cierto es que el cacique volvió á ver á su hija rozagante y bella, y fué feliz y no se cansaba de contemplarla, y se preguntaba por qué había tardado tanto en traer á su lado aquella inagotable fuente de ventura. Pero ¡guay! del que confía en la dicha. En el momento en que el anciano elevaba sus ojos radiantes de gozo para dar gracias á Dios, oyó la voz de Andrés que murmuraba á su oído:

—Padre, ¡Rosacha llora!

Y vió una lágrima que deslizándose furtiva de los ojos de Rosalía cayó sobre las hierbas que limpiaba para sazonar la comida de la mañana.

Ella enjugó con una de sus negras trenzas la huella de aquella lágrima en su mejilla, y volviéndose al cacique:

—Padre, le dijo, ¿puede hacerse sufrir á quien se ama?

—¿Qué dices, hija mía? exclamó Yupanqui, atrayendo sobre su pecho la cabeza de la joven; ¿no sabes que yo daría mi vida por evitarte un pesar? ¡Habla! ¿qué deseas?... ¡Ah!... lo veo: no puedes habituarte á la desnudez de nuestra pobre cabaña, echas de menos la dulce morada del convento y quieres dejarme!

—¡No, padre, jamás! ¡nunca me apartaré de tu lado! ¡Ay!



¿dónde hallaría más amor? Estas paredes ahumadas están pobladas de recuerdos. Aquí vivió y murió mi madre; su alma vela en nuestro hogar, y yo la veo con frecuencia en sueños inclinada sobre mí, sonriéndome con su dulce y melancólica sonrisa. Todos los objetos que me rodean han sido tocados por sus manos. He aquí el banco en que solía sentarse al lado del fuego; he allí su rueca y su telar. En el convento me parecía más muerta: aquí, ocupándome de lo que ella se ocupaba, consagrándome como ella á servirte y cuidar de mi hermano, me parece que continúo su vida... Y luego, en el umbral de nuestra puerta está la libertad: puedo ir tan lejos como alcanza mi vista. ¡Es tan bueno

arrojar á los vientos los afanes del vivir!... Ya lo ves, padre, ¿qué puedo echar de menos á tu lado?

—Ahora mismo llorabas.

—¿Me viste llorar? mírame reír.

Y besando las canas del viejo le sonreía con hechicera sonrisa.

—¡Ah, tú llorabas, sin embargo! Las lágrimas de vuestros ojos son gritos del alma. ¿Quizá la hija de los reyes se siente humillada, arrastrando la librea de la miseria entre las grandezas del mundo?

—Y ¿qué son para mí esas grandezas después que ha sido dado á mis ojos el contemplar las nuestras? ¿Pueden, reunidas todas las ciudades que se alzan en la extensión de la tierra, contener las riquezas que encierra nuestra ciudad subterránea? ¿No eres tú dueño de una de sus cien puertas? ¿No he entrado yo por ella, hollando con mis pies de princesa las baldosas de oro que tapizaron el palacio del Inca? Me he familiarizado con la contemplación de esos tesoros que nadie podía soñar, ni aun la codicia europea, y llevo con orgullo la miseria que los encubre.

Una extraña sensación de inquietud llevó al cacique hacia la puerta. Detúvose allí y escuchó. Pero todo estaba silencioso en torno y sólo se sentía el susurro del viento en las hojas de los sauces.

Si la mirada del viejo hubiera podido penetrar al través de la puerta, habría encontrado un hombre inclinado sobre el agujero de la cerradura con el alma en los oídos, pálido, tembloroso, terrible, y si Rosalía lo hubiese visto habría huído hasta el fondo del convento, hasta el fondo de la tumba.

El anciano, aquietados sus recelos con la profunda calma que reinaba por defuera, volvió al lado de su hija, la besó, la bendijo, y se retiró, llamando á Andrés para entregarse al descanso necesario á las rudas fatigas de la labranza.

Andrés fingió no oírle y se quedó sentado frente á su hermana, mirándola fijamente.

—Hermano, le dijo ella, nuestro padre te espera para entregarse al sueño. Tú duermes á su lado: véte.

—Nuestro padre se ha ido tranquilo; pero yo no lo estoy. Él es viejo, y ha olvidado ya lo que pasa en los corazones jóvenes; yo he leído en el tuyo, y sé que sufres, y que lloras y que eres desventurada. Yo soy un niño; apenas cuento diez y seis años, y no puedo darte consejos; pero el día en que necesites un corazón adicto y un brazo fuerte, acuérdate de mí.

Rosalía no respondió: reclinóse en el pecho de su hermano y lloró en silencio.



Andrés enjugó sus lágrimas, la abrazó, y fué á acostarse al lado de su padre.

Rosalía se quedó sola al lado del fuego con la mano en la mejilla, mirando distraída la moribunda llama del hogar. Sus dedos se movían maquinalmente, y sus labios murmuraban:

—Diez... doce... catorce... hoy viernes... ¡quince días! ¡quince días que Diego me olvida!... ¡Hoy es viernes!...—El gallo canta: ¡media noche! Consultemos la suerte de la *Guarmi del Peñascal*. ¡Ay! ¡la abadesa me prohíbe esas creencias!... ¿Pero qué sabe la abadesa? ¿qué saben todos los

que, como ella, viven tranquilos y felices, qué saben de los misterios de Dios?

Se levantó y fué á tomar de un saquito de tela negra colgado en la pared las hojas verdes y tiesas de una hierba.

Las apiló cuidadosa una á una en la palma de la mano y sopló sobre ellas. Las hojas revolotearon en el aire y



vinieron á caer sobre sus rodillas. La joven india las contempló con ansiosa atención, y decía á medida que examinaba su caprichosa posición sobre la oscura falda:

— ¡Viene!... se vuelve... sube saltando peñas... baja por una hondonada... se acerca... llega... se detiene ¡Ay! ¡qué sombra tan negra se esparce en torno!...

En ese momento, la puerta de la cabaña, abierta por una mano cautelosa, dió paso á un hombre.

Al verlo, la hija del cacique exhaló un grito sordo y se arrojó en sus brazos.

JUANA MANUELA GORRITI.

LA GOMA



- Ese joven que ha pasado
es el novio de Escolástica.
— ¿Por qué anda tan... estirado?
— Porque es de la goma...
— ¿Elástica?

EPIGRAMA

Dice el viejo coronel
don Juan Espiro, y se explica,
que no hay en el mundo chica
que no se muera por él,
pues aunque sorda al suspiro
que lanza tras de su huella,
al verle toda doncella
murmura al momento: — ¡Espiro!

LA MAÑANA

«Ligera luz por la ventana abierta
penetra ya,—se oye rumor lejano,
y el canto de las aves me despierta
á la primera emanación del llano.

»Sobre la copa de los sauces, hora,
alegre brilla el resplandor primero
del sol naciente, que perfila y dora
de mis pajizos ranchos el alero.

»Llega del campo un hálito de vida,
del olor de los pastos impregnado,
aire de la mañana, que convida
con suave soplo, fresco y regalado.

* * *

»—¡Arriba, arriba, perezoso! Verde,
risueña se despierta la natura,
y azulado el arroyo que se pierde
en la línea sin fin de la llanura.

»¡Arriba, arriba! al despertarme digo;
¡arriba! canto con alegre acento,—
y ya viene mi perro, leal amigo,
festivo, retozón y turbulento.

»Y corre, y ladra, y vuelve, y da mil vueltas,
tan pronto á mí, tan pronto á mi caballo,
mientras me acerco con las riendas sueltas,
mi flete enfreno, lo palmeo y callo...

* * *

»Trenzadas riendas, obra de mis manos,
bajeras pampas en mi apero llevo,
y carona que envidian los paisanos
y tucumano cojinillo nuevo.

»Blanca cincha de cuero y cabeceras
de plata pura llevo en mi recado,
y de plata también las estriberas
y el macizo rebenque bien pesado.

»Que aunque ya soy casado, me alborozo
en viendo mozas, y me siento herido,

y me place andar limpio, fresco y mozo,
á mi gusto aperado y prevenido...

* * *

»Pero en tanto que ensillo mi caballo,
¡aquí estoy sin moverme todavía!...
¿Dónde está mi cinchón, que no le hallo?
¡Me lo esconde algún duende cada día!...

»¡Aquí está! lo persiguen mis chicuelos,
y en el lazo sus fuerzas ensayando,
juegan á los rodeos y ciñuelos,
á los mansos corderos enlazando.

»Les he de hacer, porque esto me recrea,
un lacito chileno bien sobado,
con argolla dorada y su manea
para atarlo á la cincha del recado.

* * *

»Se acerca mi constante compañera
el mate más sabroso preparando,
y la siguen los chicos en hilera,
al vivo sol los ojos entornando.

»¡Bien haya el mate, y bien la cebadora
que llega desde el rancho, sonriente,
como la luz primera de la aurora
llega desde las puertas del naciente!

»¡Y bien haya la turba que en chacota
en torno mío retozando grita,
y me asusta el caballo y me alborota
el perro fiel, que poco necesita!...

* * *

»—¡A ver, á ver, dejarme libre el paso,
que se levanta y se enardece el flete!
más ligero, al montar, no hay otro, acaso,
y ha de ser quien lo monte, buen jinete.

»Pero es quieto después, guapo y ligero;
para mí siempre fiel, siempre seguro;
con los chicos tan manso cual cordero,
para el trabajo y las fatigas, duro.

»Lo quiero á este discreto, leal testigo
de mis luchas, dolores y alegrías;—

del paisano infeliz único amigo,
¡orgullo y prez de sus mejores días!

* * *

» ¡Y este chico que al anca se ha trepado!
pues ya está, me lo llevo sin enojos;
repuntaremos juntos el ganado,
seguiremos al tranco los rastrojos...

» ¡Cómo se alegra el chiquitín! Muy pronto
tendrá su peticito y su recado;
ha de ser buen jinete, que no es tonto;
será trabajador y será honrado.

» ¡Hasta luego!... ¿Qué dices?... va contento,
mujer, ¿qué tiene que seguirme quiera?
Que á los soles se haga, al rudo viento;
que temple de alma y robustez adquiera.»

SEGUNDO I. VILLAFAÑE.

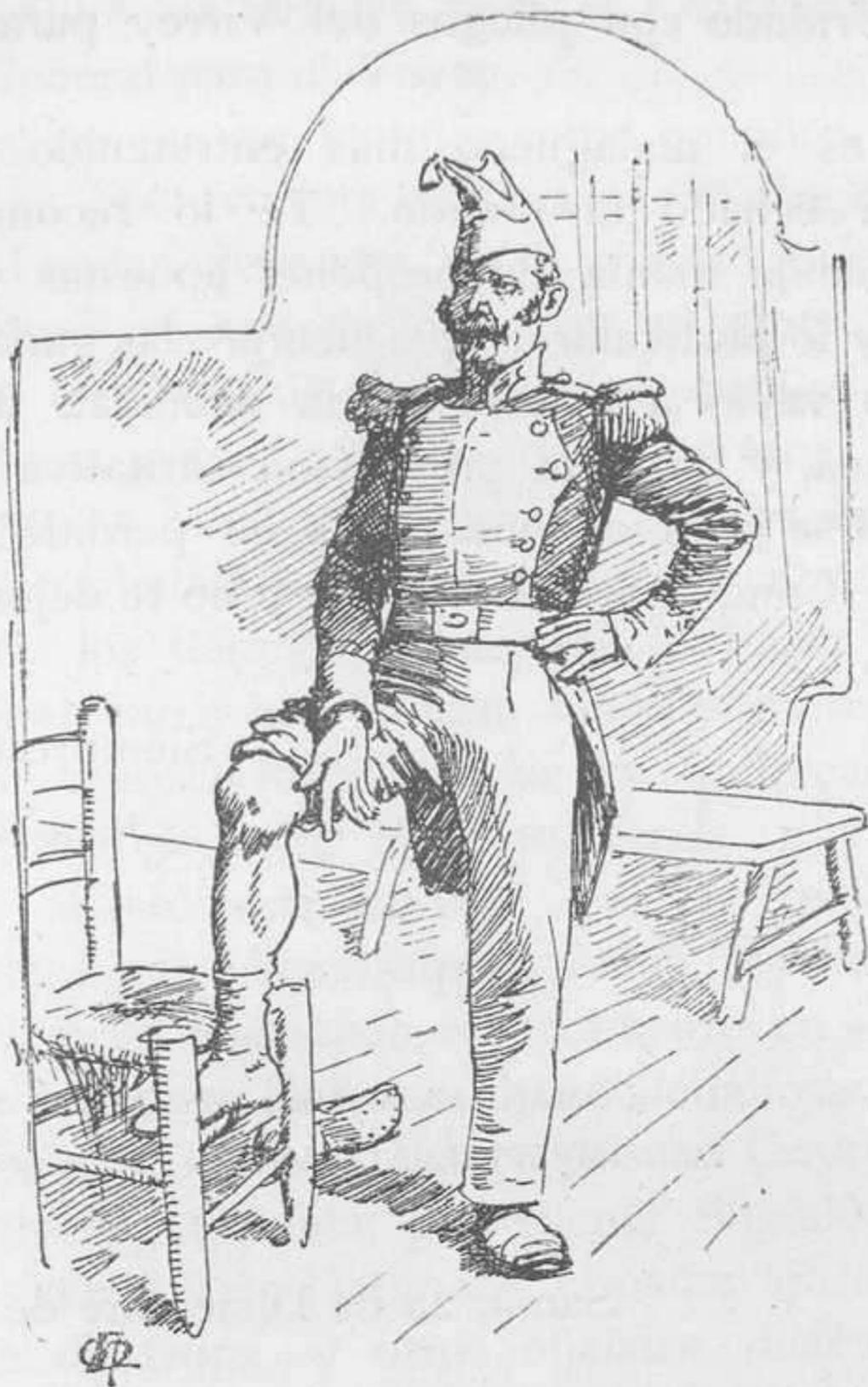
Buenos Aires, Mayo de 1892.

—
=—
LIEDER
—

He visto una visión con áureo nimbo
y con dos alas blancas:
tengo en mi corazón la primavera
y en mi cerebro el alba;
amo la luz, el pico de la tórtola,
la rosa y la campánula,
el labio de la virgen
y el cuello de la garza.
¡Oh, Dios mío, Dios mío!
¡Sé que me ama!

Cae sobre mi espíritu
la sombra negra y trágica;
busco el seno profundo de la noche
para verter mis lágrimas:
sé que á la aurora puede haber tristezas,
tormentos en el alma
y arrugas misteriosas
sobre las frentes pálidas!...
¡Oh, Dios mío, Dios mío!
¡Sé que me engaña!

RUBEN DARÍO.



LA PANTORRILLA DEL COMANDANTE ¹

I

FRAGMENTO DE CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO
AL SEGUNDO COMANDANTE DEL BATALLÓN GERONA

Cuzco, 3 de Diciembre de 1822.

Mi querido paisano y compañero:
Aprovecho para escribirte la oportunidad de ir el capitán

¹ El *Figaro* de París me ha ganado de mano localizando en Francia el tema de la tradicioncilla que va el lector á conocer. Hágolo constar honradamente, reivindicando sólo la nacionalidad del asunto.

don Pedro Uriondo con pliegos del Virrey para el general Valdés.

Uriondo es el malagueño más entretenido que madre andaluza ha echado al mundo. Te lo recomiendo muy mucho. Tiene la manía de proponer apuestas por todo y sobre todo, y lo particular es que siempre las gana. Por Dios, hermano, no vayas á incurrir en la debilidad de aceptarle apuesta alguna, y haz esta prevención caritativa á tus amigos. Uriondo se jacta de que jamás ha perdido apuesta, y dice verdad. Conque así, abre el ojo y no te dejes atrapar.....

.

Siempre tuyo

JUAN ECHERRY.

II

CARTA DEL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA Á SU AMIGO DEL IMPERIAL ALEJANDRO

Sama, 28 de Diciembre de 1822.

Mi inolvidable camarada y pariente:

Te escribo sobre un tambor en momentos de alistarse el batallón para emprender marcha á Tacna, donde tengo por seguro que vamos á *copar* al gaucho Martínez antes de que se junte con las tropas de Alvarado, á quien después nos proponemos hacer bailar el zorongó. El diablo se va á llevar de esta hecha á los insurgentes. Ya es tiempo de que cargue Satanás con lo suyo, y de que las charreteras de coronel luzcan sobre los hombros de este tu invariable amigo.

Te doy las gracias por haberme proporcionado la amistad del capitán Uriondo. Es un muchacho que vale en oro lo que pesa, y en los pocos días que lo hemos tenido en el cuartel general ha sido la niña bonita de la oficialidad. ¡Y lo bien que canta el diantre del mozo! ¡Y vaya si sabe hacer hablar las cuerdas de una guitarra!

Mañana saldrá de regreso para el Cuzco con comunicaciones del General para el Virrey.

Siento decirte que sus laureles como ganador de apuestas van marchitos. Sostuvo esta mañana que el aire de vacilación que tengo al andar, dependía, no del balazo que me plantaron en el Alto-Perú, cuando lo de Guaqui, sino de un lunar, grueso como un grano de arroz, que, según él afirmaba, como si me lo hubiera visto y palpado, debía yo tener en la parte baja de la pierna izquierda. Agregó, con un aplomo digno del físico de mi batallón, que ese lunar era cabeza de vena y que, andando los tiempos, si no me lo hacía quemar con piedra infernal, me sobrevendrían ataques mortales al corazón. Yo, que conozco los alifafes de mi agujereado cuerpo y que no soy lunarejo, solté el trapo á reir. Picóse un tanto Uriondo y apostó seis onzas á que me convencía de la existencia del lunar. Aceptarle equivalía á robarle la plata, y me negué; pero insistiendo él tercamente en su afirmación, terciaron el capitán Murrieta, que fué alférez de Cosacos desmontados en el Callao; nuestro paisano Goytizolo, que es ahora capitán de la quinta; el teniente Silgado, que fué de Húsares y sirve hoy en Dragones; el padre Marieluz, que está de capellán de tropa, y otros oficiales, diciéndome todos: —Vamos, comandante, gánese esas peluconas que le caen de las nubes.

Ponte en mi caso. ¿Qué habrías tú hecho? Lo que yo hice seguramente. Enseñar la pierna desnuda, para que todos viesen que en ella no había ni sombra de lunar. Uriondo se puso más rojo que camarón sancochado, y tuvo que confesar que se había equivocado. Y me pasó las seis onzas, que se me hizo cargo de conciencia aceptar; pero que, al fin, tuve que guardarlas, pues él insistió en declarar que las había perdido en toda regla.

Contra tu consejo, tuve la debilidad (que de tal la calificaste) de aceptarle una apuesta á tu conmigo desventurado malagueño, quedándome, más que el provecho de las seis amarillas, la gloria de haber sido el primero en vencer al que tú considerabas invencible.

Tocan en este momento llamada y tropa.
Dios te guarde de una bala traidora, y á mí... lo *mesmo*.

DOMINGO ECHIZARRAGA.

III

CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO
AL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA

Cuzco, Enero 10 de 1823.

Compañero: Me... fundiste.

El capitán Uriondo había apostado conmigo treinta onzas á que te hacía enseñar la pantorrilla, el día de Inocentes.

Desde ayer hay, por culpa tuya, treinta peluconas de menos en el exiguo caudal de tu amigo, que te perdona el candor y te absuelve de la desobediencia al consejo.

JUAN ECHERRY.

IV

Y yo el infrascrito garantizo, con toda la seriedad que á un tradicionista incumbe, la autenticidad de las firmas de Echerry y Echizarraga.

RICARDO PALMA.

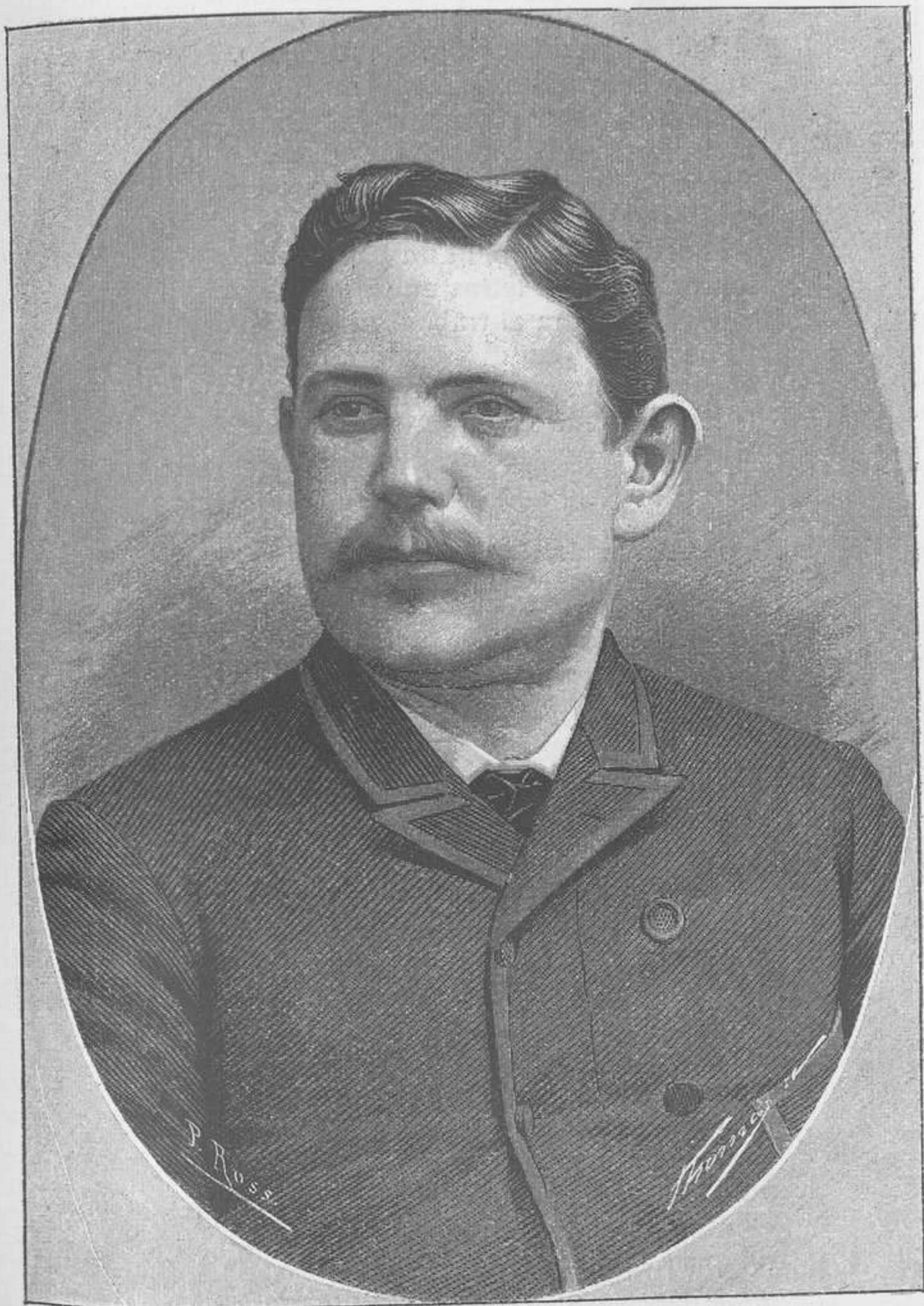
Lima, 1892.

EPIGRAMA

Juan Rucancos á María,
su bella novia, decía:
—¿Quién es mi padre? Un banquero!
Y en verdad que el caballero
mencionado no mentía.
Pues aunque el viejo Rucancos
no tenía ni diez francos
de más en la faltriquera,
con todo, *banquero* era...
por ser constructor de bancos!

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Pablo Della Costa

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

SEMBLANZA

Bajo, fornido y rubio como el oro,
un tantico picado de semblante,
ojo chico, vivaz y centellante,
fácil ingenio, la intención de toro.

Desde humilde *cajista* al alto coro
subió del periodismo militante,
y el artífice oscuro, al fin triunfante,
logró ser en las letras un tesoro.

Ni le arredra el trabajo ni le abruma,
ni hay difícil cuestión, ancha ó angosta,
que se resista á su gallarda pluma.

Piensa, concibe y pare por la posta!...
Y éste que ves, lector, éste es en suma,
nuestro amigo *don Pablo Della Costa*.

MARCOS ZAPATA.

Buenos Aires, Abril 22 de 1892.

CANTO AL TRIGO

Á APELES MESTRES

I

No en la cumbre empinada,
ni en el torrente bramador, que lucha
por arrancar la valla poderosa
que sujeta su furia despiadada,
he de encontrar la estrofa rumorosa,
ni el ritmo que se escucha
del verso griego en la cadencia hermosa;
con lazos invisibles
al dulce yugo de lo bello atada,
el alma mía siente
el ansia viva de entonar, ferviente,
el himno excelso de la mies dorada.

No en el salvaje grito
de la tormenta aciaga, asoladora,
ni en el furor de la campal batalla,
ni en el trueno que rueda en lo infinito,

ni en la tromba que estalla,
 he de beber la inspiración sonora;
 con este fuego santo,
 de la fe, del trabajo y la esperanza,
 —como el celeste, intraducible coro
 de las grandes y nobles expansiones,—
 —como un salmo de amor y venturanza,—
 brotarán mis canciones
 al rubio dios de las espigas de oro!

II

En el valle gentil y en la pradera
 corre el plateado río al Oceano,
 y al pasar, murmurando, en la ladera,
 deja el limo fecundo
 con que enriquece el espigado grano,
 que fué alimento de la edad primera
 y que prosigue alimentando al mundo!

El llano, el verde llano que se alfombra,
 y que abrillanta el sol del claro estío,
 se ostenta como un manto soberano,
 y el húmedo rocío
 que tembloroso, cae en su ancho seno
 —como perlas del ánfora de un río,—
 abre el pétalo suave y perfumado
 de la campestre flor con que se adorna
 la virgen de los valles ruborosa;
 y el aliento del céfiro callado
 que vuela en el espacio, candorosa
 nota de amor semeja, con que exorna
 preludios de pasión el dios alado!...

El campo se atavía,
 con el verde esmeralda de las hojas
 del bosque espeso y del endeble arbusto,
 y el labrador robusto
 de anchas espaldas y mejillas rojas,
 á la labor se avía
 así que el primer sol de primavera,
 brotando de los cielos en cascadas
 —como unpreciado don, santo y bendito,—
 calienta el surco de la antigua era,
 las altas enramadas,
 la cerca, el campo, el mar y lo infinito!...



III

Ábrese el surco en el materno seno
 de la tierra fecunda y la simiente,
 generosa y proficua, reproduce
 el codiciado grano. Un imponente
 mar de verdura, plácido y sereno,
 semeja el campo. El labrador conduce,
 con mano experta, la tajante hoja
 que siega el alto tallo, ya dorado,
 por la recia estación de los calores;
 un río de sudor la frente moja
 al rudo campesino,
 mas ¿qué le importa si al volver cansado
 de la ingrata fatiga,
 —compendio de alegrías y dolores,—
 está en la choza que la dió el destino
 la cariñosa amiga,
 la madre de sus hijos, la que un día,
 al llegar al altar, pura y sonriente,
 —con la luz celestial de los rubores,—
 llevó escrito en la frente
 el idilio inmortal de sus amores?...

Abatida la mies, la forma en haces,
con cuidados prolijos,
el rústico labriego con sus hijos.
¡Qué inocente alegría
alza en su pecho el venturoso día
que el premio á sus afanes ya presente,
al ver que, triunfadora, la simiente,
—sin sustos, ni temores, ni congojas,
por la peste, la nieve ó la tormenta,—
levantando el penacho de sus hojas,
el rubio grano en su cimera ostenta!...

Crece á los costados del rastrojo
se ve después la parva lujuriente,
y más la mira el ojo,
más le parece ser peña gigante
donde quiebra en sus últimos desmayos,
el dulce beso de sus tibios rayos,
el sol que muere en el espacio, errante!

IV

Vuelve la nueva aurora
á alumbrar la pradera y la cuchilla,
el monte, el río y la maraña umbrosa;
llega por fin la suspirada hora
de la final faena de la trilla,
ansiada recompensa, generosa,
de tanto afán y de desvelo tanto,
precursora de inmensas alegrías,
aura infinita de deleite santo,
que premia las fatigas de los días
de cruento sacrificio y de quebranto
de aquel hogar do la virtud respira,
do el culto del trabajo sacrosanto,
—como rayo de luz cuando amanece,—
el alma fortalece
y el himno del deber la mente inspira!

La choza del labriego bendecida,
por ese don preciado de los cielos,
aparece vestida
de guirnaldas y flores campesinas,
y las viejas encinas,
alzando su ramaje,—como el vuelo
de las raudas y pardas golondrinas,—
preludian el acorde, en el espacio,

de la fiesta triunfal de la cosecha,
cuando se ostenta la heredad, estrecha,
rebotante de granos de topacio!

Y termina por fin la lucha airada,
la dulce paz aquel hogar inunda,
y el alma, en la fecunda
explosión de los santos ideales,
prosigue, del trabajo enamorada,
la curva de sus rumbos inmortales!...

V

Es la misión del hombre oscuro arcano
si le falta la fe de su destino;
mas le redime el pensamiento humano,
ese verbo divino
que alienta al Universo soberano,
surgido de la noche tenebrosa,
en que el vulgo pagano
llevó al templo la ofrenda bochornosa
de la brutal adoración lasciva.
De allí brotó la viva
santa ambición de quebrantar el yugo
del negro oscurantismo del pasado;
desde allí, Prometeo libertado,
venciendo á su verdugo,
del trabajo encendió la ardiente tea,
y luchando con sombras y vestiglos,
á través de los siglos,
ató el progreso al carro de la idea!...

Los pueblos laboriosos
tienen al fin su ruta señalada;
los pigmeos conviértense en colosos
cuando truecan las armas por la azada,
cuando el surco fecundo,
—abriendo las entrañas de la tierra
donde germina el espigado grano
que es la bendita aspiración del mundo,—
la virtud del trabajo en él encierra;
cuando la libertad inmaculada,
persiguiendo el fantasma de la guerra,
alza el olivo de la paz ansiada,
la era del dolor por siempre cierra,
y, del surco en la mies, rompe la espada!

¡Oh, santa libertad, la del trabajo!
 Aura de glorias que el Creador bendice,
 y que el progreso entre sus brazos trajo!...
 Doquiera que tu nombre se eternice,
 doquiera que tu cetro se levante,
 poeta habrá que tus victorias cante,
 mármol que tus empresas preconice,
 y pendón que te lleve hacia adelante!...

PABLO DELLA COSTA.

Buenos Aires, Abril 9 de 1892.



HUMORADAS

EN UN ÁLBUM

Si algún César triunfante
 te viere desde el fondo de su gloria,
 podría ese lunar de tu semblante
 hacer variar el curso de la historia.

HEMBRAS DE LEY

¿Qué diabólicas mañas
 tendrá esa pecadora,
 que cuando llama á ellas la traidora,
 siempre la abren las puertas mis entrañas?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LA PROTECTORA DE ANIMALES

(ARTÍCULO ABURRIDO)

Existe en Buenos Aires una sociedad que se dedica á proteger á los animales contra la maldad humana, ó simplemente contra los rigores de su propia suerte.

Detiene un tranvía lleno de gente. ¿Para impedir que las señoras sean aplastadas por la multitud que ha asaltado el coche? No: para evitar que se fatiguen los caballos.

Ocurre una quiebra; la Sociedad se dirige al Juez de Comercio. ¿Para llamar su atención sobre los pobres empleados del fallido fugitivo? Su intención es más generosa: pide que se rompan los sellos judiciales y se dé libertad á un gato, que al parecer no quiere escapar por la alcantarilla.

Parece que en los centros populosos no hay ser más digno de protección que un animal. Aquí convendría proteger:

A los inmigrantes, que llegan atortolados y que suelen pagar la novatada.

A las mujeres, contra las insolencias de la calle.

A los niños, contra los malos tratamientos de los padres inhumanos.

A los viejos, contra la miseria y el abandono.

A las jóvenes, contra las sugerencias de las Celestinas.

A los emigrantes que se mueren de nostalgia y no tienen con qué marcharse.

Al obrero, contra la escasez de trabajo y la codicia del patrón.

Al agricultor, contra las malas cosechas.

Al comerciante, contra las quiebras.

Al abogado, contra el cliente que no paga.

Al médico, contra el enfermo ingrato.

Al elector, contra el diputado prevaricador.

Pues bien: á nadie se protege.

Los animales, por excepción, son objeto de las atenciones solícitas y de los exquisitos cuidados de algunas docenas de personas que después de mirar á su alrededor han visto que estamos en el mejor de los mundos posibles y que sólo la suerte de los animales es digna de mejora.

*
* * *

Los ingleses exportan cosas buenas y malas: entre las primeras está el Jurado, el hilo de Clark y C.^a, el sistema parlamentario, algunas clases de paños y las libras esterlinas, cuando las exportan.

Entre las segundas figura en primer término la protección á los animales. De un poco de sensiblería sin objeto, de un bastante de hipocresía y de un mucho de desprecio al género humano, no inglés, han nacido esas sociedades que pululan en todas las ciudades del mundo, donde el britano ha logrado imponer su propia superioridad á los demás.

Un súbdito de su muy graciosa Majestad llega á un punto cualquiera del globo; el indígena le inspira el más solemne desprecio. En cambio ¡un perro! ¡un caballo! ¡un gato! ¡Pobres animales, que no son apreciados en todo su valor por el hijo del país! Pero para esto ha venido él, para impedir que el hombre siga abusando de ellos. No faltará quién, convencido de la superioridad de la raza sajona, contribuya á que de la noche á la mañana surja una Protectora.

*
* * *

Los países nuevos, como los jóvenes, tienden á imitar todo lo malo. ¿No tiene Inglaterra algo más digno de ser imitado que las sociedades protectoras y las carreras de caballos?

CARLOS MALAGARRIGA.

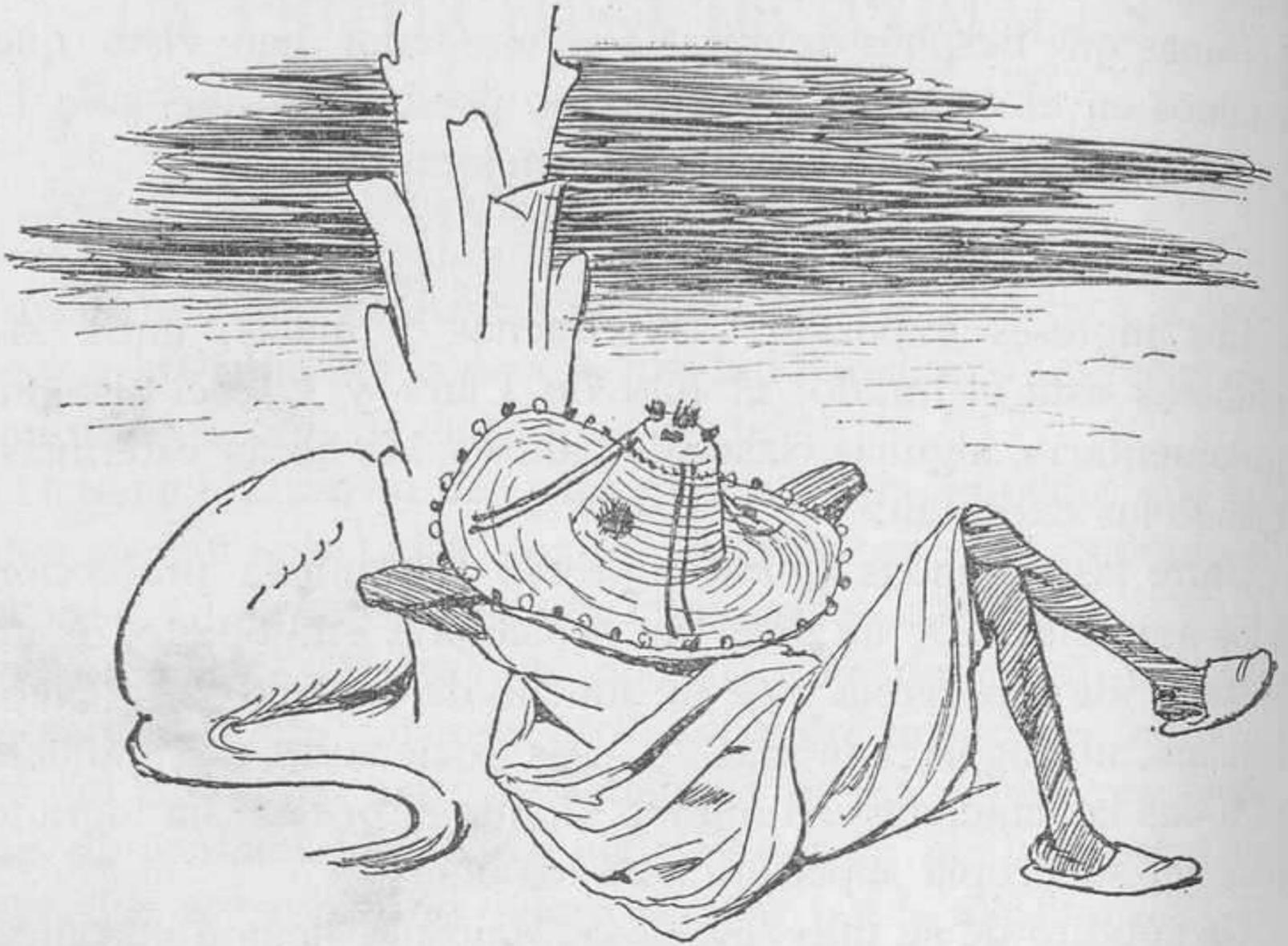
— ✂ —

EPIGRAMA

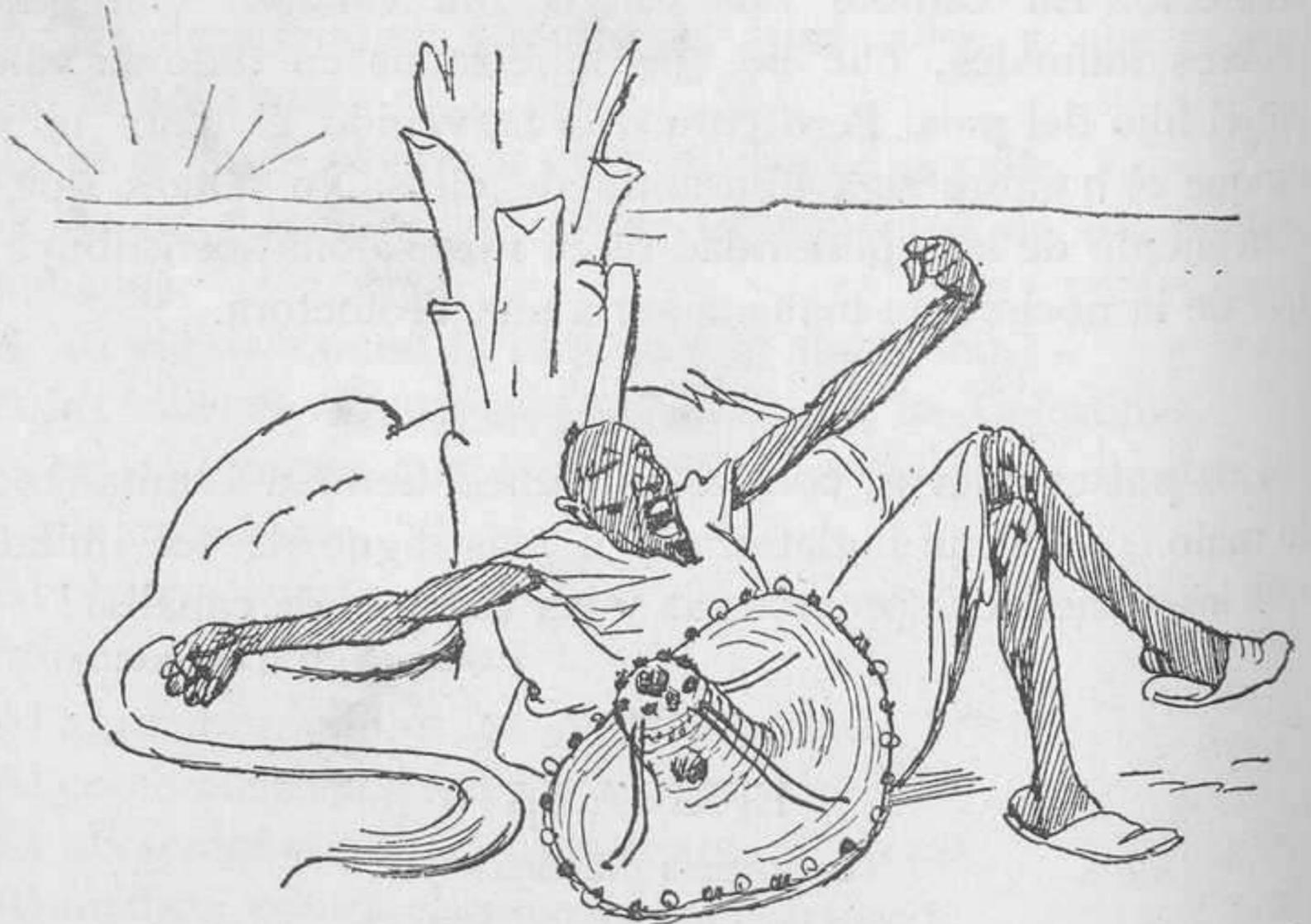
Tus formas plásticas son
postizas, Paca, y por eso
hay quién cree, y con razón,
que, más que de carne y hueso,
eres *Paca de algodón*.

ALÍ-BUTILUFA

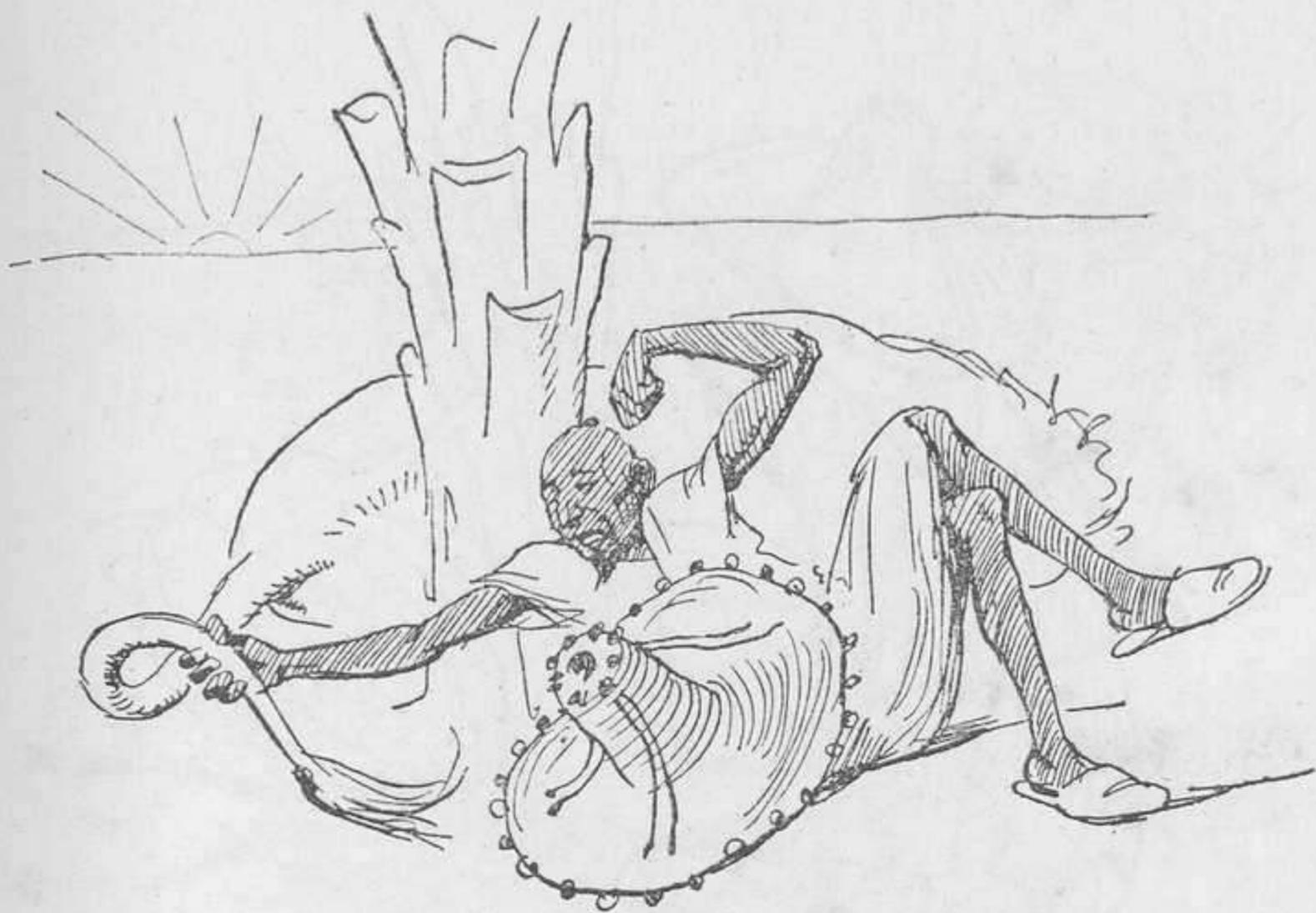
CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Ya cerrada la noche llega Alí-Butilufa á un oasis, extenuado de fatiga: bendice á Al-lah y echa su sueñecito al pie de una palmera.



Con el primer rayo del sol abre Alí-Butilufa los ojos, y después de bendecir á Al-lah se despereza pensando en la pierna de gacela que comería si la tuviera.



«¿Qué es esto?...»



¡Por las zapatillas de Mahoma! ha pasado la noche junto á un león que se habría quedado dormido á mitad de la cena.



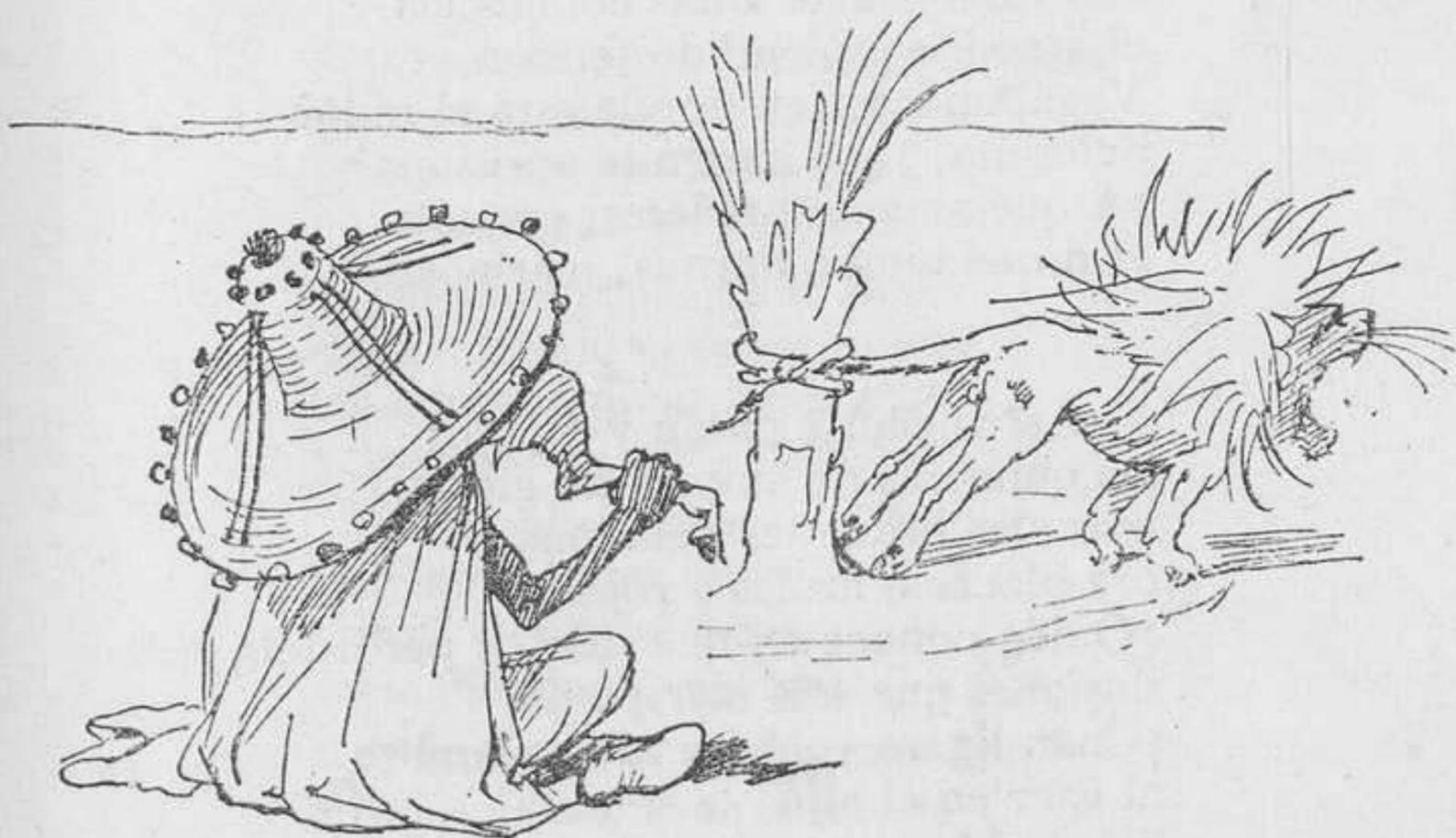
«¡Buen chasco vas á llevarte en cuanto se te quite el sueño.»



Y muy bonitamente lo ata por el rabo al tronco de la palmera.



El león se despierta y, sin bendecir á Al-lah, se dice con fruición: «Huéleme que el almuerzo de hoy va á ser más exquisito que la cena de anoche.»



Y he aquí cómo en cierta mañana, y en pleno desierto, almorzó opíparamente, después de bendecir á Al-lah, el moro Alí-Butilufa.

MARIPOSAS

A. J. M. BUSTILLOS

Ora blancas cual copos de nieve,
 ora negras, azules ó rojas,
 en miriadas esmaltan el aire
 y en los pétalos frescos retozan;
 leves saltan del cáliz abierto,
 como prófugas almas de rosas,
 y con gracia gentil se columpian
 en sus verdes hamacas de hojas.
 Una chispa de luz les da vida
 y una gota al caer las ahoga;
 aparecen al claro del día
 y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
 ¿En qué sitio de noche reposan?
 ¡Las coquetas no tienen morada!...
 ¡Las volubles no tienen alcoba!...
 Nacen, aman, y brillan y mueren,
 en el aire al morir se transforman
 y se van, sin dejarnos su huella,
 cual de tenue llovizna las gotas.
 Tal vez unas en flores se truecan,
 y llamadas al cielo las otras,
 con millones de alitas compactas
 el arco-iris espléndido forman.
 Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
 Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
 ¿A qué amante prefieres, coqueta?
 ¿En qué tumba dormís, mariposas?

* * *

¡Así vuelan y pasan y espiran
 las quimeras de amor y de gloria,
 esas alas brillantes del alma,
 ora blancas, azules ó rojas!
 ¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
 ilusiones que sois mariposas?
 ¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
 al caer en el alma la sombra!
 Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
 ¿No eras fresco azahar de mi novia?
 Te formé con un grupo de lirios

que de niño llevé á la parroquia;
 eras casta, creyente, sencilla,
 y al posarte temblando en mi boca,
 murmurabas, heraldo de goces:
 «¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

¡Ya no viene la blanca, la buena!
 ¡Ya no viene tampoco la roja,
 la que en sangre teñí, beso vivo,
 al morder unos labios de rosa!
 Ni la luz que me dijo: ¡poeta!
 ni la de oro, ¡promesa de gloria!
 ¡Ha caído la tarde en el alma!
 ¡Es de noche... ya no hay mariposas!
 Encended ese cirio amarillo...
 ¡Ya vendrán en tumulto las otras,
 las que tienen las alas muy negras
 y se acercan en fúnebre ronda!
 Compañeras, la cera está ardiendo;
 ¡compañeras, la pieza está sola!
 ¡Si por mi alma os habéis enlutado,
 venid pronto, venid, mariposas!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.

DISCULPA

¡Que aun hago versos!... Favores
 de las hermanas divinas:
 ¡y qué! ¿de pálidas flores
 no se adornan las ruinas?

Dulce es soñar en la tarde
 descendiendo el verde monte,
 cuando en áureas luces arde
 y desmaya el horizonte.

Dulce al crepúsculo, errando
 por las cañadas estrechas,
 dar al viento, recordando
 melancólicas endechas.

Ya vendrá la noche; entonces
 ni más canto, ni más ruido;
 tristes las cuerdas de bronce
 dirán al romperse: ¡*Olvido!*...

CARLOS GUIDO Y SPANO.

VIDA Y MUERTE

I

ERA morir! De la inexhausta fuente sólo restaba bilis y amargura, y presa de indomable calentura me revolvía trémulo, impotente.

Hizo saltar mi cuerpo de repente recia, súbita, horrible crispatura, y llena el alma de glacial pavora «¡Vida! ¡vida!» exclamé con voz doliente.

¡No fué sólo ilusión! Carnal, humana, de las confusas sombras del delirio espléndida emergió la cortesana,

lujuriosa, insaciable, envilecida, arreciando á su influjo mi martirio y mi acerbo pesar!... ¡Era la Vida!

II

¡Acababa el dolor con mi existencia! En fantástica ronda, sollozando por el alma rebelde iban pasando los sueños de la edad de la inocencia.

¡Ya la carne cedía! En mi conciencia iba la noche eterna penetrando... ¡ay! yo llamé á la muerte, suspirando del no ser por la triste inadvertencia.

¡La virgen de mis sueños dulce y pura surgió gentil, calmando mis dolores, derramando de sí luz y hermosura!

Volvió la sangre al corazón inerte... y ciñendo su sien de blancas flores se alzó serena, augusta... ¡Era la Muerte!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos-Aires, 1892.





UNA PERSONA IMPORTANTE

Don Luis Gómez, aunque lo duden los lectores, es un hombre honrado y pacífico, buen ciudadano, como que jamás metió su cuchara en ningún asunto político.

Parece, además, hombre de juicio, si no fuera porque su estimable costilla le hace aparecer casi siempre desprovisto de él.

¿Da un baile de fantasía la familia N.? pues á bailar *fantásicamente*, dice doña Andrea; ¿da un té danzante el señor M.? pues á danzar en un té; ¿da un baile oficial el gobierno? á bailar oficialmente; ¿que comen los señores de O.? pues á comer; ¿que cenan? á cenar; ¿que se van al campo las de P.? pues al campo.

—Luis, ha llegado el señor ministro de Inglaterra, y todo el mundo ha ido á visitarlo; vé tú también.

—¡Pero, mujer! si yo...

—Calla. Ya sé lo que me vas á decir, que tú eres nadie para ir á saludar al ministro: ¡imbécil! por eso estamos siempre *postregados*, dice doña Andrea.

Y el buen señor no tiene más remedio que ir á saludar al ministro.

Éste le ve llegar, le da la mano, le ofrece asiento, le trata amablemente, como toda persona educada á un desconocido; y don Luis vuelve á casa y tiene que confesarle á su mujer que el ministro lo trató muy bien.

—Ya lo ves, zampalimones, ya lo ves: así es cómo se abre paso la gente. ¡Ay, hijo! tú, sin mí, serías un cero *de* la izquierda, un *lente* sin importancia, un... Luis Gómez y nada más.

Y don Luis está ya á punto de creer que su mujer tiene razón, aunque estropea un poco las palabras.

En cierta ocasión que peligró el orden establecido, porque no hay cosa que peligre tanto como los órdenes que se establecen, todo lo notable de Lima fué á saludar al Presidente, con el objeto de felicitarle, pues el orden escapó milagrosamente del peligro, y doña Andrea envió también á palacio á su Luis Gómez.

El hombre llegó y entró; pero cuando vió que cada cual hablaba á nombre del ejército, de la marina, del clero, del cuerpo consular, del de bomberos, de las escuelas particulares, del Municipio, del Congreso, del Ateneo, de la sociedad de escribanos, de la de artesanos, etc., se quedó, naturalmente, perplejo.

—Y ahora, pensó, ¿á nombre de quién hablo yo, cuando en rigor quien me manda es mi mujer?...

Le tocó el turno.

—Señor Presidente, dijo medio aturdido; mi mujer me manda á desear á su excelencia muchos años de vida, de reinado y de paz en el hogar doméstico en las instituciones y el orden establecido, que es la felicidad de la sociedad que

tengo el honor de representar, y que saluda á vuecencia por mi digno órgano.

Su excelencia le dió las gracias, sonriendo y lo despidió.

Llegó á casa don Luis.

¡Ojalá no hubiera llegado nunca!

Contó á su mujer el éxito de su visita al Presidente, y ella le dió un solemne bofetón.

—¡Bruto! le dijo, ¿por qué no le hablaste á nombre de la alta sociedad limeña, de la *hay lay*, de la crema? ¡Eres un inútil!...

Esta última frase sublevó á don Luis, quien se atrevió á alzar el gallo, como si un gallina pudiera hacer tal.

Y hubo ¡la mar y los barcos!

Y mucho más aún, cuando por la noche dijo un diario, que entre las manifestaciones de simpatía de que había sido objeto el Presidente, se había hecho notar la del gremio de *zapateros*, cuyo representante, don Luis Gómez, había pronunciado muy conmovido un *correcto* discurso.

Esta *guasita* de un gacetillero le valió al pobre don Luis una enfermedad.

No por él, pues el buen Gómez decía que se la merecía por su necedad, sino por los dos bofetones de cuello vuelto y el sinnúmero de insultos que tuvo el gusto de recibir de su costilla, y, más que todo, porque ésta quería á todo trance que se constituyera en la imprenta y desafiara al *periodiquista*, como ella decía, pues eso no podía quedar así.

—¡Cómo! ¡la señora de Gómez, persona decente por sus cuatro costados y todos sus *condecendientes*, iba á consentir en que se la tuviera por esposa de un zapatero!... ¡Jamás!

—¡te batirás, y á muerte!...

Y á punto de batirse á muerte estuvo el infeliz; pues casi se muere del disgusto, las bofetadas y el miedo de batirse en duelo.

Restablecido del ataque furibundo de miedo que le dió, el cual se tradujo en una fiebre de cuarenta grados y medio, decía el bueno de don Luis:

—¿Quién me manda á mí meterme á persona, cuando yo no he debido salir jamás de mi estado de buen hombre?

Y se contestaba:

—¿Quién ha de ser? Mi mujer, mi mujer que por ser de la primera sociedad es capaz de pasarse ocho días sin comer.

Y así sucedió en una ocasión, en que convidaron al matrimonio, equivocadamente, sin duda, á un baile en Palacio.

Se suprimió por un mes el almuerzo, á fin de ahorrar para ir presentables al gran baile; y aconteció que en la segunda mazurka, la señora de Gómez se desmayó... de hambre.

Y el mundo ¡el pérfido mundo! atribuyó el desmayo á la declaración que le hizo á la señora, su pareja: un antiguo peluquero que había venido á parar en diputado, por obra y gracia de... la suerte.

Pero, aunque supo lo que decía el mundo el bueno de don Luis, se hizo el sordo, pensando para sí:

—¡Quien me ha puesto en ridículo no ha sido la dieta, sino el ayuno!

MANUEL MONCLOA Y COVARRUBIAS.

Lima, 1892.

ETERNA SELECCIÓN

Á TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO

Ruge la tempestad en la montaña,
y al poderoso impulso de su aliento
rueda el árbol robusto y corpulento
junto á la débil y flexible caña.

También la Muerte, con terrible saña,
por invariable ley de movimiento,
al viejo, al niño, al pobre, al opulento
abate por igual con su guadaña.

Pero allí donde queda un ser inerte
savia de otra existencia hay escondida,
que el tiempo tornará fecunda y fuerte

para ser nuevamente transfundida;
que ni el fin de la vida está en la muerte,
ni es la muerte el principio de la vida,

A. P. ECHEVERRÍA.

Lima.



AUTOBIOGRAFÍA

1856 — 1885

Á MARÍA IGNACIA ARGERICH

I

¿Versos me pides? Te comprendo, hermosa;
en mis secretos á iniciarte voy:
como toda mujer, eres curiosa,
y quieres que te muestre el corazón.

Pondré en la empresa mi mayor empeño,
de los recuerdos abriré el raudal,

y, fugitiva tórtola sin dueño,
el alma mía posaré en tu hogar.

¡Oh tiempo aquel de la niñez primera
en que nos gusta que nos queme el sol,
y olvidados cual música ligera
hasta los besos de la madre son!

De aquellos tiempos los recuerdos míos,
desparramados por el cielo azul,
los campos cruzan y los anchos ríos
girando envueltos en rosada luz.

Allá, en el seno de los bosques solos,
no hubo jamás un gavilán cual yo,
gran cazador de urracas y chingolos,
enorme crimen que bendice Dios.

Fué por entonces mi corcel primero,
no el piafador romántico alazán:
un lanudo y magnífico carnero,
de grandes cuernos y apostura audaz.

Él arrastró, por tardes y mañanas,
nuestro coche de mimbres, donde, al sol,
con mi futura novia mis hermanas
formaban, juntas, un rosal en flor.

Empuñaba yo el látigo y las riendas,
y con resuelto paso varonil,
del trebolar por las angostas sendas,
iba haciendo mi látigo crujir.

¡Y lo que es la inocencia! Me gustaba
ver de mi novia el rostro angelical,
cuando el coche de mimbres se volcaba,
hacer pucheros, y después llorar!

— «¿Por qué lloras, mi vida?» le decía
gravemente, besándole la sien...
Y mi dulce pequeña sonreía
con un cierto abandono de mujer.

II

Mas, como el tiempo, aunque en silencio, vuela,
y unos siete años contaría ya,
¡ay! me encerraron en horrible escuela,
y en los campos quedó mi libertad.

Tuve un odio feroz á la cartilla,
eran los libros mudos para mí;

mas mis ansias sacáronme á la orilla,
y supe leer y comencé á escribir.

Cuando en la Vuelta de Obligado un día
tras larga ausencia me dejó el vapor,
un torrente vivaz de poesía
súbitamente por mi ser cundió.

Abierta el alma á la inmortal belleza,
y dominado por ardiente sed,
en la eterna y feraz naturaleza
la viva fuente del amor busqué.

De nuestras selvas escuché el arrullo,
de nuestras pampas contemplé la faz,
y el grande río, de la Patria orgullo,
que derramado por las islas va.

En tanto en selvas, pampas y raudales,
dejaba libre el corazón latir,
el estro de los cantos nacionales
se despertaba poderoso en mí.

Y amé la patria con amor de fuego,
y supe entonces, para amarla más,
por qué se eleva, cual perenne ruego,
la solitaria cruz de ñandubay.

III

—Pero ¿y la novia?— me dirás, María.
¿Mi novia? ¡Es cierto! me olvidaba ya;
pues bien: la niña á la sazón tendría
unos catorce... sin mentir la edad.

Joven, hermosa, enamorada y buena
negro el cabello, y en la fresca tez
ese pálido albor de la azucena
que al sol parece comenzar á arder.

Con grande empeño simular quería
algunos años más... siquiera dos,
y sin causa formal me recibía
con un gestito que adoraba yo.

Mas, pasaba una errante mariposa,
y, adiós grave matrona, adiós mujer,
era entonces la niña bulliciosa
que nunca acierta á refrenar los pies.

¡Y qué manera de correr girando,
de replegarse, de mostrar allí

la rumorosa falda revolando
por todos los extremos del jardín!

Como yo la siguiera con los ojos,
se avergonzaba de su loco afán,
y la sangre vivaz de los sonrojos
saltaba ardiendo á enrojecer su faz.

Al volverse hacia mí, como al descuido,
ya el jazmín arrancaba, ya el clavel,
detrás de cada arbusto detenido
el vacilante y dominado pie.

Luego, recta, de súbito venía,
y, segura en su imperio juvenil,
con un golpe de audacia me decía:
— «Iba en busca de flores para tí.»

«¡Tómalas, tómalas!...» y le temblaba
el alma entera en la vibrante voz,
y después lentamente se alejaba
con el gestito que adoraba yo.

IV

¡Cariñoso recuerdo de otros días,
melancólico arrullo, tierno són
de esas vagas errantes melodías
que van quedando de la vida en pos!

¡Os siento aún, en presuroso vuelo,
venir sonoras á colmar mi afán,
á henchir como antes, bajo el mismo cielo,
de ritmo y vida mi paterno hogar!...

Sólo un asilo al corazón conviene,
y yo, María, le conservo aún:
mi santa madre á acariciarme viene,
y es de sus ojos para mí la luz.

Aun goza en ver mi libertad sujeta,
y, expresión de cariño y altivez,
aun me abraza y me dice «mi poeta,»
bañada en gloria la serena sien.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.



J. Luis Bellicer

EMINENTE DIBUJANTE ESPAÑOL

J. LUIS PELLICER

En la primavera de 1842, en el corazón de la Barcelona antigua, nació este artista eminente en el seno de una familia —¿á qué decir modesta?— pobre.

Alumno de las escuelas municipales, empezó á luchar por la existencia trabajando en la imprenta del *Diario de Barcelona*. Habiendo transcurrido su infancia entre las ruinas del ya desaparecido *Palau*—palacio de nuestros antiguos Condes—¿quién sabe si á ello debió el que sus instintos artísticos empezaran por manifestarse con predilección hacia la arquitectura!

Ingresó, pues, en la Escuela de Maestros de Obras, cursó los estudios, y ejerció durante dos años la práctica en obras de albañilería. Entonces empezó á dedicarse al dibujo y á la pintura, aprovechando las horas que le dejaba libres su *modus vivendi*, que consistía en trabajar de ayudante en oficinas de arquitectos y maestros de obras.

Discípulo del notable pintor Martí y Alsina, su decidida vocación por la pintura se sobrepuso en él á las exigencias de la vida, y transigiendo, á pesar suyo, con la rutina de la época, se trasladó en 1865 á Roma resuelto á no soltar ya más la paleta y los pinceles.

Había ya debutado entonces como dibujante, ilustrando —con el seudónimo de Ñapus— las primeras *gatadas* del que no era conocido entonces más que por Pitarra, del fecundo y genial dramaturgo catalán, Federico Soler, que fundaba con ellas, quizás sin sospecharlo, el que más tarde debía ser, gracias á él, un rico y envidiable Teatro.

Hasta 1869 permaneció Pellicer en Roma, y á su regreso expuso algunos de sus lienzos que escandalizaron irreverentemente á los rabinos del arte, por su acentuada—y no perdonada entonces—nota naturalista. Las reprimendas de los maestros fueron duras, la excomunión del público fué

tremenda... no obstante, no faltó entre el elemento artístico quién se atreviera á romper lanzas en favor de Pellicer.

La lucha por la vida, seguramente más que el desaliento, le movieron á dejar un tanto de lado la paleta y á dedicarse á la ilustración, poco floreciente todavía en España, poco estimada y menos retribuída. En 1870 se trasladó á Madrid, colaborando en la ilustración de varios periódicos festivos y trabajando muy especialmente para la *Ilustración Española y Americana*, de la cual debía ser más tarde director artístico. Como corresponsal de este periódico asistió á las campañas del Norte durante la guerra civil, en donde la fiebre artística le hizo sufrir toda suerte de penalidades y exponer la vida distintas veces; y descansó de las fatigas de la guerra carlista corriendo á Cartagena—foco de la insurrección cantonal— como corresponsal de *The Graphic* y *Le Monde illustré*.

Al estallar en 1877 la guerra turco-rusa pasó á Oriente, agregado al Estado Mayor ruso, en calidad de corresponsal de la *Ilustración Española y Americana*, y asombra recordar el inmenso caudal de dibujos que desde aquellas regiones remitía sin interrupción,—ligeros apuntes unos, disputados á las balas, y otros verdaderos cuadros, robados al hambre y al sueño.

Después de la guerra, la paz. Por un singular capricho, á su regreso á España confinóse á un pueblecillo de Aragón, en donde, casi ignorado de todo el mundo, permaneció un año. Fruto de este período eremítico fueron varios cuadros, entre los cuales recuerdo muy especialmente «Las quintas,» que le valió un verdadero triunfo cuando fué expuesto al público.

Solicitado por *L'Illustration* de París pasó á aquella capital en 1880, y de aquella fecha data, á mi juicio, la evolución culminante, la que fija la personalidad de Pellicer, ese Pellicer profundo en concebir, sabio en componer, maestro en dibujar; esa personalidad tan marcada y superior; esa estrella de primera magnitud en el cielo de la ilustración, no ya española sino universal.—Y creo que estas líneas pueden

ahorrarme mi juicio crítico que sobre el artista pensaba hacer más adelante.

Y es que hasta entonces Pellicer no había dado al dibujo todo lo que podía darle; avaro ó ciegamente enamorado de la Pintura, guardaba para ella lo mejor de su talento; acariaba ideales, soñaba vastos planes, el cuadro *in mente* le absorbía por completo y parecía reservar sus fuerzas para el día de la consagración de su amor con la Pintura. Entonces se produjo en él un cambio, que no soy yo quién deplore ni mucho menos; como si la Pintura se le apareciese de repente como una coqueta llena de promesas que no ha de cumplir jamás, abrazó con toda su alma aquel amor desdeñado, el Dibujo, exclamando: «¿Y por qué dibujando no he de hacer Arte?» — Y lo hizo y muy de veras.

Díganlo sinó las ilustraciones de *El Nabab* de Daudet, que hizo por aquel entonces para la biblioteca Arte y Letras; algunas de las novelas de Walter Scott, que editaba Firmin Didot; el *Quijote*, la *Leyenda del Cid*, de Zorrilla, y en fin, toda aquella larga serie de dibujos que llevó á cabo durante los cuatro años que permaneció en París.

En 1884 volvió á su patria — que dicho sea de paso parecía apreciarle más desde que le miraba de lejos, fenómeno harto frecuente — y en ella fijó definitivamente su residencia con indecible satisfacción de sus amigos, que de entonces acá se han multiplicado maravillosamente. Durante estos últimos años ha ilustrado un número considerable de obras importantes, entre las que recuerdo algunos de los *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós, las *Poesías completas* de Campoamor, las *Obras completas* del Duque de Rivas, etc.; ha dirigido algunos festejos públicos y tomó una parte bastante activa en ciertas manifestaciones artísticas de la Exposición de Barcelona en 1888.

Hace dos años, al crear el Municipio barcelonés el Museo de reproducciones artísticas, fué nombrado presidente con el beneplácito de todos los inteligentes, que fundaron en este nombramiento grandes esperanzas, que empiezan á verse realizadas; en las fiestas que para solemnizar el cuarto cen-

tenario del descubrimiento de América prepara Barcelona, tendremos ocasión, de fijo, de oír más de una vez su nombre y de aplaudirle.

Voy á terminar este esbozo escrito á vuela pluma, citando algunas de sus obras más notables. Entre sus cuadros es preciso hacer especial mención de «La Ronda,» «Llegada á Dizful del vicecónsul de España, Rivadeneyra,» «*Nostre pa de cada día,*» «El tiempo,» «Las quintas,» «Una calle de París,» «Entierro de un pobre,» las pinturas decorativas del Asilo Durán, en Barcelona, etc.

De las obras por él ilustradas ocupan puesto preferente, además de las citadas al paso, *Marcos de Obregón, Marta y María y Bocetos californianos,* etc.

Tanto por sus cuadros como por sus dibujos ha obtenido recompensas en varias Exposiciones de Barcelona, Madrid, París y Viena.

Muy gustoso me detendría en el estudio de tan interesante personalidad artística si lo permitiera la índole de este libro, pero baste esta ligera reseña biográfica para satisfacer la curiosidad de los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO, en cuyas páginas han podido saborear, de algunos años acá, escasas, pero magistrales composiciones, del que es sin disputa el primer dibujante español.

APELES MESTRES.

Barcelona, Septiembre 1892.

EPIGRAMA

Sintiéndose el pobre Pepe
con un dolor de barriga,
dijo á su sirviente Hormiga:
—Que venga el doctor Julepe.
Oyendo la orden Ramón
gritó al criado con presura:
—Mira, y también trae al cura
que le eche la extremaunción.

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.



EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

MARÍA ANGÉLICA SÁNCHEZ

A vida es amplio valle donde brilla
cuanto tiene de hermoso la creación;
crece al pie del ombú la flor sencilla,
canta el río las iras del ciclón.

Salta el arroyo sobre arenas de oro
entre orillas de perlas y coral,
y rompe de las náyades el coro
preludiando el concierto matinal.

Gime la brisa endechas de ternura;
cruzan las aves el espacio azul;
desgarrado en jirones en la altura
tienden las nubes su rosado tul.

De sus profundos senos los diamantes
la misteriosa gruta hace surgir,
y en collar de esmeraldas rutilantes
enrosca sus escamas el reptil.

Zumba la abeja y la calandria canta
y arrulla la paloma en el sauzal
y hasta las ondas del cenit levanta
su regio vuelo el águila caudal.

A los efluvios del ardiente estío
tiemblan las ramas del lapacho en flor,
y se desprende sobre el bosque umbrío
del áureo polen el vital calor.

El céfiro cargado de armonías
vierte esencias de nardo y de jazmín,
ecos de desmayadas alegrías
flotan de Margarita en el jardín.

Brota del mar sobre el zafir cercano
de la isla de Calipso el esplendor;
la góndola, en paisaje veneciano,
surca el sereno lago del amor.

La selva, el río, el valle y la montaña
los átomos del éter en la luz,
el leñador que canta en su cabaña
y el gaucho payador bajo el ombú.

Todo sonríe, todo resplandece,
todo habla de esperanza ó de placer;
cuanto á la vista en derredor se ofrece
es brillo, es transparencia, es rosicler.

¿Qué falta, pues, á la existencia humana
rica en fuerza, en belleza y en salud,
si á todo presta en la primer mañana
su mágico cristal la juventud?

Mas cuando el tiempo con sus raudas alas
nuestro campo atraviesa sin piedad,
de la ilusión las fulgurantes galas
¿quién halla en la serena realidad?

¡Ah! si no todo muere año tras año;
¡ah! si no hay una mancha en todo sol,
ni en todo juramento va un engaño,
ni es toda faz humana un tornasol!

¡Ah! si no todo es farsa ni mentira,
si no es mera ficción la probidad,
ni un ensueño el ideal que al genio inspira
ni vanidad la gloria... y vanidad!

¡Cuánta distancia, sin embargo, cuánta,
media de una impresión á otra impresión!
¡Ah! ¡cómo el cielo que á una edad encanta
vuelve á otra edad sombría su visión!

Hay lágrimas á veces en la risa
y en la más pura dicha inquieto afán;
el rumor y el aroma de la brisa
huyen en el fragor del huracán.

¡Oh! bella joven que mi pobre incienso
has querido también para tu altar,

bien sé que de la vida el valle extenso
todas sus flores te abrirá al pasar.

—
Aureola el sol ofrecerá á tu frente
y á tus ojos su fuego abrasador,
en tanto que á tu oído blandamente
hablarán los reclamos del amor.

—
¿Qué mucho, pues, si tu alma generosa
pide en la tierra el paraíso hallar?
Y ¿cómo, entonces, al dolor ¡oh hermosa!
podrás tu álba frente doblegar?

—
¿Pero el edén, el bien sin amargura,
quién en la tierra lo ha encontrado? ¿quién?
Es la luz sin la sombra, ó sombra pura
de otra existencia que dará el edén.

—
¡Ah! las ficciones del orgullo humano
aparta de tu ardiente juventud;
buscar dicha perfecta es sueño vano
el mundo es sólo mundo... y la virtud!

JOSÉ SIENRA Y CARRANZA.

Montevideo.

—◆◆◆—
CONFITEOR
—

—Me acuso de adorarla, señor cura,
pero con tal pasión, de tal manera,
que me absorbe su amor el alma entera
y es á un tiempo placer y desventura.

Ora tengo mi dicha por segura,
ora llego á dudar de que me quiera,
y la esfinge tenaz me desespera
y más le quiero cuanto más me apura.

Loco tras mi ilusión, desorientado,
la espuela de mi afán llevo conmigo...
¡No imponga penitencia á un desgraciado

ni acreciente mi culpa lo que digo,
que si este amor terrible es un pecado,
en el mismo pecado está el castigo!

SINESIO DELGADO.

EL MATRIMONIO EN EL SIGLO QUE VIENE



—Alguien se acerca... si es Mario,
¡todo, todo se ha perdido!
¡por Dios, esposo querido,
escóndete en el armario!

CREPÚSCULO

En el cielo azulado se amontonan,
como limpios vellones, blancas nubes,
los últimos reflejos de la tarde
las incendian con llamas de arrebol.

Por momentos se apagan los celajes,
sus colores se enfrían y se espuman,
y las nubes, como almas sin amores,
pierden la vida con perder el sol.

Las sombras en el bosque se recuestan,
el viento silencioso se apacigua,
los árboles dormitan sosegados,
la rana ensaya su áspera canción.

Con la noche aparecen mil estrellas
que iluminan fantástico paisaje;
ladra el perro á lo lejos, todo duerme:
de recuerdos se llena el corazón.

GUILLERMO PUELMA TUPPER.

Buenos Aires, 1892.

CALAVERADAS

DE UNA MENTE VAGABUNDA



ULANO es muy conocido, se oye á cada rato, con lo cual se da á entender implícitamente que se trata de una persona estimable en todo sentido. No ser conocido, es como no existir. Continuando el hilo de ese raciocinio popular, es claro que, si un individuo simplemente conocido es por eso sólo estimable, uno popular debe serlo con mayor razón. En efecto, veamos qué es la popularidad. No es sino el conocimiento que, de una persona y de sus actos, tiene una mayor ó menor masa de individuos.

La popularidad no es de ninguna manera un signo característico del mérito, porque hay también criminales populares, como verbigracia, entre nosotros, Carlo Lanza, de estafadora memoria, y atorrantes que gozan de notoriedad pública, como el desgraciado Grajera y el loco Candelario. Las personas que por su posición ú oficio producen actos que estén al alcance del mayor número, tienen más probabilidades de llegar á ser populares, que los que, por la naturaleza de sus producciones, se sustraen al conocimiento de las grandes masas. Los hombres políticos alcanzan más rápidamente la popularidad que nadie. Cuando sus nombres empiezan á figurar en las paredes de ciertos sitios reservados acompañados de interjecciones obscenas, pueden decir con legítimo orgullo que son populares. Los artistas y los literatos conquistan la popularidad más fácilmente que los hombres de ciencia. Entre los artistas son los más favorecidos los músicos, y entre éstos los autores de opereta más que los compositores

de sinfonías. Los escultores que pueden exhibir sus obras en las plazas públicas adquieren más pronto cierta notoriedad pública que los pintores, que tienen sus obras colgadas en las paredes de las casas particulares. Entre los literatos sucede otro tanto; los autores de novelas son más conocidos que los tratadistas de asuntos filosóficos, por la muy sencilla razón de ser enormemente superior el número de personas que pueden leer novelas al de las que, por sus luces y educación, se hallan en aptitud de hallar gusto y poder comprender un ensayo filosófico. Si Chateaubriand es popular, lo es sólo por el zoquete de carne asada sobre la plancha que lleva su nombre, y de ningún modo por su *Genio del cristianismo*. El noventa y nueve por ciento de los que comen de vez en cuando un *chateaubriand* no tiene la más remota sospecha de que exista tal obra, lo cual no quita que el pomposamente apellidado pedazo de carne les guste tanto ó más como si la conocieran. Entre los hombres de ciencia los que más fácilmente alcanzan popularidad figuran en primera línea los médicos, y en última los astrónomos y matemáticos.

Si el inmortal Newton hubiese inventado en sus ratos de ocio algún *sandwich* especial, ó un *bitter* propio para combatir las majaderías de la dispepsia, no serían sólo los estudiantes de matemáticas los que le conocerían, sino también todo aquel grueso público que come chateaubriand. El sin rival Bessel, el más grande astrónomo de todos los tiempos, es sólo conocido de los hombres de su oficio, mientras que Flammarion es popular. ¿Es esto una prueba de que Flammarion vale más como astrónomo que Bessel? De ninguna manera; porque entre éste y aquél hay en lo científico poco más ó menos la misma distancia que existe en lo social entre un diplomático y un bostero municipal de la calle Florida. La popularidad la debe Flammarion sólo al hecho de que, lo que él produce, está al alcance de todo el mundo, mientras que los clásicos trabajos de Bessel sólo puede juzgarlos quien ha estudiado cálculo infinitesimal, y éstos son pocos.

¿La popularidad es un bien ó un mal? Depende evidentemente del caso en que se halla el individuo de cuya popula-

ridad se trata. ¡Cuánto no hacen los industriales y los comerciantes para hacerse populares, con el único y exclusivo objeto de aumentar la venta de sus productos! A un fabricante de píldoras purgantes como Holloway, le hace gran cuenta la popularidad, pero maldita la gracia que ésta le hacía á Polignac. Cuando se condujo á los cinco ministros de Carlos X á su prisión de Ham, habíase reunido en los alrededores de Compiègne una enorme masa de gente del pueblo que gritaba desaforadamente:—¡Que mueran los ministros! ¡Polignac al agua! La escolta militar de los ministros pudo apenas impedir que tales deseos se realizasen. El ministro Cantelauze, al oír esta gritería, dijo entonces al príncipe de Polignac:— ¡Parece que es usted, de todos nosotros, el más popular!

*
* * *

Muchos son sólo grandes, porque los que los admiran son pequeños.

*
* * *

Honrado es hoy todo aquel que, por sus acciones juzgadas á través del código penal, no puede ser encerrado en una penitenciaría.

*
* * *

El escepticismo en lo religioso es un inofensivo corolario de las tendencias materialistas que profesan las ciencias modernas. El escepticismo en lo moral es el gran cáncer de la época, porque es el padre de la esterilidad intelectual, de ese anhelo de goces sensuales nunca satisfecho, y á la vez de aquel *mínimum* de honradez que impone el código penal.

*
* * *

La diferencia principal que existe entre el sabio y el ignorante es ésta: el sabio sabe que ignora mucho, mientras que el ignorante ignora que no sabe nada; por eso sin duda el primero suele ser modesto y tolerante, al paso que el segundo es petulante y se muestra satisfecho de su nulidad.

*
* * *

El ignorante que ve las cosas á través de su bien explicable petulancia lo halla todo mediocre y vulgar; el tonto no sale de su asombro, porque lo encuentra todo admirable; sólo la

persona culta sabe ser indulgente con lo mediocre é inferior, y justa con lo bueno y superior.

*
* *

Las mujeres se ríen la mayor parte de las veces por coquetería; los hombres por vanidad. Aquéllas sienten la necesidad de exhibir su bonita dentadura, si es que la tienen, para lo cual están obligadas á reirse mucho, aun sin motivo; éstos quieren pasar por espirituales, y por lo mismo se esfuerzan en borrar con la risa la vulgaridad de sus fisonomías. La risa jovial, sonora, bonachona, de boca grandemente abierta, que da expansión á la alegría, empieza á escasear tanto como la sinceridad, y como ésta, no se encuentra ya sino entre la gente de costumbres sencillas y de corazón sano.

*
* *

Entre las cosas más ridículas que yo he observado en la tonta y aburrida comedia humana, figura sin duda en primera línea el inglés excesivamente á la moda. Con el pantalón doblado en las puntas, aun cuando en las calles remolineen nubes de polvo, para que se vea bien la grande, fea é inno-ble pata, armado de una guaranga macana, hace todo lo humanamente posible para dar á su exterior la rigidez y la insensibilidad del palo. ¡Qué *ponito!* ¿no es verdad? Pero el colmo de lo ridículo, como si dijera, la apoteosis de la zoncera, es indudablemente el criollo cerdudo y achinado que, por pura macaquería, se injerta á sí mismo en un inglés tan estrafalario como el anteriormente esbozado.

*
* *

Yo no suelo juzgar á los oradores después de haberlos oído sino después de haberlos leído, porque el noventa y nueve por ciento de los discursos, una vez despojados del aparato teatral que les rodea al ser pronunciados, no valen la tinta de imprenta que se gasta en su publicación. La figura del orador, su voz, su gesto, la mayor ó menor fluidez en la emisión de la palabra, el público, el recinto, todo eso obra sobre el juicio frío del oyente á manera de finta de escamoteo destinada á distraer la atención del auditorio del cúmulo de vulgaridades y sandeces que *oracula* el protagonista. He

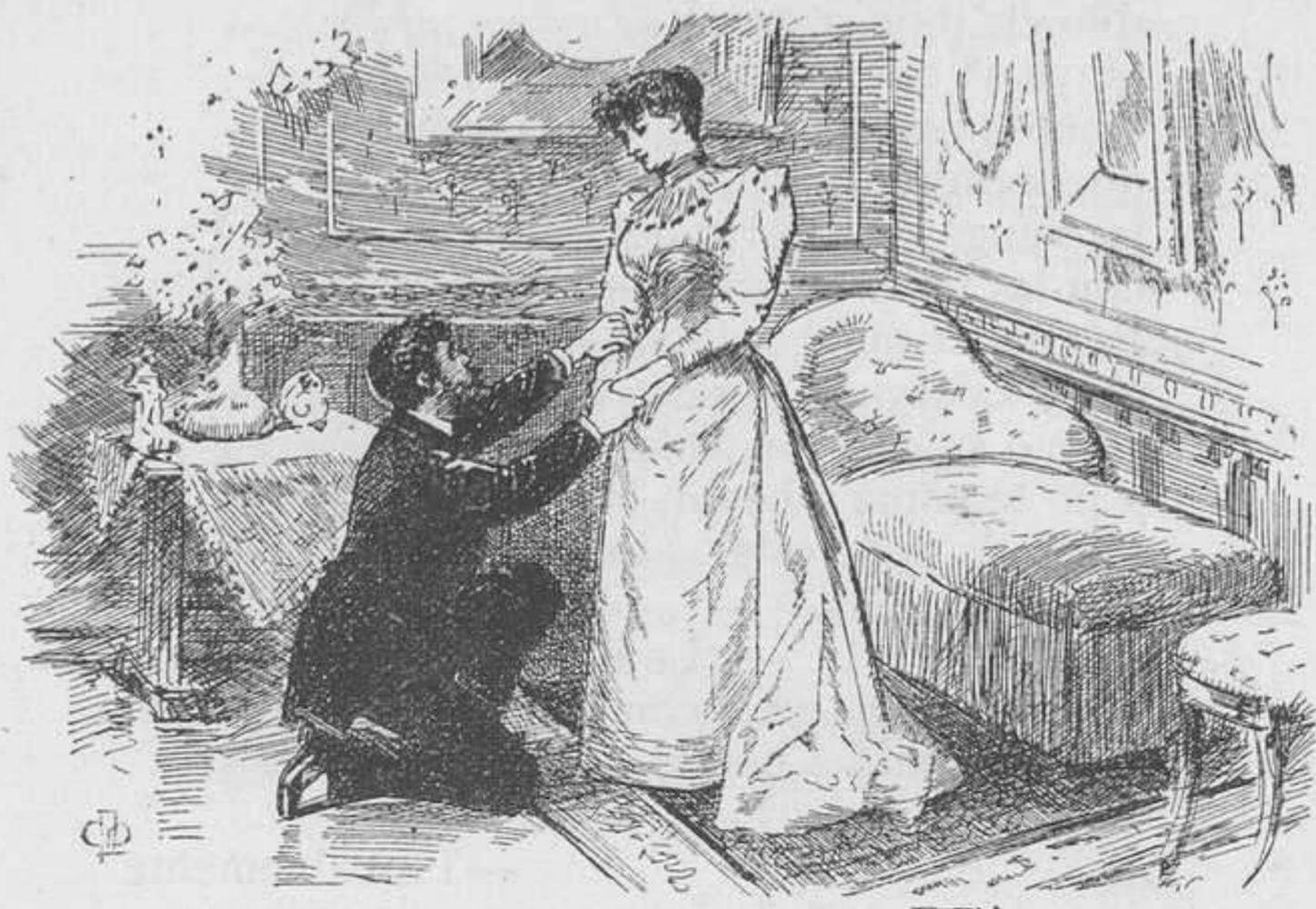
observado que mientras más bajo es el nivel de cultura de un público dado, tanto más gusta éste de los discursos, sobre todo de los que arrastran aun cuando no persuadan. El público quiere obedecer á su instinto animal que le impulsa á seguir tras del cencerro.

*
* *
*

La misma gente que prefiere oír discursos á leerlos, da á la música vocal la preferencia sobre la instrumental. Es que esa gente no quiere oír música, sino verla; quiere ver hasta dónde abre la boca el tenor ó la prima donna; quiere contar los dientes y saber si están todos, sin pensar que en esto se lleva un chasco, porque los que tienen que abrir la boca profesionalmente, buen cuidado ponen en llenar los huecos de sus encías con dientes postizos. Luego juzga ese público del mérito del cantante por la fuerza de su voz y por sus prendas físicas é indumentarias. La música instrumental que habla al entendimiento del oyente en términos abstractos, sólo puede ser del gusto de un público muy civilizado, porque la elevación de lo concreto á lo abstracto no es dado más que á una inteligencia cultivada. El ignorante quiere música concretada á la acción. Los gestos, los visajes y la calva del *profesor* de bombo y de los demás *profesores* de la orquesta, no le indemnizan suficientemente del aburrimiento que le causa la música abstracta: lo natural es entonces que la deteste cordialmente.

F. LATZINA.





MARIQUITA

Á MI QUERIDO AMIGO, EL BRILLANTE ESCRITOR ESPAÑOL
DON MANUEL ALARES

A solas con su amante, Mariquita,
una joven muy rubia y muy bonita,
escuchaba anhelante
las palabras de amores
de su bello don Juan, — un gran tunante
que, ansioso de alcanzar dulces favores,
no vaciló un momento
en burlar la amistad de un hombre honrado
como León de Alvarado,
esposo de la rubia de mi cuento.
— ¿Me quieres, amor mío?
el galán murmuraba,
en tanto que su brazo se enroscaba,
cual sierpe tentadora,
al talle de la linda pecadora.
— ¿Que si te quiero, Luis? ella decía;
¡pues qué! olvido en tus brazos
de un esposo el cariño verdadero,
rotos ya del deber los fuertes lazos
que ató el destino fiero,
¡y aun preguntas, ingrato, si te quiero!
— ¿Quién de tu amor dudó, dulce bien mío?

dijo él, todo gozoso;
 ¡si ya sé que me quieres
 como quieren al hombre las mujeres
 que, rendido y galante,
 las venga del desvío del esposo
 con las tiernas caricias del amante!
 Porque es mucho desvío
 el de León... al mirarte tan bonita,
 ¿cómo su corazón arder no siente
 y no te come á besos, Mariquita?
 sin duda debe estar... inapetente.
 —Te engañas...

—¿Le defiendes? ¡me incomoda!...

—Más de una vez, con expresión vehemente...

—¿Te comió á besos?

—Sí.

—Probablemente

con el *pan de la boda*.

—¡Pobre León! ¡si supiera!...

pero nada sospecha, de seguro,
 ni imagina siquiera

que, infiel, le engaño cuando amor le juro,
 pues su ceguera es tanta

que, más que una virtud, me cree una santa.

—¿Y si descubre un día
 tu culpable pasión y mi falsía?

—¡Bah! no temas que, fiero,
 cuentas te pida, acero contra acero,
 de tu traición aleve,
 que á tanto, de seguro, no se atreve.

—¿De manera que León?...

—Es un cordero.

—¿Ni aun en su honor herido,
 siente su sangre arder? ¡vaya un marido
 digno del fin del siglo diez y nueve!
 ¿Y se cree feliz?

—Se cree amado

y bendice su hado,
 que no es siempre el marido más dichoso
 el que se erige en ídolo amoroso,
 pues, viviendo contento y engañado,
 suele ser más dichoso el *desdichado*.

—Pero... ¿nada recela?

—Nada el sueño le quita;
 me adora, finjo amarle, no me cela,
 y en el mundo, que poco le desvela,
 no hay más gloria para él que Mariquita.

—Y en un raptó de c3mica ternura
estrechará ¡de fijo! tu cintura
y hasta querrá que premies sus anhelos...
¡ah! ¡no sigas!... no aumentes mi tortura,
¡Mariquita, por Dios!... ¡que tengo celos!
—¿Celos de mi marido?

—¡Dí que no se ha atrevido
á poner en tu faz de rosa y nieve
un 3sculo de amor, el fementido!
¡y aun creerá que es él el ofendido!
¡qué escándalo!... ¡en el siglo diez y nueve!
¡No me digas que no!... ¡quizá tus labios
le besaron también!...

—Tales agravios
mi amor, que es todo tuyo, no tolera.
—Jura que no es verdad...

—¡Calla, celoso!
¿yo besar á León? ¡locura fuera!
sin duda has olvidado que es mi esposo.
—¿Te enoja mi sospecha, prenda amada?
—¡Quita, ingrato!... me enfada
que hables de mi cariño en son de mofa;
sólo por tí mi corazón palpita.
—Pues perdona... y volvamos, Mariquita,
de nuestro idilio á la primera estrofa.

II

No había aún el idilio terminado,
cuando, amante, quizás, y descuidado,
entró en el aposento
el bueno de Alvarado,
esposo de la rubia de mi cuento.
Y al mirar á la infiel, no sin sonrojos,
presa en la red de infames seducciones,
dió dos pasos atrás, abrió los ojos
y se quedó como el que ve visiones.
Sin mostrarse inmutada
Mariquita, delante
de aquella aparición inesperada,
se soltó de los brazos de su amante
y lanzó una sonora carcajada.
—Acércate á nosotros... ¿qué te arredra,
que estás ahí convertido
en estatua de piedra?
dijo en tono de burla á su marido.
—¡Cómo! exclamó León, la que, traidora,

en brazos de un galán se precipita,
 y me ofende y desdora,
 ¿de mi perplejidad la causa ignora?
 ¡no niegues que me engañas, Mariquita!
 —Pues bien... ¡sí! lo confieso: *te he engañado...*
 y haces mal en mostrar tan necio enfado.
 —¡Oh mujer desleal!... ¡ya en ira monto!
 —Oye...

—¡Aparta!

—¡Por Dios! no te impacientes.

—¡Me engaña y aun se ríe!...

—¡Calla, tonto!

¿no ves que hoy es el día de Inocentes?

CASIMIRO PRIETO.



EN EL CEMENTERIO

Era una muerta ideal;
 por su cara angelical
 obtuvo gratis el nicho;
 los de la Sacramental
 la enterraron de capricho.

Tan flaca estaba Teresa
 cuando estudiaba en Loreto,
 que hoy han abierto su huesa,
 la estoy viendo en esqueleto
 y me parece más gruesa.

J. FERNÁNDEZ BREMÓN.



PRIMAVERAL

Hacía mucho tiempo que vivía alejada del mundo, consumiendo su hermosura en el retiro del hogar, entre las cuatro paredes de su habitación, como una flor de primavera, que necesitando aire y luz, agoniza lentamente entre los cristales de un invernáculo.

Una pasión contrariada, uno de aquellos desengaños tan crueles é inesperados, la había reducido á tan triste situación, en la temprana época de la vida, cuando todo se mira á través de un prisma azul, cuando el mundo parece noble y bueno, y la senda á recorrer una alfombra de flores.

En vano sus padres, que la adoraban, hacían cuanto es

imaginable en los grandes cariños del espíritu, para cicatrizar la honda herida del sentimiento; en vano sus amigas más íntimas y consecuentes, aquellas que la llevaban palabras de consuelo en su retraída soledad, le recordaban los encantos de la vida social, los placeres del mundo que un día conoció de cerca. Triste como un dolor sin esperanzas, apenas si algo como rayos de luz de luna brillaban un momento en sus ojos intensamente azules y profundamente melancólicos.

Dentro de su blanca veste, cuando á través de los cristales de su ventana contemplaba en las grises tardes de Otoño las hojas que se desprendían de los árboles del jardín, parecía un cadáver envuelto en su mortaja. Hacía ya mucho tiempo que alentaba en espíritu; que su corazón, falto de savia, estaba seco como las hojas barridas por los cierzos precursores de la estación del hielo.

Pocos amigos frecuentaban la casa, y raros, muy raros eran los que lograban verla. Entre ellos, uno solo tenía el mágico poder de hacerse escuchar sin fastidio, rompiendo su mutismo de hielo, su indiferencia de estatua humana.

Desde muy niños se habían conocido, crecieron juntos, armonizando en ideales, confraternizando en sentimientos. Él partió para climas lejanos á completar su educación, á seguir una carrera, en esa edad término medio entre la infancia y la adolescencia, cuando una separación no es desesperante, cuando el amor es una nebulosa en los horizontes del sentimiento.

Volvió joven, con una carrera terminada, encontrándose de pronto con un porvenir hermoso ante sus ojos, dueño de un inmenso caudal, y de un corazón siempre abierto á las más nobles aspiraciones. Supo entonces la pena de su amiga de la infancia, de su amiga de los primeros años de la vida; la encontró bella como una virgen dolorosa; y dejándose llevar de sus impulsos, sin remover las cenizas de un pasado reciente, por generosidad y por nobleza pensó que era digna de un futuro envidiable y no de la triste vida anémica de los organismos enfermos.

Desde entonces, procuró endulzar su existencia con todas

las ternezas, con todos los halagos de su espíritu superior. Y aquella planta anémica, falta de luz y de aire, que se consumía como una flor primaveral entre las cuatro paredes de su habitación, empezó á reanimarse al calor del cariño. Sangre de otra vida circuló por sus venas, y un soplo generoso de nueva juventud oreó su frente pálida como el lirio de los valles.

Otro amor más grande, más imperecedero, nacía en aquella alma velada por las sombras de las tristezas infinitas. Es que su corazón no había muerto aún, había sólo dormido un sueño cataléptico, y despertaba lentamente, tras larga noche de insensibilidad, para renacer á la vida del sentimiento, como renacen las flores, que necesitando aire y luz, agonizan lentamente entre los cristales de un invernáculo, de donde son sacadas á tiempo para que no se mueran de tristeza.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

DOS LIRAS HERMANAS

Á LA SEÑORA DOÑA LASTENIA LARRIVA DE LLONA
Y Á SU ESPOSO DON NUMA P. LLONA

La nube que subió de la llanura
busca otra nube en la azulada esfera,
y, juntas, dan su lluvia á la pradera
ávida de humedad y de frescura.

Busca en el corazón de la espesura
laavecilla á su dulce compañera,
y conciertan en cántiga hechicera,
himno de bendición y de ventura.

Júntanse así dos tiernos corazones
y en éxtasis de amor y poësía
exprimen sus comunes emociones;

y unen su canto cual plegaria pía
que al cielo sube en cadenciosos sonos
y al mundo baja en ondas de armonía.

ENRIQUE ALVAREZ.

Bogotá.

ASTRONOMÍA

No hay duda que se podría daros, sin ningún trabajo, con las cosas de aquí abajo un curso de astronomía.

Y en prueba de mi aserción, que mantengo seriamente, se convencerá la gente, si es que me presta atención:

Decimos, si nos depara la suerte gloria ó desvelos, que de nuestra vida el cielo ó se oscurece ó se aclara. Si nos mima la fortuna, entre un elogio brillante, nos colocan al instante en los *cuernos de la luna*; mas si nos ha abandonado la suerte ¡se ha concluído! nuestro nombre se ha perdido, nuestra *estrella se ha eclipsado*.

Si veis un rostro hechicero, con amoroso interés á la niña decís que es hermosa como un *lucero*; aunque á veces la conquista es, entre graves querellas, igual á algunas estrellas porque se *pierde de vista*.

¿No hay muchachas incitantes que se suelen escapar con alguien, por imitar á las *estrellas errantes*?

¿No hay hombres que el arrebol de un immaculado nombre enlodan para que el hombre tenga *manchas* como el *sol*? Aunque en esto considero que le debemos vencer, porque no debe de haber en el sol ni un tintorero.

Si dama de alto coturno

luce sus joyas ¡muy mal!
y allá en el cielo hace igual
con sus *anillos Saturno*,
quien con su lujoso tren
da á los demás astros celos
y enseña que hay en los cielos
aristocracia también.

En su ambicioso deseo,
hay hombre que con firmeza,
lucha por hallar riqueza
y al fin llega á su *apogeo*;
sube y medra más y más
y si vence su tesón
le sigue una procesión
de *satélites* detrás.

Todo á sus ansias inmola,
nada sus pasos detiene,
aunque su negocio tiene,
como los *cometas cola*;
y al fin se hunde en el abismo
entre desgracias sin cuento,
igual que en el firmamento
cuando ocurre un cataclismo.

Con el cielo muchos puntos
de contacto se hallarán:
¿Mercurio y Venus no están,
igual que allí, casi juntos?
¿No hay suegra que causa horror
que con sus yernos en guerra
viene á ser en nuestra Tierra
igual á la *Osa Mayor*?
¿No ha encontrado alguno modo
de que haya allí como aquí
soles falsos? ¡vaya! ¡sí!
y en el Perú sobre todo.
En la extensión soberana
del cielo un Marte tenemos,
y aquí á cientos poseemos
los martes... de la semana.

Y en fin, para conclusión,
un caso os voy á contar
que del Mundo ha de mostrar
y el cielo la conexión.

Yo era el amante rendido
de una niña que me amaba,
la que Estrella se llamaba,
y me costaba un sentido.

Cierta noche en compañía
de ella, el cielo contemplando
á una estrella señalando
— ¡Es tu estrella! — me decía.
Mirando al cielo, anhelante,
caí, un brazo me rompí,
y Estrella se fué ¡ay de mí!
en los brazos de otro amante.
Yo al recordar de la bella
la vil traición la maldije,
y ¡claro! al instante dije:
— ¡¡ Maldita sea mi estrella!!

LUIS GARCÍA.

Buenos-Aires 30 Abril de 1892.



En publicación

—♦—

MARÍA

NOVELA AMERICANA

POR

JORGE ISAACS

—

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas en 4.º prolongado.

Se suscribe en la librería de *Ramón Espasa y Comp.ª*, calle Cerrito, 174.—
Buenos Aires.

TRATADO

DE

ARITMÉTICA

POR

D. Francisco Latzina

En preparación

—♦—

DICCIONARIO

GEOGRÁFICO ARGENTINO

POR

D. Francisco Latzina

EDICIÓN DE GRAN LUJO CON MÁS DE 80 VISTAS
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Contendrá más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

SOMBRAS CHINESCAS



OBRA ORIGINAL

DE

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

CON UN PRÓLOGO

DEL EMINENTE LITERATO ARGENTINO

DON RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRADA POR

APELES MESTRES

Esta obra que, tanto por sus condiciones literarias como por sus chispeantes ilustraciones, creemos ha de llamar poderosamente la atención de nuestros favorecedores, se publicará á mediados de este año.

BUENOS AIRES

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DE

EL SIGLO ILUSTRADO

DE

RAMÓN ESPASA Y COMPAÑÍA

Cerrito, 170 y 174, n/n

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.

PATENTE POR 10 AÑOS

AGUAS AZOADAS

BUENOS AIRES

Nuevo establecimiento central: Calle Corrientes, 639 y 641

PARÍS:
RUE ST. LAZARE, 94

MADRID:
VALVERDE, 36

Recomendada como la más nutritiva, estomacal y digestiva, tomada en vino, leche y sola. Muy refrescante con jarabè

Agua en Bebida

Inhalaciones

Pulverizaciones

EN EL ESTABLECIMIENTO: Curación del asma y enfermedades del pecho, garganta y estómago; anemia, dispepsia, falta de digestión, flujos y desarreglos nerviosos de las señoras y en particular catarros tanto pulmonares como nasales, de la laringe y otros, aunque sean crónicos, y de las vías urinarias. Se cumplen con exactitud todas las prescripciones facultativas.

Consultorio Médico en el Establecimiento

TRATAMIENTO Á DOMICILIO

Reparto de sifones y botellas

INSTITUTO MÉDICO

HIDRO-TERMO-TERÁPICO

DEL

Dr. D. Camilo Clausolles

1038, CALLE BELGRANO, 1046. — PLAZA MONTSERRAT

Buenos Aires

Consultas médicas, de 10 á 4.

Consultas por escrito, se reciben y contestan previo pago.

Gabinete ginecológico completísimo.

Admiatria

Tratamiento de las enfermedades por las vías respiratorias. — Nebulizaciones, pulverizaciones, inhalaciones, etc., etc.

Aeroterapia

Tratamiento de las enfermedades pulmonares y bronquiales, por el aire comprimido. Tratamiento especial de la Tisis por medio de la introducción de los vapores medicinales en la Cámara de Jourdanet.

Electroterapia

Tratamiento por medio de la electricidad. Instalación completísima.

Hidroterapia

La más completa instalación de baños de todas clases:

Turco-romanos.

Baños rusos.

» *de sudación simple.*

» *eléctricos.*

» *medicinales de todas clases.*

Duchas á vapor, frias, etc., etc.

Oxígeno

Variadísimos aparatos para las inhalaciones de este gas.

Análisis microscópicos y químicos

1038, CALLE BELGRANO, 1046

Buenos Aires



GRAN DEPÓSITO

DE

VINOS Puros

DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

Servicio esmerado de los más ricos vinos de las indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos de mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales que en los rancios más exquisitos de los principales cosecheros.

SE SIRVE Á DOMICILIO